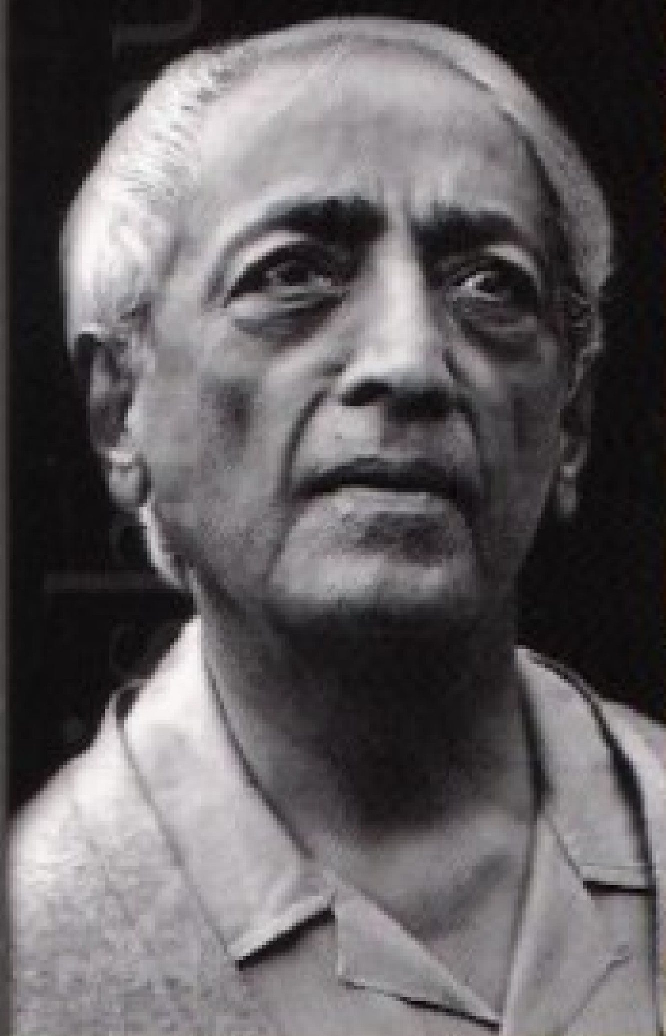


# Encuentro con LA VIDA

J. Krishnamurti



JIDDU KRISHNAMURTI

# ENCUENTRO
# CON LA VIDA

PRIMERA PARTE

# PIEZAS CORTAS

## *El lago*

El lago era muy profundo, con peñascos que se elevaban a ambos lados. Uno podía divisar la otra orilla, boscosa, con nuevas hojas primaverales; y aquella margen del lago era más escarpada, con más árboles y un follaje tal vez más espeso. Esa mañana el agua se hallaba en calma y su color era verde azulado. Es un bello lago. Había cisnes, patos y, ocasionalmente, un barco con pasajeros.

Como uno estaba de pie a la orilla, en un parque bien cuidado, se encontraba muy cerca del agua, un agua absolutamente incontaminada cuya estructura y belleza parecían penetrar dentro de uno. Se podía percibir el aroma del aire suavemente fragante y del verde césped, y había una sensación de unidad con ello mientras uno se movía con la lenta corriente, con los reflejos y la quietud profunda del agua.

Era una cosa extraña experimentar una sensación tan grande de afecto, afecto no por alguna cosa o por alguien, sino la plenitud de lo que puede llamarse amor. Lo único que importa es sondear en la profundidad misma de ello, no con la pequeña mente tonta y sus incesantes murmullos del pensamiento, sino con el silencio. El silencio es el único medio o instrumento que puede penetrar en algo que elude a una mente contaminada.

Nosotros no sabemos lo que es el amor. Conocemos sus síntomas, el placer, la ansiedad, la pena, etcétera. Tratamos de resolver los síntomas, lo cual se vuelve un vagar en medio de la oscuridad. Gastamos en esto los días y las noches, y pronto ello termina en la muerte.

Mientras uno estaba allí, a la orilla del lago, contemplando la belleza del agua, todos los problemas humanos, los problemas de las instituciones, la relación del hombre con el hombre (que es la sociedad), todo ello encontraría su lugar exacto si uno pudiera penetrar silenciosamente en esta cosa que llamamos amor.

Hemos hablado muchísimo sobre ello. Todo joven dice que ama a alguna mujer, el sacerdote a su dios, la madre a sus hijos, y por supuesto, el político juega con ello. En realidad, hemos estropeado la palabra cargándola de sustancia sin sentido, la sustancia de nuestros propios yoes estrechos y mezquinos. En este contexto pequeño, limitado, tratamos de encontrar lo otro y, dolorosamente, retornamos a nuestra confusión y desdicha de todos los días.

Pero eso estaba allí, en el agua, en todo lo que había alrededor, en la hoja, en el pato que trataba de deglutir un gran trozo de pan, en la mujer inválida que pasaba... No era una identificación romántica ni una aguda verbalización racionalizada, sino que estaba allí, tan real como ese automóvil o ese barco.

Es lo único que dará respuesta a todos nuestros problemas. No, no una respuesta, porque entonces no habría más problemas. Tenemos problemas de todas clases y tratamos de resolverlos sin ese amor, y así se multiplican y crecen. No hay manera de aproximarse al amor o de retenerlo, pero a veces, si permanecemos al borde del camino o junto al lago, observando una flor o un árbol o al granjero labrando la tierra, si permanecemos en silencio, no soñando ni fantaseando ni sintiéndonos cansados, sino en un intenso silencio entonces tal vez el amor llegue a nosotros.

Cuando llegue, no tratemos de retenerlo, no lo atesoremos como una experiencia. Una vez que nos toque ya no volveremos a ser los mismos. Dejemos que sea eso lo que actúe y no nuestra codicia, nuestra ira o nuestra justa indignación social. El amor es realmente muy bravío, indómito, y su belleza nada tiene de “respetable”.

Pero nunca lo queremos, porque sentimos que podría ser demasiado peligroso. Somos animales domesticados, dando vueltas en una jaula que hemos construido para nosotros mismos, una jaula con sus contiendas, sus disputas, sus imposibles líderes políticos, sus gurús que explotan nuestra vanidad y la de ellos mismos con gran refinamiento o con bastante crudeza. En la jaula podemos tener anarquía u orden, el que a su vez cede su puesto al desorden. Y esto ha continuado por muchos siglos, avanzando explosivamente y retrocediendo, modificando los patrones de la estructura social, terminando tal vez con la pobreza aquí o allá. Pero si establecemos que todo esto es lo más esencial, entonces perderemos lo otro.

Permanezcamos solos de vez en cuando y, si somos afortunados, el amor podría llegar a nosotros en una hoja que cae o desde aquel distante árbol solitario en medio de un campo vacío.

Del *Boletín* 1, Krishnamurti Foundation (KF), 1968

## *Morir para todo lo de ayer*

La muerte es sólo para los que tienen un lugar de descanso. La vida es un movimiento en la relación y el afecto; la negación de este movimiento es muerte. No tengan refugio en lo externo ni en lo interno; posean una habitación o una casa o una familia, pero no permitan que ello se convierta en un escondite, en un escape de sí mismos.

El puerto seguro que nuestra mente ha fabricado mediante el cultivo de la virtud, de la superstición o la creencia, mediante la ingeniosa capacidad o las actividades, traerá inevitablemente la muerte. Uno no puede escapar de la muerte si pertenece a este mundo, a la sociedad de la que forma parte. El hombre que murió en la casa de al lado o a miles de millas de distancia, es uno mismo. Al igual que uno, durante años se ha estado preparando con gran cuidado para morir. Al igual que uno, llamaba vivir a una lucha, a la desdicha o a un buen espectáculo divertido. Pero la muerte está siempre ahí, vigilando, aguardando. Sólo aquel que muere cada día, está más allá de la muerte.

Morir es amar. La belleza del amor no se encuentra en los recuerdos del pasado ni en las imágenes del mañana. El amor no tiene pasado ni futuro; la que los tiene es la memoria, que no es amor. El amor con su pasión está más allá del orden de la sociedad que somos cada uno de nosotros. “Uno” muere, y el amor está ahí.

La meditación es un movimiento en lo desconocido y de lo desconocido. Uno no existe, sólo está el movimiento. Uno es demasiado pequeño o demasiado grande para este movimiento que no tiene nada detrás ni delante de sí. Es esa energía que el pensamiento-materia no puede alcanzar. El pensamiento es perversión porque es producto del ayer; está preso en las redes de los siglos y por eso es confuso, carente de claridad. Hagamos lo que hagamos, lo conocido no puede alcanzar lo desconocido. La meditación es un morir para lo conocido.

Uno ha de mirar y escuchar desde el silencio... El silencio no es la terminación del ruido; el incesante clamor de la mente y el corazón no concluye en el silencio; éste no es un producto ni un resultado del deseo o de la voluntad. La totalidad de la conciencia es un inquieto, ruidoso movimiento dentro de las fronteras de su propia hechura. Dentro de estas fronteras, el silencio o la quietud no son más que la momentánea cesación del parloteo; ése es el silencio tocado por el tiempo. El tiempo es memoria y para él el silencio es corto o largo, puede medirlo, darle espacio y continuidad, y entonces se convierte en un juguete más. Pero esto no es el silencio. Todo lo que está compuesto por el pensamiento se encuentra dentro del área del ruido, y el pensamiento no puede en modo alguno callarse. Puede construir una imagen del silencio y ajustarse a ella rindiéndole culto como a tantas otras imágenes que ha fabricado, pero su fórmula del silencio es la negación misma de éste, sus símbolos son la negación de la realidad. El propio pensamiento debe callar para que el silencio sea. El silencio existe siempre en el presente, lo cual no ocurre con el pensamiento. Este, siendo siempre viejo, no puede penetrar en el silencio, que es siempre nuevo. Lo nuevo se convierte en lo viejo cuando es tocado por el pensamiento. Uno ha de hablar y mirar desde este silencio. Lo verdaderamente anónimo surge de este silencio, y no hay otra humildad que ésa. Los vanidosos son siempre vanidosos, aunque se pongan las vestiduras de la humildad, con lo cual se vuelven duros y susceptibles. Pero desde este silencio la palabra “amor” tiene un significado por completo diferente. Este silencio no está ahí afuera, sino que se encuentra donde no existe el ruido del pensamiento.

Sólo la inocencia puede ser apasionada. Los inocentes no tienen penas ni sufrimientos, aunque hayan tenido un millar de experiencias. No son las experiencias las que corrompen la mente, sino lo que dejan tras de sí, el residuo, las cicatrices, los recuerdos. Estos se acumulan, se amontonan unos sobre otros y entonces empieza el dolor. Este dolor es tiempo. Donde existe el tiempo no hay inocencia. La pasión no nace del dolor. El dolor es experiencia, la experiencia de la vida cotidiana, la vida de angustias y placeres fugaces, de temores y certidumbres. Uno no puede escapar de las experiencias, pero éstas no necesitan echar raíces en el terreno de la mente. Tales raíces originan problemas, conflictos y lucha constante. No hay otra manera de salir de esto que morir cada día para todo lo de ayer. Sólo la mente clara puede ser apasionada. Sin pasión no podemos percibir la brisa entre las hojas ni ver la luz del sol sobre el agua. Sin pasión no hay amor.

El ver es acción. El intervalo entre el ver y la acción implica pérdida de energía.

El amor sólo puede existir cuando el pensamiento está quieto. Esta quietud no puede ser, en modo alguno, fabricada por el propio pensamiento. El pensamiento sólo puede producir imágenes, fórmulas, ideas, pero esta quietud jamás puede ser alcanzada por el pensamiento. Este es siempre viejo, mientras que el amor no lo es.

El organismo físico tiene su propia inteligencia, la cual se embota con los hábitos del placer. Estos hábitos destruyen la sensibilidad del organismo, y es esta falta de sensibilidad la que embota la mente. Una mente semejante puede estar alerta en una dirección estrecha y limitada y ser, sin embargo, insensible. La profundidad de una mente así es mensurable y se halla presa en imágenes e ilusiones. Su única brillantez es su propia superficialidad. La meditación requiere un organismo liviano e inteligente. La relación mutua entre la mente meditativa y su organismo es un ajuste constante de la sensibilidad, porque la meditación necesita libertad. La libertad es su propia disciplina. Sólo en la libertad puede haber atención. Darse cuenta de la intención es estar atento. La atención completa es amor. Sólo ella puede ver, y el ver es la acción.

El deseo y el placer terminan en dolor, y en el amor no hay dolor. Lo que sufre es el pensamiento, el pensamiento que da continuidad al placer, lo nutre y le comunica fuerza. El pensamiento busca perpetuamente el placer y, de ese modo, invita al dolor. La virtud que cultiva el pensamiento es el recurso del placer, y en ello hay esfuerzo y logro. La bondad no florece en el suelo del pensamiento sino en la libertad con respecto al dolor. La terminación del sufrimiento es amor.

Del *Boletín* 4 (KF), 1969

## *El parque*

Era un parque muy amplio de varios acres, que se encontraba poco más allá de una extensa ciudad, en los suburbios. Un parque con grandes árboles y sombras profundas, tamarindos, mangos, palmeras y árboles cubiertos de flores. Había color por todas partes y un estanque con lirios.

Se veían arbolitos de semillero recién plantados, que crecerían hasta convertirse en árboles altísimos. El parque estaba rodeado por rotas alambradas de púas y uno tenía que expulsar a unas cabras que penetraban en él y, en ocasiones, también a una o dos vacas.

La casa era grande, no demasiado cómoda, y la habitación daba a un césped que necesitaba riego dos veces al día porque el sol era muy fuerte para la tierna hierba. Y siempre había pájaros: papagayos, mirlos maina, capuchinos, un gran pájaro moteado de larga cola que acostumbraba venir y picotear las bayas, y también un ave de color amarillo muy brillante que entraba y salía como un relámpago entre las hojas.

Se estaba tranquilo en ese parque, pero todas las madrugadas, alrededor de las cuatro y media, se oían canciones, un sonido estruendoso de radios que llegaba del otro lado del río y fragmentos de un cántico en sánscrito, pues era un mes de fiesta. Este cántico era bello, pero el resto de la música resultaba más bien exasperante. Una tarde, en el barrio pobre que se encontraba a unos centenares de yardas, estuvieron tocando música de cine en un gramófono al volumen más alto posible; ello continuó hasta la noche y alcanzó su culminación cerca de las nueve.

Se celebraba una reunión política, brillaban luces de neón y un orador estaba perorando. Aparentemente, prometía las cosas más extravagantes. Era tan voluble como sus oyentes, quienes votarían luego según sus propios caprichos. Fue realmente una diversión que se prolongó por varias horas.

La música religiosa habría de comenzar nuevamente en la madrugada. Por encima de las palmeras se veía la Cruz del Sur y sobre la tierra reinaba el silencio.

El político buscaba obtener, a través de sí mismo, poder para su partido. El deseo de dominar, de imponerse y ser obedecido, parece muy íntimamente ligado al hombre. Uno observa esto en un niño pequeño y en lo que llamamos el hombre maduro -el deseo con todas sus sutilezas, sus fealdades y su crueldad-. Los dictadores, los sacerdotes y el jefe de familia, ya sea hombre o mujer, todos parecen exigir esta obediencia. Asumen la autoridad que han usurpado o recibido de la tradición, o que les otorga la circunstancia de ser más viejos. Este patrón se repite en todas partes.

Poseer y ser poseído es entregarse a esta estructura del poder. Desde la infancia, mediante la comparación y la medida, se fomenta este deseo de poder, posición y prestigio. De esto surge el conflicto, la lucha por conseguir cosas, por alcanzar el éxito y realizarse. Y el hombre que reclama para sí tanto respeto, muestra falta de respeto hacia los demás. Al ejecutivo con su gran automóvil se lo respeta, y él, a su vez, siente mucho respeto por el automóvil más grande, la casa más grande, la renta más grande.

Lo mismo ocurre con la estructura religiosa del sacerdocio y también con la jerarquía de los dioses. Las revoluciones tratan de acabar con eso, pero pronto se repite el mismo patrón con los dictadores a la cabeza. La exhibición de humildad se vuelve una cosa muy fea en este estilo de vida.

La obediencia es violencia, y la humildad no tiene relación con la violencia. ¿Por qué un ser humano ha de tener este temor, este respeto y esta falta de respeto? Tiene miedo de la vida con todas sus incertidumbres y ansiedades y teme a los dioses de su propia mente. Es este temor el que conduce al poder y a la agresión.

El intelecto es consciente de este temor pero no hace nada al respecto, y así construye una sociedad, una iglesia, donde este temor con sus múltiples escapes se alimenta y sostiene. El temor no puede ser vencido por el pensamiento porque es el pensamiento el que ha engendrado el temor. Sólo cuando el pensamiento se halla en silencio, hay posibilidad de que el temor llegue a su fin. El hombre competidor que tiene poder, obviamente carece de amor aunque pueda tener una familia e hijos a los que afirma amar.

Es éste, realmente, un mundo de gran dolor y, para amar, tiene uno que estar fuera de él. Estar fuera es estar solo, no comprometido con el mundo.

Del *Boletín* 5 (KF), 1970

## *El problema del vivir*

MALIBÚ, CALIFORNIA, 3 DE MARZO DE 1970

Las montañas estaban plenas de soledad. Había estado lloviendo de vez en cuando y las montañas, que con la luz eran verdes, se habían vuelto casi azules y en su plenitud hacían que los cielos se vieran ricos y hermosos. Reinaba un gran silencio, que era casi como el sonido de las rompientes cuando uno paseaba por la playa sobre la arena húmeda. Cerca del océano no había silencio excepto en el propio corazón, pero entre las montañas, en ese sendero sinuoso, el silencio estaba en todas partes. No podía oírse allí el ruido de la ciudad, el rugir del tráfico y el tronar de las olas.

Siempre nos sentimos perplejos con respecto a la acción, y ésta se vuelve más y más desconcertante cuando uno ve la complejidad de la vida. Hay muchísimas cosas que hacer y algunas requieren acción inmediata. El mundo que nos rodea está cambiando rápidamente -sus valores, su moralidad, sus guerras y su paz-. Nos sentimos completamente perdidos frente a la necesidad de una acción inmediata. Sin embargo, siempre nos preguntamos qué deberíamos hacer al enfrentarnos con el enorme problema del vivir. Hemos perdido la fe en muchas cosas: en los líderes, en los maestros, en las creencias. Y a menudo deseamos que haya algún principio claro que ilumine el camino o una autoridad que nos diga lo que debemos hacer. Pero en lo profundo del corazón sabemos que ello sería algo pasado y muerto. Y volvemos, invariablemente, a preguntarnos de qué se trata todo eso y qué es lo que debemos hacer.

Como puede uno observar, siempre hemos actuado desde un centro, un centro que se contrae y se expande. A veces es un círculo muy pequeño y otras es amplio, exclusivo y totalmente satisfactorio. Pero siempre es un centro de aflicción y dolor, de alegrías fugaces y desdicha -el pasado fascinante o penoso-. Es un centro que la mayoría de nosotros conoce consciente o inconscientemente, y en este centro tenemos nuestras raíces y desde él actuamos. La pregunta acerca de qué debemos hacer, ahora o mañana, se formula siempre desde el centro y la respuesta debe ser siempre reconocible por el centro. Habiendo recibido la respuesta, ya sea de otro o de nosotros mismos, procedemos a actuar conforme a la limitación del centro. Es como un animal atado a un poste: su acción depende del largo de la cuerda. Esta acción nunca es libre y, por tanto, siempre hay daño, confusión y dolor.

Al percatarse de esto, el centro se pregunta: ¿Cómo he de estar libre, libre para vivir de manera feliz, plena, sin limitaciones, y para actuar sin dolor ni remordimientos? Pero ése sigue siendo el centro formulando la pregunta. El centro es el pasado. El centro es el "yo" con sus actividades egoístas, el cual sólo conoce la acción en términos de recompensa y castigo, de logro o fracaso, y en términos de sus propias motivaciones, causas y efectos. Está preso en esa cadena y la cadena es el centro y la prisión.

Hay otra acción que llega cuando existe un espacio sin centro, una dimensión en la que no hay causa y efecto. Desde ella, el vivir es acción. Aquí, al no haber un centro, cualquier cosa que se haga es libre, gozosa, sin dolor ni placer. Este espacio y esta libertad no son el resultado del esfuerzo y el logro, pero cuando el centro se termina, existe lo otro.

Entonces preguntaremos: ¿Cómo puede el centro terminar, qué he de hacer para acabar con él, qué disciplinas, qué sacrificios, qué grandes esfuerzos he de realizar? Ninguno. Sólo ver sin opción alguna las actividades del centro, no como un observador, no como alguien que desde afuera mira lo interno, sino sólo observar sin el censor. Entonces puede que uno diga: no puedo hacerlo, estoy mirando con los ojos del pasado. Démonos cuenta, pues, de que miramos con los ojos del pasado y permanezcamos con ello. No

tratemos de hacer nada al respecto; seamos sencillos y sepamos que, cualquier cosa que intentemos hacer, solamente fortalecerá el centro y será una respuesta de nuestro propio deseo de escapar.

De este modo no hay escape ni esfuerzo ni desesperación. Entonces puede uno ver la plena significación del centro y el inmenso peligro que representa. Y eso es suficiente.

Del *Boletín* 6 (KF), 1970

## *El roble*

Esa mañana el roble estaba muy quieto. Era un árbol enorme en el bosque; tenía un tronco gigantesco y sus ramas, muy por encima del suelo, se extendían en todas direcciones. Quieto, estable e inconmovible, era parte de la tierra, como los otros árboles que lo rodeaban. Los otros alborotaban con el viento, jugaban con él y cada hoja pertenecía al viento. Las pequeñas hojas del roble también jugaban con el viento, pero había una gran dignidad y profundidad de vida que uno percibía al observarlo. La hiedra se adhería a muchos de los árboles y llegaba hasta la cima misma de las ramas más altas, pero en el roble no había ninguna. Hasta los pinos tenían adherida esta hiedra que, si le fuera permitido, los destruiría. Y allí, en el bosquecillo, había siete u ocho altas e imponentes secoyas que debieron ser plantadas hace siglos. Estaban rodeadas de rododendros, y durante la primavera el bosquecillo era un santuario no sólo para pájaros y conejos, faisanes y pequeños animales, sino para los seres humanos que se interesaban en llegar hasta allí. Uno podía sentarse quietamente por una hora con los narcisos y las azaleas y contemplar el cielo azul a través de las hojas. Era un lugar encantador y todos estos grandes árboles eran amigos de uno, si es que uno quería amigos.

Era un lugar de rara belleza, aislado, tranquilo, y la gente aún no lo había estropeado. Es extraño cómo los seres humanos profanan la naturaleza con sus matanzas, su ruido y su vulgaridad. Pero aquí, con las secoyas y el roble y todas las flores primaverales, esto era realmente un santuario para la mente quieta, para una mente estable y firme como esos árboles -no debido a alguna creencia, algún dogma, ni por la dedicación a algún propósito; la mente libre no necesita de estas cosas-. Uno miraba los árboles, tan extraordinariamente quietos en esa tarde. El camino se hallaba muy lejos y no podía oírse el ruido de los vehículos; de la casa cercana no llegaba sonido alguno y el silencio era total. Aun la brisa se había detenido y no se agitaba ni una sola hoja. El nuevo pasto de primavera era de un verde delicado, uno apenas se atrevía a tocarlo. La tierra, los árboles y el faisán que lo vigilaba a uno, eran indivisibles. Todo formaba parte de ese extraordinario movimiento de la vida y el vivir, cuya profundidad el pensamiento jamás podrá alcanzar. El intelecto puede tejer un montón de teorías, puede construir alrededor de ello una estructura filosófica, pero la descripción no es lo descrito. Si usted se sentara quietamente, muy lejos de todo el pasado, entonces quizá podría sentir esto; no usted sintiéndolo como un ser humano separado, sino más bien porque la mente se hallaría tan completamente silenciosa que habría una inmensa percepción alerta sin la división del observador.

Y si paseando se alejara a poca distancia, encontraría una granja con enormes cerdos, montañas de carne rosada, resoplante, lista para el mercado. (Ellos dijeron que era un negocio muy bueno y lucrativo). Usted vería a menudo un camión subiendo por un sendero áspero y sinuoso de la granja, y al día siguiente habría menos cerdos. ("Pero necesitamos vivir", dijeron ellos...). Y la belleza de la tierra ha sido olvidada.

Del *Boletín* 8 (KF), 1970

## *La libertad es orden*

Si usted es un habitante de la ciudad, tal vez nunca ha experimentado la extraña amenaza de un bosque poco frecuentado. Era un refugio de ciervos, muy próximo a la fea ciudad con su ruido, su suciedad, su escualidez y sus calles y casas superpobladas. Muy pocas personas venían a este bosque. Raramente se cruzaba uno con alguien, excepto uno o dos aldeanos, y éstos eran personas muy calladas, no conscientes de su propia importancia. Desgastados por el trabajo, retraídos, se los veía delgados, más bien famélicos, y había dolor en sus ojos.

Este refugio se hallaba rodeado de altos postes con alambrada de púas, y los ciervos que moraban allí eran tan tímidos como las serpientes. Solían verlo a uno cuando llegaba y suavemente desaparecían entre los arbustos. Había ciervos moteados, llenos de dulce encanto e infinitamente curiosos; pero el temor que sentían por el hombre era más fuerte que su curiosidad. Algunos eran considerablemente grandes. Luego estaban los

ciervos negros, con cuernos que se arrollaban rectamente en espiral. Eran aun más tímidos que los anteriores. Y más allá de la cerca de alambre había otros completamente mansos. Acostumbraban permitir que uno se aproximara mucho a ellos, claro que sin tocarlos; pero en realidad no sentían ningún temor. A veces se detenían para mirarlo a uno, erectas las orejas y azotando sus largas colas. Los que estaban dentro del espacio cercado solían reunirse a la tarde en un pequeño prado. Podía verse tal vez alrededor de un centenar. En este bosque nada era muerto por el hombre, ni los pájaros ni las serpientes ni, por supuesto, los ciervos.

Uno raramente veía las serpientes pero había muchas, tanto de las inofensivas como de las variedades más peligrosas. Un día, mientras paseábamos, vimos una serpiente sobre un pequeño montículo hecho por las hormigas. Subimos hasta acercarnos mucho a ella, como a un par de pies de distancia. Era grande, larga, brillante a la luz del atardecer, y su negra lengua se proyectaba de atrás para adelante. Unos labriegos que pasaban dijeron que se trataba de una cobra y que debíamos alejarnos de ella.

La primera tarde que estuvimos en este refugio percibimos muy intensamente la amenaza del bosque. El sol se había puesto y estaba muy oscuro. Uno sentía cómo esta amenaza lo cercaba acompañándolo a lo largo de todo el camino. Pero al segundo y tercer día fuimos muy bienvenidos.

Los hombres cuerdos no necesitan disciplina; sólo los que carecen de equilibrio, al ser tentados, necesitan la restricción, la resistencia. Los que son cuerdos se dan cuenta de sus deseos, de sus impulsos, y la tentación ni siquiera les viene a la mente. Los sanos son fuertes sin tener conciencia de ello. Son sólo los débiles los que conocen su propia debilidad, y de este modo vienen las incitaciones y la lucha contra la tentación. De hecho no existen las tentaciones si uno mantiene los ojos abiertos, no sólo el ojo mental sino también el sensorio. Los que están inatentos quedan enredados en los problemas que genera su inatención. Ello no quiere decir que el hombre cuerdo y sano carezca de deseos. Para él eso no es un problema. El problema aparece sólo cuando el pensamiento convierte el deseo en placer.

Es contra esta búsqueda de placer que el hombre levanta resistencia porque se da cuenta de que en ello está involucrado el dolor; o bien son el ambiente, la cultura, los que han engendrado en él el miedo al placer continuo.

La resistencia en cualquiera de sus formas es violencia, y toda nuestra vida se basa en esta resistencia. La resistencia se convierte entonces en disciplina. La palabra "disciplina", como tantas otras palabras, está densamente cargada y se interpreta conforme a las distintas culturas, comunidades o familias. Disciplina significa aprender. Aprender no implica ejercitarse, amoldarse, imitar. Aprender acerca de la conducta, del modo de actuar en la relación, es estar libre para observarse a sí mismo, para observar la propia conducta.

Pero este vernos a nosotros mismos tal como somos resulta imposible si negamos la libertad. Por lo tanto, la libertad es necesaria para aprender acerca de cualquier cosa, acerca del ciervo, de la serpiente y también acerca de uno mismo.

El adiestramiento militar y la conformidad al sacerdote son la misma cosa, y la obediencia es resistencia a la libertad. Es extraño que no hayamos podido ir mucho más allá del estrecho campo que implican la represión, el control, la obediencia y la autoridad de los libros. Porque en todo esto la mente no puede florecer jamás. ¿Cómo puede florecer cualquier cosa en la oscuridad del miedo?

Sin embargo, uno debe tener orden; pero el orden de la disciplina, de la ejercitación, es la muerte del amor. Uno debe ser puntual, considerado. Pero si esta consideración es forzada, se vuelve superficial, una mera cortesía formal. El orden no puede encontrarse en la obediencia. Existe un orden absoluto, como en las matemáticas, cuando comprendemos el caos de la obediencia. No es que primero esté el orden y después la libertad, sino que la libertad es orden.

Carecer de deseos es carecer de orden, pero comprender el deseo con su placer es ser ordenado.

Ciertamente, en todo esto la única cosa que genera un orden exquisito (sin el ejercicio de la voluntad, que es conformismo, adaptación, afirmación propia) es el amor. Y sin amor, el orden establecido es anarquía.

Uno no puede cultivar el amor, de modo que uno no puede cultivar el orden. No se puede inculcar el orden en un ser humano. De esta inculcación surgen la agresión y el miedo.

Por lo tanto, ¿qué es lo que uno ha de hacer? Nosotros vemos todo esto, vemos el daño infinito que el hombre está haciendo al hombre. No vemos lo extraordinariamente positivo que es negar; la negación de lo falso es la verdad. No es que uno sustituya la negación por la verdad, sino que el mismo acto de negar es la verdad. El ver es la acción, y uno no tiene que hacer nada más.

Del *Boletín* 10 (KF), 1974

## *Inteligencia y acción instantánea*

Era muy temprano en la mañana y el valle estaba lleno de silencio. El sol aún no se había levantado detrás de los cerros y los picos nevados se veían oscuros. Durante muchos días el sol había sido brillante, fuerte y bastante caluroso. Eso no duraría, y aunque esta mañana el cielo era nuevamente muy azul y el sol comenzaba a tocar los picos nevados, hacia el oeste aparecieron nubes oscuras. El aire era limpio. A esa altura las montañas parecían muy cercanas. Permanecían aisladas, solas, y existía tanto ese extraño sentimiento de proximidad como la sensación de una distancia inmensa. Mientras uno las contemplaba era consciente de la edad de la tierra y de la propia impermanencia. Uno moriría y todo eso seguiría existiendo, las montañas, los cerros, los verdes campos y el río. Siempre estarían ahí, y uno con sus preocupaciones, sus insuficiencias y su dolor llegaría a su fin.

Es siempre esta impermanencia la que ha hecho que el hombre buscara algo más allá de las colinas y lo revistiera con permanencia, con divinidad, con belleza, con lo que él no posee en sí mismo. Pero esto no da respuesta a sus angustias, no mitiga sus males ni su dolor. Por el contrario, otorga nueva vida a su violencia y a sus crueldades. Sus dioses, sus utopías, su culto del Estado, no ponen fin a su sufrimiento.

Desde el abeto, la urraca había visto al pequeño ratón cruzando rápidamente el camino y en un segundo lo atrapó y se lo llevó consigo. Sólo se escuchaba el sonido de lejanos cencerros y de un torrente que se precipitaba bajando hacia el valle; pero lentamente la tranquila mañana se fue perdiendo en el ruido de los camiones y de martillazos que venían desde el otro lado de la carretera, donde estaban levantando una nueva casa.

¿Existe en absoluto la individualidad? ¿O solamente una masa colectiva de variadas formas de condicionamiento? Después de todo, lo que llamamos individuo es el mundo, la cultura, el medio social y económico. Él es el mundo y el mundo es él; y todo este mal y esta desdicha comienzan cuando él se separa a sí mismo del mundo y persigue su talento o ambición particular y sus propias inclinaciones y placeres. Nosotros no parecemos comprender profundamente que somos el mundo, no sólo en el nivel obvio, sino también en el núcleo de nuestro ser. Al satisfacer un talento particular pensamos que nos estamos expresando como individuos y, resistiendo cualquier forma de intromisión, insistimos en “realizarnos”. No es el talento, el placer o la voluntad lo que nos hace ser individuos. La voluntad, por pequeño que sea el talento que uno tenga, y el impulso del placer forman parte de esta estructura del mundo.

No sólo somos esclavos de la cultura en que nos han educado; también somos esclavos de la vasta nube de desdicha y dolor de toda la humanidad, esclavos de la enormidad de su confusión, su violencia y brutalidad. Jamás parecemos prestar atención al dolor acumulado del hombre ni nos damos cuenta de la terrible violencia que se ha estado concentrando generación tras generación. Nos interesamos con toda razón en el cambio externo, en la reforma de la estructura social con su injusticia, su pobreza y sus guerras, pero tratamos de cambiar eso ya sea por la violencia o por la lenta vía de la legislación. Entretanto hay pobreza, hambre, guerra y el daño que el hombre ocasiona al hombre. Parecemos descuidar totalmente y no prestamos atención a estas vastas nubes que el hombre ha estado acumulando por siglos y siglos: dolor, violencia, odio y las diferencias artificiales de religión y raza. Están ahí, como la estructura externa de la sociedad está ahí, tan reales, tan vitales y efectivos. Descuidamos estas acumulaciones ocultas y nos concentramos en las reformas exteriores. Esta división es tal vez la causa principal de nuestra decadencia.

Lo importante es considerar la vida no como un movimiento interno y externo, sino como una totalidad, un movimiento total e indiviso. Entonces la acción tiene un significado por completo diferente, porque no es parcial. Es la acción fragmentada o parcial la que se suma a la nube de desdicha. El bien no es lo opuesto del mal. El bien no tiene relación alguna con el mal, y uno no puede perseguir el bien. El bien florece sólo cuando no existe el sufrimiento.

¿Cómo podrá el hombre desenredarse a sí mismo de esta confusión, de esta violencia y este dolor? Ciertamente no mediante el ejercicio de la voluntad con todos sus factores, su determinación, su resistencia y su conflicto. La percepción y la comprensión de esto son inteligencia. Es esta inteligencia la que termina con todas las combinaciones de dolor, violencia y conflicto. Es como ver un peligro. Entonces hay una acción instantánea, no la acción de la voluntad, que es el producto del pensamiento. El pensamiento no es inteligencia. La inteligencia puede usar el pensamiento, pero cuando el pensamiento procura apoderarse de la inteligencia para sus propios usos, entonces se vuelve astuto, dañino, destructivo.

De modo que la inteligencia no es mía ni de nadie en particular. No pertenece al político, al maestro o al salvador. Esta inteligencia no es mensurable. Es realmente un estado de la nada.

Del *Boletín* 11 (KF), 1971

*El río*
AMSTERDAM, HOLANDA, MAYO DE 1968

Aquí el río era especialmente ancho, profundo y limpio. Más arriba estaba la antigua ciudad, muy antigua, tal vez la más vieja del mundo. Pero se hallaba como a una milla de distancia y toda su suciedad parecía haber sido lavada por el río, cuyas aguas eran sumamente límpidas, sobre todo en medio de la corriente. En esta ribera había muchísimas construcciones que no eran particularmente hermosas, pero en la otra margen se veía trigo de invierno recién sembrado, porque el río alcanza unos veinte o treinta pies durante la estación de las lluvias y, por tanto, la tierra es rica en ambas orillas. Y más allá de las márgenes había aldeas, árboles, campos de trigo y una gran variedad de grano alimenticio.

Era una región hermosa, abierta, llana, que se extendía hacia el horizonte. Los árboles especialmente -tamarindos, mangos- eran muy viejos, y en las tardes, justo cuando el sol se ponía, parecía caer sobre la tierra una sensación extraordinaria de paz, una bendición que jamás puede encontrarse en ningún templo o iglesia.

De este lado, a la orilla del río había cuatro sannyasis, monjes, cada uno vendiendo sus propias mercancías -sus dioses-. Vociferaban y alrededor de ellos se había reunido una multitud. Pero el que más gritaba repitiendo palabras en sánscrito, estaba cubierto de abalorios y otras insignias de su profesión y atraía a mayor cantidad de personas; y pronto uno vio cómo los otros monjes se escabullían dejando solamente a éste con sus dioses, sus cánticos y sus rosarios.

La imaginación y el romanticismo niegan el amor, porque el amor es su propia eternidad. El hombre ha buscado a través de distintos dioses, ideologías y esperanzas algo que no estuviera atado al tiempo. El nacimiento de un nuevo bebé no es una indicación de algo eterno. La vida viene y se va. Existe la muerte, hay sufrimiento y todo el daño que el hombre puede hacer; y este movimiento de cambio, deterioro y nacimiento sigue estando dentro del círculo del tiempo.

El tiempo es pensamiento, y el pensamiento es producto del pasado. Lo que tiene continuidad, la causa que produce el efecto y el efecto que a su vez se convierte en la causa, es parte de este movimiento del tiempo. El hombre ha estado preso en esta trampa del tiempo, y utiliza todos los ardides del romanticismo y la imaginación para producir una imitación de lo que llama eternidad. Y desde esto surge el deseo (con su placer) por alcanzar la inmortalidad, un estado sin muerte que él espera experimentar a través de las imágenes de la mente.

Las religiones han ofrecido una falsificación de lo verdadero. Las personas más serias se dan cuenta de todo esto y del daño que lo falso ocasiona. Existe un estado que no es imaginación ni fantasía romántica, que no pertenece al tiempo ni es producto del pensamiento y la experiencia. Pero para dar con él debemos desprendernos de todas las monedas falsas que hemos atesorado, enterrarlas tan profundamente que ningún otro pueda encontrarlas. Por que el otro piensa que debe pasar por todas esas cosas que hemos desechado, y es por eso que esas cosas ya descartadas jamás deben ser encontradas por otro. Porque de lo contrario, surge la imitación y las monedas falsas vuelven a acuñarse. Negarlas no requiere esfuerzo ni una fuerte voluntad ni la atracción de algo más grande; uno las desecha muy sencillamente porque ve su futilidad, su peligro, su inherente capacidad de causar perjuicio y su vulgaridad.

La mente no puede fabricar esa cosa llamada eternidad, tal como no puede cultivar el amor. Ni la eternidad puede ser descubierta por una mente que la está buscando. Y la mente que no la busca, es una mente malgastada. La mente es una corriente, muy profunda en el centro y muy superficial en la periferia, como el río que tiene una fuerte corriente en el medio y agua quieta en sus orillas.

Pero la corriente profunda tiene tras sí el caudal de la memoria, y esta memoria es la continuidad que atraviesa la ciudad, que se ensucia y que queda limpia nuevamente. El caudal de la memoria provee la fuerza, el impulso, la agresión y el refinamiento. Es esta memoria profunda la que se reconoce como las cenizas del pasado, y es esta memoria la que tiene que llegar a su fin.

No hay método para terminar con ella ni moneda con la cual poder comprar un nuevo estado. El ver todo esto es su terminación. Es sólo cuando este inmenso caudal llega a su fin que hay un nuevo comienzo. La palabra no es lo real; lo que la palabra mide niega lo verdadero.

Del *Boletín* 12 (KF), 1971-2

*¿Qué es la relación?*

El anuncio decía que el vuelo aún no había partido de Milán a causa de la niebla y que todos debíamos aguardar pacientemente por una hora o más; y aguardamos. Ibamos todos a Roma y en la sala de espera había una gran multitud: los muy elegantes, los de pelo largo y los de pelo corto; un joven abrazaba a una muchacha sin tomar en cuenta para nada a todos los demás, y otro joven con una guitarra comenzó a rasguearla. Algunos fumaban y se bebía mucho. El lugar era caluroso y había un olor intenso a perfume barato.

¿Qué es la relación? ¿Qué relación hay entre ese joven y la muchacha, o entre esa mujer elegante y su marido, o entre aquella de mayor edad y su hijo, que se veía aburrido y a quien llevaban al extranjero para mostrarle las viejas ciudades de Italia? ¿Cómo puede haber relación entre un hombre y una mujer, o con cualquiera, si uno es ambicioso y está absorbido por esa ambición, completamente centrado en sí mismo? Es evidente la dureza en los rostros de aquellos cuyas actividades giran totalmente en torno del "yo" y el "tu". Puede haber un contacto físico, y es probable que toda la relación, la superficial y la que llaman profunda, se limite a eso. ¿Cómo puede uno estar relacionado con otro si uno es receloso, si piensa que siempre está en lo correcto y jamás admite el sentimiento de estar equivocado? Ese hombre con su antiguo orgullo de raza o su imaginada importancia, ¿qué relación puede tener excepto una física o superficial? ¿Cómo pueden dos personas neuróticas que viven en la misma casa y se llaman a sí mismas marido y mujer, tener alguna clase de relación? Hay parejas aparentemente felices, donde ambos han ido creciendo juntos a través del infortunio, la pena y el dolor, con sus múltiples remordimientos y fracasos... Uno diría que fueron felices en su relación, tanto en lo físico como en lo demás, ¿pero cómo puede haber relación alguna con el otro si el "yo" es de primordial importancia, si uno es celoso, arrogante, y el otro es complaciente? Es obvio que no puede existir una buena relación con ninguna de estas personas.

Hay personas que están completamente absortas la una en la otra, que hacen cosas juntas, con muy pocos intereses externos, que se satisfacen con vivir en la misma habitación y que ni una tarde salen de su casa. Una relación así es tal vez muy inusual, pero la vida no es sólo una buena relación. Es mucho más, es algo inmensamente superior al movimiento satisfactorio de una feliz relación personal. Estar verdaderamente relacionado con otro sólo es posible cuando la ambición, la desconfianza, la competencia, el sentido de posesión, con todas sus amarguras, enojos y frustraciones, se hallan por completo ausentes.

Una relación así es rara, pero sin tal rareza la vida queda atrapada en trivialidades. La vida incluye la muerte, el amor, la comprensión del placer y algo que está mucho más allá de todo esto. La "verdad" del analista o el mito en que se complacen las personas religiosas no tiene, obviamente, nada que ver con la realidad. Sin dar con esa realidad, por buena que pueda ser una relación, forzosamente tiene que permanecer siendo superficial, fortuita o basarse en la complacencia y la resistencia. Sin ese sentido de la belleza de lo verdadero, la relación se vuelve inevitablemente un proceso limitativo.

Pero las personas en la sala de espera, aburridas, molestas ante la demora, no hubieran deseado ninguna otra clase de relación que la que tenían.

Un escritor muy conocido intervino en nuestra conversación y, yendo más allá de lo circunstancial, comenzamos a hablar de cosas serias, del sufrimiento humano, de la increíble mitología de la Iglesia y de la explotación del hombre durante tantos siglos mediante una idea que él llama la Verdad, Dios; y también hablamos de las diversas divisiones políticas que el escritor, como comunista, sostenía que eran la única solución. Preguntamos si el sufrimiento, el conflicto de los celos en el amor, el afán posesivo y la demanda de poder y posición pueden ser resueltos por un dictamen político. "¡Oh!", dijo él, "yo no sufro, ellos están sufriendo; esto es el amor, este conflicto, estos celos, este antagonismo y este temor... sin esto el amor no existe".

Justo entonces la voz en el altoparlante dijo que debíamos abordar nuestro vuelo. Pronto nos elevamos a treinta mil pies, y debajo de nosotros estaba el Monte Blanco y, en seguida, Génova, Florencia y las curvadas bahías del azul Mediterráneo. Era un bello día, claro, resplandeciente, lleno de luz.

Del *Boletín* 13 (KF), 1972

## *La mente mediocre*

MALIBÚ, CALIFORNIA, DICIEMBRE DE 1971

Había estado lloviendo durante varios días, un aguacero constante, y del nordeste soplaban fuertes vientos. Pero esta mañana era perfectamente clara: cielo azul, sol cálido. Y también el mar era azul.

Sentado en el automóvil, en medio de un distrito comercial, uno miraba todas esas tiendas llenas de tantas cosas y miraba a la gente entrando y saliendo de prisa, comprando toda clase de mercancías. En el

mundo occidental era la gran festividad, y el ruido, el bullicio, el incesante parloteo de la gente parecía llenar el aire y en los comercios todos se veían muy ansiosos y hambrientos de comprar cosas.

Observando esto, el maravilloso cielo azul, el mar tranquilo y a todas estas personas con su codicia y sus ansiedades, uno se pregunta dónde va a terminar todo. Y se pregunta por qué el mundo ha llegado a esto, a ser tan completamente burgués, si es que uno puede utilizar esa palabra. Yo no sé cómo la traducen ustedes, qué significa esa palabra para ustedes. Pueden darle un significado muy superficial e ignorarla o pueden examinar cuáles son sus implicaciones. ¿Por qué esta mente estrecha, limitada y mezquina pisotea y parece conquistar todas las otras mentes y sentimientos y actividades del mundo? ¿Qué es un burgués? Uno usa esa palabra más bien con vacilación, debido a que tiene tantas alusiones políticas y es empleada de manera desdeñosa por tanta gente. Y existe la sensación de que esa gente, en su desdén, es parte de lo que desprecia. Sería, pues, interesante descubrir qué significa ser un burgués. Obviamente, es una persona para quien la propiedad, el dinero y el interés propio son dominantes aunque ella misma pueda no poseer propiedades ni gran cantidad de dinero ni estar apegada a ello. Hay muchas personas así en el mundo. En el campo religioso y en el mundo de los artistas e intelectuales también persiste el interés propio. Por lo tanto, es posible que una mente burguesa sea este factor del interés propio. Además, esa expresión "interés propio" es más bien difícil de definir. Tiene tantos significados sutiles que hay muchos modos de interpretarla. Pero si uno puede observarla, penetrar en ella un poco más profundamente, el interés propio, por amplio que pueda ser, por más que se extienda a muchos campos, tiene una cualidad y una actividad restringidas, una acción limitadora y restrictiva.

El hombre religioso, el monje, el sannyasi puede haber renunciado a las cosas mundanas -propiedad, dinero, posición e incluso, tal vez, prestigio-, pero su interés propio sólo ha sido transferido a un nivel más alto. El se identifica a sí mismo con su salvador, con su gurú, con su creencia. Y esta misma identificación, este empeño en dedicar todos sus pensamientos y sentimientos a una figura, a una imagen, a alguna esperanza mítica, constituye el interés propio. Por lo tanto, donde hay interés propio uno tendería a pensar que está la raíz misma de este terrible nacionalismo, esta división de la gente, de razas, de países. Un interés propio semejante origina la estrechez de la mente, de modo que ésta pierde elasticidad y es incapaz de una acción ágil, perceptiva. El técnico tiene una ágil adaptabilidad en el campo de la técnica; puede cambiar de una técnica a otra, de un negocio a otro, e incluso de una creencia a otra o de una nacionalidad a otra, pero estas limitadas adaptabilidad y elasticidad de la mente no ofrecen libertad. ¿Cómo puede un hombre que se ha consagrado a una creencia o ideología particular, tener una mente y un corazón infinitamente flexibles, como una brizna de hierba que se doblega pero que, no obstante, permanece sin romperse? De modo que el burgués es una persona que está apegada a la propiedad, al dinero y al interés propio. Puede usted preguntarle a su esposa o a su amigo si en la relación de ustedes hay interés propio. Si usted quiere que ella o él se ajusten a la imagen que tiene de ellos, eso es interés propio. Pero no tener imagen alguna y, sin embargo, señalar ciertos hechos físicos o psicológicos, eso no es interés propio.

Considerando todo esto, el cielo azul, su extensión, y viendo donde el mar y el cielo se juntan en el horizonte en esa línea recta, maravillosa, y contemplando todo el turbulento ajetreo de las compras para la festividad en que ustedes matan árboles, pájaros y animales, y observando a todas estas personas que fuman, beben y flirtean viajando en costosos o pequeños automóviles, pregúntese a sí mismo: ¿Soy un burgués? Usted puede ser un artista, un político, un hombre de negocios o cualquier persona común dedicada a su pequeño empleo, o puede ser una mujer en la cocina o en la oficina; cualquier cosa que sea, si hay alguna clase de interés propio en su relación con otro, en la posición que ocupa o en alguna creencia o ideología, entonces inevitablemente tiene usted una mente pequeña, estrecha y mezquina. Puede estar haciendo una buena labor, puede ser generoso en su ayuda a otros o puede estar lo que se llama felizmente casado; puede hablar de amor, puede amar a su mujer, a sus hijos o a sus amigos, pero si existe alguna clase de destructivo interés propio, está ahí el sello de la mediocridad, que da una importancia tan grande a la propiedad, a la posición, al dinero y al poder. Esta pequeña mente mezquina no puede ir más allá del muro, de las barreras que el hombre ha erigido en torno de sí mismo.

Y así, sentado en el automóvil mientras aguardaba a alguien, con el cálido sol en los rostros de todos, uno miraba a todas esas personas y se preguntaba qué pasó con la humanidad. Los jóvenes caen en una rutina tanto como los viejos. Cambian las modas y así cambian también los hábitos arraigados. Pero estar preso en cualquier tradición, en cualquier condicionamiento, no da a la mente esta extraña condición de elasticidad. De nuevo, esa palabra necesita explicación. La mente, o la conciencia, puede expandirse con grandes conocimientos, con la experiencia, con el sufrimiento o con una gran felicidad. El placer no ayuda a la elasticidad de la mente; la felicidad lo hace. Pero la persecución de la felicidad, o la persecución del disfrute que se convierte en placer, impide cualquier clase de libertad, de rapidez y elasticidad mental. Como dijimos, la mente puede moverse de técnica en técnica, de trabajo en trabajo, de acción en acción, de una creencia a

una nueva ideología, pero esto no es realmente elasticidad. Mientras la mente esté atada o ligada a cualquier punto, a cualquier experiencia o conocimiento, no puede ir muy lejos. Y como el contenido de la conciencia compone la conciencia, el mismo contenido impide la libertad, la rapidez, el maravilloso sentido del movimiento. El contenido de la conciencia se convierte en interés propio. El contenido puede ser la importancia que usted da a un mueble o a alguna técnica o a alguna creencia o experiencia; esa experiencia, ese conocimiento, ese incidente se vuelven el centro del interés propio. Vaciar la conciencia de todo su contenido es tener un movimiento total en percepción y acción.

Del *Boletín* 14 (KF), 1972

## *Estar solo*

La meditación es el acto de estar solo. Este acto es por completo diferente de las actividades del aislamiento. La naturaleza misma del "yo", del sí mismo, del ego, es el aislamiento propio, ya sea a través de la concentración, de las diversas formas o métodos de meditación o de las separativas actividades cotidianas. Pero estar solo no es retirarse del mundo. El mundo del hombre es gregario, es la relación mutua de influencias, de opiniones y del peso de la tradición. Es el entretenimiento del pensar y la actividad del ensimismamiento. Esto conduce inevitablemente a la soledad y desdicha del autoaislamiento.

Estar solo es posible únicamente cuando la mente se halla fuera de la influencia que ejerce la sociedad, cuando uno está internamente libre del desorden social. Esta libertad es virtud, y la virtud está siempre sola; la moralidad social es la continuación del desorden. La meditación consiste en trascender este desorden, no en el placer personal de visiones o experiencias expendidas. Estas experiencias son siempre aisladoras.

El amor no es separativo, y así como el amor no puede ser cultivado, la soledad no es cosa del pensamiento. Cuando hay libertad con respecto a las actividades del pensar, la soledad llega tan naturalmente como la salida del sol.

El sol del atardecer daba ahora sobre el césped nuevo y había esplendor en cada brizna de hierba. Las hojas primaverales estaban justo por encima de uno, tan delicadas que no se las sentía al tocarlas, tan vulnerables que un niño podía arrancarlas al pasar. Y se veía el cielo azul sobre los árboles y cantaban los mirlos. El agua del canal estaba tan quieta que, literalmente, uno no podía distinguir entre el reflejo y lo real. Había un nido de patos con media docena o más de huevos en su interior, a los que la madre había cubierto con hojas secas. Cuando uno regresó pudo verla sentada sobre ellos aparentando que no estaban allí. Y después, mientras uno seguía caminando a lo largo de ese canal, en medio de las ramas altas con esas maravillosas hojas nuevas, había otra pata con una docena o más de polluelos que la rodeaban, probablemente salidos del cascarón esa misma mañana. Algunos serían devorados durante la noche por las ratas, porque cuando uno volvió al día siguiente echó de menos a unos cuantos. La pata en su nido seguía estando allí. Era una tarde hermosa, llena de esa extraña gloria que es el corazón de la primavera. Uno permanecía allí sin un solo pensamiento, sintiendo cada árbol y cada brizna de hierba y escuchando ese autobús que pasaba cargado de gente.

Después de todo, se está volviendo cada vez más difícil estar solo aun físicamente. Las personas, en su mayoría, no quieren estar solas, tienen miedo de estar solas; se hallan ocupadas y desean estar ocupadas desde el instante en que se despiertan hasta que se van a dormir. Y aun entonces son perturbadas por los sueños. Y aquellos que viven solos en cuevas o, como los monjes, en sus celdas, nunca están solos, porque viven con sus imágenes, sus pensamientos y las prácticas que les prometen una futura realización. Jamás están solos; están repletos de conocimientos y de la oscuridad de la cueva o la celda en que viven.

Uno tiene que ser realmente un extraño, sin pertenecer a nada ni a nadie. Pero ustedes no pueden abrirse camino sino luchando, y entonces siguen perteneciendo a algo. La acción misma de abrirse camino luchando es la acción que hace funcionar a la sociedad. De modo que no existen ni lo externo ni lo interno. Tan pronto se da uno cuenta de que está afuera, está adentro. Por lo tanto, debe morir para la sociedad, de manera que la nueva vida aparezca sin que uno sea consciente de ello. Lo nuevo no es una experiencia; reconocer lo nuevo es ser lo viejo. Y así, aunque viva uno en medio de la sociedad, marcha por la vida solo.

Del *Boletín* 21 (KF), 1974

## *El cántaro jamás puede llenarse*

La meditación es como ir a un pozo cuyas aguas son inagotables, llevando un cántaro que está siempre vacío. El cántaro jamás puede llenarse. Lo que importa es beber las aguas y no cuán lleno está el cántaro. El cántaro debe ser roto para beber el agua. El cántaro es el centro que está siempre buscando, y así jamás puede encontrar.

Buscar es negar la verdad que está justo frente a nosotros. Nuestros ojos deben ver lo que está más cerca, y el ver eso es un movimiento que no tiene fin. El que busca proyecta aquello que busca, y así vive en una ilusión, esforzándose siempre dentro de los límites de su propia sombra. No buscar es encontrar; y el encontrar no está en el futuro, está ahí, donde no miramos. El mirar es siempre el presente y en él tienen lugar toda vida y toda acción.

La búsqueda es un impulso personal que proviene del centro: lograr algo, pertenecer o aferrarse a algo. En la investigación de esto hay libertad desde el comienzo mismo; mirar es liberarse del peso del ayer.

Del *Boletín* 22 (KF), 1974

## *La naturaleza de la humildad*

La humildad es la esencia de la austeridad. Reconocer la humildad es negarla. Uno sólo puede reconocer la vanidad. Podemos ser conscientes de nuestra vanidad, pero no podemos ser conscientes de la humildad. La austeridad, la austeridad del monje o del santo, es el cruel movimiento del devenir, el cual es ilusión. Esta crueldad pertenece a la violencia, la imitación, la obediencia, en las que no existe lo anónimo. El monje y el santo pueden adoptar un nombre diferente, pero este nombre es el manto que cubre las heridas del conflicto. Y eso es igual con cada uno de nosotros, porque todos somos idealistas. Conocemos la vanidad y no podemos conocer la humildad. Nuestra humildad es lo opuesto de la vanidad, y todos los opuestos se contienen el uno al otro. El devenir, el "llegar a ser", por secreto o anónimo que sea, jamás puede encontrarse en la naturaleza de la humildad. La humildad no tiene opuesto, y sólo las cosas que tienen opuesto pueden reconocerse entre sí.

Negar el orgullo no es conocer la humildad. Morir para lo conocido es lo positivo de lo desconocido. Uno puede morir para lo conocido conscientemente, deliberadamente, con pleno conocimiento de todas sus implicaciones, pero no podemos conocer aquello que no es conocible. No podemos conocer algo desconocido como la humildad. En el campo del devenir, el movimiento es de lo conocido a lo conocido; cuando morimos a esto, aparece otra cosa que no puede ser abarcada por una mente que aún se encuentra dentro de las limitaciones de lo conocido: la memoria, la experiencia, el conocimiento. El "ser" no es la terminación del "llegar a ser". Cuando es reconocido como "ser", sigue siendo parte del "llegar a ser", del devenir, en el cual están implicados el esfuerzo, la desdicha y la confusión.

La meditación no es un truco de la mente que se enfrenta a un problema insoluble y entonces se obliga a sí misma a permanecer quieta. Es obvio que una mente aturdida se ha vuelto insensible, irresponsable y, por tanto, incapaz de ver nada nuevo. Y lo nuevo no es lo opuesto de lo viejo.

La meditación es el descubrimiento de todo este proceso del devenir y del ser -la negación del devenir a fin de ser-. Una mente meditativa puede ver todo esto de una sola mirada, y esta mirada no incluye en absoluto el tiempo. Ver la verdad no es una cuestión de tiempo; o la vemos o no la vemos. La incapacidad de ver no puede volverse capaz de ver.

Por lo tanto, la negación es el movimiento de la meditación, y no hay camino ni sendero ni sistema que puedan conducir a una mente superficial y parlanchina hasta las alturas de la bienaventuranza. El ver esto instantáneamente es la verdad que libera de sí misma a la mente superficial.

Y la humildad está siempre al principio, pero no hay principio ni final. Y esto es bienaventuranza más allá de toda medida.

Del *Boletín* 24 (KF), 1974-5

## *Meditación y amor*

Todo el sentido de la meditación es no seguir el sendero que el pensamiento ha trazado hacia lo que considera que es la verdad, la iluminación o la realidad. No hay sendero hacia la verdad. El seguir cualquier

sendero conduce hacia lo que el pensamiento ya ha formulado y que, por placentero o satisfactorio que sea, no es la verdad. Es una idea falsa pensar que un sistema de meditación, la práctica constante de ese sistema en determinados momentos de nuestra vida cotidiana o su repetición durante el día, traerá consigo claridad o comprensión. La meditación está mucho más allá de todo esto y, como el amor, no puede ser cultivada por el pensamiento. En tanto exista el pensador para meditar, la meditación es meramente una parte de ese aislamiento propio que es el movimiento corriente de nuestra vida cotidiana.

El amor es meditación. El amor no es un recuerdo, una imagen sustentada como placer por el pensamiento, ni es la imagen romántica que fabrica la sensualidad; es algo que está más allá de todos los sentidos y más allá de las presiones económicas y sociales de nuestra vida. La realización inmediata de este amor que no tiene raíces en el ayer, es meditación; porque el amor es la verdad y la meditación es el descubrimiento de la belleza de esta verdad. El pensamiento no puede descubrir esto. Nunca puede decir: “He descubierto” o “He capturado ese amor que es del cielo”.

Del *Boletín* 29 (KF), 1976

## *Meditación y experiencia*

¿Hay una experiencia nueva en la meditación? El deseo de experiencia, de una experiencia más elevada que esté más allá de lo cotidiano o lo vulgar, es lo que mantiene vacía la fuente. El anhelo de más experiencias, de visiones, de una percepción superior, de una realización u otra, hace que la mente mire hacia afuera, lo cual no difiere de su dependencia del medio y de la gente. Lo curioso de la meditación es que un acontecimiento no se convierte en una experiencia. Está ahí, como una nueva estrella en los cielos, sin que la memoria se apodere de él y lo retenga, sin el habitual proceso de reconocimiento y respuesta en términos de agrado y desagrado. Nuestra búsqueda se dirige siempre a lo externo; la mente que busca cualquier experiencia se está moviendo en lo externo. El movimiento hacia lo interno no es búsqueda en absoluto, es percepción. La respuesta es siempre repetitiva, porque siempre procede del mismo banco de memoria.

Del *Boletín* 31 (KF), 1977

## *A un hombre joven*

Era un hombre joven, recién casado, y dijo que el trabajo que tenía no era muy bueno pero les daba a él y a su esposa dinero suficiente para vivir. Se había educado en una universidad, tenía una mente en cierto modo aguda y pertenecía a una de esas antiguas comunidades para las que una vida religiosa era mucho más significativa que la que ofrecía el mundo.

“Mi educación”, continuó diciendo, “ha hecho que mi mente sea más bien lerda. Esa educación ha cultivado mi memoria y probablemente nada más. He recibido varios títulos pero todo eso me ha dejado un poco árido y vacío. Me parece estar perdiendo todo sentimiento, todo interés, y creo que estoy cayendo en una rutina; y puedo ver que mis actividades sexuales también se están volviendo parte del mismo patrón. No sé qué hacer. Después de escucharlo el otro día, pensé que tal vez conversando de estas cosas con usted podría librarme del peso muerto de mi trabajo y de mis hábitos cotidianos. Como soy bastante joven podría cambiar mi trabajo, pero sé que por interesante que el otro pudiera ser, pronto se convertiría en una rutina. Mi esposa y yo hemos conversado sobre esto. Ella no pudo venir esta mañana, así que hablo por ella tanto como por mí mismo”. Él tenía una sonrisa agradable y la sociedad todavía no lo había destruido.

La rutina y el hábito constituyen nuestra vida de todos los días. Algunos son conscientes de sus hábitos, otros no. Si uno llega a darse cuenta de los hábitos -el movimiento repetitivo de la mano o de la mente-, puede ponerles fin con relativa facilidad. Pero lo importante en todo esto es comprender, no intelectualmente, el mecanismo de la formación de hábitos que gradualmente destruye o embota todo sentimiento. Este mecanismo es el enorme letargo que forma parte de nuestra herencia, tal como ocurre con la tradición. No queremos que se nos perturbe y es este letargo el que genera la rutina. Una vez que hemos aprendido algo, funcionamos conforme a lo que ya conocemos, añadiendo más a lo ya conocido o modificándolo.

El miedo al cambio fortalece el hábito, no sólo físicamente sino también en las mismas células cerebrales. Así, una vez que nos hemos establecido en una rutina continuamos en ella, como una vagoneta a lo largo de sus rieles. Damos las cosas por sentadas en todas las relaciones y éste es uno de los mayores factores

de insensibilidad. De ese modo, el hábito se convierte en algo natural. Entonces decimos: ¿Por qué debe uno prestar atención a estas cosas que hacemos todos los días? Y así, la inatención cultiva el hábito y entonces estamos atrapados. Después comienza el problema de cómo librarnos del hábito. Y entonces hay conflicto. ¡Y de esta manera el conflicto se vuelve el estilo de vida que aceptamos naturalmente!

Así, cuando vemos todo esto -todas las modalidades del hábito, que implica funcionar según la memoria establecida, operar desde esa memoria-, cuando nos damos cuenta claramente de esto, entonces nos encontramos con el placer. Porque, después de todo, lo que deseamos profundamente es el placer y todos nuestros valores se basan en él. El placer es el factor constante por el cual estamos dispuestos al sacrificio, el que defendemos, por el que aceptamos ser violentos, etcétera. Pero, si observamos el placer, pronto veremos que también éste se convierte en un hábito y, cuando ese hábito del placer es negado, hay inquietud, pena y sufrimiento. Y para evitar esto caemos en otra trampa del placer. Uno puede acostumbrarse a la belleza o a la fealdad, a la belleza de un árbol o a la suciedad del camino. Colgamos una pintura en la habitación y la contemplamos, y pronto ello se ha vuelto un hábito. O, como hacen muchas personas, cambiamos la pintura esperando con eso mantener la agudeza de visión. Este es meramente otro truco para vencer la insensibilidad.

Éste es, pues, el modo de vida que hemos aceptado. Es lo que está ocurriendo con nosotros de la mañana a la noche y también durante la noche. Así que la totalidad de la conciencia es mecánica en el sentido de que es un movimiento, una actividad constante dentro de los límites del placer y el dolor. Para ir más allá de estos límites el hombre ha intentado muchas vías diferentes. Pero pronto de reduce todo a la monotonía del hábito y el placer; y si uno dispone de energía, se vuelve exteriormente muy activo. Ahora bien, todo el sentido de esto es ver, de hecho, no verbalmente, qué es lo que de verdad ocurre. Ver no verbalmente significa ver sin el observador, porque el observador es la esencia del hábito y la contradicción, que son memoria. De modo que el ver jamás es habitual, porque el ver no se acumula. Cuando vemos desde la acumulación, vemos a través de los hábitos. Por lo tanto, el ver es acción sin hábito.

Después de todo, el amor no es un hábito, mientras que el placer lo es. Así que el acto de ver es la única cosa natural; ver la natural herencia animal en nosotros, que es violenta, agresiva y competitiva. Si uno puede comprender esta única cosa que es realmente de importancia primordial -el acto de ver-, entonces no hay acumulación como el "yo", lo "mío", entonces no hay formación de hábitos, con la rutina y el fastidio que todo ello implica. Por consiguiente si logramos, ver lo que es, podemos amar.

Del *Boletín* 36 (KF), 1979

## *El amor no es pensamiento*

GSTAAD, SUIZA, 3 DE AGOSTO DE 1981

El valle corre de este a oeste; en el este termina adelgazándose hacia un cañón estrecho con una montaña de seis mil pies de altura sobre la que aparece el sol de la mañana proyectando sombras profundas y un silencio infinito. Hay un viejo roble que tiene unos cuantos centenares de años, el cual, dorado e inmóvil, atrapa el sol matinal. Es pasmosa la quietud de las hojas más altas. La paloma torcaza comienza su largo, suave y peculiar arrullo, que contesta su pareja. Y ha empezado el día. El búho real había cesado en su ulular cuando el temprano amanecer primaveral mostraba los contornos de la montaña rocosa y las largas líneas de los cerros arbolados. Antes de que el sol se levantara, grandes silencios parecían cubrir la tierra. ¡Y qué bella era la tierra, intemporal en su vastedad! Es nuestra tierra, nuestra y no de algún grupo, comunidad o nación. Es nuestra, pertenece a cada uno de nosotros.

La carretera está bien construida, es suave, ancha, sin demasiadas curvas agudas a medida que asciende atravesando millas y millas de naranjales bien conservados e interminables huertos de aguacates que bajan a las hondonadas y suben por la ladera de los cerros, todo lo cual debe ser regado y cuidado. El valle está saturado con el aroma de los aguacates y de las flores de naranjos. La carretera pasa por el lugar más alto, quizás a unos cinco mil pies, y luego desciende lentamente internándose en el desierto. El automóvil se detuvo en el punto más alto de la carretera. Hacia el sur los enormes y altos cerros estaban cubiertos de árboles, arbustos y flores de color púrpura y amarillo. Hacia el norte no había árboles; todo era rocoso, vasto, extendiéndose hasta el horizonte completamente intacto, cada roca tal como debe de haber sido por un millar de años. Espacio inmenso e inconmensurable silencio.

La solitud es una cosa y estar solo es otra. La solitud puede ser aislamiento, un escape, una cosa no deseada; pero estar solo, sin las cargas de la vida, con esa libertad total en la que el tiempo/pensamiento jamás ha existido, es ser uno con el universo. Cuando se es un solitario hay una soledad desesperada, una sensación

de estar abandonado, perdido, anhelando fervientemente alguna clase de relación, como un barco perdido en el mar. Toda nuestra actividad diaria conduce a este aislamiento con sus interminables conflictos y desdichas, intercalados con algunos raros momentos de felicidad. Este aislamiento es corrupción, que se manifiesta en la política, en los negocios y, por supuesto, en las religiones organizadas. La corrupción existe en los niveles muy altos y en los peldaños más bajos. Estar atado a algo o a alguien es corrupción. También conduce a ella cualquier forma de apego, ya sea que se trate de una creencia, una fe, un ideal, una experiencia o alguna conclusión. La corrupción psicológica es el factor común en lo humano. El dinero, la posición, el poder, son las respuestas superficiales de la corrupción interna, que implica el creciente deseo de placer, la imagen que el pensamiento construye en torno del movimiento del deseo. La corrupción es fragmentación.

En ese vasto espacio entre el cielo claro, azul, y la belleza de la tierra, la conciencia ha tocado a su fin. Todos los sentidos están completamente despiertos al aire puro, al aroma del desierto y de las flores distantes, al movimiento del lagarto sobre la roca caliente y al silencio total. No era sólo el silencio de las grandes alturas, ni ese silencio extraño que reina justo después de la puesta del sol o el que parece descender sobre la tierra con el comienzo del amanecer, lejos de todas las ciudades y los pueblos ruidosos, sino que era también el silencio profundo que jamás ha sido tocado por el ruido del pensamiento. Era ese silencio que no tiene medida, un silencio de tal pureza y claridad que llega mucho más allá de todo el movimiento de la conciencia. El tiempo, literalmente, se había detenido.

Ese silencio nos acompañó mientras el auto corría descendiendo entre los huertos y las arboledas. Allí comenzaban la civilización, la increíble vulgaridad, el brutal atolondramiento y la impudicia de los humanos, cada cual afirmando su presencia, y los ricos exhibiendo su poder y su voluntad. Hasta ese excelente motor parecía haber enmudecido súbitamente, lo cual es, por supuesto, un disparate. Los diarios de la mañana exponían en sus editoriales cuál sería el efecto de una bomba nuclear si alguna vez explotaba sobre una gran ciudad: varios millones de personas muertas, la sociedad en ruinas y el caos primordial. Y así sucesivamente, horror sobre horror. Y la humanidad deposita su fe en los políticos y en los gobiernos...

Cualquier especialista, el cirujano, el arzobispo, el cocinero o el plomero, sólo usa una parte de su cerebro, limitando así su actividad total. El político y el gurú emplean sólo una pequeña parte de la extraordinaria capacidad y energía del cerebro. Esta actividad limitada, parcial, está causando estragos en el mundo. Esa pequeña parte del cerebro es la que funciona en todas las religiones cuando repiten sus rituales, sus palabras sin sentido, sus ceremonias de dos mil o cinco mil años de tradición, como han sido programadas. Algunas lo hacen con gracia usando finas vestiduras, y otras con rudeza. Lo mismo sucede en los círculos del gobierno, la corrupción del poder. La pequeña parte puede acumular un gran conocimiento, pero ese mismo conocimiento sólo fortalece una parte del cerebro. El hombre no puede elevarse jamás mediante el conocimiento, porque éste nunca es completo, siempre está dentro de la sombra de la ignorancia.

La máquina superinteligente, la veloz computadora que está programada por expertos, alcanzará y dejará atrás al pensamiento humano con sus lentas capacidades; aprenderá más rápido, corrigiendo sus propios errores, resolviendo sus propios problemas. El ser humano no ha resuelto ninguno de sus problemas psicológicos, las cuestiones que se han vuelto tan complejas. Parece que ha estado cargándolos consigo desde la más remota antigüedad. Y todavía seguimos cargando estos problemas, problemas de gobierno, religión, relación, violencia, guerras y la contaminación del planeta. Y continuarán siendo insolubles mientras esté funcionando sólo una parte del cerebro, mientras uno esté programado como americano, inglés, francés, etcétera, mientras uno sea católico, hindú, musulmán... Al parecer, somos por completo inconscientes de lo condicionada y programada que está esa pequeña parte del cerebro. Y ello da a esta programación una sensación ilusoria de seguridad, una estructura verbal contra la barbarie. Pero el único bárbaro es el hombre; él mismo es la causa de toda la corrupción y el horror que tienen lugar en el mundo. Él es total y completamente responsable por todo lo que ocurre a su alrededor.

Esta pequeña parte del cerebro es nuestra conciencia; ella es la sede del tiempo, la medida, el espacio y el pensamiento. El tiempo es evolución, tanto biológica como psicológicamente; es el sol saliendo y poniéndose, es el sentido del devenir. La medida es “lo que es” y “lo que debería ser”, el ideal a ser alcanzado, el violento volviéndose pacífico, el constante y continuo lograr, llegar a ser; es la comparación, la imitación, la conformidad, lo mejor y lo máximo. El espacio es la vasta expansión de la tierra, de los cielos, y el pequeño espacio en las ciudades atestadas; y es el espacio, si es que hay alguno, en la conciencia. El pensamiento es el amo, es el factor dominante en la vida humana. No hay pensamiento oriental o pensamiento occidental, sólo hay pensamiento, que puede expresarse de muchos modos diferentes pero siempre sigue siendo el movimiento del pensar. El pensamiento es común a toda la humanidad, desde el hombre más primitivo al más altamente educado. El pensamiento ha puesto al hombre en la luna, ha construido la bomba atómica, ha edificado todos los templos, las grandes catedrales con todas las cosas que contienen y que llamamos sagradas: los rituales

elaborados, los dogmas, las creencias, la fe, etcétera. Ha construido la computadora y el programa que ésta lleva adentro. Ha ayudado a la humanidad de incontables modos diferentes, pero también ha engendrado las guerras e inventado todos los instrumentos de muerte. Ha proyectado ideales, enorme violencia, torturas, ha separado a la humanidad en naciones, clases e innumerables religiones que han dividido al hombre contra sí mismo y han puesto al hombre contra el hombre. El amor no es pensamiento con sus recuerdos e imágenes.

El pensamiento sostiene y nutre la conciencia. El contenido de la conciencia es el movimiento del pensar, que jamás se detiene, los deseos, los conflictos, los temores, la persecución de placeres, la pena, la soledad, el dolor. El amor, la compasión con su incorruptible inteligencia, está más allá de esta conciencia limitada, la que no puede dividirse en superior o inferior, porque lo alto o lo bajo sigue siendo conciencia, siempre ruidosa, siempre parloteando. La conciencia es toda tiempo, medida, espacio, porque nace del pensamiento. El pensamiento no puede, en ninguna circunstancia, ser total; puede especular acerca de lo total y complacerse en su verbalización y en la experiencia que ésta le proporciona, pero el pensamiento no puede jamás percibir la belleza, la inmensidad de lo total.

Porque el pensamiento es el hijo estéril de la experiencia y del conocimiento, el que nunca puede ser completo, total. Por lo tanto, el pensamiento será siempre limitado, fragmentado. Trata vanamente de resolver los problemas que el hombre ha ocasionado al hombre y, de este modo, los perpetúa cada vez más. Sólo cuando se da cuenta de su absoluta incapacidad para resolver psicológicamente los problemas y conflictos que ha originado, la percepción y el discernimiento pueden terminar con ellos.

Del *Boletín* 56 (KF), 1989

## *¿Qué significa la relación?*
SAANEN, SUIZA, AGOSTO DE 1981

El amor por los árboles es, o debería ser, una parte de nuestra naturaleza, como el respirar. Ellos son parte de la tierra como nosotros, están llenos de belleza y de un extraño retraimiento. ¡Tan quietos y espléndidos se los ve, tan repletos de hojas y de luz, proyectando largas sombras y desbordantes de júbilo cuando hay una tormenta! Cada hoja, aun las más altas, danza con la suave brisa, y las sombras son acogedoras bajo el intenso sol. Cuando uno se sienta con la espalda apoyada contra el tronco, si se queda muy quieto establece una relación perdurable con la naturaleza. Casi todas las personas han perdido tal relación; ven todas esas montañas, los valles, los torrentes, cuando pasan por allí en sus automóviles o cuando parloteando suben a pie por los cerros, pero están demasiado absortas en sus propios problemas como para permanecer en silencio y mirar. Una única columna de humo se eleva atravesando el valle, y abajo pasa un camión cargado con troncos de árboles recién talados que aún conservan su corteza. Un grupo de chicas y muchachos pasa cerca charlando y rompiendo la quietud del bosque.

La muerte de un árbol es bella en su final, a diferencia de lo que ocurre con el hombre. Un árbol muerto en medio del desierto, despojado de su corteza, pulido por el sol y el viento, con todas sus ramas desnudas abiertas a los cielos, es un espectáculo prodigioso. Una gran secoya, de muchos, muchos centenares de años, es talada en pocos minutos para hacer con ella cercas, bancos, para construir casas o abonar el suelo en un jardín. Ese maravilloso gigante ha desaparecido. El hombre está extendiendo más y más profundamente su dominio en los bosques, destruyéndolos para campos de pastoreo y residencias. Los animales salvajes están desapareciendo. Hay un valle rodeado por cerros que son tal vez los más viejos de la tierra, donde chitas, osos y ciervos que uno veía en otro tiempo, han desaparecido por completo. El hombre está en todas partes y destruye y contamina poco a poco la belleza de la tierra. En los lugares más inesperados están apareciendo los automóviles y los edificios altos. Cuando uno pierde su relación con la naturaleza y la vastedad de los cielos, pierde su relación con el hombre.

Vino con su esposa y sostuvo la mayor parte de la conversación. Ella era algo tímida, de aspecto inteligente. A él se lo veía más bien dominante y parecía agresivo. Dijo que había asistido a algunas de las pláticas después de leer uno o dos libros y que había escuchado algunos de los diálogos.

"En realidad hemos venido para discutir personalmente con usted sobre nuestro principal problema y espero que eso no le moleste. Tenemos dos hijos, un niño y una niña; afortunadamente para ellos, están en la escuela. No deseamos imponerles las tensiones que hay entre nosotros, aunque tarde o temprano habrán de sentirlas. Ambos nos queremos mucho; no usaré la palabra 'amar', puesto que he comprendido lo que usted entiende por esa palabra. Nos casamos bastante jóvenes; tenemos una hermosa casa con un jardín pequeñito. Nuestro problema no es el dinero. Ella tiene su propio dinero y yo trabajo, aunque mi padre me ha dejado

algo. No hemos acudido a usted como consejero matrimonial sino que deseamos discutir, si no tiene inconveniente, nuestra relación. Mi esposa es más bien reservada pero estoy seguro de que pronto intervendrá en la discusión. Nos hemos puesto de acuerdo en que yo debo empezarla. Estamos muy preocupados acerca de nuestra relación. Hemos hablado al respecto con mucha frecuencia pero nada ha surgido de ello. Después de esta introducción, la pregunta que quiero formularle es la siguiente: ¿Qué es lo que está mal en nuestra relación, o qué es una relación correcta?"

¿Qué relación tienen ustedes con esas nubes llenas de la luz del atardecer, o con esos árboles silenciosos? No es una pregunta improcedente. ¿Ven a aquellos niños que juegan en ese campo, aquel auto viejo? Cuando ven todo eso, ¿cuál es la reacción de ustedes, si se me permite preguntarlo?

"No estoy seguro de cuál es la reacción. Me gusta ver a los niños jugando. También a mi esposa le gusta. No tengo sentimientos especiales por esas nubes o ese árbol. No he pensado en ellos, probablemente jamás los he mirado".

Su mujer dijo: "Yo lo he hecho. Para mí significan algo pero no puedo expresarlo en palabras. Los niños que están allá podrían ser mis hijos. Después de todo, soy una madre".

Señor, mire realmente esas nubes y el árbol como si estuviera observándolos por primera vez. Mírelos sin que el pensamiento interfiera o divague. Mírelos sin nombrarlos como "nube" o "árbol". Sólo mírelos con los ojos y el corazón. Pertenecen a la tierra como nosotros, como esos niños e incluso como ese viejo automóvil. El nombrar mismo forma parte del pensamiento.

"Mirar todo eso sin verbalizarlo parece casi imposible. La forma misma es la palabra".

Por lo tanto, las palabras juegan un papel muy importante en nuestras vidas. Nuestra vida, al parecer, es una red de palabras complicadas y relacionadas entre sí. Las palabras ejercen un gran impacto sobre nosotros, palabras como "Dios", "democracia", "libertad", "totalitarismo", etcétera. Estas palabras evocan imágenes familiares. Las palabras "esposa" y "marido" forman parte corriente de nuestra vida cotidiana. Pero la palabra "esposa" no es realmente la persona viva con todas sus angustias y complejidades. De modo que la palabra jamás es lo real. Cuando la palabra adquiere máxima importancia, descuidamos lo real, el vivir.

"Pero yo no puedo escapar de la palabra y de la imagen que la palabra evoca".

Uno no puede separar la palabra de la imagen. La palabra es la imagen. Observar sin la palabra/imagen es el problema.

"Eso es imposible, señor".

Si uno puede señalarlo, usted no ha intentado seriamente hacer esto. La palabra "imposible" bloquea su capacidad de hacerlo. Por favor, no diga que es posible o imposible, simplemente hágalo. Volvamos a su pregunta: ¿Qué es una relación correcta? Uno está seguro de que usted descubrirá por sí mismo qué es lo correcto, cuando comprendamos la relación. ¿Qué significa la relación para usted?

"Déjeme pensarlo. Significa muchísimas cosas que dependen de las circunstancias. Un día es una respuesta determinada y otro día tiene un significado por completo diferente. Significa responsabilidad, fastidio, irritación, respuestas sensuales y el impulso de escapar de todo ello".

Esto es lo que usted llama relación. Consiste en diferentes grados de reacciones sensorias, de sentimientos, románticos si uno está predispuesto a ellos, ternura, apego, sensación de soledad, temor, etcétera (aprensión más que temor real). Esto es lo que llamamos relación con una u otra persona en particular. También nos relacionamos con nuestros ideales, esperanzas, experiencias, conclusiones. Todo esto es uno mismo y su relación con otro; y la otra persona es semejante a uno, aunque pueda ser exteriormente distinta en lo biológico, en lo cultural. ¿No indica esto, entonces, que usted está siempre activo en su egocentrismo y que ella está activa de una manera similar, que son dos líneas paralelas que nunca se encuentran?

"Estoy comenzando a ver lo que quiere usted decir, pero continúe, por favor".

Se vuelve evidente que no hay una verdadera relación. Uno se interesa básicamente en sí mismo, en su propio placer, entregándose a otro por la propia satisfacción, etcétera. Expongámoslo de un modo diferente: ¿Por qué los seres humanos están tan centrados en sí mismos, por qué son tan egoístas, ya sea conscientemente o en los más profundos escondrijos de su ser? ¿Por qué? Los animales no domesticados parecen no ser egocéntricos como los humanos. Si hemos de descubrir por nosotros mismos qué es una relación correcta, debemos investigar esta cuestión muy profundamente. Hay que experimentar la percepción sin motivo. La mayoría de nosotros encuentra difícil observar sin alguna clase de motivo. ¿Podemos examinar juntos, de manera muy objetiva, lo que realmente ocurre en una relación de dos personas, ya sea íntima o no? Casi todas las reacciones, especialmente aquellas que son dolorosas o placenteras, se registran en el cerebro, tanto a nivel consciente como a un nivel más profundo. Este registro prosigue desde la infancia hasta la muerte y, poco a poco, construye una imagen o una representación que cada persona tiene de sí misma. Si uno está casado o vive con alguien por un mes o por años, cada cual ha formado una imagen del otro -las ofensas,

las irritaciones, las palabras duras, los halagos, las respuestas sensuales, las observaciones intelectuales, el compañerismo y la ternura, la imaginación con sus satisfacciones y las asociaciones culturales-. Estas cosas forman las variables imágenes que son despertadas en diferentes circunstancias. Aparte de las relaciones físicas reales, estas imágenes deforman o niegan una profunda relación de amor, de compasión con su inteligencia.

"¿Cómo, entonces, de qué manera puede impedirse la formación de estas imágenes?"

¿No plantea usted una pregunta errónea, señor? ¿Quién es el que lo impide? ¿Acaso no es otra imagen o idea la que formula la pregunta? ¿No sigue usted operando con imágenes, de una imagen a otra? Preguntas así no llevan a ninguna parte. Cuando somos ofendidos o lastimados psicológicamente, tal como nos ocurre desde la infancia, las consecuencias de esa herida son obvias: tememos heridas ulteriores, nos apartamos construyendo un muro a nuestro alrededor, hay más aislamiento, etcétera; un proceso de neurosis. Cuando nos damos cuenta de ello, si observamos estas heridas, los conflictos, entonces instintivamente reclamamos un modo de impedir que se nos lastime. La imagen máxima es el "yo", con "Y" mayúscula y con "y" minúscula. Cuando uno capta el pleno significado de por qué el cerebro, el pensamiento, forma estas imágenes, la verdad de por qué estas imágenes existen, esa percepción misma disipa toda la formación de imágenes. Ésta es la libertad fundamental.

"¿Cuál es la razón de que el cerebro, o el pensamiento, como usted opina, forme estas imágenes?"

¿Es por seguridad? ¿Para estar a salvo de todo peligro? ¿Para tener certidumbre y evitar la confusión? Por pequeña que sea la parte del cerebro que está funcionando, para funcionar bien, eficientemente, tiene que sentirse segura, a salvo. Que esa certidumbre, esa seguridad, sea una ilusión o alguna invención del pensamiento (como lo son la fe y la creencia), carece realmente de importancia mientras esa parte limitada del cerebro se sienta asegurada, a salvo. En esta ilusión vivimos. Con la imagen, como lo son el nacionalismo y las imágenes que hay en todos los templos del mundo, vive el hombre y continúa con el conflicto, el placer, el dolor. Sólo cuando percibimos que ellas oscurecen e impiden nuestra verdadera y profunda relación con otro, o que están entre nosotros mismos y esa nube, ese árbol y aquellos niños, sólo entonces puede haber amor.

Del *Boletín* 56 (KF), 1989

## *La belleza es peligrosa*

SAANEN, SUIZA, 11 DE AGOSTO DE 1981

La belleza es peligrosa. De pie en ese cerro uno veía trescientas millas de los Himalayas, casi de horizonte a horizonte, con valles profundos, oscuros, pico tras pico cubiertos de nieves eternas, sin una sola casa a la vista, ni una aldea ni una choza. El sol tocaba las cumbres más altas y, repentinamente, toda la cadena de montañas estuvo ardiendo. Fue como si ardieran desde adentro, un resplandor de increíble intensidad. Los valles se oscurecieron más aún y el silencio era absoluto. La tierra quitaba el aliento en su esplendor. A medida que el sol se iba levantando desde el lejano este, la inmensidad, la total pureza de esas montañas majestuosas parecían tan cercanas que uno casi podía tocarlas, pero estaban a muchos cientos de millas de distancia.

Y comenzó el día. No es de extrañarse que el hombre les haya rendido culto; son sagradas, uno tiene que adorarlas de lejos. Todos los antiguos las convirtieron en dioses, porque aquí hicieron su morada los seres celestiales. Hoy se han convertido en pistas para carreras de esquí, con hoteles, piletas de natación y bullicio. Pero no entre aquellas nieves implacables e incorruptibles. La belleza es imperecedera e infinitamente peligrosa.

Al dejar ese impenetrable silencio y descender por la vereda rocosa, siguiendo más abajo por un torrente y pasando por muchas variedades de pinos y grandes cedros de la India, el sendero se ensanchaba cubriéndose de hierba. Era una mañana hermosa, apacible, con el aroma de un bosque exuberante. El sendero tomaba muchas curvas y estaba empezando a hacer calor. En los árboles cercanos había todo un grupo de monos con largas colas y cuerpos grises y peludos, cuyas caras brillaban en esa mañana soleada. Los críos se aferraban a sus madres y todo el grupo observaba, sin manifestar temor, a la solitaria figura. Vigilaban inmóviles. Y pronto apareció un grupo de sannyasis que bajaban cantando hacia una aldea distante. Su sánscrito era preciso y claro, indicando que provenían del lejano sur. El himno que cantaban estaba dedicado al sol de la mañana que da vida a todas las cosas y cuya bendición estuvo y está sobre todas las criaturas vivientes. Eran alrededor de ocho, tres o cuatro muy jóvenes, todos con las cabezas afeitadas, vestidos con túnicas azafranadas.

Caminaban controlados, cabizbajos, sin ver los grandes árboles, los miles de flores y los cerros suaves y apacibles, porque la belleza es peligrosa, puede despertar el deseo.

La aldea preparaba su comida de la mañana y en el aire se sentía el olor de las hogueras de leños. Los niños, recién bañados, se preparaban entre gritos y risas para ir a la escuela. En medio del ruido habitual de la aldea se percibía una sensación de triste fatiga. Ellos tenían a su sacerdote, su creyente y su no creyente.

Es curioso cómo los sacerdotes, desde tiempos inmemoriales, han condicionado al cerebro humano para que tenga fe, para que crea y obedezca. Estaban los doctos, los maestros, la ley. Por su conducta noble y responsable eran los guardianes sociales, los sostenedores de la tradición. Por medio del temor controlaban tanto a los reyes como al pueblo. En un tiempo se mantenían afuera y aparte de la sociedad, de modo que pudieran guiarla moral, estética y religiosamente. Poco a poco se volvieron los intérpretes entre Dios y el hombre. Tenían poder, posición y la inmensa riqueza de los templos, las iglesias y las mezquitas. En Oriente cubrían sus cuerpos con vestiduras sencillas distintamente coloreadas. En Occidente, sus vestiduras rituales se volvieron cada vez más simbólicas, más y más costosas. Luego estaban esos monjes sencillos en los monasterios y esos otros en los palacios. Los jefes religiosos, con su burocracia, mantenían a la gente en la fe, el dogma, los rituales y las palabras sin sentido. La superstición, la superchería, la hipocresía, se convirtieron en la moneda de todas las religiones organizadas de Oriente y Occidente. Y aquello que es lo más sagrado se fue por la ventana, no importa lo hermosa que fuera la ventana.

De modo que el hombre tiene que comenzar a descubrir de nuevo aquello que es eternamente sagrado, que nunca puede ser atrapado por el intérprete, el sacerdote, el gurú, o por los mercachifles de la meditación. Uno tiene que ser luz para sí mismo. Esa luz *jamás* puede sernos dada por otro, no puede dárnosla ningún filósofo o psicólogo, por mucho que lo respete la tradición.

La libertad consiste en permanecer solo, sin apegos ni temores, libre en la comprensión del deseo que engendra ilusiones. Existe una fuerza inmensa en el permanecer solo. Es el cerebro condicionado, programado, el que nunca está solo, porque está repleto de conocimientos. Lo que está programado, religiosa o tecnológicamente, es siempre limitado. Esta limitación es el factor principal de conflicto.

La belleza es peligrosa para un hombre de deseos.

Del *Boletín* 57 (KF), 1989

SEGUNDA PARTE

# PREGUNTAS Y RESPUESTAS

## *La meditación y el instante intemporal*

EXTRACTO DE UNA DISCUSIÓN SOSTENIDA EN NUEVA DELHI, 1956

*Interlocutor*: ¿Qué cosas incluye la meditación?

KRISHNAMURTI: La primera es vaciar la mente por completo de todo lo que ha conocido; la segunda, una energía no dirigida, no controlada. Luego, la meditación requiere la más elevada clase de orden, orden en el sentido de una completa terminación del desorden generado por la contradicción, y una condición de flexibilidad de la mente. Debemos descartar en absoluto la idea de practicar un método. El interrogante fundamental es si la mente, que incluye el corazón, el cerebro y todo el organismo físico, puede vivir sin distorsión ni compulsión alguna y, por lo tanto, sin ningún esfuerzo. Por favor, plantéese el interrogante a sí mismo. Todo esto es meditación.

Nuestras mentes están distorsionadas; han sido moldeadas por la cultura en que vivimos, por las estructuras religiosas y económicas, por el alimento que ingerimos, etcétera. A la mente se le da una forma definida, se la condiciona, y este condicionamiento es una distorsión. Sólo cuando no hay tal distorsión, una mente puede ver de manera completa, con claridad, pureza e inocencia. El primer paso es la capacidad de mirar -el arte de escuchar-, de mirar sin distorsión alguna, lo cual quiere decir que la mente ha de estar absolutamente quieta, sin un solo movimiento. ¿Puede la mente que se halla en constante movimiento estar completa y absolutamente silenciosa, sin ningún movimiento, sin método alguno, sistema, práctica ni control de ninguna clase que se imagine?

La mente debe vaciarse a sí misma de todo el pasado para volverse altamente sensible, y no puede ser sensible si existe la carga del pasado. Es sólo la mente que ha comprendido todo esto la que puede formular la pregunta. Y cuando formula la pregunta no obtiene una respuesta, porque no hay respuesta. La mente se ha vuelto altamente sensible y, por lo tanto, supremamente inteligente, y la inteligencia no tiene respuestas. Es, en sí misma, la respuesta. El observador no tiene cabida porque la inteligencia es lo supremo.

Entonces la mente ya no busca más, ya no desea tener experiencias más elevadas y, por consiguiente, no ejerce la capacidad de control. Vea la belleza de ello, señor. Debido a que es inteligente, la mente no controla. Opera, trabaja. Por lo tanto, en la acción misma de la inteligencia desaparece el estado dual. Todo esto es meditación. Es como una nube que comienza en la cima de un cerro con unas cuantas nubes pequeñas y, a medida que se va moviendo, cubre todo el cielo, el valle, las montañas, los ríos, los seres humanos, la tierra; lo cubre todo. Eso es la meditación, porque la meditación concierne a todo el vivir, no sólo a una parte.

Sólo entonces puede la mente estar quieta, sin un solo movimiento, y no mientras dura ese instante, porque ese instante no tiene duración, no pertenece al tiempo. El tiempo existe solamente cuando está el observador que experimenta ese silencio y dice: "Quiero tener más". Por lo tanto, ese instante de absoluto silencio e inmovilidad, por no pertenecer al tiempo, no tiene pasado ni futuro. En consecuencia, esa inmovilidad, esa quietud absoluta está más allá de todo pensamiento. Y ese instante, por ser intemporal, es eterno.

Una mente libre de toda distorsión es, de hecho, la verdadera mente religiosa, no una mente que va al templo o que lee los libros sagrados o que repite rituales, por bellos que puedan ser, no una mente repleta de imágenes que se le han impuesto o que ha creado por sí misma.

El vivir no está separado del aprender, y en esto hay una gran belleza. Porque, después de todo, el amor es eso. El amor es compasión, pasión, pasión por todo. Cuando hay amor no existe el observador, no hay dualidad, la dualidad del "tú" que me amas "a mí" y del "yo" que te amo "a ti". Sólo hay amor, ya sea amor por uno solo o por mil; sólo existe el amor.

Cuando hay amor, usted no puede obrar mal, haga lo que haga. Pero nosotros tratamos de hacerlo todo sin amor -viajes a la luna, los maravillosos descubrimientos científicos- y, por lo tanto, todo sale mal. El amor sólo puede existir cuando no existe el observador. O sea, que cuando la mente no está dividida en sí misma como uno que observa y lo observado, sólo entonces existe esa cualidad del amor. Cuando usted tiene eso, eso es lo Supremo.

Del *Boletín* 35 (KF), 1978

## Miedo y confusión

EXTRACTO DE UNA DISCUSIÓN CON JÓVENES EN PARÍS, ABRIL DE 1967

KRISHNAMURTI: La confusión puede ser una de las causas principales del temor. Estando confusos y no encontrando salida, tenemos miedo. Sufriendo y siendo incapaces de terminar con el sufrimiento, decimos desesperados: "Es irremediable, es esto, es aquello". Ahora bien, ¿existe una salida? Investiguémoslo.

Cuando decimos: "Estoy confuso", ¿vemos eso como un hecho? ¿Entienden lo que quiero decir? ¿Me doy cuenta de que tengo hambre o es que me han dicho que tengo hambre? Las dos cosas son por completo diferentes. Entonces, ¿cuál de ellas es? ¿Me doy cuenta de que estoy confuso o en realidad sólo advierto mi confusión en relación con algo?

*Interlocutor:* En relación con algún estado que imaginamos.

KRISHNAMURTI: Así es. Por lo tanto, ¿es la confusión una experiencia directa o es sólo una experiencia que obtenemos por comparación con algún estado exento de confusión? Por favor, señores, es muy importante que discutamos esto. Estoy confuso: ¿Me doy cuenta de ello como me doy cuenta de que tengo hambre, o lo advierto sólo por comparación con algo que he pensado o logrado o que he entendido con claridad? Señor, cuando usted *tiene* hambre, ¿lo compara con lo que siente cuando no tiene hambre? No lo hace, tiene hambre. ¿Me doy cuenta, de igual manera, de que estoy confuso? Si usted se da cuenta, entonces ello se convierte en algo vital, entonces no tiene que encontrar una respuesta.

*Interlocutor:* ¿Por qué, entonces, no nos damos cuenta?

KRISHNAMURTI: Espere. Espere. Primero vea la diferencia. Cuando usted se da cuenta de que tiene hambre, actúa: mendiga, pide prestado o roba, *hace* algo. Pero si dice: "Bueno, puede que tenga hambre", entonces se toma tiempo, habla al respecto, discute qué clase de alimento va a comer y así sucesivamente. Cuando se da cuenta de que tiene hambre, su acción es inmediata. Y eso es todo. Estoy confuso y me doy cuenta de que cualquier movimiento que haga, cualquier movimiento en el pensar o cualquier actividad que tenga su origen en el pensamiento, sigue siendo confusión. ¿Correcto? ¿Me doy cuenta de ese *hecho*? Ello implica que es el pensamiento el que crea la confusión y, por lo tanto, el miedo.

*Interlocutor:* Pero el problema es que apenas uno escucha eso, imagina un estado sin pensamiento.

KRISHNAMURTI: No, señor. Vea cómo no se mueve usted de hecho en hecho; ya está muy lejos del hecho. Estoy confuso y me doy cuenta de que cualquier movimiento que haga sigue siendo producto de la confusión. Cuando comprendo eso, me detengo; no invento ni teorizo ni me desespero. Digo: "Dios mío, estoy confuso". ¿Qué es lo que entonces ocurre, empíricamente, no como una teoría? ¿Qué ocurre cuando me doy cuenta de que estoy confuso y de que cualquier cosa que haga o piense, cualquier actividad que espere realizar, cualquier movimiento, es producto de la confusión y, por ende, agrega más confusión? Cuando me doy cuenta de que psicológicamente estoy confuso y de que cualquier movimiento que haga la psique sigue estando psicológicamente dentro del campo de la confusión, me detengo, ¿no es así? El movimiento de la psique se detiene y, por lo tanto, ya no tengo miedo, *porque el miedo forma parte de la confusión.*

¿Es, pues, éste el caso con cada uno de nosotros? De lo contrario, no podemos discutir esta cuestión.

*Interlocutor:* No lo es para mí. Yo sigo en un estado de desesperación.

KRISHNAMURTI: Me doy cuenta de que no hay salida, de que el camino no lleva a ninguna parte, de que estoy en un atolladero. ¿Qué hago? Usted no dice: "Bien, no sé qué hacer". No permanece con ello, le vuelve la espalda, ¿no es así?

*Interlocutor:* ¿Pero cómo darse cuenta?

KRISHNAMURTI: Ésa es la cuestión: cómo darse cuenta de la total confusión del hombre, *no cómo salir de ella*. Entonces comienza uno a descubrir las causas de esta confusión -porque uno se ha detenido, no

porque está buscando-. No sé si ve la diferencia. Antes, yo buscaba las causas de la confusión a fin de esclarecerlas; por lo tanto, mi manera de mirar la confusión, mi examen, era por completo diferente de ahora, cuando, al darme cuenta de que estoy confuso, puedo ver que ninguna actividad es posible. Este mirar es una observación enteramente distinta.

*Interlocutor:* Una observación sin motivo.

KRISHNAMURTI: De eso se trata. Una es sin motivo, la otra es con un motivo.

*Interlocutor*: Desde la confusión uno ve de manera diferente porque tiene tras ello un motivo: ve lo que quiere ver, no lo que realmente es. Pero si uno no tiene un motivo, puede ver directamente lo que es.

KRISHNAMURTI: Correcto. Por favor, miren lo que él ha dicho, vean su sentido. Él dice que si uno tiene un motivo, ese motivo distorsiona, y que cuando uno no tiene un motivo, entonces ve claramente.

*Interlocutor*: ¿Pero cómo podemos dejar de tener motivos?

KRISHNAMURTI: Espere, espere. Usted no puede dejar nada, sino solamente observar. Señor, está soslayando toda la cuestión, usted es demasiado intelectual. Éste es un problema directo, no un problema intelectual.

*Cualquier* movimiento de mi parte es confusión, y ésa es la dificultad. Ahora me he dado cuenta de que, en tanto mire con un motivo, todo el mirar estará distorsionado. ¿Es posible, pues, mirar sin un motivo? Obviamente, es el motivo el que va a engendrar temor. Por lo tanto, en esto se halla incluida una pregunta mucho más fundamental: ¿Es posible que toda acción psicológica tenga lugar sin un motivo?

Del *Boletín* 22 (KF), 1974

## El estado de no saber

EXTRACTO DE UNA DISCUSIÓN CON ESTUDIANTES EN HUIZEN, HOLANDA, JUNIO DE 1967

*Interlocutor*: ¿No es un hecho que, al estar intensamente atentos mientras nos hallamos despiertos, podemos tener la experiencia de observar cómo la ira aparece y desaparece dentro de nosotros sin que afecte nuestra conciencia?

KRISHNAMURTI: ¡Oh, señor! Seamos un poco cautos acerca de esto. El yo consciente, ¿es diferente de la ira? Digamos que estoy celoso. ¿Es el "yo" diferente de los celos? ¿Son esos celos diferentes de la persona que está observando los celos? Yo soy el experimentador, y la cosa que experimento son los celos. ¿Es el experimentador diferente de la experiencia?

Es muy interesante discutir esto desde el punto de vista de lo que es el aprender. Yo estoy celoso de usted, estoy envidioso de usted y quiero aprenderlo todo al respecto, porque cuando aprendo acerca de todo lo que ello implica, se terminó, no me corroe más. Ahora bien, *¿cómo* aprendo? ¿Qué es el aprender? Aparte del aprender un idioma o cómo manejar un automóvil, etcétera, ¿qué es el aprender? ¿Cuándo aprende usted? Aprende cuando no sabe nada. Aprendo un idioma cuando no lo sé. ¿Correcto? ¡Si ya conozco un idioma no puedo aprenderlo! Experimentemos con esto. ¿Estamos aprendiendo ahora, o sea, en el presente activo, o sólo estamos acumulando lo que ya ha sido dicho a fin de guardarlo y después pensar al respecto? ¿Ve la diferencia?

Hemos estado hablando acerca de los sueños. Quiero aprender acerca de mí mismo, del "mí mismo" que sueña. Ahora bien, ¿lo abordo con el conocimiento que he adquirido leyendo a Jung o a Freud o a los teólogos?

*Interlocutor*: Leyendo a Freud uno aprende acerca de Freud.

KRISHNAMURTI: Así es, señor. Aprendo acerca de Freud, no aprendo acerca de mí. Por lo tanto, cuando aprendo acerca de mí mismo a través de Freud, no me estoy observando a mí, estoy observando la imagen que de mí ha creado Freud. Así que tengo que librarme de Freud. Ahora, por favor, vayamos despacio

con esto: cuando me miro a mí mismo estoy aprendiendo acerca de mí. ¿Acumulo el conocimiento acerca de mí y después, con ese conocimiento, observo? Ése es el mismo proceso que mirarme a través de Freud. ¿Entiende? ¿Puedo, pues, aprender acerca de mí mismo pero sin acumulación alguna? Es el *único* modo de aprender, porque el "mí mismo" está siempre en movimiento, se halla tremendamente activo todo el tiempo; y yo no puedo aprender acerca de esta actividad a través de algo estático, ya sea que se trate del conocimiento que he acumulado acerca de mí o del conocimiento de Freud. Por lo tanto, tengo que estar libre, no sólo de Freud sino también del conocimiento que ayer he adquirido con respecto a mí mismo. Esto es algo muy complicado, no es un mero juego de palabras.

*Interlocutor*: Al parecer, usted descarta el conocimiento y aprende sobre los hechos.

KRISHNAMURTI: Así es. O sea, que cuando uno observa el hecho sin el conocimiento, entonces puede aprender. De lo contrario, uno "sabe", o piensa que sabe. De este modo el aprender es creativo, es algo nuevo. Todo el tiempo está uno aprendiendo. Tengo, pues, que desechar no sólo a Freud y a Jung, sino también el conocimiento que ayer he adquirido acerca de mí mismo. En primer lugar, ¿es eso posible?

*Interlocutor*: Usted incluye el ayer, señor. Y están esos millones de ayeres que hemos olvidado conscientemente pero que siguen en el inconsciente. También de todo eso tenemos que desprendernos, ¿no es así?

KRISHNAMURTI: Sí. ¿Puede usted desprenderse de eso?

*Interlocutor*: Pienso que eso puede desprenderse...

KRISHNAMURTI: Usted *piensa* que eso puede... por lo tanto, no lo sabe. Todo lo que puede decir es que no sabe. Ahora bien, vayamos despacio, escuche tranquilamente. Investigue, por favor, el estado de la mente que dice: "No sé".

*Interlocutor*: Está quieta. Está abierta.

KRISHNAMURTI: ¡No, no! No hagan meras afirmaciones, sólo miren. Hay dos millones de años de herencia, miles y miles de experiencias, impresiones, circunstancias, conocimientos. Todo eso es mi trasfondo y yo quiero aprender al respecto, hacerlo todo accesible y librarme de ello, porque esas cosas están controlando mi presente y moldeando el futuro, y por eso continúo viviendo en una jaula. Me digo, pues: "Esto es terrible. Tengo que librarme de ello". No sé qué hacer. *No lo sé*. Entonces me pregunto: ¿Cuál es el estado de mi mente cuando digo que en verdad no sé? Ustedes y yo somos el resultado de dos millones de años de condicionamiento. ¿Correcto? En esos dos millones de años está no solamente la herencia animal, sino el empeño humano por prosperar, por llegar a ser esto o aquello... cientos de cosas. Nosotros somos eso. Y todo eso está operando en el presente y en el futuro. Ésta es la feroz competencia en que he estado viviendo. Miro, pues, esta competencia feroz y me digo: "Tengo que librarme de eso". Le pregunto a usted al respecto y usted no sabe; le pregunto al Papa, a docenas de personas y no saben. Ellos saben solamente de acuerdo con sus terminologías; o sea, que si usted cree en Jesús, si cree en Dios, piensa que sabe conforme a eso. Así que ahora estoy en condiciones de descubrir cuál es el estado de mi mente cuando digo: "Realmente, no sé". ¿Dicen ustedes eso alguna vez?

*Interlocutor*: Ésa es realmente una experiencia magnífica. Es una experiencia de humildad.

KRISHNAMURTI: ¡No, no! No es una experiencia en absoluto. Yo no llamo a eso una experiencia. No se trata de una gran experiencia o de una experiencia triste, es un *hecho*. No puedo decir si es bueno o malo. Es un hecho, como este micrófono. He mirado al norte, al sur, al este y al oeste, arriba y abajo, y realmente no sé. ¿Qué ocurre entonces?

*Interlocutor*: Uno sigue buscando un modo de...

KRISHNAMURTI: Entonces ya no está diciendo: "No sé".

*Interlocutor*: No sé cómo.

KRISHNAMURTI: Entonces está buscando el "cómo". Estoy preso en una trampa de dos millones de años. No puedo tener fe en nadie, salvadores, maestros, instructores, sacerdotes, porque todos ellos me han metido en esta trampa y yo soy parte de esta trampa. No sé cómo salir. Cuando digo: "No sé", ¿quiero decir realmente eso o estoy buscando una salida?

*Interlocutor*: Quiero decir que no hay una respuesta en el catálogo.

KRISHNAMURTI: Eso es todo. Su catálogo no tiene la respuesta y, por lo tanto, usted quiere encontrar otro catálogo que la tenga.

*Interlocutor*: Uno sigue tratando de encontrar un modo.

KRISHNAMURTI: Entonces está de vuelta en la trampa. Señores, hemos dicho: "No sé". Nuestras mentes están confusas y, desde esa confusión, buscamos a los sacerdotes, a los psicólogos, a los políticos. La confusión crea más confusión. ¿Por qué no decimos: "Muy bien, estoy confuso, no actuaré"? Por supuesto, iré a la oficina, continuaré con las actividades de todos los días pero no actuaré para nada sobre mi confusión psicológica, porque veo que cualquier cosa que haga creará más confusión. Por lo tanto, psicológicamente no me moveré en absoluto. Cualquier movimiento conduce a una trampa. ¿Pueden, pues, no hacer nada psicológicamente respecto de la trampa?

Por favor, escuchen cuidadosamente. Si uno no hace nada en relación con la trampa, está libre de ella. Es sólo la incesante actividad de hacer algo *respecto* de la trampa la que los mantiene en ella. Cuando vean que es así, se detendrán, ¿no es cierto? Cesarán toda actividad al respecto. ¿Y qué es lo que eso significa? Significa que están dispuestos a morir psicológicamente. De modo que cuando no saben, y es realmente eso lo que quieren decir, están fuera de la trampa, porque el pasado ha llegado a su fin. Es cuando dicen continuamente: "Miro, pregunto, debo saber", que el pasado sigue y sigue repitiéndose a sí mismo.

*Interlocutor*: Pero cuando uno se queda quieto...

KRISHNAMURTI: ¡Ah! Eso no es quedarse quieto, es la más intensa de las acciones.

*Interlocutor*: Pero cuando uno no sabe nada en absoluto...

KRISHNAMURTI: Entonces se tiene a *sí mismo*.

*Interlocutor*: Pero eso es muy poco.

KRISHNAMURTI: No es tan poco. Es lo que ha sido por dos millones de años. Es la cosa más tremendamente compleja y usted tiene que aprender al respecto. O puede aprender sobre eso instantáneamente, o eso continuará por otros dos millones de años. Pero tomemos sólo cincuenta años. En ellos hemos acumulado muchísimo: ha habido dos guerras espantosas con sus matanzas, su brutalidad, sus disputas, sus divisiones, sus insultos... Está todo ahí. Ésa es la trampa. Nosotros somos la trampa y, por lo tanto, ¿es posible estar fuera de ella inmediatamente?

*Interlocutor*: ¿En un instante?

KRISHNAMURTI: Por supuesto que tiene que ser en un instante. Y si usted dice que no puede, entonces se terminó, no hay problema para usted. Y si dice: "Es posible", eso tampoco significa nada. Pero si dice: "Realmente, no sé qué hacer", si lo dice sin desesperación, sin amargura, sin ira, entonces en ese estado no hay en absoluto ningún movimiento entonces la puerta se abre.

Del *Boletín* 18 (KF), 1973

## *El amor, el sexo y la vida religiosa*

KINGSTON, INGLATERRA, 2 DE OCTUBRE DE 1967

# I

*Interlocutor*: Hace muchos años, cuando por primera vez me interesé en la así llamada vida religiosa, tomé la tremenda resolución de cortar totalmente con el sexo. Me ajusté rigurosamente a lo que consideraba un requisito esencial de esa vida y viví con toda la feroz austeridad de un célibe monástico. Ahora veo que es estúpida esa clase de sometimiento puritano en el que están involucradas la represión y la violencia, pero aun así no quiero volver a mi antigua vida. ¿Cómo voy a actuar ahora con relación al sexo?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué no sabe usted qué hacer cuando hay deseo? Le diré por qué. Porque esta rígida decisión suya aún sigue actuando. Todas las religiones nos han dicho que debemos negar el sexo, reprimirlo, porque según ellas es un desperdicio de energía y uno debe tener energía para encontrar a Dios. Pero esta clase de austeridad, de dura represión y ajuste a una norma, ejerce una violencia brutal sobre todos nuestros más finos instintos. Este tipo de cruel austeridad es un desperdicio de energía mayor que el de la indulgencia en el sexo.

¿Por qué ha convertido usted el sexo en un problema? En realidad no importa en absoluto si se acuesta o no se acuesta con alguien. Siga con ello o déjelo, pero no lo convierta en un problema. El problema surge de esta constante preocupación. Lo que realmente interesa no es si nos acostamos con alguien o no, sino por qué tenemos todos estos fragmentos en nuestras vidas. En un agitado rincón está el sexo con todas sus preocupaciones; en otro rincón hay una clase diferente de agitación; en otro, un esforzarse tras esto o aquello, y en cada rincón está el continuo parloteo de la mente. ¡Hay tantos modos en que la energía se desperdicia!

Si un rincón de mi vida está en desorden, entonces toda mi vida es desordenada. Si en mi vida hay desorden con relación al sexo, entonces el resto de esa vida se halla en desorden. De modo que no debo preguntar cómo puedo poner en orden un rincón, sino por qué he dividido la vida en tantos fragmentos diferentes, fragmentos que llevan el desorden dentro de sí mismos y que se contradicen el uno al otro. ¿Qué puedo hacer cuando veo tantos fragmentos? ¿Cómo puedo habérmelas con todos ellos? Tengo estos fragmentos porque no soy íntegro internamente. Si investigo todo esto sin dar origen a otro fragmento más, si penetro hasta el final mismo de cada fragmento, entonces en esa percepción que es el mirar, no hay fragmentación alguna. Cada fragmento es un placer separado; yo debería preguntarme si voy a permanecer toda mi vida en algún pequeño y sórdido rincón de placer. Examine usted la esclavitud que implica cada placer, cada fragmento, y dígase a sí mismo: "Dios mío, soy un esclavo que depende de todos estos pequeños rincones... ¿Es todo lo que hay en mi vida?" Permanezca con ello y vea qué ocurre.

# II

*Interlocutor*: Me he enamorado, pero sé que no hay futuro en esta relación. Es una situación que he experimentado antes varias veces y no quiero involucrarme nuevamente en toda esa desdicha y ese caos. Sin embargo, me siento desesperadamente desgraciado sin esta persona. ¿Cómo puedo salir de este estado?

KRISHNAMURTI: La soledad, la monotonía, la desdicha que siente sin esta persona a la que ama, existían antes de que se enamorara. Lo que usted llama amor es simplemente un estímulo, una manera de encubrir temporalmente su propio vacío. Usted escapaba de su soledad a través de una persona utilizándola para encubrir esa soledad. Su problema no es esta relación sino más bien su propio vacío. Escapar es muy peligroso porque, igual que una droga, el escape oculta el verdadero problema. Es debido a que no tiene usted amor dentro de sí, que busca continuamente el amor que pueda llenarlo desde afuera. Esta falta de amor es su soledad, y cuando vea la verdad de esto ya nunca tratará de llenar esa falta de amor con cosas y personas de afuera.

Hay una diferencia entre comprender la futilidad de este escape y el decidir no complicarse en esta clase de relación. Una decisión no es buena porque fortalece aquello contra lo cual usted toma la decisión. La comprensión es por completo diferente. La decisión es represión, violencia, conflicto; pero ver que existe esta soledad, este vacío dentro de usted y que cualquier acción de parte del observador a fin de cambiar esa soledad no hace otra cosa que reforzarla, ver eso es comprensión. Aun el hecho de llamarla soledad, es una acción del observador para librarse de ella. Una acción así no cambia nada, sólo fortalece la soledad. Pero la *completa inacción* con respecto a esta soledad es el cambio. Implica ir más allá del sentimiento y el

pensamiento sin tocarlos siquiera. Despréndase de cualquier cosa que esté ocurriendo dentro de usted -ira, depresión, celos o cualquier otro conflicto-. Póngale fin.

## III

*Interlocutor*: ¿Es posible para un hombre y una mujer vivir juntos, tener sexo e hijos, sin toda la agitación y el conflicto inherentes a esa relación? ¿Es posible que haya libertad para ambas partes? Por libertad no quiero decir que el marido o la esposa deben tener constantemente amores con alguna otra persona. Por lo general, las personas se unen y se casan porque se enamoran, y en eso hay deseo, placer, afán posesivo y un impulso tremendo. La naturaleza misma de este enamoramiento está llena, desde el principio, con las semillas del conflicto.

KRISHNAMURTI: ¿Es así? ¿Necesita ser de ese modo? Yo lo pongo muy en duda. ¿No puede usted enamorarse sin tener una relación posesiva? Amo a alguien, ella me ama y nos casamos; todo eso es perfectamente correcto y sencillo, en eso no hay conflicto alguno. (Cuando digo que nos casamos podría decir igualmente que decidimos vivir juntos, no quedemos presos en las palabras). ¿Acaso no es posible tener esto sin lo otro, sin que necesariamente traiga cola, por así decirlo? ¿No pueden dos personas estar enamoradas y ser ambas tan inteligentes y sensibles que haya libertad y ausencia de un centro que engendre conflicto? No hay conflicto en el sentimiento de estar enamorado. Ese sentimiento carece por completo de conflicto. Tampoco hay en él pérdida de energía. La pérdida de energía está en todo lo que sigue, en los celos, el afán posesivo, las sospechas, las dudas, el miedo de perder ese amor, la constante exigencia de garantía y seguridad. Ciertamente, es posible funcionar en la relación sexual con alguien a quien usted ama sin la pesadilla que generalmente sigue. Por supuesto que es posible.

Del *Boletín* 3 (KF), 1969

## *Una entrevista en la televisión*

*El 7 de diciembre de 1970, la BBC televisó una entrevista a Krishnamurti que fue filmada en la Escuela Krishnamurti de Brockwood Park, Hampshire, a principios de ese año. Los temas discutidos abarcaron un campo muy amplio que incluyó la autoridad, el miedo y el placer, la función del pensamiento, la relación, el amor y la meditación. A continuación se ofrecen extractos de esa entrevista.*

### SOBRE LA AUTORIDAD

*Entrevistador*: Señor Krishnamurti, usted dice que todos nuestros problemas derivan de un problema: vivimos como se nos ha dicho que debemos vivir, somos personas de segunda mano y, por siglos, nos hemos estado sometiendo a toda clase de autoridad. Actualmente, los jóvenes se rebelan contra la autoridad. ¿Qué es lo que usted tiene personalmente contra la autoridad?

KRISHNAMURTI: Personalmente no, no creo tener nada contra la autoridad, pero ésta, en todas partes del mundo, ha mutilado la mente, no sólo desde el punto de vista religioso sino en lo interno, porque la autoridad de una creencia impuesta por la religión destruye, indudablemente, el descubrimiento de la realidad. Confiamos en la autoridad porque tenemos miedo de permanecer solos.

*Entrevistador*: Estoy un poco desconcertado por esto, porque pienso que, seguramente, la sabiduría acumulada de la raza humana no puede ser totalmente descartada, ¿verdad?

KRISHNAMURTI: No, pero, ¿qué es la sabiduría? ¿Es la mera acumulación de conocimientos? ¿O la sabiduría llega sólo cuando cesa el sufrimiento? Después de todo, la sabiduría no está en los libros ni en el conocimiento acumulado por la experiencia de otros. Ciertamente, la sabiduría llega con la comprensión, con el descubrimiento de toda la estructura de uno mismo. En la comprensión de uno mismo están la terminación del dolor y el comienzo de la sabiduría. ¿Cómo puede una mente ser sabia cuando está presa en el miedo y el dolor? Sólo cuando el dolor, que es miedo, llega a su fin, hay una posibilidad de ser sabio.

SOBRE EL AMOR

*Entrevistador*: ¿Por qué todos nosotros ansiamos tan desesperadamente que se nos ame?

KRISHNAMURTI: Porque somos tan desesperadamente vacíos, solitarios.

*Entrevistador*: Pero usted dice que amar es más importante que ser amado.

KRISHNAMURTI: Sí, por supuesto, lo cual quiere decir que uno tiene que comprender esta vacuidad, esta desesperada soledad en uno mismo. Una mente ocupada consigo misma, con sus propias ambiciones, su codicia, sus temores, sus sentimientos de culpabilidad, su sufrimiento, carece de la capacidad de amar. Una mente dividida en sí misma, que vive en fragmentos, es obvio que no puede amar. La división implica dolor, es la causa fundamental del dolor -la división entre el "tú" y el "yo", el "nosotros" y el "ellos", el negro, el blanco, el moreno, etcétera-. Por lo tanto, dondequiera que haya división, fragmentación, el amor no puede existir, porque la bondad es un estado de no-división. El mundo en sí es indivisible.

*Entrevistador*: Usted dice que, de hecho, el amor sólo puede nacer cuando hay un total olvido de uno mismo. ¿Pero cómo logra uno ese olvido de sí mismo?

KRISHNAMURTI: Ello sólo puede ocurrir con la comprensión de uno mismo. El conocimiento propio es el comienzo de la sabiduría y, por lo tanto, la sabiduría y el amor marchan juntos. Esto significa que hay amor solamente cuando me he comprendido de verdad a mí mismo y, por consiguiente, sé que en mí no existe ninguna fragmentación -no hay sentimientos de ira, de ambición, de codicia, ni actividad separativa alguna.

*Entrevistador*: Pero vea, tenemos que seguir viviendo en la sociedad, y para colmo una sociedad bastante enferma, y esto hace impacto en nosotros; no somos realmente libres para ser nosotros mismos, en parte a causa de la sociedad.

KRISHNAMURTI: Pero, señor, ciertamente nosotros *somos* la sociedad. Hemos hecho esta sociedad, la sociedad somos nosotros, el mundo somos nosotros. El mundo no es algo diferente de mí. Yo soy el resultado del mundo, de la sociedad, la cultura, la religión, el medio en que he vivido.

*Entrevistador*: Vea, usted dijo que es el esfuerzo el que nos destruye, que la vida es una serie de batallas y que el único hombre feliz es aquel que no está atrapado en el esfuerzo. Pero, ¿puede uno hacer cualquier trabajo en el mundo sin algún perseverante esfuerzo?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué no, señor? ¿Pero qué es el esfuerzo? Es una contradicción de energías, ¿verdad? Una energía oponiéndose a otra energía.

*Entrevistador*: ¿No podría haber un impulso firme en una sola dirección?

KRISHNAMURTI: Si hay un único impulso, una única actividad, ¿dónde está ahí la contradicción? No hay desperdicio de energía ni conflicto. Si salgo para dar un paseo, salgo para dar un paseo. Y si quiero salir a pasear pero tengo que hacer alguna otra cosa, entonces comienzan la contradicción, el conflicto, el esfuerzo. Es por eso que, para comprender el esfuerzo, uno ha de descubrir lo contradictorios que somos.

SOBRE LA MEDITACIÓN

*Entrevistador*: ¿Qué entiende usted por meditación? La palabra aparece con frecuencia en sus libros. Antes de venir a verlo, la busqué en el diccionario Oxford, y dice que meditar significa entregarse al pensamiento. Pero usted no quiere que nosotros hagamos eso.

KRISHNAMURTI: Uno tiene que investigar esto para saber qué significa realmente; para mí es una de las cosas más importantes.

*Entrevistador*: ¿Podría ello explicarse mejor si usted me dijera lo que la meditación no es?

KRISHNAMURTI: Iba a sugerir justamente eso. Vea, existen distintas escuelas de meditación. Ofrecen diversos sistemas, métodos, y dicen que si uno practica estos métodos día tras día, obtendrá cierta forma de iluminación, cierta experiencia extraordinaria. En primer lugar, toda la idea de los sistemas y métodos implica repetición mecánica, y eso no es meditación. Ahora bien, ¿es posible no dejar que la mente se embote por la repetición y estar alertas a este movimiento del pensar, sin reprimir, sin tratar de controlar los pensamientos, sino sólo estar atentos a todo este impulso del pensar, a este parloteo constante?

*Entrevistador*: Pero nosotros verbalizamos nuestros pensamientos todo el tiempo, ¿no es así?

KRISHNAMURTI: De eso se trata. El pensamiento existe sólo en palabras o en imágenes. La meditación exige la más extraordinaria de las disciplinas, no la disciplina de la represión y el ajuste, sino esa que surge cuando uno observa su pensar, cuando hay una observación del pensamiento. Esa observación misma trae su propia disciplina, una disciplina extraordinaria, sutil, que es absolutamente necesaria.

*Entrevistador*: ¿Para esto tiene uno que descartar el tiempo?

KRISHNAMURTI: Señor, usted puede hacerlo en cualquier momento. Puede hacerlo cuando está sentado en un autobús, o sea, que puede prestar atención, observar, estar atento a lo que pasa a su alrededor y a lo que ocurre dentro de usted, puede estar alerta a todo ese movimiento. Vea, la meditación es en realidad una forma de vaciar la mente de todo lo conocido. Sin esto, usted no puede dar con lo desconocido. Para ver algo nuevo, totalmente nuevo, la mente tiene que vaciarse de todo el pasado. La Verdad, o Dios, o cualquier nombre que uno quiera darle, debe ser algo nuevo, no el resultado de la propaganda, del condicionamiento. El cristiano está condicionado por dos mil años de propaganda; el hindú, el budista, están igualmente condicionados. De modo que para ellos Dios o la Verdad es el resultado de la propaganda. Pero eso no es la Verdad. La Verdad es algo que vive día a día. Por lo tanto, la mente debe vaciarse para poder mirar la Verdad.

*Entrevistador*: ¿Uno borra la pizarra, por así decirlo?

KRISHNAMURTI: Eso es la meditación.

*Entrevistador*: Y entonces uno alcanza esta percepción relajada y total de “lo que es”.

KRISHNAMURTI: De “lo que es”, correcto. Y “lo que es” no es algo estático, es extraordinariamente activo. Y, por lo tanto, la mente que de verdad se halla en meditación, la mente meditativa, es una mente muy silenciosa, y ese silencio no es producto de la supresión del ruido. No es lo opuesto del ruido. Adviene cuando la mente se ha comprendido por completo a sí misma; en consecuencia, no hay en ella ni un solo movimiento, lo cual implica que las células cerebrales mismas se han aquietado. Y entonces todo ocurre en ese silencio. Es algo extraordinario, si es que uno lo ha observado. Ésa es la verdadera meditación, no toda esta falsa aceptación de la autoridad, la repetición de palabras y todo ese negocio. Todo eso es un desatino.

*Entrevistador*: ¿Puedo tratar de recapitular, y usted me dirá si he entendido mal? La meditación, a mi parecer, es el proceso esencial para liberarnos del condicionamiento.

KRISHNAMURTI: Así es, correcto.

*Entrevistador*: Y si yo descarto este peso muerto de la autoridad, si descarto todo lo que me han dicho, en ese instante estaré totalmente solo, pero en ese estar solo tengo una oportunidad de comprender lo que realmente soy.

KRISHNAMURTI: Y lo que es la Verdad o Dios o el nombre que usted prefiera darle.

Del *Boletín* 9 (KF), 1970-71

## *La capacidad de escuchar*

SANTA MÓNICA, CALIFORNIA, MARZO DE 1974

*Interlocutor*: He estado escuchándolo por algunos años pero no he experimentado ningún cambio.

KRISHNAMURTI: "He estado asistiendo por algunos años a sus pláticas para escucharlo, pero en mí no se ha producido ningún cambio". Entonces ya no me escuche más.

Ahora mire, señor, si usted escucha a alguien durante años y ve por sí mismo la belleza de lo que se dice, entonces no quiere escuchar más, entonces ello abre puertas para usted y le permite ver lo que jamás había visto antes. Pero si no ocurre así, ¿qué es, entonces, lo que está mal? ¿Qué está mal con la persona que dice estas cosas, o qué está mal con quien las escucha? ¿Por qué el hombre o la mujer que han estado escuchando por muchos años a quien les habla, no han cambiado? En ello hay una gran pena, ¿no es así?

Usted ve una flor, una bella flor a la orilla del camino, le echa una mirada y pasa de largo. No se detiene a mirar, no ve la perfección, la quieta dignidad, la belleza de esa flor. Pasa de largo. ¿Qué es lo que está mal? ¿Es que no es usted serio? ¿Es que no le importa? ¿Es que tiene tantos problemas que se halla preso en ellos sin el tiempo ni el ocio necesario para detenerse, y ésa es la razón de que nunca mire esa flor? ¿O lo que dice quien le habla no tiene ningún valor en sí mismo -no lo que usted piensa sobre ello, sino que en sí mismo carece de valor-? ¿No tiene valor? Para determinar si lo tiene o no, es preciso que investigue lo que él dice. Y para investigar, debe usted tener la capacidad de escuchar, de mirar, tiene que dedicar su tiempo a ello. ¿Es eso, pues, responsabilidad suya o es la responsabilidad de quien le habla? Es nuestra responsabilidad mutua, ¿no es así? Ambos tenemos que mirar. Uno puede señalar, pero usted tiene que mirar, tiene que penetrar en ello, tiene que aprender. Y si su mente carece de diligencia y es negligente, si no es observadora y sumamente sensible, eso es responsabilidad suya. Implica que usted tiene que cambiar su modo de vida; todo ha de ser cambiado para aprender una manera de vivir que sea por completo diferente. Y eso exige energía, uno no puede ser perezoso, indolente.

Por lo tanto, puesto que es nuestra responsabilidad mutua -puede que más suya que mía-, tal vez, señor, usted no ha dedicado su vida a ello. Estamos hablando de la vida, no de ideas, no de teorías o prácticas, ni siquiera de técnicas, sino de mirar y cuidar la totalidad de esta vida, que es su vida. Y eso implica no desperdiciar su vida. Usted tiene un tiempo muy corto para vivir, quizá diez años, quizá cincuenta, pero no los desperdicie. Mírelo todo, dedique su vida a comprenderlo.

Del *Boletín* 27 (KF), 1975

## *Una investigación sobre la amistad*

SANTA MÓNICA, CALIFORNIA (SIN FECHA)

*Interlocutor*: ¿Qué es una verdadera amistad, si faltan la confianza y el respeto?

KRISHNAMURTI: Sin confianza y respeto, ¿cómo puede haber amistad? ¡Realmente no lo sé! Pero, vea, señor, en primer lugar, ¿por qué desea usted tener un amigo? ¿Acaso es porque necesita depender de él, contar con él, tener compañía? ¿Es a causa de su sentimiento de soledad, de su insuficiencia, que usted depende de otro para llenar ese vacío y, por lo tanto, utiliza al otro, explota al otro para encubrir su propia insuficiencia, su propia vacuidad y, debido a eso, considera a esa persona un amigo? ¿Es él un amigo en ese aspecto, en el de usarlo para su propio placer, su consuelo, etcétera? Investíguelo, señor, no acepte lo que estoy diciendo. Casi todos nos sentimos muy solos y, cuanto más envejecemos, más solos nos sentimos y descubrimos nuestro propio vacío.

Cuando uno es joven no le ocurren estas cosas. Pero a medida que va madurando -si es que madura alguna vez- descubre por sí mismo qué significa sentirse vacío, solitario, no tener ningún amigo, porque uno ha llevado una vida superficial, dependiendo de otros, explotando a otros. Ha puesto su corazón, sus sentimientos en otros, y cuando ellos mueren o se van lejos, uno se siente muy solo, vacío y, a causa de esa vacuidad, hay autocompasión y uno sueña con encontrar a alguien que llene esa vacuidad. Esto es lo que está ocurriendo todos los días de nuestra vida.

Ahora bien, ¿puede usted ver esto y aprender al respecto? Aprender lo que significa sentirse solo y jamás escapar de ello. Mirarlo, vivir con ello, ver lo que implica, de modo tal que en lo psicológico, en lo interno no dependa de nadie. Entonces sabrá lo que significa amar.

Del *Boletín* 30 (KF), 1976

## *¿Qué es la belleza?*
LONDRES, INGLATERRA (SIN FECHA)

*Interlocutor*: No sé qué es la belleza. Jamás había pensado siquiera al respecto hasta que lo escuché hablar sobre ella. Soy ingeniero y he construido muchos edificios, puentes y vías férreas. He vivido una vida dura en el campo y en países con muy pocos árboles. Un día, durante un paseo, usted me hizo notar la hermosa forma de un árbol. Yo lo miré y repetí las palabras: "¡Qué hermoso es!", pero en lo profundo de mí no sentía realmente nada. Por cortesía estuve de acuerdo con usted, pero en realidad no sé qué es la belleza. A veces una vía férrea podía parecerme hermosa y podía admirar uno de esos maravillosos puentes modernos que atraviesan un gran río o la embocadura de un puerto. Son funcionales y se supone que son muy hermosos, pero yo realmente no los veo. Esos modernos aviones a reacción son máquinas funcionales. Cuando usted me los señalaba y decía que eran hermosos, yo sentía de algún modo que eran cosas para ser utilizadas y me preguntaba por qué le causaban tanta excitación. Esa flor amarilla en el camino en mí no generaba en absoluto la misma calidad de sentimiento que en usted. Me atrevo a decir que soy más bien tosco; su mente es mucho más fina que la mía. Jamás me he molestado en mirar mis sentimientos o en cultivarlos. He tenido hijos y el placer del sexo, pero aun eso ha sido bastante insulso y pesado. Y ahora me pregunto si no he sido privado de algo que usted llama belleza y si a mi edad podré alguna vez sentirla realmente, ver el mundo como algo maravilloso, ver los cielos, los bosques y los ríos. ¿Qué es la belleza?

KRISHNAMURTI: ¿Está usted hablando de la belleza del vivir o de la belleza que el ojo ve en algo? ¿O se refiere a la belleza de un poema, a la belleza de la música? Probablemente todo esto pueda parecerle más bien sentimental y emocional, pero también hay belleza en las matemáticas, como usted sabe. En eso hay un orden supremo. ¿Y acaso no es bello también el mismo orden en la vida?

*Interlocutor*: No sé si es bello, pero lo que sí sé es lo que he hecho con mi propia vida: me he disciplinado de manera rigurosa, casi brutal, y en eso hay un cierto orden atormentado. Pero probablemente usted diría que esto no es orden en absoluto. En realidad, no sé lo que significa vivir bellamente. De hecho, no sé realmente nada excepto algunas cosas mecánicas relacionadas con mi trabajo; veo, al hablar con usted, que mi vida es bastante opaca, o más bien que mi mente lo es. ¿Cómo puedo, entonces, despertar a esta sensibilidad, a esta inteligencia que hace que la vida sea extremadamente bella para usted?

KRISHNAMURTI: En primer lugar, señor, tiene que agudizar los sentidos mirando, tocando, observando, escuchando no sólo a los pájaros, el murmullo de las hojas, sino también las palabras que usted mismo usa, su sentimiento -por pequeño y mezquino que sea- en relación con todas las secretas intimaciones de su propia mente. Escúchelas y no las reprima, no las controle ni trate de sublimarlas. Sólo escúchelas. La sensibilidad a los sentidos no implica complacerse en ellos, no significa ceder a los impulsos ni resistirlos, sino sólo observarlos de modo que la mente esté siempre alerta, como cuando uno camina sobre la vía del ferrocarril; puede que pierda el equilibrio, pero regresa de inmediato sobre el riel. De ese modo, todo el organismo se ajusta, se vuelve activo, sensible, inteligente, equilibrado.

Probablemente usted considera que el cuerpo no es de fundamental importancia. Lo he visto comer, y usted come como si estuviera alimentando un horno. Puede ser que disfrute del sabor de la comida, pero todo es tan mecánico, tan descuidada la manera en que mezcla la comida en su plato... Cuando se dé cuenta de todo esto, sus dedos, sus ojos, sus oídos, todo su cuerpo se volverá sensible, activo y responderá apropiadamente. Esto es relativamente fácil. Pero lo que resulta más difícil es liberar la mente de sus hábitos mecánicos de pensamiento, sentimiento y acción, a los que ha sido empujado por las circunstancias, por la esposa, por los hijos, por el trabajo. La mente misma ha perdido su elasticidad. Se le escapan las formas más sutiles de la observación. Éstas significan vernos a nosotros mismos como realmente somos, sin querer corregirnos ni cambiar lo que vemos ni escapar de ello, tan sólo vernos como somos realmente, de modo que la mente no vuelva a caer en otra serie de hábitos. Cuando una mente así mira una flor o el color de un vestido o una hoja muerta cayendo de un árbol, es entonces capaz de ver vívidamente el movimiento de esa hoja mientras cae y el color de esa flor. De modo que, tanto en lo externo como en lo interno, la mente se vuelve intensamente activa, dúctil, alerta; hay una sensibilidad que la torna inteligente. Sensibilidad, inteligencia y libertad en la acción son la belleza del vivir.

*Interlocutor*: De acuerdo. Así que uno observa, se vuelve muy sensible, muy atento... ¿y luego qué? ¿Es eso todo lo que hay, maravillarse para siempre de cosas perfectamente comunes? Estoy seguro de que todos hacen esto constantemente, al menos cuando son jóvenes, y no hay nada estremecedor al respecto. ¿Entonces qué? ¿No existe ningún paso ulterior? ¿Sólo esta observación de la que usted habla?

KRISHNAMURTI: Usted empezó esta conversación preguntando acerca de la belleza, diciendo que no la siente. También dijo que en su vida no hay belleza; es por eso que estamos investigando esta cuestión de lo que es la belleza, haciéndolo no sólo de manera verbal o intelectual, sino percibiendo el latido mismo de la belleza.

*Interlocutor*: Sí, así es, pero cuando le hice la pregunta deseaba saber si no existe algo más que mirar del sensible que usted describe.

KRISHNAMURTI: Por supuesto que existe, pero a menos que uno tenga la sensibilidad de observación, no puede surgir la visión de lo que es infinitamente más grande.

*Interlocutor*: Son muchas las personas que realmente ven con una sensibilidad acrecentada. Los poetas miran con un sentir intenso... Sin embargo, en todo esto no parece haber una apertura hacia lo infinitamente grande, lo infinitamente más bello, hacia algo que la gente llama lo divino. Porque siento que, ya sea uno muy sensible o más bien torpe como yo lo soy, a menos que haya una brecha hacia una dimensión por completo diferente, lo que nosotros percibimos son solamente variados matices de gris. A mí me parece que en toda esta sensibilidad que, según usted afirma, surge a través de la observación, sólo hay una diferencia cuantitativa, nada más que un pequeño progreso, no algo que de hecho sea inmensamente distinto. Francamente, no estoy interesado en sólo un poquito más de la misma cosa.

KRISHNAMURTI: ¿Qué es, entonces, lo que usted pregunta ahora? ¿Está preguntando cómo puede uno abrirse paso, a través de la insulsa y gris monotonía de la vida, hacia una dimensión por completo diferente?

*Interlocutor*: Sí. La verdadera belleza tiene que ser alguna otra cosa que la belleza del poeta, del artista, de la mente joven y alerta, aunque de ninguna manera estoy menospreciando esa belleza.

KRISHNAMURTI: ¿Es esto realmente lo que está buscando? ¿Es lo que realmente quiere? Si así fuera, tendría que haber una revolución total en su ser. ¿Es esto lo que desea? ¿Desea una revolución que haga añicos todos sus conceptos, sus valores, su moralidad, su respetabilidad, sus conocimientos, que lo aniquile de tal manera que se sienta usted reducido a la nada absoluta, que ya no posea carácter alguno, que no sea más el que busca, el que juzga, el que es agresivo o tal vez no agresivo, de modo que esté completamente vacío de todo aquello que es "usted"? Este vacío es belleza con su extrema austeridad, en la que no hay ni una pizca de aspereza o afirmación agresiva. Esto es lo que implica abrirse paso. ¿Es esto lo que le interesa? Tiene que haber una inteligencia asombrosa, no información y aprendizaje de conocimientos. Esta inteligencia opera todo el tiempo, ya sea que uno esté despierto o dormido. Por eso dijimos que debe haber una observación de lo externo y de lo interno, la cual agudiza el cerebro. Y es esta agudeza misma del cerebro la que lo aquieta. Y esta sensibilidad e inteligencia son las que hacen que el cerebro opere sólo cuando tiene que hacerlo; el resto del tiempo el cerebro no está inactivo sino atentamente quieto. Y así el cerebro no origina conflicto alguno con sus reacciones. Funciona sin esfuerzo y, por lo tanto, sin distorsión. Entonces el hacer y el actuar son inmediatos, como cuando vemos un peligro. En consecuencia, uno está siempre libre de acumulaciones conceptuales. Esta acumulación conceptual es el observador, el ego, el "yo" que divide, resiste y erige barreras. Cuando el "yo" está ausente, no hay un abrirse paso, no hay brechas; entonces la totalidad de la vida está en la belleza del vivir, en la belleza de la relación, sin sustituir una imagen por otra. Sólo entonces lo infinitamente grande es posible.

Del *Boletín* 32 (KF), 1977

## *Liberarse de los apegos*

SAANEN, SUIZA, 16 DE JULIO DE 1974

*Interlocutor*: Yo veo las implicaciones del apego pero, no obstante, quisiera preguntar si no existe cierto apego biológico. Hay apegos en el reino animal. ¿Cómo puede uno concebir a la raza humana, compuesta por millones de personas, por familias humanas, sin apegos entre ellas?

KRISHNAMURTI: Espere, señor. ¿Estamos hablando a los millones de personas o le estamos hablando a usted acerca del apego? ¿Comprende mi pregunta? Porque los millones de personas no se interesan en esto. Los millones en la India, Sudamérica, etcétera, no se interesan en esto. Ellos dicen: "¡Por el amor de Dios, déme alimento, ropa y albergue, estoy hambriento, estoy enfermo!". Y usted está diciendo: "¿Cómo puede pedir a estos millones de personas que no tengan apegos?" ¡No puede! Pero le estamos hablando a usted, ¿correcto? Por favor, escuche esto: si en su conciencia, que es la conciencia de millones de personas, hay una transformación, entonces esa transformación afecta a los millones. Entonces tendrán ustedes una clase diferente de educación, una diferente clase de sociedad, ¿entiende?

Usted está apegado a su madre, por supuesto. Cuando era niño necesitaba una madre y un padre que cuidaran de usted; el niño necesita completa seguridad, cuanta más seguridad tenga de la clase apropiada, tanto más feliz será. Pero millones de personas quieren seguridad y piensan que la encontrarán en el apego, apego a su país, a su pequeña casa. Están dispuestas a pelear contra el resto del mundo por su país; éste es su apego. El católico está dispuesto a pelear por su apego contra el protestante. Lo que ahora nos concierne es la gente que se encuentra por el momento en esta carpa. Si yo fuera y hablara a las personas que están trabajando en la carretera, me dirían: "Por favor, váyase, lo que necesitamos es un poco de cerveza". Estamos hablándole a usted. ¿Puede cambiar el contenido de su conciencia de modo que en esa transformación afecte la conciencia del hombre? Vea, las que se titulan religiones han hablado a los individuos por miles de años, y la conciencia de ustedes ha aceptado este condicionamiento como católicos o protestantes; y si son siquiera algo serios en aquello para lo cual han sido condicionados, funcionan a partir de allí, y la conciencia de ustedes ha afectado la conciencia del mundo. Ahora estamos diciendo que, en la transformación de esa conciencia, con todo su contenido, en esa libertad, tienen ustedes una energía extraordinaria que es la esencia misma de la inteligencia, y que esa inteligencia operará en todos los campos si están ustedes atentos a la totalidad de la existencia humana.

Vean lo que está sucediendo: todo el mundo necesita ropa, alimento y albergue, pero eso no es posible a causa de la división, la división racial, la división nacional, la división económica, la competencia por el poder entre las naciones. Una vez estábamos hablando de esto con un político prominente, un miembro del gabinete, que dijo: "Mi querido señor, eso es imposible, es un ideal maravilloso pero está a una distancia muy lejana; me gusta lo que usted dice, pero es impracticable. Tenemos que habérnoslas con lo inmediato". ¿Comprenden? Y lo inmediato es el poder de ellos, su posición, su ideología, la cosa más impracticable y más destructiva. Ustedes conocen todo esto. ¿No creen que si todos los políticos del mundo se unieran y dijeran: "Olvidemos nuestros sistemas, nuestras ideologías, nuestro poder, ocupémonos del sufrimiento humano, de las necesidades humanas, del alimento, la ropa, el albergue", no creen que podríamos resolver este problema? ¡Por supuesto que podríamos! Pero nadie quiere. Cada cual se interesa en su propia enfermedad inmediata, en su propia ideología.

Del *Boletín* 32 (KF), 1977

## *Si uno es el mundo*

OJAI, CALIFORNIA, 13 DE MAYO DE 1980

*Interlocutor*: Si uno es el mundo, ¿qué significa salirse de la corriente, y "quién" es el que se sale?

KRISHNAMURTI: No sé si nos damos cuenta, no como una idea, no como algún recurso romántico sino como un hecho real, de que uno es el mundo; psicológicamente, internamente, uno es el mundo. Vaya usted a la India y verá que ellos tienen los mismos problemas que hay aquí: sufrimiento, soledad, muerte, ansiedad, dolor. Dondequiera que uno vaya, éste es el hecho común a toda la humanidad.

Cuando usted escucha esta aseveración de que psicológicamente, internamente, uno es el mundo, ¿convierte eso en una idea? ¿O realmente se da cuenta de ello como se da cuenta del dolor que siente cuando le clavan un alfiler en el muslo o en el brazo? Ahí usted no tiene una idea al respecto: es así, hay dolor. ¿Nos damos cuenta, pues, de ese hecho inmenso, lo sentimos como algo vital, algo tremendamente real? Si nos

damos cuenta, entonces ese hecho psicológico afecta la mente, el cerebro; no la pequeña mente de uno limitada por los intereses nacionales o familiares, sino que afecta el cerebro humano. Cuando uno comprende eso, esa comprensión trae consigo un sentido de gran responsabilidad sin sentimiento alguno de culpa, sino un sentido de inmensa responsabilidad por todas las cosas que se relacionan con los seres humanos: el modo en que uno educa a los propios hijos, la forma en que uno se comporta, etcétera. Si uno realmente se da cuenta de esta inmensidad -*es* algo inmenso-, entonces la entidad particular que es el "yo" parece muy insignificante; ¡todas nuestras pequeñas preocupaciones se vuelven tan vulgares!

Cuando uno ve este hecho, cuando lo percibe en la mente y en el corazón, abarca toda la tierra, quiere protegerlo todo, porque uno es responsable.

El interlocutor pregunta: ¿Qué significa salirse de esta corriente y "quién" es el que se sale? La corriente es la constante lucha y desdicha de todos los seres humanos, ya sean comunistas, socialistas o imperialistas; es el suelo común sobre el que todos estamos parados. Para librarse de esa corriente, no hay un "quien" que vaya a salirse de ella; la mente se ha convertido en algo totalmente distinto. No es que "yo me haya salido de la corriente"; la mente ya no se encuentra más en ella.

Si está usted apegado y termina con el apego, tiene lugar algo por completo diferente; no es que "usted" esté libre del apego. Hay una calidad diferente, un tono diferente en toda la vida de uno cuando se comprende este hecho extraordinario: que cada uno de nosotros es la humanidad.

Del *Boletín* 40 (KF), 1981

## *La agresión*

OJAI, CALIFORNIA, 15 DE MAYO DE 1980

*Interlocutor*: En la observación sin el observador, al permanecer uno con el hecho, ¿hay una transformación que conduce a un incremento de la atención? La energía que se crea, ¿tiene una dirección?

KRISHNAMURTI: Estas preguntas, desgraciadamente, no se relacionan con la vida real. Eso no quiere decir que uno no deba formularlas, pero, ¿han afectado realmente la vida cotidiana de uno? Preguntas como éstas son teóricas, abstractas, aluden a algo que uno ha oído. ¿No será mejor mirar la propia vida y averiguar por qué vivimos de esta manera, por qué estamos atormentados, por qué nuestra mente parlotea sin cesar, por qué carecemos de una genuina relación con otro, por qué somos crueles? ¿Por qué nuestra mente es tan estrecha, por qué somos neuróticos? Aparentemente, uno nunca aborda preguntas que afecten su existencia diaria. Me pregunto por qué. Si uno formula una pregunta realmente legítima que afecte profundamente la propia vida, ella tiene una vitalidad mucho mayor.

Formularé, pues, una pregunta: ¿Por qué nosotros, cada uno de nosotros, vivimos del modo en que estamos viviendo, tomando drogas, bebiendo, fumando, persiguiendo el placer y la agresión? ¿Por qué somos así? ¿Por qué somos agresivos? En toda la sociedad en que vivimos, la agresión y la competencia, que marchan juntas, son las cosas más importantes para nosotros. Uno puede ver la agresión en los animales durante ciertas épocas, en el apareamiento. Pero en otras ocasiones no compiten. Un león mata una cebra, otros leones la comparten. Pero, al parecer, entre nosotros la agresión es algo que está muy profundamente arraigado.

¿Por qué competimos? ¿Es una falta de esta sociedad, de nuestra educación? No culpen por esto a la sociedad; la sociedad es lo que hemos hecho de ella, y si uno no es competidor, si no es agresivo, entonces en esta sociedad a uno lo pisotean, lo descartan, lo desprecian.

¿Somos agresivos a causa del énfasis puesto en la libertad individual, una libertad que exige de nosotros que nos expresemos a cualquier costo, especialmente en Occidente? Existe la creencia de que si uno desea hacer algo, lo hace; no se abstiene, no lo examina, eso no importa. Si uno tiene un impulso, debe actuar. Podemos ver lo que hace la agresión. Somos agresivos, competimos por el mismo empleo, por esto, por aquello o por lo de más allá, peleando unos contra otros todo el tiempo, tanto psicológica como físicamente.

Éste es el patrón dentro del que seguimos viviendo y que forma parte de nuestra educación social. Y para romper con ese patrón, se dice que debemos ejercer la voluntad. Ejercer la voluntad es otra forma del "yo debo", otra forma de agresión. Uno es agresivo, ése ha sido el patrón que, desde la infancia, han impreso en uno la madre, el padre, la educación, la sociedad y los compañeros que a uno lo rodeaban, todos ellos agresivos. Y eso le gusta a uno, le da placer, uno lo acepta y así se vuelve también agresivo. Después, cuando uno ya es adulto, alguien le revela la naturaleza de la agresión, lo que ésta provoca en la sociedad, cómo la

competencia está destruyendo a los seres humanos. (Esto no sólo lo dice quien les habla, sino que los científicos comienzan a decirlo, así que tal vez acepten ustedes lo que dicen los científicos). Cuidadosamente le explican a uno la razón, la causa, la naturaleza destructiva de la competencia y del perpetuo comparar. Ahora bien, la mente que no compara en absoluto es una clase por completo distinta de mente, tiene mucha más vitalidad.

De modo que a uno le explican todo esto y, no obstante, continúa siendo agresivo, competidor, sigue comparándose con otros, esforzándose siempre tras algo más grande -no tras lo más pequeño, siempre lo más grande-. Existe, pues, este patrón establecido, esta armazón en que la mente se halla presa.

Uno escucha esto y dice: "Tengo que salir de esto, debo hacer algo al respecto", lo cual es otra forma de agresión. ¿Puede uno, pues, tener un discernimiento (*insight*) en la agresión? No el recuerdo de sus implicaciones, lo cual significa el examen constante para llegar a una conclusión y actuar de acuerdo con esa conclusión; eso no es discernimiento. Pero si hay un discernimiento instantáneo en ello, entonces uno ha roto todo el patrón de la agresión.

¿Qué hará usted, entonces, con respecto al modo en que está viviendo: el perpetuo asistir a reuniones, a discusiones con filósofos y con los más modernos psicólogos? Uno jamás dice: "Veamos, yo soy esto, averigüemos por qué. ¿Por qué debe uno tener contusiones, heridas psicológicas? ¿Por qué vive con ellas?"

Pero, realmente, alguien que ha estado asistiendo a las pláticas de Krishnamurti por cincuenta años o más y sabe todo esto de memoria, no tiene que citarme. No cite, descubra por sí mismo. Entonces hay mayor energía y uno se vuelve mucho más activo, más vital.

Del *Boletín* 40 (KF), 1981

## *Voluntad y deseo*
SAANEN, SUIZA, 23 DE JULIO DE 1980

*Interlocutor*: Sin la operación del deseo y la voluntad, ¿cómo puede uno avanzar en la dirección del conocimiento propio? ¿Acaso la urgencia misma de cambiar no forma parte del movimiento del deseo? ¿Cuál es la naturaleza del primer paso?

KRISHNAMURTI: Para comprender esta cuestión, no sólo de manera superficial sino profundamente, debe uno comprender la naturaleza del deseo y de la voluntad y también la naturaleza del conocimiento propio. El interlocutor pregunta: "Si uno no tiene el impulso, que es parte del deseo y la voluntad, ¿cómo puede tener lugar el florecimiento que se da en el conocimiento propio?"

¿Qué relación hay entre el deseo y la voluntad? ¿Cómo surge el deseo? Primero están las sensaciones visuales y táctiles; después el pensamiento crea una imagen sobre la base de esas sensaciones y así nace el deseo. Uno puede ver esto por sí mismo cuando en la vidriera de una tienda mira una camisa o un traje; al entrar a la tienda y tocar el material, surge la sensación táctil y entonces el pensamiento dice: "¡Qué lindo sería tener este traje!". El pensamiento crea la imagen de uno poniéndose el traje y, en ese momento, aparece el deseo. Este es el movimiento: percepción, contacto, sensación -todo muy natural y sano-, y entonces el pensamiento se apodera de la sensación, crea una imagen y ha nacido el deseo. La voluntad es la suma del deseo, el fortalecimiento del deseo, el impulso de lograr, de expresar el propio deseo y de adquirir; ésa es la operación del deseo reforzado por la voluntad.

De modo que el deseo y la voluntad marchan juntos. Entonces el interlocutor pregunta: "Si no hay deseo ni voluntad, ¿por qué debería uno buscar el conocimiento de sí mismo?" ¿Qué es el conocimiento de uno mismo? Examinemos eso en primer lugar. Los antiguos griegos y los hindúes hablaron acerca del conocimiento propio. ¿Qué significa conocerse a sí mismo? ¿Puede uno conocerse a sí mismo? ¿Qué es el "sí mismo" que, aparentemente, es necesario conocer? ¿Y qué entiende uno por la palabra "conocer"? Yo conozco Gstaad porque he estado viniendo aquí por veintidós años. Los conozco a ustedes porque los he visto aquí por veinte años o más. Cuando uno dice "conozco", quiere indicar con eso no sólo el reconocimiento sino también el recuerdo del rostro, del nombre. Está la asociación: "Me encontré con usted ayer y hoy lo reconozco". Ésa es la memoria que está operando. De modo que cuando alguien dice: "Conozco", ése es el pasado expresándose en el presente. Uno va a la escuela, al colegio, a la universidad y adquiere una gran cantidad de conocimientos. Después dice: "Soy químico, soy físico", esto y aquello. Por lo tanto, cuando uno dice que debe conocerse a sí mismo, ¿llega a ese conocimiento propio de una manera fresca, nueva, o lo aborda desde una base de conocimientos ya adquiridos? ¿Alcanzan a ver la diferencia?

Quiero conocerme a mí mismo. Puedo haber estudiado psicología o haber visitado a psicoterapeutas o haber leído muchísimo. ¿Abordo la comprensión de mí mismo por medio de ese conocimiento? ¿O llego a ello sin la previa acumulación de conocimientos sobre mí mismo? Cuando digo: "Debo saber acerca de mí", ¿no estoy ya familiarizado conmigo a través del conocimiento pasado, el cual dicta el modo en que debo observarme? Es muy importante comprender esto si uno quiere investigarlo cuidadosamente. Teniendo, pues, un conocimiento previo acerca de nosotros mismos, usamos ese conocimiento con el fin de comprendernos, lo cual es absurdo. ¿Puede uno, pues, descartar todo cuanto ha entendido acerca de sí mismo sobre la base del conocimiento de otros (Freud, Jung, los psicólogos modernos) y mirarse de un modo nuevo, como si fuera la primera vez?

Ahora bien, el interlocutor pregunta: "¿Son necesarios el deseo y la voluntad para observarme a mí mismo?" Vean lo que ocurre. Uno ha adquirido conocimiento acerca de sí mismo por medio de otros y ello se opone al hecho real de lo que uno es. ¿Ven la diferencia? Existe una contradicción entre lo que he adquirido y "lo que es". Y para superar esta contradicción, ejercito la voluntad. Puedo haber acudido al más novedoso de los terapeutas y haber recibido de él ciertos conocimientos acerca de mí mismo; llevo esos conocimientos a mi casa y descubro que son diferentes de lo que yo soy. Entonces comienza el conflicto de ajustar lo que me han dicho a "lo que es". Para superar ese conflicto, para suprimirlo o aceptarlo, entran en juego el deseo y la voluntad.

Ahora bien, ¿son en absoluto necesarios el deseo y la voluntad? ¿Acaso no aparecen solamente cuando uno tiene que ajustarse a un patrón, a un patrón de lo que está "bien"? ¿No es entonces que comienza el conflicto, la lucha por superar, por controlar?

Uno es un investigador, está cuestionando; por lo tanto, rechaza completamente toda información sobre sí mismo que haya sido provista por otros. ¿Lo hará? No, no lo hará porque es mucho más seguro aceptar la autoridad. Entonces se siente uno a salvo. Pero si en verdad rechaza la autoridad de todo el mundo, ¿cómo ha de observar el movimiento del "sí mismo"? Porque el "sí mismo" no es estático, se mueve, vive, actúa. ¿Cómo observa uno algo que es extraordinariamente activo, que está lleno de impulsos, deseos, ambiciones, codicia, romanticismo? O sea: ¿Puede uno observar el movimiento del "sí mismo" con todos sus deseos y temores, sin que intervenga el conocimiento adquirido de otros o el que uno ha adquirido mediante el propio examen?

Una de las actividades del "sí mismo" es la codicia. Ahora bien, cuando empleamos la palabra "codicia", ya hemos asociado esa reacción o reflejo con un recuerdo que hemos tenido previamente de esa misma reacción. Usamos la palabra "codicia" para identificar esa sensación, para reconocerla, y en el instante en que tiene lugar tal reconocimiento, la sensación ya se ha fortalecido y es devuelta a la memoria. ¿Puede uno, entonces, mirar esa sensación, esa reacción, sin la palabra y, por lo tanto, sin el conocimiento previo de ella? ¿Puede uno mirar esa reacción sin un solo movimiento que implique el reconocimiento de la misma?

¿Puede uno, pues, observarse sin ninguna dirección, sin comparación alguna y, por consiguiente, sin ningún motivo? Eso es aprender de nuevo cada vez acerca de uno mismo. Si investigamos esto muy seriamente, descubriremos que no es cuestión de hacerlo poco a poco, primero un paso, después otro, sino de ver la verdad de ello instantáneamente, la verdad de que, cuando tiene lugar el instante del reconocimiento, uno no se está conociendo a sí mismo en absoluto. Hacer esto requiere una gran dosis de atención, y casi todos nosotros somos muy descuidados, muy perezosos. Tenemos toda clase de ideas acerca de lo que deberíamos o no deberíamos ser. Así llegamos a ello con una carga tremenda y, por lo tanto, jamás nos conocemos a nosotros mismos.

Para expresarlo de manera diferente: Somos como el resto de la humanidad, y en todo el mundo la humanidad sufre, experimenta una gran desdicha, incertidumbre, dolor. En consecuencia, psicológicamente uno es como el resto de la humanidad, uno es la humanidad. Entonces surge el problema: ¿Puede eliminarse el contenido de la propia conciencia (todo el conocimiento adquirido acerca de uno mismo), que es la conciencia de la humanidad? Estamos tan condicionados por la idea de que uno mismo es un individuo psicológicamente diferente de otro -lo cual no es real, no es un hecho-, que cuando decimos: "Debo conocerme a mí mismo", estamos diciendo: "Debo conocer mi pequeña celda". Y cuando uno investiga esa pequeña celda, ve que es nada. Pero la verdad, lo real es que uno es la humanidad, uno es el resto de la humanidad. Investigar la enorme complejidad de la mente humana es leer la historia de uno mismo. Uno es historia y, si sabe cómo leer el libro, comienza a descubrir la naturaleza de esta conciencia, que es la conciencia de todos los seres humanos.

Del *Boletín* 40 (KF), primavera y verano de 1981

*Donde no es necesario el conocimiento*
SAANEN, SUIZA, 29 DE JULIO DE 1981

*Interlocutor*: ¿Cómo ha de trazar uno la línea divisoria entre el conocimiento que debe ser retenido y el que hay que abandonar? ¿Qué abarca la decisión?

KRISHNAMURTI: El interlocutor pregunta dónde trazar la línea entre el conocimiento que retenemos por ser necesario para que uno pueda convertirse en ingeniero, carpintero o plomero, y el conocimiento personal que uno registra, las ofensas, las ambiciones personales que, al parecer, también retenemos con el perjuicio resultante. ¿Dónde, pues, traza uno la línea entre aquello y esto? Y el interlocutor pregunta: ¿Qué es lo que toma la decisión?

¿Alcanzan a ver uno de los factores contenidos en esta pregunta, cómo todos dependemos de decisiones? Yo decidiré venir aquí, no iré allá. ¿En qué se basa esa decisión? Sólo observe detenidamente. Se basa en el placer, en mi conocimiento pasado (placer o dolor pasados), en el recuerdo de cosas pasadas, que dice: "No hagas eso nunca más", o "hazlo". O sea, que en la decisión está el elemento de la voluntad. La voluntad es la forma acumulada, concentrada del deseo. ¿Correcto? Del deseo que dice: "Debo hacer tal cosa", pero yo llamo a eso "voluntad". Ya hemos examinado la cuestión del deseo, de modo que ahora no voy a investigarla. Decíamos que la voluntad es un elemento importante en la decisión, y nosotros estamos condicionados por esa tradición. Ahora cuestionamos esa acción porque la voluntad, que es esencialmente deseo, es un factor divisivo: la voluntad de triunfar, la voluntad de hacer algo a lo que mi esposa se opone, el yo y el no yo, etcétera.

¿Existe, pues, un modo de vivir (por favor, escuchen esto) sin que opere en absoluto la voluntad? Un modo de vivir en que no haya conflicto, puesto que el conflicto existe en tanto yo esté ejerciendo la voluntad. Averigüemos, entonces, si eso es posible.

El interlocutor pregunta: "¿Cómo ha de trazar uno la línea divisoria entre el factor que acumula los conocimientos necesarios para una acción que exige destreza y el factor por el que la psique no registra?" No registrar las ofensas, los insultos, los halagos, las intimidaciones y todo eso. ¿Cómo traza uno la línea entre ambos factores? No traza la línea. Apenas ha trazado usted la línea, ha hecho una separación y, por lo tanto, va a ocasionar un conflicto entre el registrar y el no registrar. Entonces uno se pregunta: "¿Cómo puedo no registrar?" Me han insultado personalmente, ¿cómo puedo no registrar el insulto, o el halago? (Es la misma cosa, son dos caras de la misma moneda). En el campo de la tecnología tengo que registrar, y cuando usted me insulta, mi cerebro registra instantáneamente ese insulto. ¿Por qué debería yo registrarlo? ¿Por qué he de seguir cargando con ese insulto día tras día? Y de ese insulto me desquito cuando vuelvo a encontrarme con usted.

¿Es posible, entonces, no registrar en absoluto ninguno de los factores psicológicos? ¿Comprende mi pregunta? Mi esposa, si es que tengo una, cuando llego cansado a casa después de un día de oficina, me dice algo cruel porque ella misma ha tenido un día agotador con hijos traviesos, y entonces dice algo violento. Como estoy fatigado y quiero un poco de paz en la casa, registro lo que ella ha dicho. Ahora me pregunto si es posible no registrar en absoluto ese incidente. De lo contrario, estoy formando una imagen de ella y ella la forma de mí, de modo que la relación es entre imágenes y no entre nosotros. ¿Es posible, entonces, no registrar? El proceso de registrar fortalece, da vitalidad a un centro que es el "yo". Eso es obvio. Sólo es posible no registrar, por cansado que uno se sienta, estando atento a ese instante en que mi esposa o yo somos crueles, porque, como lo explicamos el otro día con respecto a la meditación, donde hay atención no existe el registrar.

Vea, pues, la verdad de esto: que en un nivel necesitamos del conocimiento, y que aquí, en el otro nivel, no necesitamos del conocimiento en absoluto. Vea la verdad de ello, vea qué libertad le trae. Ésa es la verdadera libertad. ¿De acuerdo? Si usted tiene un discernimiento directo en ello, no traza ninguna línea ni toma una decisión. No existe el registrar.

Del *Boletín* 45 (KF), 1983

*No pida ayuda*
SAANEN, SUIZA, 30 DE AGOSTO DE 1981

*Interlocutor*: He estudiado, he estado en Asia y he discutido con personas de allá. Aunque soy un hombre lógico, he tratado de ir más allá de las religiones y de penetrar en algo que estoy seguro que existe, algo profundamente misterioso y sagrado. No obstante, parece que no he logrado aprehenderlo. ¿Puede usted ayudarme?

KRISHNAMURTI: Depende de quiénes sean las personas con las que usted ha intentado discutir. ¿Vamos a examinar esta cuestión?

Uno se pregunta por qué viajan ustedes al Asia en absoluto, excepto por cuestiones de negocios. Tal vez las personas que van allá con propósitos religiosos, en realidad están comerciando: "Usted me da algo y yo le daré algo a cambio". ¿Está la verdad allá y no aquí? La verdad, ¿ha de encontrarse por medio de otras personas, por medio de un gurú, de un sendero, de un sistema, de un profeta, de un salvador? ¿O la verdad no tiene senderos?

Hay un maravilloso relato indio acerca de un muchacho que deja su hogar para ir en busca de la verdad. Acude a numerosos maestros recorriendo sin cesar diversas regiones del país, y cada maestro afirma una cosa u otra. Al cabo de muchos años, ya anciano, después de buscar y buscar, de interrogar, de meditar, de adoptar ciertas posturas, de respirar apropiadamente, de ayunar, de privarse del sexo y todo eso, regresa a su antigua casa. Apenas abre la puerta, allí está; la verdad está justamente ahí. ¿Comprende? Usted podrá decir: "La verdad no habría estado ahí si él no hubiera viajado por todas partes". Ése es un comentario ingenioso, pero usted pierde la belleza del relato si no ve que la verdad no puede ser buscada. La verdad no es algo que pueda obtenerse, experimentarse, retenerse. Está ahí para quienes puedan verla. Pero casi todos nosotros estamos buscándola perpetuamente, pasando de una moda a otra, de una excitación a otra excitación, sacrificándonos (ya conoce todos esos desatinos que ocurren), pensando que el tiempo nos ayudará a dar con la verdad. El tiempo no lo hará.

De modo que el problema es: Soy un hombre lógico y, no obstante, siento que existe algo misterioso pero no puedo aprehenderlo Puedo entenderlo, puedo verlo lógicamente pero no puedo contenerlo en mi corazón, en mi mente, en mis ojos, en mi sonrisa. El interlocutor dice: "Ayúdeme". Si se me permite señalar algo: no pida ayuda a nadie, porque todo el afán está en usted y en usted está todo el misterio, si es que existe un misterio. Todo aquello por lo que el hombre ha luchado, todo lo que ha buscado, encontrado, descartado como ilusión, todo eso forma parte de su conciencia. Cuando usted pide ayuda -perdóneme si señalo esto, lo hago con el mayor respeto, no cínicamente-, cuando pide ayuda está solicitando algo de afuera, solicita algo de otro. ¿Cómo sabe que el otro tiene esa condición de la verdad? A menos que usted mismo la tenga, jamás sabrá si el otro la tiene o no.

Por lo tanto, y esto lo digo con gran afecto y solicitud, lo primero es que, por favor, no pida ayuda. Si la pide, entonces los sacerdotes, los gurús, los intérpretes, todos ellos lo ahogarán con su verborrea. Mientras que si mira el problema, ve que el problema es éste: El hombre, durante siglos y siglos, ha estado a la búsqueda de algo sagrado, de algo no corrompido por el tiempo, por todos los afanes del pensamiento. Lo ha buscado, lo ha deseado con ansia, se ha sacrificado, se ha torturado físicamente, ha ayunado por semanas, pero no lo ha encontrado. Entonces viene alguien y dice: "yo te lo mostraré, yo te ayudaré". Con lo cual uno está perdido. Vea, cuando usted pregunta si hay algo profundamente misterioso, sagrado, el misterio existe sólo como un concepto; pero si lo descubre, ya no es más un misterio, es algo que está mucho más allá de todo concepto de misterio.

¿Qué es, entonces, lo que uno ha de hacer? Soy humano, puedo reír, puedo llorar, pero soy un hombre serio. He investigado todos los aspectos de la religión y reconozco su superficialidad, así como la superficialidad de los gurús, de las iglesias, de los templos, de las mezquitas y de todos los predicadores. Si he visto la real superficialidad de uno de ellos, he visto la de todo el conjunto. No tengo que pasar por todos ellos. ¿Qué he de hacer, entonces? ¿Hay algo que deba ser hecho? ¿Quién es el hacedor? ¿Y qué es lo que hace? Por favor, siga esto paso a paso, si es que le interesa. ¿Puede usted descartar toda esa superficialidad con sus guirnaldas, sus pinturas, todo ese desatino? ¿Puede usted descartar todo eso y quedarse solo? Porque uno tiene que permanecer solo. La palabra "solo" (*alone*) significa "todo uno" (*all one*). Ser un solitario es una cosa y estar totalmente solo es otra. El primer estado contiene en sí la cualidad del aislamiento. Uno puede pasear por el bosque y estar solo o puede pasear por el bosque sintiéndose un solitario. Este sentimiento es por completo diferente de sentir que uno está solo. ¿Qué he de hacer, pues? He meditado, he seguido diversos sistemas, prácticas, y reconozco su superficialidad.

Debo contarle esta historia, si no le importa. Estábamos en Bombay hablando a una enorme multitud y al día siguiente un hombre vino a vernos. Era un anciano, cabello blanco, barba blanca, y me contó la siguiente historia: Él había sido un juez importante en la India, un abogado, con una alta posición social, familia, hijos,

respeto y todo eso. Y una mañana se dijo a sí mismo: "He juzgado a otros, criminales, estafadores, ladrones, desfalcadores, hombres de negocios y políticos, pero no sé qué es la verdad". Y entonces se retiró, se alejó de su familia y se internó en el bosque para meditar. Esa es una de las antiguas tradiciones de la India, sumamente estimada hasta nuestros días: que cuando un hombre renuncia al mundo, por dondequiera que vaya en la India, debe ser vestido, alimentado, respetado. No se trata de una sociedad organizada de monjes. Un hombre así está solo. De modo que se retiró a un bosque y, según me dijo, estuvo meditando por veinticinco años. Ahora, después de haberlo escuchado a uno en la tarde anterior, dijo: "He venido a decirle cuán profundamente me he hipnotizado a mí mismo y cómo me he engañado en esta hipnosis". Para un hombre que estuvo meditando durante veinticinco años, reconocer que estuvo engañándose a sí mismo... ¿comprende usted la naturaleza de un ser humano que admite eso?

Aquí estoy, pues, soy serio, dispongo de cierto tiempo libre, no sigo a nadie, porque si uno sigue a alguien ése es el final. Por favor, vea esto: es el final para cualquier posibilidad de penetrar en lo eterno. Uno tiene que ser completamente una luz para sí mismo. Me doy cuenta de esto, así que no sigo a nadie, no practico ningún culto, ningún ritual y, no obstante, lo eterno me sigue eludiendo. No está en mi respiración, en mis ojos, en mi corazón. ¿Qué he de hacer, entonces?

En primer lugar, ¿puede el cerebro estar libre del centro que es el "yo"? ¿Comprende mi pregunta? ¿Puede el cerebro estar libre del "sí mismo", del yo? Aunque ese yo sea un súper o un ultra súper yo, sigue siendo el yo. Para expresarlo muy sencillamente: ¿Puede haber una total disolución del egoísmo? El centro-yo es muy astuto, puede pensar que ha escapado de todo egoísmo, de todo interés en su propia entidad, en su propio devenir y, sin embargo, de manera muy sutil y profunda, está extendiendo uno de sus tentáculos. De modo que uno ha de descubrir por sí mismo si puede haber una completa y total libertad con respecto a todo egoísmo, a toda actividad centrada en el yo. Eso es la meditación: descubrir un modo de vivir en este mundo sin ser egoísta, sin estar centrado en uno mismo, sin ninguna actividad egocéntrica, sin movimiento egocéntrico alguno. Si hay un vestigio, un solo movimiento de eso, entonces estamos perdidos. Por lo tanto, tenemos que estar tremendamente alertas a cada movimiento del pensar.

Eso es muy fácil, no lo complique. En el momento en que está usted iracundo, ni siquiera sabe lo que es ese sentimiento. Pero cuando lo examina, puede ver cómo surge, cómo surgen la codicia, la envidia, la ambición, la agresión. Observe eso mientras está surgiendo, no cuando ya ha desaparecido, ¿entiende? Mientras surge y usted lo observa, eso se marchita. Así el cerebro puede estar alerta a la aparición del pensamiento, y ese estado de alerta es la atención. No reprima el sentimiento, no lo destruya, no lo mate, sólo esté alerta a él. ¿Acaso no conoce la sensación del hambre cuando aparece en usted, o la sensación sexual? Obviamente, sí. Mientras surge, esté completamente alerta a ello y, con esa percepción alerta, con esa atención al movimiento del "yo", su deseo, su ambición, su búsqueda egoísta se marchitan y desaparecen. Esa atención es absolutamente necesaria, de modo que no quede ni una partícula, ni un vestigio de este "yo", porque el "yo" implica separación. Ya hemos examinado todo eso. Por lo tanto, eso es lo primero que tenemos que comprender, no el control del cuerpo, las formas especiales de respiración, el yoga... ¡Lávese las manos de todo eso! Entonces tiene usted un cerebro que no actúa parcialmente sino en su totalidad.

El otro día señalamos que nosotros no funcionamos con todos nuestros sentidos, sino sólo con una parte. La parcialidad, la limitación, acentúan el yo, desde luego. No voy a examinar eso en detalle, usted puede verlo por sí mismo. Cuando observa con todos sus sentidos la montaña, los árboles, el río, el cielo azul, cuando mira así a la persona que ama, en eso no hay "yo". No hay un "yo" que esté sintiendo todo esto, y ello implica un cerebro que no está funcionando como dentista o erudito o jornalero o astrónomo, sino un cerebro que funciona como una totalidad. Eso puede ocurrir sólo cuando el cerebro está completamente quieto, sin vestigio alguno del "yo", cuando hay un silencio absoluto de la mente, no un vacío, esta palabra puede comunicar un significado erróneo. (De cualquier modo, los cerebros de casi toda la gente están vacíos). Pero un cerebro que no está ocupado con nada, incluyendo a Dios, es un cerebro silencioso, lleno de vitalidad, y un cerebro así contiene un gran sentido de amor, de compasión, que es inteligencia.

Del *Boletín* 47 (KF), 1984

## *El propósito de las escuelas Krishnamurti*

BROCKWOOD PARK, INGLATERRA, 1° DE SETIEMBRE DE 1981

*Interlocutor*: Usted ha dicho con frecuencia que nadie puede mostrarnos el camino hacia la verdad. Sin embargo, se dice que sus escuelas ayudan a sus miembros a comprenderse a sí mismos. ¿No es ésta una contradicción? ¿No crea ello una atmósfera de elite?

KRISHNAMURTI: Quien les habla ha dicho que no hay sendero hacia la verdad, que nadie puede conducir a otro hacia ella. Ha repetido esto con mucha frecuencia en los últimos sesenta años y, con la ayuda de otras personas, ha fundado escuelas en la India, aquí y en los Estados Unidos. El interlocutor dice: "¿No se está usted contradiciendo a sí mismo, visto que los maestros y los estudiantes en todas estas escuelas tratan de comprender su propio condicionamiento, educándose no sólo académicamente sino también para comprender todo ese condicionamiento, la totalidad de su naturaleza y de su psique?" Uno no ve en absoluto la contradicción.

Desde los tiempos de la antigua Grecia y la antigua India, las escuelas han sido lugares donde uno aprende. Aprende allí donde hay tiempo libre. Por favor, acompáñeme un poco. Usted no puede aprender si no dispone de tiempo libre, o sea, tiempo para usted mismo, tiempo para escuchar a otros, tiempo para investigar. Un lugar así es una escuela. Las escuelas modernas en todo el mundo cultivan meramente una parte del cerebro, la cual se ocupa de adquirir conocimientos, tecnología, ciencia, biología, teología y cosas por el estilo. Esas escuelas sólo se interesan en el cultivo de una sección particular del cerebro, la que adquiere muchísimo conocimiento, conocimiento externo. Ese conocimiento puede ser empleado hábilmente para ganarse la vida o torpemente, depende de la persona. Escuelas así han existido por miles de años.

Aquí, en estas escuelas, nosotros intentamos algo por completo diferente. Tratamos no sólo de educar académicamente hasta los niveles establecidos, sino que también intentamos cultivar una comprensión, una investigación dentro de la total estructura psicológica de los seres humanos. Los estudiantes llegan ya condicionados, de manera que ahí comienza la dificultad. Uno tiene que ayudarlos a librarse no sólo del condicionamiento general, sino también a que investiguen mucho más profundamente. Esto es lo que están tratando de hacer estas escuelas con las que nos hallamos relacionados. Puede que consigan su propósito y puede que no. Pero como es una tarea difícil, uno debe intentarla, no seguir siempre el camino más fácil. Ésta es una materia difícil de examinar, pero ello no crea una elite. ¿Y qué hay de malo en una elite? ¿Desea usted que todo, personas y cosas, sea reducido a un común denominador? Ése es uno de los inconvenientes que tiene la así llamada democracia.

De modo que, hasta donde puede uno verlo, no hay contradicción. La contradicción existe solamente cuando uno afirma algo una vez y lo contradice otra. Pero aquí estamos diciendo que nadie puede conducirlo a la verdad, a la iluminación, a la clase correcta de meditación, a la recta conducta, nadie, porque cada uno de nosotros es responsable de sí mismo y no depende de nadie en absoluto. En todas estas escuelas estamos tratando de cultivar una mente, un cerebro que sea holístico, que adquiera conocimientos para actuar en el mundo pero sin descuidar la naturaleza psicológica del hombre, porque eso es mucho más importante que la carrera académica. Aparentemente, cierta clase de educación es necesaria para tener la capacidad de ganarse la vida en el mundo actual, en la actual civilización (sea lo que fuere esa civilización), y tanto las escuelas occidentales como las orientales están descuidando el otro lado, que es mucho más grande y profundo. Pero aquí estamos tratando de hacer ambas cosas, lo cual no sucede en otras escuelas. Puede que tengamos éxito en ello, esperamos que sí, pero también es posible que no lo tengamos. Eso es lo que estamos tratando de hacer. No hay ninguna contradicción.

Del *Boletín* 46 (KF), 1984

## *Oponerse a la sociedad*

MADRÁS, INDIA, 1981

*Interlocutor*: Durante su primera plática usted habló de erguirse contra la corrupta e inmoral sociedad, como una roca sobresaliendo en medio de la corriente de un río. Yo encuentro confuso esto, porque para mí la roca significa que uno es un extraño en su propia vida, y un extraño semejante no necesita erguirse contra nada ni contra nadie. Su respuesta y su clarificación son muy importantes para mí.

KRISHNAMURTI: En primer lugar, ¿está claro para nosotros a qué nivel, a qué profundidad estamos usando la palabra "corrupción"? ¿Qué implica esa palabra? Está la corrupción física, la contaminación del aire en las ciudades, en los pueblos. Los seres humanos están destruyendo los mares, han matado a más de

cincuenta millones de ballenas, están matando a los cachorros de focas... Después tenemos la corrupción política, religiosa, etcétera. Si usted viaja por el mundo y observa y habla con la gente, ve corrupción en todas partes, y más aún, desgraciadamente, en esta parte del mundo, donde pasan el dinero bajo la mesa (si uno quiere comprar una entrada tiene que sobornar al que la vende). La palabra "corromper" significa quebrantar, dividir. Pero, básicamente, la corrupción que reina en todas partes está en la mente y en el corazón. Debemos tener en claro, pues, si estamos hablando de la corrupción financiera, burocrática y política, o si hablamos de la corrupción en el mundo religioso, que se halla acribillado por toda clase de supersticiones -sólo un montón de palabras que han perdido todo significado, la repetición de rituales y todas esas cosas-. ¿No es corrupción eso? Los ideales, ¿no son una forma de corrupción? Usted puede tener ideales, digamos, de no-violencia. Debido a que es violento, tiene ideales de no-violencia, pero mientras está persiguiendo los ideales, usted es violento. Por lo tanto, ¿no es eso la corrupción de un cerebro que pasa por alto la acción necesaria para terminar con la violencia? ¿Y acaso no se genera corrupción cuando no hay amor en absoluto, sólo placer, que es sufrimiento? En todo el mundo, esta palabra "amor" está fuertemente adulterada y se la ha asociado con el placer, con la ansiedad, los celos, el apego... ¿No es corrupción eso? El apego, ¿no es en sí mismo corrupción? Cuando estamos apegados a un ideal, a una casa o a una persona, las consecuencias son obvias: celos, ansiedad, afán posesivo, todo eso y mucho más. Cuando usted investiga el apego, ¿no descubre que es corrupción?

En cuanto a su pregunta acerca del símil de erguirse como una roca en medio de la corriente, no lleve el símil demasiado lejos. Un símil es una descripción de lo que ocurre, pero si da mucha importancia al símil, pierde la significación de lo que *realmente* está ocurriendo.

La sociedad en que vivimos se basa esencialmente en la relación de unos con otros. Si en esa relación no hay amor, tan sólo explotación mutua, consuelo mutuo en varias formas diferentes, es inevitable que ello genere corrupción. ¿Qué hará, pues, con respecto a todo esto? Éste es un mundo maravilloso en su belleza, la belleza de la tierra, la cualidad extraordinaria de un árbol... y estamos destruyendo la tierra como nos destruimos a nosotros mismos. ¿De qué modo, pues, actuará usted como ser humano que está viviendo aquí? Si nuestra relación mutua es destructiva, con su lucha constante, su esfuerzo, su pena, su desesperación, entonces crearemos por fuerza un ambiente que representará aquello que somos. ¿Qué es, entonces, lo que va a hacer al respecto cada uno de nosotros? Esta corrupción, esta falta de integridad, ¿es una abstracción, una idea, o es una realidad que queremos cambiar? Es asunto de ustedes.

*Interlocutor*: ¿Existe algo como la transformación? ¿Qué es lo que ha de transformarse?

KRISHNAMURTI: Cuando usted observa y ve la suciedad en las calles, ve cómo se comportan los políticos, ve su propia actitud hacia su esposa, hacia sus hijos, etcétera, la transformación está ahí. ¿Comprende? Generar cierta clase de orden en nuestra vida cotidiana, eso es transformación, no algo extraordinario, era de este mundo. Cuando uno no está pensando con claridad, objetivamente, racionalmente, darse cuenta de eso y cambiarlo, romper con ello. Eso es transformación. Si usted está celoso, observe eso, no le dé tiempo a desarrollarse, cámbielo inmediatamente. Eso es transformación. Cuando es codicioso, violento, ambicioso y trata de convertirse en una especie de hombre santo, vea cómo está creando un mundo de completa inutilidad. No sé si ustedes se dan cuenta de esto. La competencia está destruyendo el mundo. Éste se está volviendo más y más competidor, más y más agresivo, y si ustedes lo cambian inmediatamente, eso es transformación. Y si penetran a mayor profundidad en el problema, ven claramente que el pensamiento niega el amor. Por lo tanto, uno ha de descubrir si el pensamiento puede terminar, terminar para el tiempo. No filosofar sobre ello y debatirlo, sino descubrir. Ésa es la verdadera transformación; y si uno lo investiga bien a fondo, descubre que la transformación jamás implica un pensamiento de devenir, de comparar; consiste en ser absolutamente nada.

*Interlocutor*: Pienso que los santos crearon ídolos e historias para enseñar al hombre a llevar una vida buena y correcta. ¿Cómo puede usted llamar desatino a eso?

KRISHNAMURTI: ¿Necesita contestarse la pregunta? En primer lugar, ¿quién es un santo? ¿El hombre que lucha por llegar a ser alguna cosa? ¿El hombre que renuncia al mundo? Él no está renunciando al mundo, el mundo es él mismo. Puede estar iracundo y controlar su ira, pero por dentro está hirviendo; puede estar torturándose a sí mismo, puede que sea ligeramente neurótico, y ustedes pronto comienzan a adorarlo. Un día llegó a Benarés un sannyasi con su indumentaria, se sentó bajo un árbol con una especie de vara en la mano y empezó a dar voces. Nadie le prestó ninguna atención por cuatro o cinco días. Quien le habla observaba todo

esto desde su ventana en Rajghat. Entonces se acercó una anciana y le entregó una flor. Días después rodeaba al sannyasi una media docena de personas. Él llevaba una guirnalda. Transcurrida una quincena, se volvió un santo. No sé si usted se da cuenta de esto. En Occidente, a un hombre que está ligeramente trastornado lo mandan a un hospital para enfermos mentales. Aquí se convierte en un santo. No estoy mostrándome cínico ni descortés ni insolente, pero esto es lo que está sucediendo.

Un sannyasi ya no es más un sannyasi, sólo está siguiendo una tradición. Y los santos, ¿han creado por medio de sus historias, sus ídolos e ideales, un mundo diferente, una sociedad buena, un ser humano bueno? Ustedes son el resultado de todo esto. ¿Somos seres humanos buenos? Buenos en el sentido de totales, no fragmentados, no divididos -bueno significa también santo-. No me refiero a buena conducta, a ser amable, eso es sólo una parte. Ser bueno implica no estar dividido, no estar fragmentado, implica que uno es un ser humano armónico. ¿Somos así después de estos miles de años de santos y *Upanishads* y *Gitas*? ¿O somos exactamente como todos los demás? Somos la humanidad. Ser bueno es no seguir a nada ni a nadie. Ser bueno es tener la capacidad de comprender el movimiento de la vida.

*Interlocutor*: Usted dice que si un individuo cambia, puede transformar el mundo. ¿Se me permite sugerir que, a pesar de su sinceridad, de su amor, de sus veraces declaraciones y de ese poder que no puede ser descrito, el mundo ha ido de mal en peor? ¿Existe algo como el destino?

KRISHNAMURTI: ¿Qué es el mundo? ¿Qué es el individuo? ¿Qué han hecho en el mundo los individuos que haya influido en él? Hitler ha ejercido una influencia en el mundo, lo mismo que Mao Tse-Tung, Stalin, Lenin y todos los atizadores de guerras. Eso parece obvio. La historia está llena de guerras. La historia de los pasados cinco mil años registra guerras que, año tras año, se desarrollan en una u otra parte del mundo. Eso ha afectado a millones de personas. Y también lo bueno ha ejercido influencia en el mundo. Por un lado tienen ustedes al Buda; él también ha afectado la mente humana, el cerebro humano en todo el Oriente. Por lo tanto, cuando hablamos acerca del cambio individual y preguntamos si ese cambio individual producirá alguna transformación en la sociedad, creo que eso es formular una pregunta equivocada. ¿Estamos real, Actualmente interesados en la transformación de la sociedad, de esta sociedad que es corrupta, inmoral, que está basada en la competencia, en la crueldad? Ésa es la sociedad en que estamos viviendo. ¿Está usted verdaderamente, profundamente interesado en cambiar eso, aun como un simple ser humano? Si lo está, entonces tiene que investigar qué es la sociedad. ¿Es la sociedad una palabra, una idea abstracta o es una realidad? ¿Es algo real o es una abstracción de la relación humana? *Es* la relación humana, o sea, la sociedad. Esa relación humana con todas sus complejidades, sus condicionamientos, sus odios, ¿puede usted transformarla por completo? Puede. Puede dejar de ser cruel, con todo lo que acompaña a la crueldad. Lo que es su relación, eso es su ambiente. Si su relación es posesiva y egocéntrica, está usted creando a su alrededor algo que será igualmente destructivo. Por consiguiente, usted es el individuo y usted es el resto de la humanidad. No sé si se da cuenta de eso.

*Interlocutor*: Usted pasa a menudo de la mente al cerebro. ¿Hay alguna diferencia entre ellos? En tal caso, ¿qué es la mente?

KRISHNAMURTI: Me temo que sea un *lapsus linguæ*. Sólo hablo del cerebro. El interlocutor quiere saber qué es la mente. ¿Es la mente distinta del cerebro? ¿Es la mente algo que no ha sido tocado por el cerebro? ¿Acaso la mente es el resultado del tiempo? En primer lugar, para comprender qué es la mente, hemos de tener muy en claro cómo funciona nuestro cerebro; en claro no según los especialistas, los neurólogos, no según aquellos que han estudiado muchísimo acerca del cerebro de ratas y palomas y todo eso. Estamos estudiando, cada uno de nosotros, la naturaleza de nuestro propio cerebro, de nuestro propio modo de pensar y actuar, de nuestra conducta, de nuestras respuestas espontáneas e inmediatas. ¿Somos conscientes de eso? ¿Nos damos cuenta de que nuestro pensar está extraordinariamente confinado dentro de una estrecha rutina, de que es mecánico y transcurre por ciertos carriles particulares de actividad, de que nuestra educación está condicionada por estudios dirigidos hacia alguna carrera? Los científicos dicen ahora que el pensamiento es la esencia del cerebro, el cual es experiencia, conocimiento, memoria y acción. ¡Actualmente están llegando a eso! Hemos estado diciendo permanentemente que el pensamiento es un proceso material. No hay nada sagrado en relación con el pensamiento, y cualquier cosa que el pensamiento crea, ya sea mecánicamente, de modo idealista o proyectando un futuro con la esperanza de alcanzar alguna clase de felicidad, de paz, todo es el movimiento del pensar. ¿Se dan cuenta de esto, de que cuando van a un templo, éste no es otra cosa que un proceso material? Puede que no les guste escuchar eso, pero se trata de un hecho.

La arquitectura del templo, de la mezquita, de la iglesia, y todas las cosas que han puesto dentro de los edificios, son el resultado del pensamiento. ¿Nos damos cuenta de eso y, por lo tanto, nos movemos en una dirección por completo diferente?

Cuando ustedes aceptan la tradición, ello hace que la mente sea sumamente torpe, estúpida, aunque puedan leer interminablemente el *Gita*. Ustedes se aferran a la tradición, es lo que está sucediendo tanto en Oriente como en Occidente. ¿Pueden terminar con todo esto en sí mismos o están demasiado embotados, demasiado habituados a la contusión, a la desdicha? Tenemos, pues, que comprender muy claramente la actividad del cerebro, que es la acción de nuestra conciencia, que es la actividad de nuestro mundo psicológico, el mundo en que vivimos. Tenemos que comprender la totalidad de eso: el cerebro, la conciencia, el mundo psicológico; todo es una sola cosa. ¿Cuestionarían ustedes eso? Probablemente ni siquiera han pensado al respecto. Es muy importante comprender qué es la mente, comprender cuáles son las actividades del pensamiento, las que han creado los contenidos de nuestra conciencia y el mundo psicológico en que vivimos. Este forma parte del pensamiento, es la estructura que el pensamiento ha construido en el hombre, es el "yo" y el "no-yo", el "nosotros" y el "ellos", las disputas, las batallas entre un ser humano y otro. Y el cerebro ha evolucionado a través del tiempo, evolucionó durante millones de años acumulando conocimientos, experiencias, recuerdos, etcétera. Es el resultado del tiempo. A este respecto no caben argumentos. Y el amor, la compasión con su inteligencia, ¿son el resultado, el movimiento del pensar? ¿Comprende mi pregunta, señor? ¿Puede usted cultivar el amor?

*Interlocutor*: Soy un estudiante, estudio para contador público. Aun cuando entiendo todas y cada una de las palabras de J. K., el mensaje permanece impreciso para mí. ¿Qué debo hacer para comprender plenamente su mensaje?

KRISHNAMURTI: ¡No comprenda su mensaje! Él no está trayendo un mensaje. Está señalando la vida de ustedes, no la vida de él, no su mensaje. Está señalando cómo viven ustedes, qué es la vida cotidiana que llevan, y ustedes no están dispuestos a encarar eso. Somos renuentes a investigar nuestros sufrimientos, nuestras torturas, la ansiedad, la soledad, las depresiones que experimentamos, el deseo de realizarnos, de llegar a ser algo o alguien... Nos resistimos a afrontar todo eso y queremos ser guiados por alguien, incluyendo a quien les habla, deseosos de comprender el mensaje del Gita o algún otro libro absurdo. Quien les habla dice una y otra y otra vez que él actúa como un espejo en el que cada uno de ustedes puede ver la actividad de su propio yo. Y para mirar muy detenidamente, tienen que prestar atención. Si están interesados, tienen que escuchar y descubrir así el arte de escuchar, el arte de ver, el arte de aprender. Está todo ahí como un libro que es usted mismo. Usted es el libro de la humanidad. Por favor, señor, vea la verdad de todo esto. Usted siente renuencia a leer ese libro. Quiere que alguien le hable del libro o lo ayude a analizarlo, a entenderlo. Por eso inventa a un sacerdote, un gurú, un yogui, el sannyasi que le dirá todo sobre el libro, y así escapa de sí mismo. ¿Puede leer el libro que es tan antiguo, que contiene toda la historia de la humanidad que es usted? ¿Puede leer ese libro cuidadosamente, palabra por palabra, sin distorsionar lo que lee, sin prestar atención a un capítulo descuidando los otros, no tomando una sola frase, y meditando sobre ella, sino leyendo la totalidad del libro? ¿Leerá usted todo el libro, capítulo por capítulo, página por página, lo cual le tomará un tiempo muy largo, toda su vida, o existe un modo de leerlo completamente de una sola mirada? ¿Comprende mi pregunta? ¿Cómo puede uno leer este libro que es el "yo", que es el "tú", que es la humanidad con toda su experiencia de desdicha, sufrimiento, confusión, falta de integridad y todo eso, cómo puede uno leerlo de un vistazo sin tomar para ello mes tras mes? El libro es usted, y si emplea tiempo en leer el libro, el tiempo va a destruir el libro, el tiempo mismo va a destruirlo, porque nuestro cerebro funciona en el tiempo.

Por lo tanto, uno ha de tener la capacidad de escuchar lo que dice el libro, el libro íntegro, verlo claramente, lo cual implica que el cerebro ha de estar tan alerta, tan tremendamente activo, que ésa sea la actividad total del cerebro. ¿Puede usted observarse a sí mismo en el espejo, en el libro, en ese libro que es usted mismo, y hacerlo de manera completa, instantánea? Entonces verá que el libro es nada.

No sé si comprende. Usted puede leer el libro de la primera a la última página y puede descubrir que nada hay en él. ¿Comprende lo que estoy diciendo? Eso implica ser nada, no devenir. El libro es el devenir la historia del devenir. Por lo tanto, si usted se examina a sí mismo, si mira dentro de sí mismo, ¿qué es usted? Una apariencia física, bajo, alto, con barba o sin barba, hombre o mujer, y toda la capacidad educada, la búsqueda trivial. Todo eso es un movimiento del devenir, de llegar a ser alguna cosa, ¿no es cierto? ¿Llegar a ser qué? ¿Un hombre de negocios que gana más dinero, un santo? Cuando un hombre trata de llegar a ser santo, ya no es más santo, sólo está preso en la trampa de la tradición. Por lo tanto, usted puede echar un vistazo al libro y ver que el libro es absolutamente nada, y entonces vivir en este mundo siendo nada.

¿Comprende, señor? No, no comprende. Así que, señoras y señores, ustedes escuchan todo esto y, tal vez, si van a viajar con quien les habla, volverán a escucharlo en cada plática expresado en diferentes palabras y contextos, en frases diferentes, pero mucho más importante que ninguna otra cosa en la vida es generar una completa comprensión en uno mismo, porque estamos destruyendo el mundo; carecemos de amor y por eso no lo cuidamos. De modo que quien le habla no tiene mensaje, el mensaje es usted. Uno sólo está señalando.

Del *Boletín* 42 (KF),1982

## *Cómo afrontar la vida*

BROCKWOOD PARK, INGLATERRA, 3 DE SETIEMBRE DE 1981

*Interlocutor*: Nosotros nos encontramos viviendo en el temor a la guerra, a perder un empleo, si es que tenemos uno, en el temor al terrorismo, a la violencia de nuestros hijos, a estar a merced absoluta de políticos ineptos. ¿Cómo hemos de afrontar la vida tal como es en la actualidad?

KRISHNAMURTI: ¿Cómo la afronta usted? Uno tiene que dar por sentado que el mundo se está volviendo más y más violento, eso es obvio. Las amenazas de guerra son también muy obvias y también lo es el muy extraño fenómeno de que nuestros hijos se están volviendo violentos. Uno recuerda a una madre que vino a vernos en la India, hace algún tiempo. Allá las madres gozan de gran respeto, y esta madre se hallaba horrorizada porque, según dijo, sus hijos la habían golpeado, una cosa inaudita en la India. Así que esta violencia se está extendiendo por todo el mundo. Y también existe ese temor a perder un empleo, como dice el interlocutor. Al enfrentarnos a todo esto, sabiendo todo esto, ¿cómo ha de afrontar uno la vida tal como es en la actualidad?

No lo sé. Sé cómo afrontarla por mí mismo, pero uno no sabe cómo la afrontará usted. En primer lugar, ¿qué es la vida, qué es esta cosa llamada existencia, llena de sufrimiento, de exceso de población, de políticos ineptos, de toda la deshonestidad, las trampas, los sobornos... todo lo que está sucediendo en el mundo? ¿Cómo lo afronta uno? Ciertamente, debemos preguntarnos primero qué significa vivir. ¿Qué significa vivir en este mundo tal como es? ¿Cómo vivimos nuestra vida cotidiana, de hecho, no teórica o filosóficamente o de modo idealista, sino cómo vivimos realmente nuestra vida de cada día? Si nos damos cuenta seriamente de ello, si lo examinamos, vemos que nuestra vida es una batalla constante, una constante lucha, esfuerzo tras esfuerzo. Tener que levantarse a la mañana es un esfuerzo. ¿Qué hemos de hacer? No podemos escapar de ello. Uno solía tratar a algunas personas que afirmaban la imposibilidad de vivir en el mundo y se retiraban totalmente a ciertas montañas del Himalaya y desaparecían. Eso es meramente eludir la realidad, escapar de ella, como lo es el quedar absorbido en una comunidad o unirse a un gurú con una inmensa fortuna y perderse ahí. Obviamente, esas personas no resuelven los problemas de la vida diaria ni investigan sobre el cambio, la revolución psicológica de una sociedad. Escapan de todo esto. Y nosotros, si no escapamos y realmente vivimos en este mundo tal como es, ¿qué haremos? ¿Podemos transformar nuestra vida de modo que en ella no haya ningún conflicto, porque el conflicto forma parte de la violencia? ¿Es eso posible?

Esta constante lucha para ser “algo” es la base de nuestra vida: la lucha por el devenir. ¿Podemos, como seres humanos que viven en este mundo, transformarnos a nosotros mismos? Ése es realmente el problema: transformarnos psicológicamente de manera radical, no a la larga, no admitiendo para ello el tiempo. Para un hombre serio, para un hombre verdaderamente religioso, no existe el mañana. Es una declaración bastante difícil de aceptar esta de que el mañana no existe; para un hombre religioso sólo existe el fecundo culto del hoy. ¿Podemos vivir esta vida totalmente y, de hecho, transformar nuestra relación cotidiana de unos con otros? Ésa es la verdadera cuestión, no qué es el mundo, porque el mundo somos nosotros. Por favor, vea esto: el mundo es usted, y usted es el mundo. Éste es un hecho obvio, terrible, un reto que debe ser afrontado completamente; o sea, que debemos darnos cuenta de que somos el mundo con toda su fealdad, de que hemos contribuido a todo esto, de que somos responsables por todo esto, por todo cuanto está ocurriendo en Medio Oriente, en Africa, por toda la locura que avanza en este mundo; nosotros somos los responsables de eso. Podemos no ser responsables por las acciones de nuestros abuelos y tatarabuelos -por la esclavitud, por los miles de guerras, por la brutalidad de los imperios-, pero somos parte de ello. Si no sentimos nuestra responsabilidad, que implica ser totalmente responsables de nosotros mismos, de lo que hacemos, de lo que pensamos, del modo en que nos comportamos, entonces todo se vuelve más bien irremediable, sabiendo lo que es el mundo y lo imposible que resulta resolver individualmente, separadamente, este problema del terrorismo. Es problema de los gobiernos ver que sus ciudadanos estén seguros, protegidos, pero eso no

parece importarles. Si cada gobierno se interesara realmente en proteger a su propio pueblo, no habría guerras. Pero, al parecer, también los gobiernos han perdido la cordura, sólo se interesan en los partidos políticos, en su propio poder, en su posición, en su prestigio. Ustedes ya conocen todo esto, ya saben las reglas de juego.

¿Podemos, pues, sin admitir el tiempo (o sea, el mañana, el futuro), vivir de tal manera que el hoy sea de primordial importancia? Eso significa que tenemos que volvernos extraordinariamente alertas a nuestras reacciones, a nuestra confusión, trabajar con gran ímpetu sobre nosotros mismos. Es lo único que aparentemente podemos hacer. Y si no lo hacemos, realmente no hay futuro para el hombre. No sé si han seguido algunos de los titulares que aparecen en los diarios; todo esto es una preparación para la guerra. Y si uno se prepara para algo, va a tenerlo, es como preparar una buena comida. A la gente común en el mundo eso no parece importarle. A los que están involucrados intelectual y científicamente en la producción de armamentos, no les importa. Ellos sólo se interesan en sus carreras, en sus empleos, en sus experimentaciones. Y si a aquellos de nosotros que somos personas bastante corrientes, la así llamada clase media, eso no nos importa en absoluto, entonces realmente estamos dándonos por vencidos. Y lo trágico es que no parece importarnos. No nos unimos para pensar juntos, trabajar juntos. Sólo estamos demasiado dispuestos a ingresar en instituciones y organizaciones, con la esperanza de que ellas detengan las guerras y eviten que nos asesinemos unos a otros. Jamás lo han hecho. Las instituciones, las organizaciones, jamás pondrán fin a todo eso. Es el corazón humano, la mente humana la que está implicada en ello. Por favor, no estamos hablando retóricamente, nos enfrentamos a algo realmente muy peligroso. Nos hemos reunido con algunas de las prominentes personalidades que están involucradas en todo esto, y no les importa. Pero si a nosotros nos importa y nuestra vida cotidiana es vivida rectamente, si cada uno de nosotros está atento a lo que hace día tras día, entonces creo que hay alguna esperanza para el futuro.

Del *Boletín* 46 (KF), 1984

## *Las exigencias de la sociedad*
SAANEN, SUIZA, JULIO DE 1984

*Interlocutor*: ¿Cómo puede uno conciliar las exigencias de la sociedad con una vida de libertad total?

KRISHNAMURTI: ¿Cuáles son las exigencias de la sociedad? Dígamelo, por favor. ¿Que vaya usted a la oficina de nueve a cinco, o a la fábrica, que acuda a un club nocturno para excitarse después de todo el fastidio del trabajo diario, que se tome dos o tres semanas de vacaciones en la soleada España o en Italia? ¿Cuáles son las exigencias de la sociedad? Que deba usted ganarse la subsistencia, que deba vivir en esa región particular del país durante toda su vida, ejerciendo como abogado, médico o dirigente sindical en la fábrica, etcétera. ¿De acuerdo? Por lo tanto, uno tiene que preguntarse: ¿Qué es esta sociedad que exige tanto y que ha creado este lamentable estado de cosas? ¿Quién es el responsable de esto? ¿La iglesia, el templo, la mezquita y todo el circo que tiene lugar dentro de ellos? ¿Quién es el responsable de todo esto? ¿Acaso la sociedad es diferente de nosotros? ¿O somos nosotros los que hemos creado la sociedad, cada uno de nosotros mediante nuestra ambición, nuestra codicia, nuestra envidia, nuestra violencia, nuestra corrupción, nuestro miedo, deseando nuestra propia seguridad en la comunidad, en la nación? ¿Entiende? Hemos creado esta sociedad y después culpamos a la sociedad por lo que nos exige. En consecuencia, usted pregunta: ¿Puedo vivir en libertad absoluta o, más bien, puedo conciliar a la sociedad conmigo mismo y con mi búsqueda de libertad? ¡Es una pregunta tan absurda! Lo siento, no quiero ser descortés con el interlocutor. Es absurda porque usted es la sociedad. ¿Vemos eso realmente, no como una idea, no como un concepto o como algo que tenemos que aceptar? Somos nosotros, cada uno de nosotros, los que sobre esta tierra hemos creado los últimos cuarenta mil años o más, la sociedad en que vivimos, con la estupidez de las religiones, la estupidez de las naciones armándose constantemente. ¡Por el amor de Dios!, hemos creado eso porque insistimos en ser norteamericanos, franceses, rusos, etcétera, porque insistimos en llamarnos católicos, protestantes, hindúes, budistas o musulmanes y esto nos da una sensación de seguridad. Pero son estas mismas divisiones las que obstaculizan la búsqueda de seguridad. ¡Es tan evidente!

No hay, pues, conciliación posible entre la sociedad con sus exigencias y sus propios requerimientos de libertad. Esos requerimientos provienen de nuestra propia violencia, de nuestro propio limitado y feo egocentrismo. Una de las cosas más complejas es descubrir por nosotros mismos dónde radica esa condición egocéntrica, dónde se oculta muy, muy sutilmente nuestro ego. Puede ocultarse políticamente “haciendo el bien por el país”. Puede ocultarse más bellamente en el mundo religioso: “Yo creo en Dios, yo sirvo a Dios”;

o en la ayuda social (y no es que yo esté contra la ayuda social, no salten a esa conclusión, pero puede ocultarse ahí). Se requiere un cerebro muy atento, no analítico sino observador, para ver dónde se ocultan las sutilezas del ego, del egoísmo. Entonces, cuando no hay ego, la sociedad no existe y usted no tiene que adaptarse a ella. Es sólo el cerebro que no advierte esto, el cerebro inatento, el que dice: "¿Cómo he de responder a la sociedad cuando estoy trabajando por la libertad?" ¿Comprende?

Si se me permite señalarlo, nosotros necesitamos reeducarnos no mediante la escuela, o la universidad (que también condicionan el cerebro), no mediante el trabajo en la oficina o en la fábrica. Necesitamos reeducarnos a nosotros mismos estando sensiblemente atentos, viendo cómo nos hallamos presos en las palabras. ¿Podemos hacer esto?

Si no podemos hacerlo, vamos a tener guerras perpetuas, perpetuo llanto, siempre habrá conflicto, desdicha y todo lo que eso implica. Quien les habla no es pesimista ni optimista, éstos son los hechos. Cuando uno vive con los hechos como son, no con datos producidos por la computadora, cuando los observa vigilando su propia actividad, sus propias búsquedas egoístas, de ello florece entonces una libertad maravillosa con toda su gran fuerza y belleza.

Del *Boletín* 48 (KF), 1985

## TERCERA PARTE

# REFLEXIONES

*¿Qué es una mente religiosa?*
SAANEN, SUIZA, 13 DE AGOSTO DE 1961

Pienso que esta mañana deberíamos considerar lo que es una mente religiosa. Quisiera investigar eso bastante profundamente, porque siento que sólo una mente así puede resolver todos nuestros problemas, no sólo los problemas políticos y económicos, sino los más fundamentales problemas de la existencia humana. Antes de que examinemos eso, creo que sería conveniente repetir lo que ya hemos dicho, que una mente seria es aquella que está dispuesta a llegar hasta la raíz de las cosas y descubrir lo que es verdadero y lo que es falso. Existe una mente así, que no se detiene a mitad de camino y que no permite que ninguna otra consideración la distraiga. Espero que haya al menos unos cuantos capaces de hacer esto y que sean lo bastante serios como para hacerlo.

Creo que todos estamos familiarizados con la actual situación del mundo y no necesitamos que se nos hable de los engaños, de la corrupción, de las desigualdades sociales y económicas, de la constante amenaza de las guerras. Para comprender toda esta confusión y producir claridad, me parece que tiene que haber un cambio radical en la mente misma, no sólo un mosaico de reformas o un mero ajuste. Para vadear toda esta confusión que no es sólo externa sino que está dentro de nosotros, para habérnoslas con todas estas tensiones y exigencias en aumento, necesitamos una revolución radical en la psique misma, necesitamos tener una mente por completo distinta.

Para mí, revolución es sinónimo de religión. Con esa palabra "revolución" no me refiero a un cambio inmediato social o económico, sino a una revolución en la conciencia misma. Todas las otras formas de revolución, ya sean comunistas, capitalistas o lo que ustedes quieran, son meramente reaccionarias. Una revolución en la mente, que implica la completa destrucción de lo que ha sido, de modo que la mente sea capaz de ver lo verdadero sin distorsión ni ilusión alguna, ése es el sentido de la religión. Pienso que la auténtica, la verdadera mente religiosa puede existir y, de hecho, existe.

Si uno ha examinado esto muy a fondo, creo que puede descubrir por sí mismo una mente así. La auténtica mente religiosa es una mente que ha demolido, destruido todas las barreras, todas las ataduras con la sociedad, la religión, el dogma, la creencia que le han impuesto, y ha ido más allá para descubrir lo verdadero.

Por lo tanto, en primer lugar investiguemos la cuestión de la experiencia. Nuestros cerebros son el resultado de la experiencia de siglos. El cerebro es el depósito de la memoria. Sin esa memoria, sin la experiencia y el conocimiento acumulados, no seríamos capaces en absoluto de funcionar como seres humanos. La experiencia con su memoria es obviamente necesaria en cierto nivel, pero creo que es también bastante obvio que toda experiencia condicionada básicamente por el conocimiento, por la memoria, tiene que ser forzosamente limitada. Y, por lo tanto, la experiencia no es un factor de liberación. No sé si han pensado siquiera alguna vez en esto.

Cada experiencia está condicionada por la experiencia pasada. No hay, pues, una experiencia que sea nueva, siempre se halla coloreada por el pasado. En el proceso mismo de experimentar existe la distorsión que surge desde el pasado, siendo éste el conocimiento, la memoria, las diversas experiencias acumuladas, no sólo la individual sino también las de la raza, las de la comunidad. Ahora bien, ¿es posible negar toda esa experiencia?

No sé si han investigado la cuestión del negar, qué significa negar algo. Significa la capacidad de negar la autoridad del conocimiento de la experiencia, de la memoria, negar a los sacerdotes, negar a la Iglesia, todo lo que ha sido impuesto sobre la psique. Para la mayoría de nosotros sólo hay dos medios de negar: a través del conocimiento o a través de la reacción. Ustedes niegan la autoridad del sacerdote, de la Iglesia, de la palabra escrita, el libro, ya sea porque han estudiado, inquirido y acumulado otros conocimientos o porque ello no les gusta y reaccionan en contra. Mientras que la verdadera negación implica, ¿no es así?, que uno niega sin saber lo que va a ocurrir, sin ninguna esperanza futura. Decir: "No sé qué es lo verdadero, pero esto es falso" es, ciertamente, la única negación legítima, porque esa negación no procede de un conocimiento calculado ni es producto de una reacción. Después de todo, si uno sabe adónde va a conducirlo su negación, ésta es, entonces, un mero canje, una cosa del mercado y, por lo tanto, no es en absoluto una verdadera negación.

Pienso que tenemos que comprender esto un poco, investigarlo más bien a fondo, porque quiero descubrir, mediante la negación, qué es la mente religiosa. Siento que a través de la negación uno puede dar

con lo verdadero. No podemos descubrir lo verdadero mediante la afirmación. Es preciso borrar la pizarra completamente y dejarla limpia de conocimientos antes de que pueda uno descubrir.

Vamos, pues, a investigar por medio de la negación, a través del pensar negativo, qué es la mente religiosa. Y, obviamente, no hay pensar negativo si la negación se basa en el conocimiento, en la reacción. Espero que esto haya quedado completamente claro. Si niego la autoridad del sacerdote, del libro o de la tradición porque eso no me gusta, se trata solamente de una reacción, puesto que entonces sustituyo por alguna otra cosa aquello que he negado. Y si niego porque poseo suficientes conocimientos, hechos, información, etcétera, entonces mi conocimiento se convierte en mi refugio. Pero existe una negación que no es el resultado de la reacción o del conocimiento, sino que surge de la observación, de ver una cosa tal como es, de ver el hecho que ella implica. Ésa es la verdadera negación, porque deja la mente limpia de todas las presunciones, ilusiones, autoridades y deseos.

¿Es posible, pues, negar la autoridad? No me refiero a la autoridad del policía, de las leyes del país y todo eso; sería tonto e inmaduro y terminaría con nosotros en la cárcel. Me refiero a la negación de la autoridad que la sociedad ha impuesto profundamente sobre la psique, sobre la conciencia. O sea, negar la autoridad de toda experiencia, de todo conocimiento, de modo tal que la mente se halle en un estado de no saber lo que será, sino de saber sólo lo que no es verdadero.

¿Saben?, si han llegado tan lejos en la negación, ello les da un sentido asombroso de integración, de no estar desgarrados entre deseos conflictivos y contradictorios. Ver lo que es verdadero y lo que es falso o ver lo verdadero en lo falso, les da un sentido de auténtica percepción, les da claridad. Habiendo destruido todas las seguridades, los temores, las ambiciones, las vanidades, las visiones, los propósitos, todo, la mente se halla entonces en una situación, en un estado de completa soledad, libre de toda influencia.

Ciertamente, para encontrar la realidad, para encontrar a “Dios” o como quieran ustedes llamarlo, la mente tiene que estar sola, sin influencia alguna, porque entonces una mente así es una mente pura, y una mente pura puede proseguir. Cuando hay completa destrucción de todas las cosas que la mente ha creado dentro de sí, como la seguridad, la esperanza y la resistencia contra la esperanza (que es desesperación), etcétera, entonces, sin duda alguna, adviene un estado libre de temor en el que no hay muerte. Una mente que está sola vive de manera completa, y en ese vivir hay un morir a cada minuto y, por lo tanto, para esa mente la muerte no existe. Es algo realmente extraordinario. Si uno ha penetrado en ello descubre por sí mismo que no existe tal cosa como la muerte. Sólo existe ese estado de austeridad pura de la mente que permanece sola.

Esta soledad no es aislamiento, no es escapar hacia alguna torre de marfil, no es sentirse solo. Todo eso ha sido dejado atrás, olvidado, disipado y destruido. Una mente así conoce, pues, lo que es destrucción. Y tenemos que conocer la destrucción, de lo contrario no podremos descubrir nada nuevo. ¡Y cómo nos asusta destruir todo cuanto hemos acumulado!

Hay un proverbio sánscrito que dice: “Las ideas son hijas de mujeres estériles”. Y creo que la mayoría de nosotros se complace en ideas. Puede que ustedes consideren las pláticas que hemos tenido como un intercambio de ideas, como un proceso de aceptar ideas nuevas descartando otras viejas o como un proceso de negar ideas nuevas aferrándonos a las viejas. No estamos en absoluto tratando con ideas. Tratamos con hechos. Y cuando uno se interesa en el hecho, no caben arreglos, o lo acepta o lo rechaza. Uno podrá decir: “No me gustan esas ideas, prefiero las viejas, voy a cocerme en mi propia salsa”, o podrá marchar con el hecho. Lo que no puede es avenirse, adaptarse. La destrucción no implica adaptación. Adaptarse, decir: “Debo ser menos ambicioso, no ser tan envidioso” no es destrucción. Y uno debe, ciertamente, ver la verdad de que la ambición, la envidia, son feas, estúpidas, y que tiene que destruir todos estos absurdos. El amor no se adapta jamás. Son sólo el deseo, el temor, la esperanza, los que se adaptan. Es por eso que el amor es algo destructivo, porque rehusa adaptarse o amoldarse a un patrón.

Empezamos, pues, a descubrir que cuando existe la destrucción de toda la autoridad que el hombre ha creado para sí mismo en su deseo de sentirse internamente seguro, entonces hay creación. Destrucción es creación.

Entonces, si han abandonado ustedes las ideas y no se están ajustando a su propio patrón de existencia o a un nuevo patrón que piensan está creando quien les habla, si han llegado hasta ahí, descubrirán que el cerebro puede y debe funcionar sólo en relación con las cosas externas, responder únicamente a las exigencias de afuera. De esa manera, el cerebro se aquieta completamente. Esto significa que ha cesado la autoridad de sus experiencias y, por lo tanto, es un cerebro incapaz de crear ilusiones. Para descubrir lo verdadero, es esencial que toque a su fin el poder que el cerebro tiene de crear ilusiones de todo tipo. Ese poder es el poder del deseo, el poder de la ambición, de querer ser esto y no querer ser aquello.

Por consiguiente, en este mundo el cerebro debe funcionar con la razón, con cordura, con claridad, pero internamente tiene que hallarse completamente quieto.

Los biólogos nos dicen que al cerebro le ha tomado millones de años evolucionar hasta su etapa presente y que le tomará millones de años seguir evolucionando. Ahora bien, la mente religiosa no depende del tiempo para su desarrollo. Lo que quiero comunicar es que, cuando el cerebro, que debe funcionar respondiendo a la existencia exterior, se aquieta internamente, ya no opera el mecanismo de acumular experiencias y conocimientos. Por lo tanto, el cerebro está internamente quieto pero plenamente activo, y entonces puede obviar de un salto los millones de años.

Para la mente religiosa, pues, no existe el tiempo. Este sólo existe en ese estado de continuidad que avanza hacia una continuidad y un logro más extensos. Cuando la mente religiosa ha destruido la autoridad del pasado, las tradiciones, los valores que se le han impuesto, entonces es capaz de existir sin el tiempo. Entonces está completamente desarrollada. Porque, después de todo, cuando uno ha negado el tiempo, ha negado todo desarrollo a través del tiempo y el espacio. Por favor, esto no es una idea, no es una cosa para jugar con ella. Si han pasado por esto saben lo que es, se hallan en ese estado, pero si no han pasado por ello, entonces no pueden recoger meramente estas cosas como si fueran ideas y jugar con ellas.

Uno descubre así que la destrucción es creación y que en el acto de crear no existe el tiempo. La creación es ese estado en que el cerebro, habiendo destruido todo el pasado, está completamente quieto y, por lo tanto, se encuentra en esa condición en que no hay tiempo ni espacio en el cual crecer, expresarse, devenir. Y ese estado de creación no es la creación de unas pocas personas dotadas, pintores, músicos, arquitectos. Es sólo la mente religiosa la que puede hallarse en un estado de creación, y la mente religiosa no es la que pertenece a alguna iglesia, creencia o dogma; estas cosas sólo condicionan la mente. Acudir a una iglesia todas las mañanas y adorar esto o aquello no convierte en religiosa a una persona, aunque la sociedad respetable pueda aceptarla como tal. Lo que hace que una persona sea religiosa es la total destrucción de lo conocido.

En esta creación hay un sentido de belleza, una belleza que no es producto del hombre, una belleza que está más allá del pensamiento y el sentimiento. Después de todo, pensamiento y sentimiento son meras reacciones y la belleza no es una reacción. Una mente religiosa tiene esa belleza, que no es la mera apreciación de la naturaleza, de las hermosas montañas y el rumoroso torrente, sino un sentido de belleza por completo distinto que va unido al amor. No creo que puedan separarse la belleza y el amor. Ustedes saben, para la mayoría de nosotros el amor es algo penoso, porque siempre va acompañado de los celos, del odio y de los instintos posesivos. Pero este amor de que estamos hablando es un estado de llama sin humo.

La mente religiosa conoce, pues, esta destrucción completa, total, y lo que implica hallarse en un estado de creación, el cual es incomunicable; y con él existe el sentido de la belleza y el amor, que son indivisibles. El amor no puede dividirse como amor divino y amor físico. Es amor. Y con él existe naturalmente, huelga decirlo, un sentido de pasión. Sin pasión no podemos llegar muy lejos. La pasión es intensidad. No la intensidad de querer cambiar alguna cosa, de hacer algo, no la intensidad que tiene una causa, de modo tal que cuando eliminamos la causa, la pasión desaparece. No es un estado de entusiasmo. La belleza sólo puede existir cuando hay una pasión que es austera. La mente religiosa, por hallarse en este estado, tiene una cualidad peculiar de fuerza.

Ustedes saben, para nosotros la fuerza es el resultado de la voluntad, de muchos deseos entretejidos en la cuerda de la voluntad. Y esa voluntad, en la mayoría de nosotros, es resistencia. El proceso de resistir algo o de perseguir un resultado desarrolla la voluntad, y a esa voluntad la llamamos generalmente fuerza. Pero la fuerza de que estamos hablando nada tiene que ver con la voluntad. Es una fuerza sin causa. No puede ser utilizada, pero sin ella nada puede existir.

De modo que, si descubriendo por sí mismo ha llegado uno a tanta profundidad, entonces la mente religiosa realmente existe y no pertenece a ningún individuo. Es la mente. Es la mente religiosa aparte de todos los empeños humanos, de los requerimientos e impulsos individuales, de las compulsiones, etcétera. Sólo hemos estado describiendo la totalidad de la mente, que puede aparecer como dividida por el uso de diferentes palabras, pero que es una cosa total en la que todo esto se halla contenido. Por lo tanto, una mente religiosa semejante puede recibir aquello que no es mensurable por el cerebro, que es innominable. No hay templo ni sacerdote ni iglesia ni dogma alguno que puedan contenerlo. Negar todas esas cosas y vivir en este estado es tener una verdadera mente religiosa.

Del *Boletín* 52 (KF), 1987

## *Los problemas de la juventud*

SAANEN, SUIZA, AGOSTO DE 1967

Yo no creo que puedan separarse los problemas de la juventud, los de la edad madura y los de la vejez; la juventud no tiene un problema especial. Puede parecer que sí porque los jóvenes recién están empezando sus vidas. O hacemos una confusión de nuestras vidas desde el principio mismo y así quedamos presos en un cenagal de problemas, incertidumbres, insatisfacciones y desesperación, o cuando somos jóvenes (y pienso que tal vez sea la única época) echamos los cimientos apropiados. No quiero decir que las personas mayores no puedan salirse completamente de la trampa en que están presas, pero para los jóvenes parece mucho más fácil empezar a comprender qué cosa tan extraordinaria es la vida. La vida no es sólo sexo, fumar marihuana, tomar LSD, ir a la iglesia o adquirir nombradía en los negocios; ni es abandonar todo a la desesperación y llevar una vida licenciosa, bohemia, una clase de existencia incierta. Creo que hay algo más importante en la vida, una cuestión mucho más profunda que requiere muchísima seriedad. Y solamente cuando uno es joven puede sembrar las semillas de la seriedad, que se abrirán y florecerán a medida que uno vaya viviendo. Pero para sembrar estas semillas de claridad, seriedad y recta conducta, son necesarias una cuidadosa observación y una atenta vigilancia.

Cuando uno es joven tiene que ser *revolucionario*, no por mera rebelión, eso es bastante fácil, es lo que hace todo el mundo. Pero ser realmente revolucionario en el verdadero sentido de la palabra, no en el sentido chino o comunista, sino *psicológicamente* revolucionario, implica la no aceptación de norma alguna establecida por uno mismo o por otro, implica no amoldarse ni aceptar ninguna clase de autoridad, lo cual significa estar libre de temor. Y sobre la base de esa libertad, uno puede vivir una clase de vida por completo diferente. No una vida establecida por las viejas generaciones con sus guerras, su modo comparativo de vivir, sus dioses, sus religiones, sus salvadores y sus sacerdotes. Todo eso está acabado, muerto.

Por lo tanto, cuando uno es joven y no está comprometido con una familia, un empleo y todas las actividades y desdichas consiguientes, es entonces, me parece, que puede empezar a sembrar una semilla que habrá de florecer a lo largo de su vida, en vez de perderse en todas las insensatas y absurdas búsquedas de nuestra existencia cotidiana. Y eso implica, de hecho, una acción continua que sólo puede tener lugar cuando hay intensidad, urgencia y pasión; no la urgencia superficial de alguna satisfacción sexual, ni la urgencia de amoldarse a un patrón particular de fumar marihuana o tomar drogas. Estas diversas formas de abuso e indulgencia distorsionan la mente y, a medida que uno envejece, estas distorsiones empeoran. Es por eso que uno debe estar atento no sólo a las cosas exteriores, sino también al profundo movimiento interno de los deseos, las búsquedas, los motivos, los temores y las ansiedades.

Es como arar un campo y después sembrarlo; desgraciadamente, casi todos nosotros estamos perpetuamente arando y cavando, pero al parecer jamás sembramos. La siembra es acción, pero si esa acción es el resultado de un pavón particular, entonces no sólo es incompleta sino que engendra todo tipo de problemas y ansiedades. Yo no sé si han notado que, cuando uno hace algo *completamente*, no sólo con el intelecto sino que pone en ello la totalidad de la mente y el corazón, entonces una acción así no tiene pasado ni futuro. Es completa; y en esa acción completa hay belleza y hay amor. Y eso es lo que está perdiéndose en nuestra vida; no conocemos esta acción completa en la que no existen ni el pasado ni la sombra del futuro. Es una acción total, inmediata y urgente. Y en esa acción hay una llama; esta llama puede dar origen a una revolución tremenda, tanto en lo externo como internamente. Ustedes habrán advertido cómo un río cambia su curso cuando está bloqueado por una gran roca; todo el río ha tomado un rumbo completamente distinto. De la misma manera, una acción que es total, completa, que no está contaminada por nuestro ambiente, por nuestras inclinaciones o tendencias personales, una acción así origina un modo de vida diferente. Y, después de todo, eso es lo que nos interesa en estas discusiones, el vivir cotidiano factual. En ese vivir hay muy poca belleza, jamás hay una acción completa y, por lo tanto, no se percibe ese perfume que uno puede llamar amor. Casi todos nosotros somos egocéntricos; todas nuestras actividades se hallan trabadas por este anhelo que es el núcleo mismo de nuestra existencia, que es el "yo".

Siento que es importante que aprendamos a ser muy sencillos con nosotros mismos, lo cual es una de las cosas más difíciles que hay; jamás somos *sencillos*. Nuestra mente es muy compleja, nuestro tan cultivado intelecto es muy sofisticado: tiene innumerables razones para hacer y no hacer esto o aquello. La sencillez de que estamos hablando no consiste de ningún modo en vivir en la suciedad y en la escualidez con muy pocas ropas, sino que es la sencillez de la percepción directa, de ver algo claramente; y el ver es el actuar. Esto produce realmente una sencillez extraordinaria en la acción. Cuando ustedes hacen algo sin dedicar a ello mucho esfuerzo mental, porque pueden verlo muy claramente sin distorsión alguna, entonces ahí está realmente "lo que es". Y este mismo ver y actuar traen consigo un extraordinario sentido de libertad. Sin esta libertad -no como una idea sino estando verdaderamente libres en lo interno-, no alcanzo a ver cómo es posible comprender la vida con toda su enorme complejidad de problemas, exigencias, actividades y búsquedas. Pero, desgraciadamente, la mayoría de nosotros no quiere ser libre; la libertad es un peligro, es

algo que debe evitarse o, cuando está ahí, debe ser controlado, puesto en una jaula. Y la mente hace eso notablemente bien, sabe poner la libertad en una trampa y retenerla ahí.

¡Tenemos tantas preguntas! ¿Qué he de hacer viviendo en este mundo violento, demente, brutal y cruel? ¿Cuál es mi relación con el resto del mundo? ¿Cómo he de actuar en esa relación? Todos éstos son problemas muy serios. La mayoría de nosotros trata de producir alguna actividad periférica, quiere reformar o corregir el mundo. Decimos: “Veo muy claramente la necesidad de no ser violento, porque entonces, de algún modo, debo de afectar al mundo”. Pienso que sí, que uno afecta tremendamente al mundo si en lo interno uno es violento, no como una idea sino efectivamente. Vivir cada día, en un estado de paz interior, una vida no competitiva, no ambiciosa ni envidiosa, una vida que no engendre antagonismo. Entonces, viviendo en este mundo, tengo una relación con él.

Vean, *lo que soy* importa enormemente, porque yo he creado esta sociedad; yo la he formado con mis requerimientos, mis prejuicios, mis odios, mis religiones y mi nacionalismo. Yo he dividido el mundo en fragmentos y, si en mí mismo estoy dividido, mi relación con el mundo estará fragmentada y tendrá muy poco significado. Pero si no funciono en fragmentos sino que actúo de una manera completa, total, entonces tengo una relación enteramente distinta con el mundo. Pero nosotros queremos que se nos diga mediante palabras, imágenes y símbolos, qué clase de relación será ésa; queremos el modelo de esta relación de un individuo libre cuya acción es completa. Pero la palabra, el símbolo, no es el hecho; sin embargo, nos satisfacemos con palabras y explicaciones. Si en cambio pudiéramos, como individuos, realizar dentro de nosotros mismos un mundo no fragmentario, entonces pienso que toda nuestra relación experimentaría una revolución tremenda. Y, después de todo, cualquier movimiento que valga la pena, cualquier acción que tenga un significado profundo, tiene que comenzar dentro de nosotros mismos, de cada uno de nosotros. Primero tengo que cambiar yo. Tengo que ver qué implica la naturaleza, la estructura de esa relación con el mundo; y el propio ver es el hacer. Por lo tanto, como ser humano que vive en este mundo, doy origen a una calidad por completo diferente, y esa calidad, me parece, es una mente religiosa.

No sé si ustedes han *sentido* profundamente qué implica esa palabra: “religiosa”. Ciertamente, no es la religión de la creencia y la propaganda organizadas, de las iglesias, los sacerdotes, las ceremonias y los rituales. Eso no es religión. En mi sentir, la religión es algo del todo diferente. No tiene nada que ver con lo que el hombre ha inventado a causa del miedo. Esto que el hombre llama “religión”, es algo que él ha buscado y aprisionado en la trampa de las religiones organizadas. Nosotros estamos hablando de la mente religiosa, que es muy difícil de explicar debido a las muchas cosas que abarca. Una mente religiosa implica, sin duda, un estado mental que no contiene ningún temor y, por ende, ningún sentido de seguridad en momento alguno; en una mente así no hay ninguna clase de creencia, sólo existe *lo que es*, lo que realmente es. Y en esa mente impera un estado de silencio no producido por el pensamiento, sino que ese silencio es el resultado natural de una percepción alerta y una atención muy intensas. Es el resultado de una meditación en la cual el meditador está por completo ausente; entonces, de ello surge un silencio en el que no existen ni el observador ni lo observado. Y en ese silencio uno comienza a descubrir por sí mismo el origen y principio del pensamiento. Se da cuenta, entonces, de que el pensamiento es siempre viejo y que, por consiguiente, jamás puede descubrir nada nuevo. Y, al descubrir todo esto a causa de ese silencio que es parte de la mente religiosa, uno conoce un estado de energía que no es la energía del conflicto ni es la energía engendrada por medio del esfuerzo, la ambición, la codicia y la envidia. Es una energía que no ha sido tocada por ninguna clase de conflicto. Todo eso, me parece, es el estado de la mente religiosa.

Sin dar con eso, pueden ustedes tomar LSD, tener innumerables visiones o experiencias, hallarse en un estado de sensibilidad intensificada o hipnotizarse a sí mismos mediante la repetición de diversos dogmas y credos; pero estas sensaciones no contienen esa calidad de la mente religiosa. Lo importante, pues, ya sea uno muy joven o muy viejo, es traer todo el proceso de la propia vida a un nivel diferente, a una dimensión diferente, ahora, en el presente, en este mismo instante.

Del *Boletín* 12 (KF), 1971-2

## *Una calidad de mente que no conoce la separación*

BOMBAY INDIA, ENERO DE 1968

Me parece que lo primero que es preciso comprender en este mundo caótico y más bien demente, es cómo prestar atención a las conclusiones, descripciones y análisis que la gente ofrece en relación con los problemas que todos tenemos. ¡Tenemos tantos problemas! No sólo en este deteriorado país, sino también en

todo el mundo, los seres humanos se enfrentan a problemas extraordinariamente complejos. Los expertos, los intelectuales, los gurús, los teólogos, los sacerdotes, todos ofrecen explicaciones, cada cual conforme a su condicionamiento particular, a su particular creencia, etcétera. Y cuanto más confundido está uno, tanto más sufre, cuanto más busca, tanto más desea consuelo, seguridad o claridad. Están los que ofrecen seguridad y claridad, y pienso que es sensato aprender cómo escuchar lo que ellos ofrecen (cómo escuchar, no sólo a ellos sino también a quien les habla), porque somos tan crédulos que queremos aceptar, queremos que se nos engañe, queremos ser hipnotizados por las palabras, queremos una salida fácil para nuestra confusión y nuestro dolor. Es muy desafortunado, pero estamos ansiosos por aceptar especialmente lo que ofrecen aquellos que, de acuerdo con una fórmula, explican cómo afrontar la crisis que existe en todo el mundo; las fórmulas de ellos varían según su condicionamiento, según la cultura en que han sido educados.

Los seres humanos de todo el mundo han sido condicionados por miles de años conforme a fórmulas y conceptos, y cuando la vida, que es un movimiento, exige nuestra atención total, no podemos concedérsela porque estamos funcionando y pensando de acuerdo con una fórmula, ya sea que ésta provenga de Shankara, de Marx, de Lenin o de nuestro último gurú. Por lo tanto, uno tiene que preguntarse: ¿Por qué los seres humanos viven en todo el mundo sobre la base de fórmulas? No sé si ustedes se han preguntado alguna vez por qué viven en el nivel conceptual, por qué siempre formulan una ideología y luego intentan vivir y pensar en ese nivel, *mientras que la realidad es algo por completo diferente*. La realidad es el vivir de cada día que nada tiene que ver con los conceptos; esto es lo primero que hay que comprender. Uno ha de descartar completamente todas las fórmulas, todos los métodos, ha de reconsiderar nuevamente toda la cuestión; no puede ya seguir siendo un hindú, un cristiano, un budista, un musulmán. Como ser humano que vive en este país, en esta ciudad espantosa con todas sus miserias, su escualidez y su suciedad, uno ya no puede pensar más en términos de fórmulas si es que ha de vivir una vida completa, total, de instante en instante. El vivir es relación. Uno no puede estar relacionado con otro según una fórmula, ¿comprenden? Esto es muy sencillo. Uno tiene que vivir, tiene que ir a su oficina o a la fábrica y trabajar duramente, esforzarse; pero si ustedes tratan de vivir conforme a una fórmula o a una imagen establecida por los antiguos maestros, no están en absoluto relacionados, están viviendo meramente de acuerdo con una idea. Lo mismo ocurre en un estado comunista en el que se ha establecido una ideología política por medio de la tiranía y de condicionar al pueblo -tal como lo han hecho los cristianos y los hindúes, que han condicionado a la gente por medio de palabras, de propaganda y de la constante repetición.

La mente de ustedes funciona en un nivel ideológico, conceptual, abstracto, mientras que el vivir es el contacto cotidiano, el dolor, la desdicha, la soledad, la desesperación de todos los días que tenemos que comprender, no la abstracción, no los brillantes artículos de escritores ingeniosos. Cuando nuestra vida cotidiana está tan fuertemente envuelta en ideologías, se vuelve vulgar, contusa y carente de significado.

Lo que tenemos que hacer es darnos cuenta de nuestro condicionamiento, sólo saber que estamos condicionados, que hemos sido condicionados por siglos y siglos. Si uno no comprende esto, entonces continuará creando gran confusión, gran desdicha para otros y para sí mismo.

No sabemos lo que es el amor, no amamos, nos hemos vuelto crueles, insensibles, indiferentes, despiadados. Sin amor, ustedes nada pueden resolver. ¿Se han preguntado alguna vez por qué carecen en absoluto de amor? ¿Saben lo que entiendo por amor? Sólo ser amable sin ningún motivo, sólo ser generoso, tener sentimientos por los demás, sentir la fealdad de una calle sucia, sentir la pobreza, ver esta explosión demográfica que continúa en todo el mundo, sentirla, descubrir sus causas, llorar, no por nuestra propia pequeña y desdichada familia o por la muerte de alguien que nos agrada, sino llorar por el caos total de este mundo.

Hemos perdido todo sentir por habernos vuelto tan notablemente ingeniosos. El ingenio es mundano, dénse cuenta de eso. Cuando somos ingeniosos, somos realmente mundanos; nos hemos vuelto ingeniosos a través de la educación, porque la superpoblación nos obliga a luchar duro para vivir, luchar compitiendo, desplazando a otros gracias a nuestro ingenio, aprobando exámenes y consiguiendo un empleo. Nos hemos vuelto ingeniosos por el deseo de la mera supervivencia. Obsérvense a sí mismos. Nunca discutimos realidades -cómo terminar con las guerras, cómo ser amables, generosos-; sin embargo, estamos siempre dispuestos a discutir cosas abstractas.

Entiendo por amor una calidad de mente que no conoce la separación, ¿comprenden? Porque cuando hay separación, hay conflicto, envidia, celos, antagonismo, deseo de poder, de posición... los resultados de nuestra ingeniosa mundanidad. Cuando hay separación entre uno y otro, no hay relación -aunque estén ustedes casados, tengan hijos, sexo, etcétera-, y cuando uno se siente separado del otro, carece de amor, y sin amor no es posible resolver los problemas de este mundo ni cualquier clase de problema a que deban ustedes enfrentarse. Por favor, comprendan esta cuestión fundamental: ustedes carecen de amor. ¿Por qué? ¿Por qué

el amor no bulle en ustedes cuando ven la belleza de una puesta de sol, o miran un árbol, cuando ven el dolor, la desdicha, la confusión, la angustiosa existencia del hombre? ¿Por qué les falta amor? Ese es el problema fundamental, no si Dios existe o no, o qué va a suceder con ustedes cuando mueran, sino por qué, como seres humanos, no tienen esta calidad de la mente que está más allá de la separación, más allá de todos los nacionalismos, de todas las religiones con sus creencias, sus dogmas y todas esas cosas que el hombre ha inventado para protegerse a sí mismo. ¿Por qué? Pregúntenselo en serio, por favor. Ésta es una pregunta realmente muy importante, no la desatiendan.

¿Por qué ustedes, como seres humanos, tan capaces, tan ingeniosos, tan astutos, tan competidores, habiendo logrado tanto tecnológicamente, siendo capaces de ir a la luna o de vivir por semanas bajo el mar, de inventar el extraordinario cerebro electrónico, por qué no tienen la única cosa que importa? Sin amor se vuelven ustedes amargados, temerosos, toda relación es conflicto. No sé si alguna vez han encarado seriamente esta cuestión y se han preguntado por qué sus corazones están vacíos.

Ésta no es una reunión emocional o sentimental. *El amor no es sentimental ni emocional, no tiene nada que ver con la devoción o la lealtad*. Uno tiene que descubrir por qué carece de amor; al descubrir eso, puede ser que uno dé con el amor. No es posible cultivar el amor, uno no puede obtenerlo practicando un método; no hay escuela a la que puedan asistir para aprenderlo. Y sin amor, hagan lo que hagan, aunque acudan a todos los templos del mundo y lean todos los libros que se titulan sagrados, sin amor la vida de ustedes transcurrirá en medio de la confusión y el dolor.

Tal como es nuestra vida cotidiana, así es nuestra sociedad. ¿Comprenden, señores? La sociedad no es diferente de nosotros, de lo que somos, de lo que hemos sido; o sea, es la comunidad en que vivimos. El desorden social existe porque somos desordenados en nuestra propia vida. Sin embargo, el orden no puede surgir por medio de la organización intelectual, a través de un plan; hemos intentado todas estas cosas por miles de años; son muchísimos los seres humanos que se han esforzado por crear una nueva sociedad, una comunidad nueva, una nueva forma de vivir, y todos ellos han fracasado y siempre fracasarán, porque construyen sobre una fórmula, sobre un concepto, sobre una ideología.

Vamos, pues, a averiguar si podemos dedicar nuestros corazones a resolver este problema de la existencia: la tortura diaria del vivir, la diaria desdicha, la diaria confusión, las efímeras alegrías y los placeres pasajeros, a todo lo cual llamamos vida. Ustedes no pueden resolver eso sin comprenderlo, y comprenderlo es amarlo. Pero no pueden amarlo si no saben qué implica la separación y qué significa estar relacionado; vamos a examinar eso, no de manera intelectual o verbal, sino de hecho. Hacer esto es mirar, observar en qué consiste nuestra presente relación, la relación cotidiana con nuestra esposa, con nuestra familia, con nuestro jefe, con nuestro vecino, y ver si es de algún modo posible ir más allá de esta separativa y limitada existencia.

En primer lugar, no queden presos en las palabras, ¿comprenden? La palabra no es la cosa real, la palabra "árbol" no es el árbol real -eso es muy simple-. La palabra no los ayudará a tocar el árbol; ustedes tienen que entrar en *contacto* con él, apoyar la mano sobre el árbol. Somos esclavos de las palabras, esclavos de ideas, imágenes y símbolos. Para que podamos entrar en contacto directo con algo, la palabra no tiene que interferir. Por lo tanto, uno tiene que aprender el arte de *ver* y *escuchar*, y descubrir cómo mirar, cómo mirar el mundo en que vivimos, cómo mirar un árbol, una nube, la belleza del crepúsculo. Para ver algo muy claramente, tenemos que ser sensibles, ¿comprenden? Y si nuestras manos son ásperas, brutales, crueles, no podemos tocar el árbol. Si tenemos los ojos cegados por las preocupaciones, por nuestros dioses, por nuestra esposa, por nuestro sexo, por nuestros temores, no podemos ver la nube, la belleza de la puesta del sol.

Uno tiene que aprender cómo mirar, cómo ver, y este arte no podemos aprenderlo de otro, uno tiene que hacerlo por sí mismo. Aunque quien les habla lo está explicando, no se dejen llevar por la explicación, sino háganlo realmente. No digan: "Trataré de hacerlo", ésa es una de las declaraciones más evasivas que puedan jamás pronunciar. O lo hacen o no lo hacen; no existe el "tratar" o el "hacer lo mejor que puedan".

Cuando miran una hoja, ¿cómo la miran? Obviamente, la miran con los ojos pero también la miran con la mente -la mente que tiene su propia memoria de la hoja, el nombre botánico de esa hoja-. Así que la miran con los ojos, pero también la miran a través de recuerdos asociados, ¿correcto? Tiene lugar un proceso dual. Ustedes ven con los ojos y también ven a través de la memoria, a través de la imagen que tienen de esa hoja (o de la esposa o el marido o de la nube).

Cuando miran al marido o a la esposa, los miran con la imagen que han formado a través de muchos años, con los recuerdos de sexo, de placer, de irritación, de regaños, de palabras airadas, etcétera; han construido imágenes el uno del otro, ése es un hecho real. Ahora bien, son meramente estas dos imágenes las que se relacionan, y por esta razón no tienen ustedes en absoluto una relación directa; hay separación -tiene que haberla por fuerza- y, en consecuencia, hay conflicto. Por lo tanto, hay total ausencia de amor. En tanto no

se den cuenta del mecanismo, de la estructura y naturaleza de la imagen, jamás se librarán de ella y siempre estarán en conflicto.

El mundo necesita cooperación, este país la necesita desesperadamente. Este país, que se está dividiendo tan catastróficamente por las divisiones lingüísticas, por las mezquinas divisiones nacionales y así sucesivamente, necesita de la cooperación para poder siquiera vivir. ¿Cómo pueden cooperar unos con otros si no tienen amor? ¿Cómo pueden usar la palabra "cooperación" cuando son ambiciosos, separativos, competidores y se dividen entre ustedes mismos mediante palabras, dogmas y creencias? Sin embargo, cuando sepan cómo cooperar verdaderamente, también sabrán cómo no cooperar, tienen que saber ambas cosas. Cuando conozcan el sentido y la profundidad y la significación del cooperar, entonces sabrán cuál es el momento para una acción correcta de no cooperación. Pero primero debe uno saber cómo cooperar, y no podemos cooperar si hay separación. Si tienen una imagen, la separación existirá siempre, aunque vivan en una familia, aunque duerman con la esposa o el marido. Vean, en primer lugar, que a causa de la imagen que tienen, imagen de ambición, de codicia, de envidia y de éxito, aunque ambos puedan vivir en la misma casa y engendrar hijos, están separados, no están cooperando. La cooperación puede surgir solamente cuando hay amor. El amor no es sentimental, no tiene nada que ver con el emocionalismo, el amor no es placer, no es deseo. Para dar con esta cosa extraordinaria, con su belleza, tienen ustedes que aprender a mirar, a mirar ese árbol, a mirar a la esposa y a los hijos.

¿Por qué los seres humanos han llegado a esta crisis extraordinaria, esta crisis de total desorganización, este desorden, esta confusión que impera dentro de ellos y se expresa exteriormente en la sociedad? ¿Por qué el hombre, que ha vivido durante tantos miles y miles de años, llega a semejante desdicha y conflictos? ¿Por qué? Este caos se ha vuelto muy alarmante. ¿Cuál es la razón de ello? Ustedes dirán: "Es la superpoblación" -doce millones y medio de personas nacen cada año en la India, que ya está superpoblada-. Dirán: "Es el tipo de moralidad que acompaña al conocimiento tecnológico". Dirán: "Es la falta de comunicación". Éstas son las respuestas hábiles, cómodas. En respuestas cómodas como ésas no encontrarán ustedes la profundidad o la verdad de este problema. *Realmente*, ¿por qué ustedes, en este país, habiendo vivido por tanto tiempo con sus maestros, sus Shankaras, *Gitas*, gurús, con sus inmaduros santos, por qué se encuentran hoy en este estado de desorden, en esta confusión? ¿Por qué? Si descartan las explicaciones fáciles de la superpoblación, de la falta de moralidad que acompaña al conocimiento tecnológico y de esta falta de comunicación directa -que puede ser cierta-, ¿cuál es, entonces, la razón fundamental de esta desdicha? ¿Por qué un país como éste, que ha tenido la tradición de la bondad, de la amabilidad, de no matar, de no ser crueles (no es que lo vivieran así), por qué, habiendo tenido todos estos maestros, algo ha resultado totalmente mal? ¿Cuál es y de dónde proviene la causa de ello?

Para investigarlo, deben ustedes examinar muy detenidamente; para examinar, no deben tener prejuicios; para poder descubrir, tienen que ser libres y estar exentos de temor. Nosotros vamos a descubrir, o sea, a descubrir la causa. Por favor, entiendan bien esto. Ustedes pueden saber que se sienten enfermos porque tienen cáncer; pero saber que uno tiene cáncer no lo libra de esa enfermedad, ustedes pueden recurrir a una operación quirúrgica. Del mismo modo, pueden encontrar la causa de su dolor, pero esto no los libra del efecto; lo que los libra del efecto del dolor es la *comprensión* instantánea de la causa, la operación quirúrgica sobre ella. Uno tiene que mirar, tiene que examinar la causa, y para esto tiene que haber libertad; puede que ello los asuste, porque la libertad implica una total negación del pasado, una total negación de sus dioses, de sus creencias y sus rituales, la total negación de todo eso. Casi todos tienen miedo de ser libres y, sin embargo, es sólo la mente libre, la mente apasionada, despierta, la que puede descubrir realmente cómo esta calamidad, este dolor inmenso se ha abatido sobre el ser humano.

Para emprender el viaje, pues, lo primero es asegurarse de que uno viaja liviano, sin todas sus cargas, sin todos sus prejuicios y sus preocupaciones. Y eso implica producir una total revolución en nosotros mismos; tiene que ocurrir una mutación total de la mente. Y esta mutación no es posible si no estamos libres para descubrir, si tenemos miedo de lo que pueda pasar.

Si son lo bastante afortunados y descubren cómo escuchar, cómo ver, entonces encontrarán por sí mismos que hay una bendición en el acto mismo de ver, en el acto mismo de escuchar; no la bendición de un dios, no existe la bendición de los dioses ni la bendición de las plegarias ni la de los templos. Es una bendición que adviene sólo cuando uno sabe cómo amar.

Del *Boletín* 20 (KF), 1973-4

*No puede enseñarse a amar*

BOMBAY, INDIA, ENERO DE 1968

¿Por qué escuchamos a alguien que habla públicamente? ¿Es para adquirir ciertas ideas, para aprender algo? ¿Es meramente a causa de la curiosidad? ¿O escuchamos para descubrir por nosotros mismos en las palabras del que habla, lo que realmente somos? Es un hecho sorprendente que, dondequiera que uno vaya, el auditorio parece escuchar meramente un montón de palabras, teorías y posibilidades. Y me temo que lo mismo ocurre aquí; como ustedes se sientan allí y quien les habla lo hace en el estrado, uno se sorprende ante este extraño fenómeno; y es muy extraño, porque si supiéramos cómo mirar, cómo mirar el mundo con sus múltiples actividades, y también supiéramos cómo mirar dentro de nosotros mismos, creo que nunca asistiríamos a una reunión, nunca escucharíamos a otro para aprender, porque en nosotros mismos está escrita toda la historia del hombre; en nosotros mismos, si sabemos cómo mirar, cómo escuchar, podemos leer muy nítidamente toda la historia, la desdicha y la lucha del hombre. Pensamos que algún otro va a enseñarnos cómo mirar, que algún otro va a mostrarnos el camino y a salvarnos de nuestra interminable lucha y desdicha. Si ustedes observan, tanto externa como internamente, se darán cuenta de que no hay nadie que pueda darnos la llave, la comprensión de nuestra vida tan desesperadamente desconcertante, compleja y desgraciada. Pero rehusamos mirar, nos negamos a escuchar las sugestiones, las insinuaciones de eso que nos está contando la historia, tanto en detalle como en su totalidad abarcadora; eso nos dice lo que realmente está ocurriendo.

Por lo tanto, si se me permite señalarlo, quien les habla no tiene nada que enseñarles, y eso es lo que realmente quería decir: ninguna nueva filosofía, ningún nuevo sistema, ningún nuevo sendero hacia la realidad. No hay sendero que conduzca a la realidad; los muchos senderos que el hombre ha inventado hacia la realidad, han nacido del miedo; de hecho, no hay en absoluto sendero alguno. Un sendero implica algo permanente, estático, que está ahí inmóvil; lo único que tienen que hacer es andar por el sendero y llegarán allá. Me temo que no es así en lo más mínimo. Es mucho más complejo, mucho más sutil y extraordinariamente bello si uno comprende que no hay sendero, que no hay salvador, que nadie puede liberarnos de nuestra propia confusión, de nuestra lucha y de nuestra eterna búsqueda. Porque, como dijimos, todo está ahí si uno sabe cómo explorar, cómo mirar; está todo dentro de nosotros mismos, porque somos el resultado del tiempo, el resultado de una experiencia infinita, de una vasta tradición.

Queremos que se nos diga cómo mirar, cómo escuchar, qué hacer. No formulen esas preguntas nunca, a nadie -qué hacer, cómo escuchar, cómo estar atentos-. Todo lo que tienen que hacer es mirar. No es cuestión de "cómo" mirar; sólo mirar, con todo el corazón, con toda la mente, de modo que vean las cosas tal como realmente son. Rehusamos mirar porque nuestros corazones se hallan repletos con las cosas de la mente, la cual tiene múltiples imágenes que no podemos mirar ni con claridad ni con afecto. Y el afecto no puede enseñarse; no hay escuela, no hay maestro ni libro que puedan dar origen a esta calidad del amor. Y sin amor, hagan lo que hagan, aunque vayan a todos los templos, mezquitas e iglesias y se sacrifiquen y se comprometan con un particular curso de acción y pertenezcan a algún partido político, sin amor, la desdicha de ustedes, la dolorosa soledad y la desesperación que padecen, jamás tendrán fin.

La libertad no puede otorgarse; la libertad es algo que aparece cuando uno no lo busca. Surge sólo cuando uno sabe que es un prisionero, cuando conoce *completamente*, por sí mismo, su estado de condicionamiento, cuando sabe hasta qué punto está atrapado por la sociedad, por la cultura, por la tradición, por todo lo que le han dicho. La libertad es orden, jamás es desorden, y uno debe tener completa libertad, tanto externa como internamente; sin libertad no hay claridad, sin libertad ustedes no pueden amar, sin libertad no pueden dar con la verdad. Sin libertad no pueden ir más allá de las limitaciones de la mente. Tiene que haber libertad y deben exigirla con la totalidad del ser. Cuando la exijan así, descubrirán por sí mismos qué es el orden, un orden que no consiste en seguir un patrón o un diseño, que no es el resultado del hábito.

Hagan el favor de escuchar todo esto, sólo escuchen, sin aceptar ni rechazar.

Sin libertad sólo hay desorden. El desorden dentro de la sociedad jamás es moralidad; esta sociedad, tal como es, prospera en el desorden. ¡Obsérvenlo! Pueden ver cómo cada hombre está en competencia con el otro, cómo cada uno envidia al otro y busca su propia seguridad, busca poder, posición y prestigio para sí mismo y para su familia. Y a causa de esta lucha y este conflicto, el hombre ha desarrollado cierta moralidad, *la moralidad de la adaptación al desorden*; esa moralidad se considera virtud, se considera que es respetable. Pero una moralidad semejante, la moralidad social, no es moralidad en absoluto; es la inmoralidad que ha creado el patrón de la sociedad, su cultura, sus religiones, su educación, sus gobiernos. Ustedes pueden ver, si prestan un poco de atención a ello, cómo están atemorizados, cada cual buscando su propia seguridad, cada cual deseando realizarse a sí mismo (sin tratar de averiguar jamás si existe eso de la realización), cada cual anhelando llegar al tope del montón, lo cual se considera alcanzar el éxito.

Debemos tener libertad para producir el orden, porque la sociedad, tal como está, es totalmente desordenada, y somos desordenados dentro de nosotros mismos. Tenemos que producir orden, no el orden del gobierno, no el orden de la ley, de una sociedad que se desintegra, sino el orden que surge cuando uno está atento a este desorden y lo comprende, tanto externa como internamente; sin orden no hay virtud, sólo existe esa cosa terrible que se llama respetabilidad.

Para encontrar este orden absoluto (no es que uno lo *encuentre*) -tal como hay orden en las matemáticas, un orden absoluto-, ha de darse con él, y eso sólo es posible cuando se comprende el desorden interno. Nosotros somos desordenados, decimos una cosa, pensamos otra y hacemos una diferente; somos deshonestos con nosotros mismos. Este desorden es la búsqueda para encontrar seguridad psicológica. Obviamente, debemos tener seguridad externa, una casa, ropas, alimento; esa seguridad es esencial; pero tal seguridad externa es destruida por la exigencia interna de seguridad psicológica, la seguridad en la creencia, la seguridad en las ideologías y en las relaciones. Psicológicamente, no hay seguridad alguna; en lo interno no hay permanencia de ninguna clase. Los dioses, las creencias, las ideologías que han sido inventadas, son el producto de esta búsqueda de seguridad interna; y a los dioses se los adora de un modo tan totalmente inútil que no tienen ningún significado en absoluto, todos ellos son invenciones de nuestras mentes pequeñas y mezquinas.

Uno puede ver cómo ha nacido todo este desorden: cuando el hombre es ambicioso y lucha y compite para triunfar, tiene que ser despiadado; un hombre ambicioso engendra desorden y nunca sabrá lo que es el amor. Cuando usted, a causa del miedo, cree en una cosa y cuando otro, a causa de su miedo, cree en otra distinta -el dios de él y el suyo, el país de él y su país, él es indio, usted es pakistaní-, eso es desorden. De modo que sus creencias, sus religiones e ideologías, sus comunidades, sus familias, han creado este desorden, ¡sólo mírenlo! En este desorden tratamos de producir orden. Decimos: "Debemos" y "no debemos", "esto está bien", "eso está mal", todo dentro del patrón del desorden. Y el orden, que es virtud, es tan claro y absoluto como el orden en las matemáticas. Ustedes tienen que tener orden, de otro modo no hay paz, de otro modo jamás sabrán lo que es la meditación. Un orden semejante no es hábito, no es la repetición de algo una y otra vez. Llega cuando hemos comprendido el desorden y lo hemos negado totalmente dentro de nosotros mismos; llega cuando no somos más codiciosos y envidiosos, cuando ya no tememos, cuando hemos abandonado completamente nuestra pequeña ideología particular, nuestros dioses y nuestro país; desde esa negación del desorden, adviene el orden; a través de la negación surge lo positivo. Para dar con esa negación deben ustedes tener una mente disciplinada en grado sumo, una disciplina que no es represión ni control ni imitación. Comprender el desorden, tanto externa como internamente, observar, prestar atención a la discordia, a la confusión, es disciplina, ¿verdad? Escuchar a quien les habla es disciplina, significa que están dedicándole toda la atención, que ponen en ello la totalidad del corazón y de la mente -y espero que lo estén haciendo-. Ese entregar la mente y el corazón es en sí mismo disciplina; y en esa disciplina hay belleza. Uno tiene que volverse un discípulo, no de alguna otra persona, sino un discípulo que está aprendiendo, aprendiendo a ver el desorden. El ver ese desorden es orden; uno no tiene que hacer nada y, sin embargo, tiene que trabajar muy duramente para mirar.

Cuando uno presta atención, atención plena con la mente y el corazón, esa atención es disciplina y es virtud. No hay virtud si somos inatentos; es la inatención la que crea el desorden.

Por lo tanto, éstos son los cimientos para la meditación, una de las cosas más maravillosas que existen.

No pongan especial atención a la *palabra* "meditación". Veo que están familiarizados con la palabra, pero la palabra no es la cosa. Observo que en sus rostros se insinúa de pronto una expresión seria y que a la mención de esa palabra súbitamente se sientan más derechos. ¡Qué esclavos son de esa palabra los seres humanos!... Ustedes no saben lo que significa. Todo lo que saben es que esa palabra señala alguna fantasía que tienen. Saben que en todo el mundo están esas escuelas y esos suamis y yoguis que enseñan diversas formas de meditación (no se rían, todos ustedes lo hacen a su manera). Piensan que repitiendo ciertas palabras van a alcanzar el más extraordinario de los estados, que repitiendo un mantra obtendrán alguna experiencia milagrosa. Eso no es en absoluto meditación, es una insensatez, es autoengaño y autohipnosis. La meditación es algo mucho más inmenso, más profundo. Pero ustedes no pueden dar con ella jugando meramente con "palabras" y "energías"; sin embargo, *tienen* que dar con ella, porque sin la meditación jamás sabrán lo que es el amor, jamás asomarán lágrimas de pura alegría a sus ojos, jamás sabrán lo que es la belleza. Puede que tengan pequeñas experiencias vulgares por medio de las drogas, de la repetición de palabras, de la adoración de una imagen, pero esas experiencias que los seres humanos anhelan son sus propias proyecciones, lo que experimentan proviene de lo que ya han conocido. Por favor, investíguenlo y lo verán; ustedes no pueden experimentar algo si no pueden reconocer lo que es. Si lo reconocen, ya es lo viejo. Por lo tanto, cuando

anhelan experiencias inmensas y son capaces de reconocer lo que experimentan, eso es ya algo que proviene de la memoria, una proyección más de lo que ha sido, un recuerdo; y eso no es meditación.

La meditación es el estado de la mente libre; no libre de algo, sino libre sin motivo alguno; no es un resultado. Puede surgir solamente cuando existe un orden absoluto, no el orden conforme a un patrón ni el orden establecido por el hábito o la tradición. Cuando hay orden, hay virtud, la virtud que no pertenece a la sociedad, que no tiene nada que ver con la respetabilidad, con la tradición o con la moralidad desarrollada a través del desorden.

La virtud es algo viviente, es como una flor llena de belleza, llena de perfume; sin embargo, no puede cultivarse. La virtud es un movimiento y, como con todas las cosas vivientes, ustedes no pueden capturarla, retenerla y decir que son virtuosos. Y sin libertad, orden, disciplina, virtud -que de hecho son la misma cosa-, la meditación se titula meramente así, pero no es más que un escape, un escaparnos de la realidad, un escaparnos de la vida cotidiana. Pero el orden, la libertad y la disciplina se encuentran en la vida cotidiana; por consiguiente, la vida cotidiana es meditación, ¿comprenden? Espero que lo comprendan. La meditación está en la vida de cada día, en el modo como sonríen, como miran a otro, está en la solicitud, la ternura, la generosidad, está en la atención a la ira, a la brutalidad, a la violencia, a la agresión; ahí está la mente meditativa.

Cuando tienen este orden total -no el orden fragmentario, no el orden en una parte de la mente y el resto en desorden; el orden no es fragmentario, es tan absoluto como dos y dos son cuatro, no cinco-, entonces en ese orden hay cordura. El desorden existe porque no somos cuerdos debido a nuestras creencias, a nuestros dogmas, a nuestras posesiones y apegos; nos falta cordura porque en la raíz de todo ello está el miedo. Así, cuando meditativamente han echado ustedes los cimientos en su vida cotidiana, en las palabras que usan, en los gestos, en el sentimiento, en la pasión del vivir de cada día, entonces han echado los cimientos del orden y pueden proseguir.

Verán que la meditación no es concentración. La concentración es un proceso que limita, excluye, separa, y no tiene nada que ver con la meditación. Vean, señores, para descubrir la verdad tiene uno que negar todo lo que ha sido dicho por alguien, negar a su gurú, negar su religión, sus libros. Negar su condición de indio, musulmán, cristiano, inglés o alemán, negarla completamente; entonces, en esa negación (y depende de cómo nieguen ustedes, porque si niegan desde la reacción crearán otro desorden), en esa negación verán la verdad como verdad en el desorden, porque hay verdad en el ver cómo surge el desorden -como cuando vemos lo falso en lo verdadero.

De modo que, como la libertad con su orden, su virtud y su disciplina no es fragmentaria, ya no hay más fragmentación en la estructura y naturaleza de la mente. Por lo tanto, la mente ya no vive en un estado de lucha y conflicto; una mente así no tiene fin, es inmensa, increíblemente profunda, no puede ser medida. Una mente así, que en sí misma se ha vuelto lo inconmensurable, vive en afecto, con amor y belleza. Y cuando hay belleza y amor, hay verdad, y no existe ningún dios de los que la mente del hombre ha inventado.

La mente que ha comprendido el vivir cotidiano y ha generado orden en ese vivir y, por ende, belleza y amor, es una mente religiosa. Una mente así no conoce la pena, esa mente es una bendición y hay en ella una bienaventuranza inmensa, inconmensurable.

Esto inmutable es amor, pero la palabra no es la cosa. Tiene su propio movimiento, su propia belleza, que el pensamiento, por altamente sutil y sensible que sea, jamás podrá capturar. El pensamiento debe silenciarse por completo y entonces, tal vez, lo inmutable pueda entrar en contacto con él. La meditación consiste en percibir la no-dualidad en ambos movimientos, en ver lo inmutable tocando el siempre cambiante movimiento de la vida. El hombre que ha progresado desde ser un pecador a ser un santo, ha progresado de una ilusión a otra. Todo este movimiento es una ilusión. Cuando la mente ve esta ilusión ya no crea más ilusión alguna, ya no mide más. Por lo tanto, el pensamiento ha cesado con respecto al "llegar a ser mejor". De ello surge un estado de liberación, que es sagrado. Sólo esto puede, tal vez, recibir lo inmutable.

Del *Boletín* 22 (KF), 1974

## *La comprensión del dolor*

BOMBAY, INDIA, FEBRERO DE 1968

No sé si ustedes se han preguntado seriamente si el dolor puede terminar alguna vez. El hombre ha sufrido, no sólo físicamente sino interna, psicológicamente, por tiempos incalculables. Ha seguido un patrón

de sufrimiento sin fin, el patrón del vivir y el morir, ambos ofreciendo un dolor profundo. El hombre no ha sido capaz, a través de los siglos, de resolver este problema.

¿Es de algún modo posible para el hombre, que vive siempre en la corrupción, en medio de una sociedad que se desintegra, vivir la vida dichosamente, inteligentemente, lo cual implica sensiblemente, vivirla con un gran júbilo interno, un júbilo que jamás haya sido tocado por el dolor? Si uno se formulara realmente esa pregunta, no sé qué es lo que podría responder. Diría probablemente que eso no es posible, que es mejor olvidarlo; diría que uno tiene que vivir en este feo mundo con la pena, la vejez y la muerte y con alguna alegría ocasional exenta de motivo, o que uno está atrapado en un círculo vicioso sin salida.

Pero no veo cómo, sin terminar con el dolor, puede uno llegar alguna vez a la iluminación, cómo puede tener sabiduría. La sabiduría no es algo que podamos comprar en una librería, o algo que ha sido acumulado; no nace de la tradición ni llega a través de la experiencia. La sabiduría adviene sólo con la terminación del dolor; la terminación del dolor es sabiduría. Pero nosotros no sabemos cómo terminar con el dolor; jamás hemos dedicado nuestros corazones y nuestras mentes a descubrir si es posible en modo alguno para el hombre terminar con el dolor, vivir una vida diferente, una vida que no produzca esta desgarradora desdicha, esta confusión y este miedo.

Nos hemos vuelto muy ingeniosos en la investigación analítica, muy intelectuales, muy listos en dar explicaciones -como un hombre que está siempre arando y nunca, nunca siembra-. Este ingenio nos ha hecho muy mundanos; la mundanidad es el cultivo fragmentario de la mente, que se ha vuelto tan asombrosamente aguda, tan conocedora de todo, que jamás dice: “No sé”. La mundanidad es esta falta de humildad. La humildad no es una cosa que pueda cultivarse como cultivan ustedes un árbol, un jardín o un fragmento de la mente. La humildad no es del tiempo. Por esta razón uno no puede decir: “Yo” *seré* humilde; con el tiempo *tendré* ese estado extraordinario y sencillo de la mente que es un perpetuo movimiento de aprender, ver, escuchar”.

La sabiduría llega con la humildad. Hay humildad cuando uno se conoce a sí mismo como realmente es. Pero cuando ustedes tienen una teoría basada en el yo superior, el yo inferior, el *atman* y todo eso, una teoría que ha sido inventada por la imaginación, eso es vanidad. Es solamente una mente libre del estado de dolor la que puede amar y conocer la belleza del amor, la que puede ver algo completamente de un vistazo: toda la belleza de la tierra y el cielo, la estrella vespertina o una bandada de pájaros levantando vuelo en la mañana. Puede abarcar todo esto de una sola mirada y conocer la calidad de la belleza, que es amor.

La humildad es necesaria para preguntarse: ¿Puede una mente, que ha vivido por diez mil años, hallarse alguna vez en un estado donde el dolor jamás pueda alcanzarla? Para formularnos esta pregunta y encontrar esa cualidad de completa inocencia de la mente, tenemos que comprender toda la estructura y naturaleza de la experiencia. El hombre ha tenido, y tiene todos los días, a cada minuto, miles y miles de experiencias; no puede evitar la experiencia, está ahí le guste o no, hace impacto sobre su mente, ya sea consciente o inconsciente de ello. ¿Puede esta mente, que es el resultado del tiempo, de la tradición, de la inenarrable desdicha del hombre, puede alguna vez estar libre de la experiencia? Muy desafortunadamente, creemos que la experiencia es necesaria, pensamos que debemos tener multitud de experiencias de toda clase a fin de enriquecer la mente, para que la mente se vuelva dúctil, clara, después de haber pasado por tantas cosas, de haber leído tanto y haber vivido tanto. Pensamos que la experiencia, grande o pequeña, es una parte esencial de la vida; exigimos constantemente más experiencias: la experiencia del sexo, de Dios, de la virtud, de la familia, de los viajes... y soportamos la diaria, monótona y aisladora experiencia que tenemos cuando estamos a solas con nosotros mismos. Hemos aceptado este modo de vivir.

Con la experiencia viene la comparación. No sé si ustedes han vivido sin comparar, sin compararse con otro que es más inteligente, más brillante, que tiene una posición más alta, más poder y prestigio, sin compararse con otro cuyo rostro es más hermoso, que tiene una sonrisa más radiante, una mirada más clara. Dentro de nosotros tiene lugar una comparación incesante: “Eso es lo mejor, lo máximo”. La comparación de lo que ha sido con lo que debería haber sido, la medida que prosigue constantemente, interminablemente, como cuando ustedes leen un anuncio: “Compre esto, lo hará más inteligente”, “Use eso, le dará alguna otra cosa”... Cuando hay comparación debemos, inevitablemente, invitar a la experiencia; pensamos que sin comparar, sin medir, somos torpes, estúpidos y que no hay progreso. Comparamos una pintura con otra, un escritor con otro, una fortuna con otra; creemos que alcanzamos alguna comprensión de la existencia humana mediante el estudio comparativo de las religiones y de la investigación antropológica. ¿Seríamos torpes si no comparáramos? ¿O sólo conocemos la torpeza a través de la comparación porque otro es sensible, tiene ojos brillantes y vive sin confusión? ¿Es comparándonos a nosotros mismos con esa persona que nos volvemos conscientes de que nuestros ojos son apagados, que la condición de nuestra mente es confusa? Esa comparación, ¿nos ayuda realmente a comprender? Tecnológicamente, tiene que haber comparación, de lo

contrario no existiría el conocimiento científico, pero aparte de eso, ¿por qué comparamos en absoluto? Y si no comparáramos, ¿qué sucedería?

Mientras escuchan, dejen que sus mentes se observen a sí mismas. Verán que la mente está siempre presa en el comparar y el medir; esto origina insatisfacción, ustedes desean más. Desean encontrar satisfacción y, por lo tanto, invitan a esta interminable experiencia.

¿Qué es la experiencia? Tenemos que entender qué es antes de avanzar en algo que requiere una gran comprensión; vamos a hablar de una mente que es por completo inocente, porque es sólo la mente en estado de inocencia, la mente muy, muy sencilla, la que puede ver lo que es verdadero, la que puede ver claramente. Una mente repleta de experiencias es una mente complicada; cada experiencia ha dejado una huella en esa mente, y una mente así, haga lo que haga, jamás conocerá la bendición de la inocencia.

Uno tiene que inquirir en la naturaleza de la experiencia; la palabra "experiencia" quiere decir "pasar por". Sin embargo, la mente nunca "pasa por" una experiencia, nunca "pasa por" ella y termina con ella. Cada experiencia deja una huella, y debido a que hay otras huellas, otras marcas de experiencias previas, cada nueva experiencia es traducida por las experiencias anteriores, por la huella anterior, por el recuerdo anterior. Obsérvenlo en sí mismos. Uno descubre que la experiencia jamás puede liberar la mente, jamás; uno ve que toda experiencia que reconoce, sólo es reconocible porque uno ya ha experimentado eso, de otro modo no podría reconocerlo.

La experiencia deja una huella, esto es un hecho obvio. Usted me ha insultado y mi reacción a ese insulto ha dejado un recuerdo; la próxima vez que me encuentro con usted lo encaro con el recuerdo, y el encontrarme con quien me ha insultado hace que ese recuerdo se torne más denso; o si me ha ensalzado, si me ha dicho: "¡Qué persona maravillosa es usted!", esa lisonja deja nuevamente una huella, un recuerdo, y la próxima vez que me encuentro con usted hay un fortalecimiento de ese recuerdo; nos hacemos amigos. La experiencia ha dejado huellas, tanto agradables como desagradables. Ahora bien, ¿podemos vivir la experiencia, *pasar por ella* mientras ocurre, de modo que cuando usted me insulta yo reciba ese insulto de manera tan completa que no deje en absoluto ninguna huella en la mente, que no deje ningún recuerdo? ¿O, del mismo modo, cuando usted me alaba, que esa alabanza no deje ninguna huella? Eso implica que la mente ya no está acumulando experiencias. Tengan la bondad de comprender la esencia de esto. La mente, cuando recibe el insulto o la alabanza, está tan clara, es tan aguda, que se enfrenta a eso totalmente porque ha rechazado la experiencia. Por favor, háganlo la próxima vez, *háganlo*, no sólo "traten" de hacerlo ni lo hagan "lo mejor que puedan", sino háganlo realmente porque comprenden con mucha claridad que la experiencia jamás libera la mente.

Las personas religiosas quieren experiencias; repiten y repiten cierta palabra, mediante lo cual se genera un estado de histeria que les brindará una experiencia de algo que está más allá; y muchos de los jóvenes de la nueva generación toman drogas a fin de tener alguna clase de experiencia trascendental. Es siempre el mismo problema: el hombre, que ha vivido una vida tan carente de sentido tan desesperadamente pobre en lo interno, tan monótona y ajustada a semejante rutina imitativa, desea naturalmente algo que le ofrezca un regocijo mayor, una mayor visión y significación del vivir; por eso está siempre buscando experiencias -que es lo que hacen ustedes-. Quieren pruebas, quieren buscarlas, encontrarlas, o sea, quieren experimentarlas. Pero cuando comprenden realmente la naturaleza de la experiencia, cuando ven cómo está formada, cuando ven la verdad de ella y, viéndola, dejan de comparar, entonces ya no siguen más, no hay autoridad a quien seguir; ven que nadie podrá conducirlos a experiencias más elevadas.

Si comprenden que toda medición invita a la experiencia, que el deseo de más experiencias engendra a esas personas que asumen la autoridad -el sacerdote, el monje, el hombre que sabe más-, si comprenden eso, pueden entonces investigar el problema del dolor y de por qué sufre el hombre, no sólo físicamente de enfermedades graves, sino también por qué sufre cuando alguien muere, cuando no puede lograr algo, realizarse; por qué de pronto se siente aislado de los demás cuando le falta apoyo y no tiene en quien confiar, cuando lo dejan completamente solo... por qué sufre en absoluto. Y, como dijimos, para comprender esto tiene que haber humildad; pero ustedes no son humildes, han leído mucho, demasiado, buscando la razón de por qué surge el dolor y el modo de terminar con él. Y así, buscando la terminación del dolor, se han vuelto muy mundanos. Han aprendido cómo evitar el dolor, cómo evitarlo astutamente.

Para comprender el dolor y la terminación del dolor, uno tiene que comprender el miedo; no "comprenderlo" intelectualmente o verbalmente, sino comprenderlo abordando realmente el miedo de modo que uno quede enfrentado al *hecho* mismo. Cuando ustedes se enfrentan al hecho, el pensamiento no puede operar; cuando se enfrentan a un gran choque emocional, a una crisis grave, el pensamiento no interviene. No sé si lo han advertido. Apenas interviene el pensamiento, surge el tiempo. ¿Tengo que explicar todo esto, cómo el pensamiento engendra el tiempo, cómo el tiempo es dolor, cómo el tiempo es miedo? ¿Necesito

explicarlo? ¿Sí? ¡Qué lástima! Porque ustedes saben lo que significa: significa una mente que ha vivido de palabras y explicaciones, una mente que se ha embotado y, por lo tanto, no puede ver rápidamente, instantáneamente, la verdad de algo, pero ustedes piensan que comprenderán esa verdad cuando les sea explicada. Las explicaciones y definiciones sólo embotan más la mente. Les daré una explicación breve, pero la explicación no es el hecho. No se queden con la explicación, escúpanla como algo que no tiene buen sabor.

El pensamiento es tiempo y el pensamiento es temor. Ustedes tienen que comprender esto, no de manera verbal sino factual, porque cuando dan con el inmenso problema de la muerte, para comprenderlo, para vivirlo y ver toda su belleza, es preciso comprender el pensamiento como tiempo y como temor. Ayer hubo una experiencia feliz y el pensamiento dice: "Espero tener otra vez esa experiencia mañana". Miren lo que ha ocurrido: uno ha tenido una experiencia placentera ayer y desea repetirla mañana; el pensamiento retiene esa experiencia como un recuerdo y quiere repetirla al día siguiente. Es eso lo que ustedes hacen en relación con el sexo: quieren que la experiencia de ayer se repita mañana. El pensamiento ha creado el ayer y el mañana. Pero el mañana es incierto, el mañana puede ser algo completamente distinto. Todo lo que el pensamiento conoce realmente es el ayer. Por lo tanto, el pensamiento es del ayer, el pensamiento es viejo, jamás es nuevo.

El pensamiento, que es experiencia, conocimiento, el almacenado manojo de recuerdos cuya reacción es el pensar, crea el tiempo como el ayer. Yo fui muy feliz ayer contemplando ese maravilloso crepúsculo, el sol resplandeciente poniéndose en el mar espléndido y esa nube que pasaba junto a él, plena de color rosado y de una gran belleza... Estaba ahí y ahora es un recuerdo; y mañana iré allá y puede que el sol se ponga sin ese color, sin esa belleza. El pensamiento ha creado el tiempo como el ayer y el mañana. Eso es muy simple. ¿Es el pensamiento, pues, el que crea el miedo a la muerte? Mañana, en el futuro, habrá un final porque hemos visto muy a menudo la muerte en las calles, sabemos de la muerte; está ahí, caminando todos los días a nuestro lado. Y el pensamiento piensa en ella como en algo que ha de llegar alguna vez, en el futuro; está, pues, el intervalo, el tiempo entre el vivir y el morir. Ese intervalo, ese tiempo, es miedo. Ese tiempo, ese intervalo, es creado por el pensamiento.

Conocemos la vida y sabemos de la muerte. Conocemos la vida que llevamos, una vida de conflictos, luchas, desdicha, corazones dolientes, una vida sin amor ni belleza; y está esa cosa que llamamos muerte, el súbito final. El hombre ha inventado diversas teorías sobre lo que ocurre después de la muerte; todo el Asia cree en la reencarnación; ésa es meramente una esperanza, porque si tal creencia formara realmente parte de la vida de ustedes, entonces vivirían rectamente hoy, sus actos y pensamientos serían virtuosos, ustedes serían amables, generosos, afectuosos, porque, si no lo fueran, entonces en la próxima vida pagarían por ello -que es lo que la reencarnación enseña-. Pero ustedes *no* creen en ella, ésa es sólo una idea, una esperanza, una esperanza para el hombre que tiene miedo. Por lo tanto, tienen que reexaminar toda la cosa, reexaminar sus creencias. Las creencias, bajo ninguna circunstancia, tienen valor alguno en absoluto.

Un hombre que tiene una creencia es un hombre temeroso. La vida que uno lleva -la vacuidad, la desdicha, el dolor, el conflicto interminable- es un campo de batalla; y eso es todo lo que conocemos. Ese campo de batalla y el miedo sin terminación, al que llamamos muerte, son todo lo que conocemos. Tenemos, pues, que investigar, explorar, pensar nuevamente sobre ello, mirarlo de nuevo para que de este modo pueda surgir una mente nueva.

¿Puede terminar el dolor? Lo cual implica: ¿Puede el miedo terminar? Cuando lloramos por la muerte de alguien, ¿lloramos por otro o por nosotros mismos? ¿Alguna vez han llorado por otro? Escuchen, por favor. ¿Han llorado por otro alguna vez? ¿Han llorado por esa pobre mujer o ese hombre en la calle vestido con un trapo, tan sucio; han llorado alguna vez por él? ¿Alguna vez ha llorado usted por su hijo muerto en el campo de batalla? Ha llorado, sí, pero ese llanto, ¿surge de la autocompasión o llora porque ha sido muerto un ser humano? Si llora por autocompasión, esas lágrimas nada significan, porque usted se interesa en sí mismo, y el "sí mismo" es un manojo de recuerdos, de experiencias, la tradición del pasado; llora porque ha sido privado de ese hijo en el que había depositado gran parte de su electo (no era realmente afecto). Llore por su hermano muerto, llore por *él*, no por sí mismo. Es muy fácil llorar por uno mismo porque él se ha ido. ¿Se ha preguntado alguna vez qué le sucedió a él, por qué murió? Conozco todas las respuestas que va a darme. Dirá que él ha muerto por enfermedad, por accidente, que es su karma, su destino, que no vivió apropiadamente; explicaciones, explicaciones, explicaciones... ¿Llora usted por las explicaciones, o llora por otro ser humano? ¿Alguna vez se ha interesado por otro?

Por favor, tienen que responder a estas preguntas por ustedes mismos, ¡porque se han vuelto tan mundanos, tan completamente insensibles! Y si lloraran por otro, entonces harían algo. Pero si lloran por sí mismos a causa de la autocompasión, se vuelven aun más insensibles. Aunque aparentemente lloren porque el corazón se les ha conmovido, no se ha conmovido excepto por la autocompasión. La autocompasión los torna duros, los encierra en sí mismos, los vuelve torpes, estúpidos; en eso se han convertido los seres humanos,

porque han derramado lágrimas por sí mismos, por la suerte que les ha tocado, y su suerte es siempre pequeña comparada con otra cosa.

La terminación del dolor es el principio de la sabiduría. La sabiduría adviene naturalmente, fácilmente, cuando hay conocimiento propio, cuando uno sabe que llora meramente por sí mismo, que llora a causa de la autocompasión porque se siente aislado del resto, abandonado. ¡Siempre *uno* llorando! Si entendemos eso, si lo comprendemos, lo cual implica que entramos en contacto directo con ello, como si tocáramos un árbol o esa columna o una mano, entonces veremos que el dolor está centrado en nosotros mismos, que es egocéntrico; *veremos que el dolor es creado por el pensamiento* y es el resultado del tiempo. Perdí a mi hijo hace años, está muerto; ahora estoy solo, no hay nadie en quien pueda encontrar consuelo, compañía; eso trae lágrimas a mis ojos, lágrimas que son mi autocompasión, yo no estoy para nada interesado realmente en mi hijo. Si lo hubiera estado, habría procurado que viviera apropiadamente, que tuviera una buena alimentación, que hiciera los ejercicios correctos, que recibiera una educación apropiada, que fuera capaz de pararse sobre sus propios pies, que fuera un hombre libre. Pero eso no me importa. No lloro por otro, lloro por mi propio yo insignificante, pequeño y vulgar, que se ha vuelto tan extraordinariamente listo en su vulgaridad. Pueden ver cómo todo esto ocurre dentro de ustedes mismos, y *pueden* verlo si lo observan, pueden verlo plenamente, completamente, de un solo vistazo. Pueden captar toda la estructura con una sola mirada, sin tomarse tiempo para ello, sin analizarlo; pueden ver la naturaleza de esta cosa pequeña y vulgar llamada el "yo", el "mí"; "mis" lágrimas, "mi" familia, "mi" nación, "mi" creencia, "mi" religión, "mi" país... toda esa fealdad está dentro de cada uno de ustedes. Pueden ver, por lo tanto, que son responsables de todas las guerras, de toda la brutalidad que se desarrolla en este país y en otros países. Cuando ven todo eso con el corazón, no con la mente, cuando realmente lo ven desde el fondo mismo del corazón, entonces tienen la llave que terminará con el dolor. Una llave así abre la puerta a una mente no contaminada en absoluto por la experiencia y que, por lo tanto, es inocente. No es una mente hecha inocente por el pensamiento, el pensamiento nada puede hacer, el pensamiento es viejo. La belleza de la inocencia consiste en que siempre es nueva y, por consiguiente, siempre es joven. Es sólo esa total inocencia la que puede ver la inmensidad, ese estado inconmensurable de la mente que el hombre ha estado buscando por siglos y siglos.

Del *Boletín* 29 (KF), 1976

## *La mente sin carga*

NUEVA DELHI, INDIA, NOVIEMBRE DE 1969

Hay muchos problemas. La casa está ardiendo, no sólo el pequeño lugar particular de ustedes sino la casa de todos; no importa dónde viva uno, en el mundo comunista o en el mundo de la opulencia o en este mundo agobiado por la pobreza, la casa está ardiendo. Ésta no es una teoría, no es una idea, no es algo que señale el experto, el especialista. Hay rebeliones, conflictos raciales, inmensa pobreza y explosión demográfica. Ya no hay límites que se opongan, sea yendo a la luna o en la dirección del placer. Las religiones organizadas con sus doctrinas, creencias, dogmas y sacerdotes, han fracasado por completo perdiendo todo su significado. Hay guerras, y la paz que el político está tratando de producir no es paz en absoluto.

¿Ven ustedes todo esto? ¿Lo ven, no como una teoría, no como algo que se les señala para que lo acepten o lo rechacen, sino como algo de lo que no tienen posibilidad alguna de escapar, ya sea acudiendo a algún monasterio o a alguna ideación tradicional del pasado? El reto está ahí para que ustedes respondan a él; es responsabilidad de ustedes. Tienen que actuar, tienen que hacer algo por completo diferente y, si es posible, descubrir si existe una acción nueva, un nuevo modo de mirar todo el fenómeno de la existencia.

No podemos encarar estos problemas con una mente vieja, viviendo una vida condicionada, nacionalista, individualista. La palabra "individuo" quiere decir un ser que no está dividido, que es indivisible. Pero los individuos están internamente divididos, fragmentados, se hallan en un estado de contradicción. Lo que son ustedes, eso es la sociedad, el mundo. Por lo tanto, el mundo es uno mismo, no algo que está aparte, fuera de uno mismo. Y cuando observamos este fenómeno que tiene lugar en todo el mundo, la confusión creada por los políticos en su avidez de poder y por los sacerdotes volviendo a sus viejas respuestas, musitando unas cuantas palabras en latín, sánscrito, griego o inglés, ya no tenemos más fe ni confianza en nada ni en nadie. Cuanto más observa uno lo que ocurre exteriormente y más se observa internamente, tanto menos confía en nada, ni siquiera en sí mismo.

Por lo tanto, nos preguntamos si es de algún modo posible desprendernos inmediatamente de todo condicionamiento. Eso implica que, como la crisis es extraordinaria, necesitamos tener una mente nueva, un

nuevo corazón, una nueva calidad de la mente, una frescura nueva, una condición de inocencia. Y esa palabra "inocencia" significa que no podemos ser lastimados. Esto no es un símbolo, no es una idea, es descubrir de hecho si nuestra mente es capaz de no ser lastimada por ningún acontecimiento, por ningún tipo de tensiones psicológicas, presiones o influencias, de modo que sea completamente libre. Si la mente resiste de cualquier forma, entonces eso no es inocencia. Uno tiene que mirar esta crisis como si la mirara por primera vez, con una mente fresca, joven y, sin embargo, no con una mente en estado de rebelión. Los estudiantes se rebelan contra el patrón social, contra el orden establecido, pero la rebelión no da respuesta al problema humano, que es mucho más inmenso que la rebelión estudiantil.

¿Puede la mente, que está tan fuertemente condicionada, abrirse paso por ese condicionamiento de modo que haya una gran profundidad, una calidad que no sea el resultado del adiestramiento, de la propaganda, del conocimiento adquirido? ¿Y puede el corazón, cargado de dolor, agobiado por todos los problemas de la existencia, por los conflictos, la confusión, la desdicha, la ambición, la competencia, etcétera, puede ese corazón saber lo que significa amar? Amar con un amor en el que no haya celos ni envidia, un amor no dictado por el intelecto, un amor que no sea meramente placer. ¿Puede la mente estar libre para observar, para ver? ¿Puede razonar lógica, cuerda, objetivamente, y no ser esclava de opiniones y conclusiones? ¿Puede la mente no temer? ¿Puede el corazón saber lo que implica amar, no conforme a la moralidad social, porque la moralidad social es inmoralidad? Todos ustedes son muy morales con arreglo a la sociedad, pero en realidad son personas muy inmorales. No sonrían, ése es un hecho. Pueden ser ambiciosos, codiciosos, envidiosos, adquisitivos, pueden estar llenos de odio, de ira, y eso se considera perfectamente moral. Pero si son sexuales, eso se considera algo anormal y ustedes lo mantienen en reserva. Y tienen patrones de acción y de ideas: qué cosas deben hacer, cómo debe comportarse un sannyasi, que no debe casarse, que debe llevar una vida de celibato; todo esto es puro disparate.

Ahora bien, ¿cómo hemos de afrontar, entonces, este problema? ¿Qué debemos hacer? En primer lugar, tenemos que percatarnos de que todos somos esclavos de las palabras. La palabra "ser" ha condicionado nuestra mente. Todo nuestro condicionamiento se basa en ese verbo "ser": yo fui, yo soy, yo seré. El "yo fui" condiciona y moldea el "yo soy", el cual controla el futuro. Todas las religiones de ustedes se basan en eso. Todo su progreso conceptual se basa en ese término "ser". En el momento en que usamos la palabra, no sólo verbalmente sino en su significación, inevitablemente afirmamos nuestra existencia como el "yo soy": "yo soy Dios", "yo soy lo eterno", "yo soy hindú o musulmán", etcétera. Al vivir dentro de esa idea o de ese sentimiento de ser o llegar a ser o haber sido, somos esclavos de esa palabra.

La crisis está en el presente. La crisis nunca está en el futuro ni en el pasado, sino en el presente, en el vivir, en el ahora factual de la mente que se halla condicionada por ese término "ser" y es incapaz de enfrentarse al problema. En el momento en que quedan presos en esa palabra y en el significado de esa palabra, tienen el tiempo. Y piensan que el tiempo va a resolver el problema. ¿Están siguiendo todo esto, no verbalmente sino con el corazón, con la mente, con todo el ser? Porque es una cuestión que tiene una importancia, un significado y un valor extraordinarios. Porque cuando están libres de esa palabra -el pasado, el haber sido que condiciona el presente y da forma al futuro-, entonces la respuesta de ustedes al presente es inmediata.

Si realmente comprenden esto, hay una revolución extraordinaria en la perspectiva que tienen de la vida. Esto es la verdadera meditación, estar libres de ese movimiento del tiempo.

¿Cómo puede la mente, al estar consciente de sí misma, percibir la verdad de esto?, no intelectualmente, porque eso no tiene ningún sentido. Ustedes saben que cuando hay un peligro, nuestra respuesta al peligro es inmediata. Vemos un autobús precipitándose hacia nosotros y respondemos instantáneamente. Cuando decimos: "Yo amaré", eso no es amor. Por favor, no acepten esto como una teoría o como una idea sobre la que hay que pensar. Ustedes no piensan acerca del peligro, no hay tiempo, sólo existe la acción. Una mente que ya no piensa en términos de tiempo -que es el "ser"-, está actuando fuera del tiempo. Y la crisis exige una acción que no pertenece al tiempo.

Ésta es una de las cosas más difíciles que hay. No digan que la han comprendido. No digan que prosigamos con ello, porque en esas palabras "yo soy" se basa toda la cultura de ustedes. En el instante en que tienen este sentimiento de "yo soy", por fuerza tiene que haber un estado de contradicción, de división: "yo soy", "tú eres", "nosotros y ellos". Al tener lugar la división, la fragmentación que implica afirmar que "yo soy", uno ya no es más un individuo, o sea, que no es más una unidad singular, total. ¿Saben lo que significa esa palabra "total"? Total significa sano y también significa santo. De modo que el individuo que es total, indiviso en sí mismo, es sano, santo, lo cual implica que no está en conflicto.

¿Están ustedes trabajando tan intensamente como el que les habla, o meramente escuchan las palabras? Comunicarse significa construir, crear juntos, y ésa es la belleza de la comunicación. Y eso se acaba cuando el

que habla se vuelve una autoridad y ustedes escuchan meramente como estudiantes o discípulos. No hay maestro ni discípulo, sólo existe el aprender. Lo que han aprendido pertenece al pasado, y actuar desde lo que ha sido acumulado es un proceso de adquisición, mientras que el aprender debe ser un movimiento, no una acumulación.

Si comprendieran esto con la mente y el corazón, llevarían ustedes una clase diferente de vida. La prueba y el examen del aprender son la vida que llevan. Una mente que se está enfrentando a esta crisis es una mente siempre nueva, fresca, plena de vitalidad. Pero si responden a la crisis en términos de "yo soy", en términos del pasado, entonces la respuesta de ustedes va a crear más desdicha, más daño, más guerras. En tanto sean hindúes, musulmanes, en tanto afirmen "yo soy", están provocando degeneración en sí mismos y en el mundo.

¿Cuál es la nueva calidad de la mente y el corazón que responde instantáneamente, no en términos del pasado ni en términos del futuro? Si responde en términos del pasado, sigue aún viviendo en la estructura del "ser". Voy a exponerlo de una manera diferente. Nuestra acción se basa en la idea, en el conocimiento y la tradición; es memoria. En el mundo tecnológico eso es necesario. Todo el saber científico, el desarrollo tecnológico, se basan en la experiencia, en la acumulación de conocimientos. Eso es absolutamente necesario. Pero una mente que tiene una cualidad nueva, una dimensión nueva, un nuevo curso de acción, tiene que actuar sin el pasado y no en términos de futuro. Y esto implica libertad.

¿Cómo ha de actuar esa libertad a fin de manifestarse? ¿Cómo ha de actuar la mente sin el pasado, siendo el pasado el condicionamiento como hindú, siendo el resultado de la influencia, de la educación, de la raza? Si ustedes actúan en esos términos, entonces no están enfrentándose a la crisis. La pregunta es: ¿Cómo actuará una mente que se halla libre del pasado, libre de la implicación de "ser"?

Si han comprendido la pregunta, verán entonces que lo importante es la percepción, el ver, el observar. Si hay un intervalo entre percepción y acción, ese intervalo es tiempo. Cuando ustedes ven un peligro, algo que puede dañarlos físicamente, responden al instante, no piensan al respecto. No hay intervalo alguno entre percepción y acción, no hay un resquicio, hay respuesta inmediata y acción.

Ahora bien, si vemos que un problema no puede ser resuelto desde el pasado, que en ninguna circunstancia puede uno responder plenamente, totalmente a este reto inmenso en términos del pasado, si vemos esto, la acción que emerge es completamente nueva. ¿Han comprendido? ¿Alcanzan a ver esa respuesta? ¿O sólo la ven intelectualmente, vale decir verbalmente? Si la ven verbalmente, la están viendo de una manera fragmentaria y, por lo tanto, no es una respuesta total. Pero si realmente ven el peligro del propio condicionamiento, de la cultura en que fueron educados, hay una acción inmediata de la libertad.

Entonces la mente -entiendo por mente la totalidad no fragmentada en absoluto como intelecto, cerebro, ambición, sentimiento, etcétera, sino lo total-, una mente semejante ve el peligro del nacionalismo, de este absurdo llamado religión. Ve que todas las que se titulan personas religiosas sólo repiten, en términos del pasado, con la imagen que tienen de Cristo o del Buda o de Krishna; ve que si uno actúa conforme al pasado, no sólo está incrementando la confusión, la desdicha, sino que está degenerando completamente. La degeneración se introduce apenas uno ve el peligro y no actúa.

Si ustedes ven el peligro, actuarán; y es sólo la mente que ve, escucha y aprende, la que es siempre feliz. Por lo tanto, nunca hay acción, sino un *actuar*. En el actuar, que es el principio activo, no hay división y, por ende, no hay conflicto. El aprender es un movimiento, y lo que está en movimiento es libre. Pero una mente que tiene conclusiones, fórmulas, opiniones, juicios, compromisos, no es una mente libre; cuando se enfrenta al inmenso, complejo problema del vivir, es incapaz de afrontarlo totalmente, completamente, con ese sentir de lo sagrado.

De modo que eso es lo que está frente a ustedes. La casa está ardiendo, y todo lo que intenten en términos del pasado no apagará el fuego. La extinción de ese fuego exige una calidad nueva de la mente y un movimiento vital y por completo diferente del corazón.

El amor no es placer. El amor no es deseo. Ésta es la calidad que ustedes deben tener *ahora*, no mañana, una calidad que no pueden practicar ni cultivar. Lo que practican, lo que cultivan, se vuelve mecánico.

La verdad no es de ustedes ni mía, no está en ningún templo, en ninguna iglesia, no está en una imagen ni en un símbolo. Está ahí para que la vean y conozcan. Es una mente libre, la mente bella, clara, perceptiva, la que ve y actúa.

Del *Boletín* 17 (KF), 1973

## *La luz de la compasión*

MADRÁS, INDIA, 1970

Estamos interesados en la transformación psicológica, interna, de los seres humanos. A menos que nuestra conciencia experimente una radical transformación psicológica, no hay esperanza para el hombre. Ésta es una cuestión seria: hacer juntos un viaje en todo este problema de nuestra existencia diaria y ver si es posible transformar, producir una revolución psicológica radical en la estructura misma de nuestro pensar, de nuestro actuar, de nuestra conducta y de nuestra perspectiva de la vida. Nos interesan nuestras propias vidas, comprender nuestras vidas, nuestras desdichadas, conflictivas e infelices vidas cotidianas, y ver si no es posible generar una profunda y duradera transformación en nosotros mismos.

Juntos, quien les habla y ustedes, vamos a explorar el problema del cerebro, de nuestro cerebro humano que ha sido tan estropeado, deformado, distorsionado por la constante presión de la propaganda, de la cultura, por nuestras ambiciones, nuestros pesares y temores, nuestras ansiedades y también por nuestros placeres. Ha habido una constante presión sobre el cerebro. Eso es un hecho. Y cuando hay presión sobre el cerebro, tiene que haber distorsión, a menos que el cerebro tenga la capacidad de renovarse a sí mismo, de recobrarse después de que la presión ha desaparecido; y esto pueden hacerlo muy pocas personas.

Están el arte de escuchar, el arte de la observación, del ver y el arte del aprender. Tal vez mediante estas artes de escuchar, observar y aprender, no tengamos que sentir en absoluto la presión sobre el cerebro, de modo que éste permanezca prístino, flexible, joven, fresco e inocente. Es sólo una mente inocente la que puede ver la verdad. Las presiones sobre el cerebro ocurren cuando hay ambición, violencia o resistencia, ira, propaganda, tradición; todas éstas son presiones tremendas sobre el cerebro. Por lo tanto, un cerebro que vive bajo estas presiones debe inevitablemente distorsionarse, deformarse, estropearse. Mediante la comprensión de “lo que es” en el arte de escuchar, en el arte de ver, de aprender, captando la plena significación de estas tres artes, las presiones pueden ser comprendidas y el cerebro puede permanecer inalterado.

Uno puede observar el efecto de diversas formas de presión sobre el cerebro. Un cerebro deteriorado se halla preso en la ilusión y, aunque medite por un millar de años, no encontrará la verdad. Es muy importante comprender si a un cerebro que ha sido tan lastimado puede devolvérsele su original cualidad de frescura, de claridad, su capacidad de decisión instantánea no basada en la lógica, en la razón. La razón, la lógica, tienen cierto valor pero son limitadas. Lo que ahora estamos haciendo juntos, si ustedes advierten esta presión, es volvernos plenamente conscientes de ella, pero tenemos que saber por nosotros mismos si nuestro pensar consciente es el resultado de diversas presiones y si, por lo tanto, ese pensar es la consecuencia de un cerebro distorsionado. Entonces surge el problema de si es posible hacerle recuperar al cerebro su indemne condición original y, en consecuencia, su capacidad de funcionar libremente. Decimos que es posible sólo cuando uno comprende o aprende el arte de escuchar, de cómo escuchar cuando hay resistencia a lo que se dice; esa resistencia es el resultado de nuestra presión. Es muy sencillo aprender el arte de escuchar.

Existe un gran milagro en el escuchar cuando no interpretamos lo que estamos oyendo, cuando no lo convertimos en una idea y luego perseguimos esa idea, porque en tal caso estamos completamente fuera de foco. Pero si escuchamos con todo el corazón, con solicitud, con atención, entonces ese mismo escuchar es como un florecer. En ese escuchar hay belleza. La hay, de igual modo, en el observar el mundo tal como es, el mundo exterior con toda su miseria, su pobreza, su degradación, su vulgaridad, su brutalidad y las cosas aterradoras que tienen lugar en el campo científico, en el campo tecnológico, en el mundo de las organizaciones religiosas, de la deshonestidad, de la ambición, del dinero y el poder -observar todo esto sin introducir nuestra condena o aceptación personal, o nuestro rechazo, sólo observar sin verbalizarlo, sin desear ver belleza, sólo observar-. Y después, observar igualmente lo que ocurre dentro de nosotros, nuestros pensamientos, nuestras ambiciones, nuestra codicia, nuestra violencia, nuestra vulgaridad, nuestra sexualidad... Sólo observar, y entonces veremos, si observamos de ese modo, que nuestra codicia y todo lo demás florecen y mueren, que hay un final para ello.

También existe un arte de aprender. Para casi todos nosotros, el aprender implica generalmente acumular conocimientos que se almacenan en el cerebro como en una computadora y actuar conforme a esos conocimientos. Aquí estamos proponiendo algo por completo diferente, que es el aprender sin acumulación. El aprender significa tener un discernimiento (*insight*) directo en el hecho. El discernimiento implica captar la plena significación, por ejemplo, de nuestra codicia, captar toda la naturaleza y estructura de la codicia mediante una percepción directa de la misma, mediante una comprensión total de esa reacción llamada codicia. Cuando hay completo discernimiento, hay necesidad de aprender. Uno está más allá del aprender. Es muy importante comprender estos tres actos: observar, escuchar y aprender, porque si hemos captado la plena significación de los tres, entonces podremos comprender y eliminar sobre la marcha, la presión que soporta el cerebro. Y esa presión existe cuando el cerebro carece de espacio.

Todas las cosas existen en el espacio: los árboles, las nubes, las estrellas, los pájaros y los seres humanos. Éstos deben tener algún espacio para vivir. El mundo se está poblando en exceso y el espacio se está volviendo más bien limitado. Ése es un hecho obvio, y puede ser que la presión de los seres humanos que carecen de espacio suficiente viviendo en una población, en una ciudad, sea uno de los factores de violencia. Y, en lo interno, apenas si tenemos espacio en absoluto. Vale decir, que nuestros cerebros están tan ocupados, nuestras mentes se ocupan tanto de nosotros mismos, de nuestro progreso, de nuestro status, de nuestro poder, de nuestro dinero, de nuestro sexo, de nuestra ansiedad, que esa ocupación misma impide que haya espacio. Todo nuestro mundo interno se halla en un estado de ocupación constante con una cosa u otra. No hay espacio y, porque falta espacio, la presión que ejercen nuestras ocupaciones se vuelve cada vez mayor y, por lo tanto, el cerebro se deteriora cada vez más. Es sólo cuando disponemos de tiempo libre que podemos aprender. Pero cuando el cerebro o la mente están tan ocupados, no tenemos tiempo libre y así jamás aprendemos nada nuevo. Ningún aire fresco puede entrar y, por consiguiente, el deterioro que la presión ocasiona en el cerebro es cada vez mayor. Ese es uno de los problemas de la meditación: descubrir si la conciencia puede liberarse de todas las presiones, lo cual implica una mente libre.

Estamos investigando qué es la meditación, no cómo meditar. Esa es una de las cosas más tontas en que uno pueda pensar: que le digan cómo meditar. Eso significaría que uno quiere un sistema de meditación. Para quien les habla no hay sistema de meditación. En la meditación, la acción de la voluntad tiene que cesar por completo. La voluntad es la esencia del deseo, una forma intensificada del deseo. En toda nuestra vida actuamos por medio de la voluntad: “Yo haré esto”, “yo no debo hacer aquello”, “llegaré a ser algo grande”. La esencia misma de la voluntad la constituyen la ambición, la violencia. ¿Es posible actuar en la vida cotidiana sin ejercer la voluntad, o sea, sin ejercer control alguno?

¿Podemos actuar en la vida, en la vida de todos los días, sin ejercer la voluntad, sin controlar? El controlador es la esencia del deseo, que varía de tiempo en tiempo. Por lo tanto, siempre hay conflicto entre el que controla y lo controlado. Cuando aceptamos la meditación tradicional, tratamos de concentrarnos, de controlar nuestros pensamientos. En la meditación, si uno la sigue hasta su máxima profundidad y altura, la mente tiene que estar por completo libre de todas las acciones de la voluntad. La acción de la voluntad existe cuando uno elige. Cuando elegimos, hay confusión. Sólo cuando nos hallamos confundidos comenzamos a elegir, a optar. Es únicamente cuando hay claridad interna que no optamos. De modo que la opción, la voluntad y el control marchan juntos e impiden la total libertad de la mente. Ese es un punto.

El otro punto es que ustedes piensan que su conciencia particular es diferente de la mía o de la de alguna otra persona. ¿Es así? La conciencia de cada uno de nosotros contiene toda la cultura que ha sido vertida en nuestra mente, la tradición, los libros que hemos leído, la lucha, el conflicto, la desdicha, la confusión, las vanidades, las crueldades, la arrogancia, la angustia, el dolor, el placer... todo eso es nuestra conciencia de hindú, musulmán, budista o lo que fuere. El contenido de eso constituye nuestra conciencia. ¿Es posible, entonces, librarse de ese contenido? Es muy importante que esto se comprenda, no cómo vaciar la conciencia de su contenido sino, en primer lugar, darnos cuenta de ese contenido. El darnos cuenta implica observar el mundo y verlo tal como es, conocer el mundo, los árboles, la naturaleza, la belleza y la fealdad, estar atentos a nuestro prójimo, ver lo que él o ella visten, y también estar atentos a lo que somos internamente. Y si estamos así de atentos, veremos que en esa atención hay una gran cantidad de reacciones, agrado y desagrado, castigo y recompensa, etcétera. ¿Podemos estar atentos sin preferencia alguna, con una atención sin opciones? Sólo estar atentos, sin elegir, sin ningún tipo de prejuicio, darnos cuenta totalmente de nuestra conciencia. Vale decir, ¿puede la conciencia darse cuenta de sí misma? Lo cual también implica: ¿Puede el pensamiento, puede nuestro pensar darse cuenta de sí mismo?

El cerebro es como una computadora. Está siempre registrando, registrando nuestras experiencias, nuestras esperanzas, nuestros deseos, nuestras ambiciones; registra cada impresión, y de esa impresión, de ese registro surge el pensamiento. Ahora, la pregunta es: ¿Podemos darnos cuenta del pensamiento cuando surge, tal como nos damos cuenta de la ira cuando aparece en nosotros? Eso es posible, ¿verdad? Así como podemos advertir el surgimiento de la ira, ¿podemos igualmente percibir el pensamiento cuando éste comienza? Lo cual implica percibir la cosa mientras florece y se desarrolla. ¿Hay, del mismo modo, una percepción de nuestra conciencia, de la totalidad de ella? Esto forma parte de la meditación, es la esencia de la meditación: darse cuenta, sin preferencia alguna, del mundo exterior y del inmenso conflicto que impera dentro de nosotros. Cuando lleguemos a este punto, veremos que el mundo no está separado de uno mismo, el mundo es uno mismo. Al percibirse la conciencia a sí misma, las partes que componen la conciencia desaparecen. Entonces, la conciencia se convierte en algo por completo diferente. Entonces es la conciencia de la totalidad, no de la parte.

Casi todos nosotros estamos acostumbrados a los sistemas, a diversas formas de yoga, a diversas formas de gobierno, de normas burocráticas, todas las cuales se basan en los sistemas. El gurú que tienen les dará un sistema de meditación; o bien tomarán ustedes un libro y de ese libro aprenderán un sistema. El sistema implica la comprensión del todo a través de la parte. Estudiando la parte, esperan ustedes comprender la totalidad de la existencia. Nuestro cerebro, nuestra mente está adiestrada para seguir sistemas, sistemas de yoga o nuestros propios sistemas. Cuando uno sigue un sistema está metido en un surco, y ésa es la forma más cómoda de vivir. Un sistema es como una vía férrea, y los seguidores de un sistema no se dan cuenta de que son como el tren que marcha restringido a los rieles.

De manera que la concentración es una resistencia a todas las otras formas de pensamiento. Ustedes cultivan la resistencia, mientras que lo que nosotros decimos es que la concentración sólo es necesaria en determinado nivel. Aun ala, si podemos aprender a prestar atención, la concentración se vuelve muy fácil. Vamos a averiguar qué significa estar atento, entregar el corazón, la mente, entregar por completo todos nuestros sentidos a algo. Cuando uno atiende así, cuando todos sus sentidos están completamente despiertos y observando, entonces en ese proceso, en esa calidad de atención, no existe un centro. Cuando no existe el centro, no hay limitación para el espacio. La mayoría de nosotros tiene un centro, que es la forma del "yo", el ego, la personalidad, el carácter, la tendencia, la idiosincrasia, las peculiaridades, etcétera. En cada uno de nosotros hay un centro que es la esencia del yo, que es egoísmo. Dondequiera que haya un centro, el espacio tiene que ser siempre limitado. Por eso decimos que una mente ocupada está formando centro todo el tiempo y, por lo tanto, su ocupación está limitando el espacio. Cuando hay atención total, cuando uno observa, escucha y aprende con todos sus sentidos despiertos, no hay un centro.

Hagan esto en su vida cotidiana, en la relación que establecen con la esposa, con el vecino, con la naturaleza. Relación significa estar en contacto. Uno sólo puede estar relacionado de ese modo con alguien si no tiene una imagen de sí mismo o del otro; entonces hay una relación directa.

De esto surge la compasión, o sea, la pasión por todo. Eso solamente puede ocurrir cuando existe este perfume, esta calidad de amor que no es deseo, que no es placer, que no es la acción del pensamiento. El amor no es algo producido por el pensamiento, por el ambiente, por la sensación. El amor no es emocionalismo ni sentimentalismo. Amor significa amor por las rocas, por los árboles, significa amar a un perro perdido, amar los cielos, la belleza, la puesta de sol, amar al prójimo... amar sin toda la sensación de la sexualidad con que ahora identificamos al amor. El amor no puede existir cuando somos ambiciosos, cuando buscamos poder, posición, dinero. ¿Cómo puede un hombre amar a su esposa cuando toda su mente está concentrada en llegar a ser alguien, en tener poder en el mundo? Él podrá dormir con ella, tener hijos, pero eso no es amor. Es lujuria, con todas sus desdichas. Y sin amor no podemos tener compasión. Cuando hay compasión, hay claridad, que es la luz que emerge de la compasión. Todos los actos son entonces claros, y de esa claridad viene la destreza, destreza en la comunicación, en la acción, destreza en el arte de escuchar, de aprender, de observar.

La meditación es el despertar de esa inteligencia que nace de la compasión, de la claridad y de la destreza que la inteligencia utiliza. Esa inteligencia no es personal, no puede ser cultivada; surge sólo de la compasión y la claridad. Todo esto y mucho más es la meditación, y lo "más" adviene cuando la mente es libre y, por lo tanto, se halla completamente quieta. No puede estar quieta si no hay espacio. De igual manera, el silencio puede llegar, no mediante la práctica o el control, no como el silencio entre dos ruidos o como la paz entre dos guerras; el silencio llega sólo cuando la mente y el cuerpo están en completa armonía y sin fricción alguna. Entonces, en ese silencio hay un movimiento total que es la terminación del tiempo. Eso significa que el tiempo ha llegado a su fin. Hay mucho más en la meditación, y consiste en descubrir aquello que es lo más sagrado. No lo sagrado de los ídolos que hay en los templos, iglesias o mezquitas; esas cosas están hechas por el hombre, las fabrican la mano, la mente, el pensamiento. Existe lo sagrado que no ha sido tocado por el pensamiento. Ello puede llegar con naturalidad, fácil y gozosamente sólo cuando hemos creado un orden completo en nuestra vida cotidiana. Cuando hay un orden semejante en nuestra vida de todos los días -orden significa ausencia de conflicto-, entonces desde ese orden surge esta calidad de amor, compasión y claridad. Y la meditación es todo esto, no un escaparle a la vida, a nuestro vivir. Y bienaventurados son aquellos que conocen la calidad de esta meditación.

Del *Boletín* 45 (KF), 1983

## *Sobre la meditación*

INDIA, 1970

La mente humana, que ha vivido por muchos miles de años, debe cambiar radicalmente y librarse ella misma de su condicionamiento. Sólo entonces podrán resolverse los múltiples y complejos problemas de la existencia. ¿Puede la mente experimentar una cirugía radical, una fundamental mutación? ¿Una mutación no sólo en la estructura de las propias células cerebrales, sino también en la calidad de la mente y el corazón? ¿Puede una mente semejante vivir libre en medio del caos, de la brutalidad y la violencia que imperan en la sociedad moderna, libre para funcionar quietamente, sin ser perturbada, sin ningún tipo de resistencia pero sin que ello implique apartarse de la sociedad?

Uno observa la tremenda necesidad de dar origen a una mente nueva, no una mente que ha tenido un millar de experiencias o que se halla presa en un determinado patrón cultural religioso, social o económico. Este patrón se está repitiendo incesantemente a través de la historia, cambiando un poquito aquí y allá. Las revoluciones sociales y económicas no son realmente revoluciones en absoluto. Como ser humano que vive una existencia sin sentido en este mundo de confusión, en este mundo de gran dolor, de fealdad, de violencia, uno se pregunta si la mente humana puede de hecho transformarse a sí misma. Sólo así podrán solucionarse todos nuestros problemas: el problema del amor, el de la realidad, el de si Dios o la verdad existen o no existen, o si los seres humanos pueden vivir juntos sin conflicto alguno. Para que podamos descubrir esto realmente, con la totalidad de nuestro corazón, de nuestro ser, tiene que haber libertad, libertad para mirar, para investigar, para percibir. Eso ciertamente es lo primero: libertad para observar. Porque la libertad es negada cuando hay cualquier forma de prejuicio, conclusión, ideación, creencia y, sobre todo, cualquier forma de temor.

Si hay temor en cualquiera de sus formas, es obvio que la totalidad de la mente es incapaz de ver. Hemos ido a la luna, ése es un logro extraordinario. Nuestros cerebros tienen la capacidad para ello. Pero internamente somos esclavos y carecemos de libertad, repetimos el mismo patrón miles de veces, lo repetimos sociológica, religiosa y económicamente. Y en la psique, en las profundidades mismas de nuestro ser, no hay ningún cambio en absoluto. Somos monstruos modernos.

¿Es la mente capaz de experimentar esta revolución tremenda, inmediata, de modo que pueda vivir con una calidad nueva, de modo que no exista este impulso por el placer, el cual es por completo diferente de la belleza y el florecimiento del puro gozo? El placer nunca es gozoso, porque en el placer siempre hay temor. Y una mente que no conoce el éxtasis, no puede ser libre. El placer es producto del pensamiento y el pensamiento siempre es viejo, jamás es nuevo, jamás es libre, aunque uno pueda hablar de la libertad. En ningún nivel puede el pensamiento ser libre, porque el pensamiento es la respuesta de la memoria y la memoria pertenece siempre al pasado. La memoria tiene sus raíces en el tiempo, o sea, en el pasado. Por favor, observen esto en sí mismos mientras quien les habla se refiere a ello; no se limiten a concordar o discrepar, eso no tiene ningún valor.

La mente humana, que es tan asombrosamente capaz, jamás se ha puesto a averiguar por sí misma si alguna vez puede estar libre, libre esencialmente del temor, porque nos hallamos abrumados por innumerables temores. Para descubrirlo, debe uno observar los temores que tiene, no condenarlos ni reprimirlos ni escapar de ellos. En la observación no hay división entre el observador y la cosa observada. Observar los temores sin que intervenga el pasado, el "yo", que es el observador.

Traten realmente de hacerlo mientras uno habla de ello, porque esta tarde vamos a penetrar en algo muy complejo. Si no hacen esto desde el principio, no entenderán lo que vendrá al final. (No sé tampoco qué vendrá al final). Una mente atemorizada no puede ser aguda, clara, no puede estar exenta de confusión y, por lo tanto, jamás puede conocer la calidad del puro gozo, del éxtasis.

Tenemos que hallarnos libres de temor, no sólo a nivel consciente, sino en las profundas capas de la psique, donde está el llamado inconsciente. Casi ninguno de nosotros es capaz de analizarse a sí mismo paso a paso de manera que esté muy claro al respecto. Es necesario que hagamos un corto viaje de investigación en ello para ver la completa inutilidad del análisis. Todo el proceso analítico es totalmente erróneo, si es que podemos utilizar la palabra "erróneo". Porque en ese proceso está siempre el analizador, que es el pasado, que es la acumulación de conocimientos; y ese analizador, un fragmento de la totalidad de la mente, analiza otros fragmentos, los analiza desde lo que ha acumulado. Observar el movimiento analítico en uno mismo, hacer un corto viaje en él y ver su total inutilidad, da a la mente una cualidad de percepción.

El analizador y lo analizado son dos estados separados, dos movimientos separados de la fragmentación total de la mente. Un fragmento llamado el analizador analiza el otro fragmento, llega a una conclusión y, a partir de esa conclusión, sigue analizando. Pero la conclusión tiene un valor muy escaso. Y el análisis implica tiempo, porque toma muchos, muchos días analizar.

El análisis introspectivo o el análisis que otro hace a través de los sueños, etcétera, tienen poco sentido. Si uno es ligeramente o muy neurótico, entonces tal vez tenga algún sentido ayudarlo a que se ajuste a una

sociedad corrupta, ya sea la sociedad comunista o la particular sociedad hindú de ustedes. De modo que el análisis no trae libertad en absoluto. Es como escudriñar más y más dentro de uno mismo estando atrapado en un foso; uno jamás se libera. O bien la mente dice que hay libertad en el cielo o en el nirvana, lo cual, nuevamente, es una evasión.

Sólo es posible observar sin ninguna distorsión si prestamos atención completa con nuestro cuerpo, nuestros nervios, nuestros oídos, con toda nuestra mente y nuestro corazón. Entonces veremos, si atendemos de ese modo, que no existe una entidad o un ser llamado el observador. Entonces sólo hay atención.

La propia sustancia, la naturaleza del cerebro, es, obviamente, sobrevivir. El cerebro persiste en la supervivencia, de lo contrario no podría existir; y ha desarrollado ciertas respuestas a causa de siglos y siglos de condicionamiento. Lo que tratamos de investigar es si la propia estructura y naturaleza del cerebro pueden generar un cambio en sí mismas. Y vamos a mostrarles -no a mostrarles-, vamos a aprender juntos si eso es posible. Esto no es un absurdo o una fantasía de la imaginación, porque la imaginación no tiene cabida alguna cuando estamos investigando a una enorme profundidad; no hay teorías ni conclusiones, sino sólo un movernos de hecho en hecho.

La mente ha de tener una calidad extraordinariamente sensible, y no puede ser sensible si hay temor, si hay cualquier clase de conclusión, dogma o creencia; de ese modo, el cerebro mismo, que está tan densamente condicionado, puede aquietarse completamente y no responder conforme a su propio modo tradicional. El problema es cómo generar esa condición de sensibilidad en la mente y, por lo tanto, en todo el sistema nervioso y en el cuerpo, y también cómo producir un estado de no-movimiento de las células cerebrales, una completa quietud, para que la mente esté despierta y sea sumamente inteligente y sensible. Despierta, inteligente y sensible son sinónimos, no son tres cosas separadas. Y el cerebro tiene que hallarse absolutamente quieto a fin de que pueda percibir sin el observador. Esto es meditación, ver que el cerebro esté quieto, completamente quieto, y que la mente sea sumamente sensible y, por lo tanto, inteligente. Dar con este movimiento es meditación.

¿Puede, acaso, haber un sistema para meditar, siendo el sistema un método, una práctica, la repetición de algo una y otra y otra vez? ¿Hace eso que la mente sea sensible, vital, activa, inteligente? Por el contrario, hace que la mente sea mecánica.

Por lo tanto, todos los sistemas (el sistema zen, el sistema hindú o el sistema cristiano) carecen por completo de sentido. Una mente que practica un sistema, un método, un mantra, es incapaz de percibir lo verdadero. Ustedes saben que están escuchando esa música [se oía el sonido de la música que llegaba desde la residencia vecina]. Hay una melodía, y si la escuchan cuidadosamente, si le prestan atención -no a las palabras, sino a la totalidad, al sonido-, es como si ese sonido se produjera dentro de ustedes. Y la mente puede cabalgar sobre esa melodía, sobre ese sonido, y ello le da a uno una extraordinaria sensación de movimiento. Y a eso pueden llamarlo meditación, la repetición de un conjunto de palabras que producen el sonido, un sonido interno, y ustedes pueden moverse con el sonido o dejarse llevar por él o acompañarlo.

Pero, ¿es meditación eso? ¿Jugar un truco así, hipnotizarse uno a sí mismo por medio de un sonido o de unas palabras? Semejantes formas de meditación son formas de autohipnosis, no conducen a ninguna parte. Por el contrario, tornan a la mente extraordinariamente torpe, la vuelven una mente que no es moral en el más profundo sentido de esa palabra (no en el sentido de la moralidad social, que no es moralidad en absoluto).

La cualidad de la virtud sólo puede existir cuando no hay ningún tipo de conflicto. Entonces hay virtud. Pero un hombre que trata de volverse virtuoso está embotado, porque vive en conflicto. Pueden ustedes descartar todos los sistemas, porque los sistemas implican autoridad; una mente que se adhiere a cualquier clase de autoridad no es libre y, por lo tanto, es incapaz de observar. En la así llamada meditación, en la meditación que generalmente se practica, siempre está el deseo de experimentar la verdad, diversas visiones, estados, etcétera.

La experiencia implica a un experimentador, una entidad como experimentador. Por consiguiente, cuando él experimenta, debe reconocer lo que experimenta, de otro modo eso no es una experiencia. Y cuando lo reconoce, ya es lo conocido; por lo tanto, la experiencia pertenece al pasado. La mente busca experiencias a través de las drogas (como está de moda ahora en Occidente), drogas de distintos tipos a fin de tener grandes viajes en el cielo. Tiene que existir, siempre existe el experimentador que apetece, busca, anhela, espera experiencias trascendentales, supercósmicas y qué sé yo cuántas más.

Y cuando uno busca experiencias siempre las encontrará dentro del patrón, dentro del condicionamiento de la mente del experimentador. Por lo tanto, hay una división entre el experimentador y la cosa experimentada y, en consecuencia, siempre hay un buscar, un desear, un andar a tientas, un conflicto. Y estamos diciendo que eso no es meditación. La más alta forma de sensibilidad, con el cerebro completamente quieto, es la cualidad del amor. Si hay amor en nuestro corazón, ésa es la cosa más extraordinaria. El amor no

es placer. El amor no tiene nada que ver con el miedo. No está relacionado con el sexo. Es la cualidad de la mente libre, sensible, inteligente, con un cerebro que no responde en términos del pasado y que, por lo tanto, se halla en silencio. Entonces, el corazón da con este perfume llamado amor. La comprensión de esto es meditación. Esos son los cimientos de la meditación.

Sin meditación no hay virtud; la virtud es un movimiento en el que no hay conflicto de ninguna clase. Y tienen que existir esa libertad, ese sentido de amor, para poder descubrir por uno mismo si hay o no hay una realidad, si existe o no existe eso que por siglos y siglos los hombres han llamado Dios; descubrirlo, no decir: "Yo creo en Dios", como dice el feo y corrupto político (ello le rinde beneficios). Pero la descripción no es lo descrito. Y para descubrir esa calidad intemporal, ese movimiento intemporal, tiene que haber energía y ausencia de conflicto -energía inteligente y asombrosamente despierta-. Por lo tanto, la meditación no es cosa que pueda practicarse. La meditación es la manera de vivir, meditando todo el día, mirando, observando, aprendiendo, en constante movimiento. Y para observar así, tiene que haber una mente quieta, silenciosa.

Los innumerables problemas de la vida, el problema económico, la injusticia social, el conflicto del hombre con el hombre, entre la mujer y el hombre, el conflicto entre grupos y las divisiones sociales, la división de las religiones... todas esas cosas tienen poco sentido. Para responder a todos esos problemas es necesaria una revolución, la revolución interna de la mente. Y la meditación, en el sentido en que la hemos descrito, es esencial para comprender esta vida extraordinariamente compleja.

Somos seres humanos, no rótulos, y como seres humanos que viven en este desdichado mundo agobiado por el dolor, tenemos que comprenderlo, comprender nuestra relación con él, nuestro contacto con él. *Somos* el mundo, el mundo no está separado de nosotros. Las guerras que tienen lugar son nuestras guerras porque nosotros, los seres humanos, hemos contribuido a ellas. Tenemos que comprender a este observador que es uno mismo, comprendernos a nosotros mismos, no por medio del análisis. En esa observación encontrarán ustedes que el actuar es el ver. Sólo una mente así puede descubrir por sí misma si existe una realidad o no. Ella no contiene especulaciones ni teorías ni libros ni maestros ni discípulos. Y una mente semejante es una mente que conoce el éxtasis.

Del *Boletín* 7 (KF), 1970

## *La libertad*

SAANEN, SUIZA, 19 DE JULIO DE 1973

Sabiendo lo que es el mundo que ha creado cada uno de nosotros, con toda su fragmentación y su división, con sus brutalidades, trapacerías, engaños, con su violencia, sus guerras y todos los horrores que ocurren, tenemos dos problemas fundamentales. El primero, si es posible volver la espalda a este mundo, o sea, rechazar la cultura, la civilización, todo lo que el hombre ha producido a través de los siglos, y así liberar la mente de ese condicionamiento. Ése es un problema. El segundo es si, en el proceso mismo de liberar la mente, es posible vivir en este mundo y, sin embargo, no pertenecer a él, no estar involucrado en él.

Yo no sé si ustedes han considerado lo serio que es esto. No es un entretenimiento, algo que uno busca por motivos de placer o de desesperación, sino que más bien, al tomar plena conciencia de toda la situación, de las diversas intrincaciones en el movimiento histórico del mundo, tanto externa como internamente, uno ve que estos problemas son materia de urgente preocupación. El hombre ha destruido la naturaleza, ha exterminado a ciertas especies de animales y de pájaros. Ha creado catedrales, templos y mezquitas de inmensa belleza, ha creado la gran literatura, la música, la pintura. Y eso forma parte de nuestra cultura: la belleza, la fealdad, la crueldad, la enorme destrucción del hombre por el hombre. Forma parte de nuestra civilización, a la que pertenecemos. No sé si en realidad se dan plena cuenta de lo que todo esto implica económica, social y religiosamente. Si lo han examinado a cierta profundidad, tiene que interesarles saber si la estructura puede ser cambiada, la estructura que ha creado este mundo; tienen que haberse preguntado qué es lo que ha producido esta estructura, y si cambiando meramente la estructura, cambiará el hombre. Esta ha sido una de las teorías del mundo: cambiemos las condiciones externas y entonces el hombre cambiará internamente; ése ha sido siempre uno de los argumentos. Pero ustedes ven que no funciona de esa manera. Por lo tanto, es el hombre el que tiene que cambiar y, de ese modo, cambiar la estructura.

Ahora bien, ¿puede la mente, nuestra mente, liberarse de esta cultura? Y, ¿qué quiere decir liberarse de la cultura? ¿Es una cuestión de análisis? ¿Es una cuestión de tiempo? ¿Es cuestión de conclusiones más racionales y lógicas del pensamiento? ¿O es un no-movimiento del pensar? Por favor, penetren un poquito en esto junto con quien les habla. Puede que sea algo difícil, puede que no estén habituados a esta clase de

pensar, puede que no hayan pensado en ello para nada. Así que, por favor, tengan un poco de paciencia y compartamos juntos este interrogante extraordinario: El condicionamiento de la mente, que ha tenido su origen en el tiempo, en la experiencia y el conocimiento, ¿puede ser disuelto por el análisis? Ése es un punto.

La palabra misma "análisis" significa disolver. Y a través de la fragmentación esperamos comprender y disolver el complejo problema del condicionamiento, tanto en el nivel consciente como en el inconsciente. ¿Puede esto hacerse mediante el análisis entre el analizador y lo analizado, tomando para ello meses, años? Todo eso implica tiempo, ¡y durante ese tiempo estaremos muertos! Yo puedo analizarme a mí mismo muy, muy cuidadosamente, paso a paso, investigar la causa, el efecto, el efecto que se convierte en causa, que es la cadena en que el análisis está preso. ¿Puede la mente analizarse a sí misma y disolver todas sus peculiaridades, la violencia, las supersticiones, las múltiples contradicciones y, debido a ello, generar una armonía total?

Como dijimos, el análisis implica tiempo. Y, ¿qué es el tiempo? El tiempo es un movimiento tanto físico como psicológico. Físicamente, es un movimiento de aquí hacia allá; psicológicamente, es un movimiento desde "lo que es" hacia "lo que debería ser", transformando "lo que es" a través de una ideología, lo cual implica un movimiento en el tiempo. ¿De acuerdo? Por favor, estamos compartiendo juntos este problema, no están meramente escuchándome a mí; estamos viajando juntos, investigando, descubriendo juntos qué es lo verdadero. No se trata de que ustedes acepten lo que dice quien les habla, eso no tiene ningún valor, ni verbalmente ni como realidad. Lo que tiene realidad es que nosotros, a través de la investigación, de la observación, de una muy cuidadosa percepción, compartamos lo que descubrimos por nosotros mismos. No tiene significación alguna escuchar meramente una serie de palabras, traducirlas a ideas y después poner estas ideas en acción.

Estamos diciendo, pues, que el tiempo es movimiento. Físicamente, trasladarse de aquí hacia allá toma tiempo. Psicológicamente, también es un movimiento, es moverse desde "lo que es" cambiando hacia "lo que debería ser". "Lo que es", o sea, el producto del pasado, es un movimiento en el tiempo hacia el presente, y "lo que debería ser" es un movimiento dentro del futuro. La totalidad del movimiento es tiempo. ¿Correcto? Y el pensamiento siempre es un movimiento en el tiempo, porque el pensamiento es la respuesta de la memoria, que es el pasado, y se basa en el conocimiento, que es también el pasado, y conforme a ese conocimiento la memoria reacciona, lo cual es un movimiento. Por lo tanto, el pensar es un movimiento en el tiempo. Y el análisis es un movimiento en el tiempo, constituido por el pensamiento examinándose a sí mismo. Y nosotros estamos condicionados para analizar. Verán, si lo investigan profundamente, que ése es nuestro condicionamiento. Nunca vemos que la causa se convierte en el efecto y el efecto se vuelve la causa. Ese es un movimiento en el tiempo. El análisis no libera la mente, que es el resultado del tiempo.

Me pregunto si ustedes ven esto. Es bastante simple si lo observan en sí mismos. Estoy enojado; analizo la causa y en el proceso del análisis llego a una conclusión, que es el efecto. Y esa conclusión se vuelve la causa del efecto siguiente. Todo eso es un movimiento del pensar que tiene lugar en el tiempo. El pensamiento es tiempo. Y el pensamiento ha creado este condicionamiento. Toda nuestra cultura es un resultado del pensamiento en la forma de sentimientos, reacciones físicas, etcétera. De modo que el análisis no puede resolver el condicionamiento de la mente humana. Espero que esto sea claro; no la exposición verbal sino la verdad de ello, el hecho real, no la afirmación o repetición de lo que se ha declarado: que el análisis no liberará la mente. Ello carece de valor.

De modo que la mente, viendo la falsedad del análisis, descubre la verdad de que el análisis no la libera, o sea, que descubre la verdad en lo falso. Ahora bien, el análisis incluye no sólo la mente consciente sino también las capas profundas del inconsciente, que también son el resultado del tiempo. Esta división entre lo consciente y lo inconsciente es artificial. La conciencia es un todo. Podemos dividirla, podemos fragmentarla para someterla a un examen, pero es un movimiento total dentro del campo del tiempo. Y el inconsciente pierde su importancia cuando uno puede mirar la conciencia total con su contenido. ¿Comprenden? Nos miramos a nosotros mismos fragmentariamente. Nos miramos mediante la acción del pensamiento.

Miren, señores, mi conciencia es un movimiento total. Podemos dividirla como consciente e inconsciente, como acción e inacción, como codicia, envidia, no envidia; pero es una totalidad, un movimiento total que sólo puede ser fragmentado con el fin de examinarlo. Y veo que un examen de los fragmentos no produce una comprensión de la totalidad. ¿Correcto? Lo que se necesita es una percepción directa de lo total, no meramente de los fragmentos -percibir el movimiento total de la conciencia, que se encuentra en el campo del tiempo-. ¿Puede el pensamiento, puedo yo como pensamiento, explorar esta conciencia? Vean, lo que trato de decir es esto: personalmente, jamás me he analizado en modo alguno a mí mismo. Lo que ha tenido lugar es una observación, y en esa observación misma se revela lo total porque no

hay intención alguna de ir más allá de “lo que es”. Ir más allá de “lo que es” es el movimiento del tiempo. ¿Está suficientemente claro?

Por lo tanto, veo claramente que la mente puede, sin el análisis, descubrir, observar el movimiento total de la conciencia. Ese es un punto. Lo que nos interesa es si la mente puede liberarse a sí misma de su condicionamiento. Veo que no puede hacerlo mediante el análisis, puesto que éste implica tiempo, y no es posible disolver el tiempo por medio del tiempo. ¿Puede, entonces, disolverlo el pensamiento? ¿Puede el pensamiento transformar la mente, liberarla de su condicionamiento? Ahora, por favor, presten atención a esto. El pensar es un movimiento en el tiempo; es movimiento y, por consiguiente, es tiempo. Y cuando el pensar examina el condicionamiento, sigue estando dentro del campo del tiempo; por lo tanto, el pensar no puede resolver el condicionamiento, porque es el pensar como conocimiento, experiencia, memoria, el que ha dado origen a esta civilización en que la mente se ha educado. Eso está claro. De modo que el pensar no puede resolver el condicionamiento. El análisis no puede. ¿Qué nos queda, entonces? ¿Comprenden? Hemos usado el pensamiento como un medio para conquistar, destruir, cambiar, analizar, superar. Y veo que el pensamiento no puede traer libertad a la mente. Es un movimiento. Así que *el no-movimiento* es libertad con respecto al tiempo. ¿De acuerdo? El no-movimiento del pensar es un estado en el que la mente se halla libre del tiempo. Ahora examinaré esto y ustedes lo verán.

El condicionamiento de la civilización, la cultura, ha hecho hincapié en que debo ser competitivo, me ha enseñado a ser violento o, más bien, me ha alentado a ser más violento. De modo que la mente es violenta; eso es “lo que es”. ¿Puede la mente liberarse de la violencia -que es “lo que es”- sin el movimiento del pensar? ¿Comprenden mi pregunta? Yo soy violento y el pensamiento dice: “Supera esa violencia, controla esa violencia, utiliza esa violencia”, y de esta manera alienta o controla o moldea esa violencia para sus propios propósitos. Eso es lo que hacemos todo el tiempo. De modo que el pensar, siendo un movimiento, está actuando continuamente sobre “lo que es”, que también es el resultado del pensamiento y el tiempo. ¿Correcto? Ahora bien, ¿puede el pensamiento no moverse en absoluto, de manera que sólo permanezca “lo que es” sin interferencia alguna del pensar? Miren, señores: soy violento, conozco todas las causas, sé cómo ha surgido la violencia. Eso es bastante claro, ella forma parte de la cultura, es alentada por la situación económica, por la educación, etcétera. Soy violento, eso es “lo que es”. ¿Puede la mente, sin un solo movimiento, mirar “lo que es”? Cualquier movimiento es tiempo. ¿Puede, pues, la mente observar esa violencia, observarla sin el pensamiento, o sea, sin el tiempo?

¿Han entendido al menos mi pregunta? Mi condicionamiento dice: “Usa el pensamiento para controlar la violencia, para moldearla, para librarte de ella, para luchar contra ella; es feo ser violento, los seres humanos deben ser pacíficos”. De este modo, provee todas las razones, las justificaciones, las condenaciones, que son todos movimientos del pensar; y el pensamiento es tiempo, y el movimiento es tiempo. No obstante, existe solamente el hecho de que este ser humano es violento. Hasta aquí eso está claro.

¿Puede la mente mirar, sin ningún movimiento, “lo que es”? “Lo que es” la violencia. Ahora bien, he utilizado una palabra para indicar un sentimiento que he denominado “violencia”, y esa palabra con su significado ya ha sido empleada antes. Por lo tanto, estoy reconociendo el sentimiento en términos de lo viejo. Cada vez que reconozco algo, tiene que ser lo viejo. De modo que “lo que es” es el resultado del pensamiento. Ahora la mente se enfrenta sin ningún movimiento, vale decir, sin tiempo, a lo que es producto del pensamiento, o sea, a eso que he llamado “violencia”. ¿Qué ocurre, entonces, cuando el no-movimiento se enfrenta al pensar, que es el movimiento del tiempo? ¿Están siguiendo esto?

Miren, señores, mi hijo muere; yo sufro enormemente por diversas razones, soledad, desesperación, etcétera. Entonces viene el pensamiento y dice: “Debo superarlo”. “Lo que es” es el sufrimiento, y el movimiento del pensar es tiempo. La mente se enfrenta a ese sufrimiento y trata de hacer algo al respecto, escapar de él, buscar consuelo en sesiones espiritistas, en algún médium, en creencias; pasa por todo ese proceso, que es un movimiento del tiempo como pensamiento. Ahora bien, al afrontar ese sufrimiento sin movimiento interno alguno, ¿qué es lo que ocurre? ¿Lo han intentado alguna vez? Si lo hacen, verán que el no-movimiento transforma completamente los movimientos del tiempo, y lo que llamamos “sufrimiento” es tiempo. Eso implica que el sufrimiento no deja en absoluto huella alguna en la mente porque el *no-movimiento* es intemporal, y el sufrimiento no puede afectar a aquello que no es de su misma naturaleza.

De modo que la mente se halla condicionada por la cultura, por el ambiente, por el conocimiento, por la experiencia, todo lo cual es el movimiento del tiempo, y el pensamiento también lo es. Por eso el pensamiento no puede transformar o liberar a la mente de su condicionamiento, tal como el análisis no puede hacerlo. La pregunta es: ¿Puede la mente observar, sin movimiento alguno, este condicionamiento, esta entidad desarrollada en el tiempo? Si lo hacen, verán entonces que desaparece completamente todo sentido de control, imitación o conformidad.

Del *Boletín* 21 (KF), 1974

## *Más allá del pensamiento y del tiempo*

BROCKWOOD PARK, INGLATERRA, 8 DE SETIEMBRE DE 1974

Si estamos seriamente interesados en la transformación de la mente y el corazón humanos, debemos dedicarnos totalmente a la resolución de nuestros problemas, porque el contenido de nuestra conciencia es el contenido del mundo. Aunque hay modificaciones, la conciencia de cada uno de nosotros es la conciencia del resto del mundo. Y si hay un cambio radical en esa conciencia, esa conciencia afectará al resto del mundo. Ése es un hecho obvio. Hemos gastado una gran cantidad de energía intentando resolver nuestros problemas -energía intelectual, emocional, física-, y toda esta energía, con sus contradicciones, sus conflictos, su variable y deliberada actividad destructiva, no ha resuelto para nada nuestros problemas humanos de origen psicológico. Creo que éste es un hecho que nadie puede negar.

Nos interesa descubrir si existe una clase diferente de energía que, si pudiéramos tocarla, resolvería todos nuestros problemas. Estamos, pues, investigando juntos la posibilidad de una clase diferente de energía que no sea contradictoria en sí misma, que no esté basada en la actividad divisiva del pensamiento, que no dependa del ambiente, de la educación, de la influencia cultural. Nos preguntamos si existe una actividad diferente, un movimiento diferente que no dependa de las actividades egocéntricas, las actividades y energías que crea el sí mismo, el "yo", con todas sus contradicciones. ¿Existe una energía sin causa? Porque la causa implica tiempo.

Nosotros hemos utilizado sólo una pequeña zona del cerebro, y esa zona pequeña es controlada y moldeada por el pensamiento; y el pensamiento, tanto intelectual como emocional y físicamente, ha creado una energía contradictoria, el "yo" y el "tú", "nosotros" y "ellos", lo que somos y lo que deberíamos ser, el ideal, el prototipo perfecto. Espero que estén siguiendo esto. Creo que es muy importante comprender que estamos trabajando juntos, que quien les habla no les dice lo que deben hacer, porque él no tiene autoridad alguna. La autoridad en cuestiones espirituales ha sido muy destructiva, porque la autoridad implica conformidad, miedo, obediencia, seguimiento y aceptación, pero cuando estamos investigando juntos, eso significa que no hay sentido alguno de seguimiento, de aceptación o rechazo, sino que solamente existen el observar, el inquirir. Esto es lo que estamos haciendo juntos. Por lo tanto, cuando estamos juntos, unidos, desaparecen el "yo" y el "tú". Lo importante es el trabajo, no ustedes o yo. Estamos, pues, trabajando juntos para descubrir si existe una clase por completo diferente de energía, una energía que no esté basada en una causa que divide la acción del presente de la del pasado.

Ahora bien, esta investigación implica que nos estamos preguntando si hay en el cerebro una zona que no esté contaminada por el pensamiento, que no sea producto de la evolución y que no haya sido tocada por la cultura. Desde la remota antigüedad, el hombre ha utilizado sólo una pequeña zona del cerebro, en la cual ha habido conflicto entre el bien y el mal. Podemos verlo en todas las pinturas, en todos los símbolos y actividades del hombre. Este conflicto entre el bien y el mal, entre "lo que es" y "lo que debería ser", entre "lo que es" y el ideal, ha producido la cultura cristiana, la hindú, la budista, etcétera. Y esta pequeña zona del cerebro está condicionada por esas culturas. ¿Puede la mente librarse a sí misma de ese condicionamiento, de esa zona limitada, y moverse en un área que no esté controlada por el tiempo, por la causación, por la dirección?

Por lo tanto, tenemos que empezar a descubrir qué es el tiempo, qué es la dirección y qué es lo que los seres humanos tratan de lograr en el campo psicológico. Psicológicamente, ¿qué es el tiempo? Está el tiempo cronológico, del reloj, pero psicológicamente, ¿existe en absoluto el tiempo? El tiempo implica movimiento, ¿verdad? También implica dirección. Psicológicamente, decimos que "lo que es" sólo puede cambiarse a través de un proceso gradual y que eso requiere tiempo. Y el proceso gradual se mueve en una dirección definida, la dirección que ha establecido el ideal. Para alcanzar eso uno tiene que disponer de tiempo como un movimiento de aquí hacia allá, y en esa área del tiempo estamos atrapados. O sea: yo soy lo que soy y tengo que transformar eso en lo que yo debería ser; para hacerlo necesito el movimiento del tiempo. Y la dirección del movimiento es controlada, moldeada por el ideal, por la fórmula, por el concepto que ha creado el pensamiento. Vale decir que el ideal es creado por el pensamiento, el pensamiento que dice: "soy esto y debo ser aquello", y luego viene el movimiento hacia aquello. Ésta es la manera tradicional de abordar la transformación del hombre. Ahora bien, nosotros estamos cuestionando eso completamente.

El tiempo es, pues, un movimiento en una dirección específica establecida por el pensamiento, ¿correcto? Y, debido a eso, vivimos siempre en conflicto. Este proceso divisivo entre lo que soy y lo que debería ser es la acción propia del pensamiento, que en sí mismo es divisivo, fragmentario. El pensamiento ha dividido a los

seres humanos a través de las nacionalidades, las religiones, el “tú” y el “yo”, y así estamos siempre en conflicto y tratamos de resolver nuestros problemas dentro de esa área del tiempo.

¿Puede, entonces, la mente, que se halla tan condicionada en esta tradición, romper con ella y habérselas solamente con “lo que es” y no con “lo que debería ser”? Para hacer eso necesitamos energía, y esa energía surge y se sostiene a sí misma donde no hay un movimiento del pensar que se aleje de “lo que es”. ¿Puede nuestra mente, que es la mente del hombre, porque somos lo colectivo, no somos individuos -individuo significa indivisible, total, no fragmentado, no dividido, como están los seres humanos-, puede nuestra mente con su actividad egocéntrica, librarse ella misma de su condicionamiento, no en el futuro sino instantáneamente? ¿Puede hacerlo sin el pensamiento, que es del tiempo?

El tiempo es el observador, que es el pasado, y lo observado es el presente. ¿Comprenden? Mi mente está condicionada y el observador dice: “Tengo todos estos problemas y no he sido capaz de resolverlos; por lo tanto, observaré mi condicionamiento, tomaré conciencia de él y lo superaré”. Esta es la respuesta de la tradición, ¿verdad? De modo que el observador, que es el pasado, lo cual implica que es la esencia del tiempo, está tratando de superar, de trascender e ir más allá de lo que observa, que es su condicionamiento. Ahora bien, el observador, que es el pasado, ¿es diferente de la cosa que él observa? Lo que observa es lo que ve conforme a su condicionamiento, obviamente. Por lo tanto, observa con el pensamiento, que es el resultado del tiempo, y está tratando de resolver el problema por medio del tiempo. Pero uno ve que el observador es lo observado.

Vean, señores, lo expondré muy sencillamente. ¿Es la violencia diferente del observador que dice “Yo soy violento”? ¿Es la violencia diferente del actor que es violento? Indudablemente, ambos son la misma cosa, ¿no es así? De modo que el observador es lo observado, y mientras haya una división entre el observador y lo observado, tiene que haber conflicto. Esta división aparece cuando el observador supone que es diferente de lo observado. Tengan un poco de discernimiento en esto y verán lo que implica.

Vivimos física, psicológica e intelectualmente en total desorden y confusión, siendo la confusión nuestra contradicción: decimos una cosa, hacemos otra, pensamos algo y actuamos de un modo distinto. Pero el orden es necesario a fin de que el cerebro pueda funcionar con propiedad, objetivamente. Es obvio que, al igual que una máquina, si no funciona apropiadamente es inútil. Entonces, ¿puede el orden surgir gracias a este descubrimiento? El orden, no conforme al sacerdote ni al orden social -que es inmoral-, sino el orden sin conflicto, sin control, sin admisión del tiempo en absoluto. ¿Puede ese orden perfecto, que es virtud, surgir de la observación de este desorden en que uno vive? O sea, ¿puede la mente observar, estar atenta a este desorden sin buscar cómo habérselas con él o cómo trascenderlo, estar atenta al desorden sin preferencia alguna? Y para que esté atenta de ese modo, el observador no tiene que interferir con la observación. El observador, que es el pasado, que dice: “Esto está bien, esto está mal, debo elegir esto, no debo elegir aquello, esto debe ser, aquello no debe ser”, ese observador no tiene que interferir en absoluto con la observación.

¿Pueden, entonces, observar su desorden sin la interferencia, sin el movimiento del pensar, que es tiempo? ¿Pueden simplemente observar? La observación implica atención, obviamente, y cuando uno está prestando atención completa al desorden, ¿hay desorden? De este modo, el orden llega a ser como la más elevada forma de las matemáticas, que son el orden completo. ¿Existe, entonces, una manera de vivir sin ningún control, la cual implica observar sin el movimiento del pensar, que es tiempo? Investíguenlo y lo verán. Lo que crea el tiempo es la división entre el observador y lo observado, y uno ha eliminado por completo esta división cuando hay atención total y percepción alerta. Por lo tanto, la relación en nuestra vida cotidiana, que hemos discutido en pláticas anteriores, es una verdadera relación en la que no existen la imagen del “yo” y la imagen de “él” o “ella”. Ahora bien, habiendo establecido esto, que es orden, nos preguntamos si el cerebro, esa pequeña zona tan controlada, tan moldeada por la cultura, por el tiempo, si el cerebro, la mente, puede estar libre de todo eso y, no obstante, funcionar con eficacia en el campo del conocimiento.

Lo expondré de una manera diferente. ¿Hay una parte del cerebro que no haya sido tocada por todo el empeño humano, por la violencia humana, la esperanza, el deseo y todo eso? ¿Comprenden mi pregunta? La mente ha generado orden dentro de esa zona pequeña, y sin ese orden no hay libertad para poder investigar. El orden implica libertad, obviamente. El orden implica seguridad de modo que no haya perturbaciones. Ahora la mente dice: “Veo la necesidad del orden, de la responsabilidad en la relación, etcétera, pero los problemas humanos no se han resuelto”. Entonces la mente pregunta: “¿Hay una clase diferente de energía?” ¿Están siguiendo esto? *Esto* es meditación, no el sentarse quietamente, respirando de cierta manera, siguiendo un sistema, a un gurú... todo lo cual es una absurda insensatez. La meditación es descubrir si existe un área del cerebro donde puede haber una clase diferente de energía, un área donde no exista el tiempo y, por lo tanto, haya un espacio inmensurable. ¿Cómo descubrirá la mente si tal cosa existe?

Primero, es preciso dudar. La duda es un agente purificador, pero tiene que ser bien manejada. Uno no sólo debe dudar sino que debe tomar las riendas de la duda, de lo contrario dudará de todo, lo cual sería demasiado estúpido. De modo que la duda es necesaria, dudar de todo lo que uno experimenta, porque esa experiencia se basa en el experimentador. El experimentador *es* la experiencia, ¿comprenden? Por lo tanto, la búsqueda de más experiencias se vuelve absurda. La mente ha de estar muy clara a fin de no crear ilusiones; uno puede imaginar que posee la nueva clase de energía, que ha alcanzado el estado intemporal; por eso tiene que estar muy seguro de que no proyecta ilusiones. Ahora bien, la ilusión surge solamente cuando hay deseo de alcanzar algo, psicológicamente hablando. Cuando deseo alcanzar a Dios, cualquier cosa que pueda ser ese Dios que he creado desde mí mismo, hay una ilusión. Debo, pues, comprender muy claramente este deseo y el impulso y la energía que este deseo promueve. Por lo tanto, tiene que haber duda y ausencia de todo factor de ilusión. ¿Comprenden? Esto es muy serio, no es cosa de juego. Todas las religiones han creado ilusiones, porque las religiones son el producto de nuestros deseos, explotados por los sacerdotes.

Para dar, pues, con esa energía, si es que existe tal energía, si es que existe tal estado inmensurable, el pensamiento tiene que aquietarse por completo y sin control alguno. ¿Es eso posible? Nuestro pensamiento está parloteando incesantemente, está siempre en acción: "Quiero averiguar si existe ese estado; muy bien, dudaré, no tendré ilusiones, viviré una vida ordenada porque ese otro estado puede ser maravilloso, de modo que debo tenerlo". Está parloteando sin cesar. ¿Puede ese parloteo llegar a su fin sin ningún control, sin ninguna represión, porque cualquier forma de represión o control distorsiona todo el movimiento del cerebro? Tiene que cesar toda distorsión, de lo contrario el cerebro termina por caer en una neurótica ilusión de seguridad.

A menos que la mente esté completamente quieta, no puede penetrar en ningún otro campo; ella introducirá su propio movimiento en lo otro (*si* es que existe "lo otro", porque estoy dudando de "lo otro" todo el tiempo debido a que no quiero quedar atrapado en ninguna ilusión, lo cual es muy fácil, muy barato y vulgar). Estoy planteando este problema para que lo resuelvan ustedes, para que ejerciten su capacidad, su cerebro, a fin de descubrir si nuestra mente puede estar absolutamente quieta, lo cual implica la cesación del tiempo, la cesación del pensamiento sin ninguna clase de esfuerzo, de control o represión. ¿Está quieta alguna vez la mente de ustedes? No soñando despierta, no en blanco, sino quieta, atenta, perceptiva. ¿Han experimentado eso ocasionalmente? Para ver cualquier cosa, para escuchar algo, la mente tiene que estar quieta, ¿no es así? El interés mismo que ustedes tienen en lo que se está diciendo, genera esta quietud de la mente que quiere escuchar. Estoy interesado en lo que se habla porque ello afecta mi vida, mi manera de vivir, y yo quiero prestar atención completa, no sólo a las palabras, al movimiento semántico del pensar, sino a lo que está detrás. Quiero descubrir exactamente lo que se dice, no interpretarlo, no traducirlo conforme a mi placer o a mi vanidad. Así, en la intensidad misma de mi escuchar lo que se está diciendo, debo tener una mente quieta. No sé si ustedes ven esto. No he obligado a mi mente a estar quieta; la atención misma del escuchar es la quietud. La atención misma que pongo en descubrir si la mente puede estar completamente quieta, es la quietud. Y este silencio de la mente es esencial; un silencio que no es producto del adiestramiento, porque en ese caso el silencio es ruido, carece de significación. Por lo tanto, la meditación no es una actividad controlada o dirigida; es una actividad de "no pensamiento".

Entonces descubrirán ustedes por sí mismos si existe o no existe algo innominable, algo que no está dentro del campo del tiempo. Sin descubrir eso, sin dar con eso, sin ver la verdad de ello o su falsedad, la vida se vuelve una cosa superficial y vacía.

Podemos tener un orden perfecto dentro de nosotros mismos, podemos estar libres de conflicto porque nos hemos vuelto muy alertas, muy observadores, pero todo esto llega a ser algo completamente superficial sin lo otro.

De modo que la meditación, la contemplación (no en el sentido cristiano o en el asiático), significa que el pensamiento opera únicamente en el campo de lo conocido y que se da cuenta por sí mismo de que no puede penetrar en ningún otro campo. Por lo tanto, la terminación del pensamiento implica la terminación del tiempo.

Del *Boletín* 25 (KF), primavera de 1975

## *Tiempo, acción y temor*

SAANEN, SUIZA, 20 DE JULIO DE 1975

Estamos considerando juntos un asunto muy serio, que es: ¿Puede haber libertad, libertad total, con respecto a los temores psicológicos? Para investigar eso muy profundamente, uno tiene que comprender no sólo qué es el tiempo, sino qué es la acción, porque la acción engendra temor, el cual se halla almacenado como memoria, y esa memoria limita, controla y moldea la acción. De modo que si quieren librarse del temor, tienen que comprender que el temor es tiempo. Si no hubiera tiempo, no sentirían ustedes temor. Me pregunto si ven eso. Si no hubiera un mañana, solamente el hoy, el temor, como un movimiento del pensar, llegaría a su fin.

Existen tanto el tiempo cronológico como el psicológico. En esa área vivimos. En esa área del movimiento del pensar, que es tiempo, hay acción, uno actúa como cristiano, o comunista, o socialista o budista o hindú o lo que fuere, siempre dentro del movimiento del pensar como tiempo y medida. Esto está claro, creo, así que ahora podemos entrar a descubrir cuál es el origen del miedo.

Puede que, sentados aquí, ahora no tengamos miedo de nada. Pero, obviamente, en nuestra conciencia hay miedo. En el inconsciente, o en el consciente, se encuentra esta terrible cosa llamada ansiedad, pena, angustia, sufrimiento y miedo. Podemos estar psicológicamente atemorizados del mañana, de lo que podría ocurrir o de lo que podríamos no llegar a obtener. Esa relación que nos ha proporcionado un gran placer, un gran consuelo, ¿continuará, será permanente? ¿O habrá un cambio?, lo cual atemoriza a la mente, porque la mente, el cerebro, necesita estabilidad, necesita seguridad para poder funcionar. Por favor sigan esto. El cerebro creará cualquier conclusión que le dé seguridad. Puede ser una conclusión racional o irracional, una creencia tonta o una observación inteligente. El cerebro se aferrará a estas conclusiones porque actúan brindándole una completa sensación de seguridad.

Hay, pues, temores tanto conscientes como inconscientes, temores que están ocultos en los escondrijos de la propia mente y que jamás han sido explorados y descubiertos. El miedo, como el dolor, es una nube oscura que distorsiona cualquier acción. Engendra desesperación, cinismo o esperanza, todas manifestaciones irracionales. Y el miedo es el movimiento del pensar, que es tiempo y, por lo tanto, es real, no es algo imaginario.

Nuestro problema, entonces, es cómo una mente, nuestra mente, ha de sacar a la luz este miedo que se halla tan profundamente oculto. ¿Hay alguna manera de sacarlo a la luz? ¿O está siempre ahí, mostrando ocasionalmente su cabeza cuando tiene lugar una crisis o algún incidente, cuando se nos presenta un reto? ¿O puede hacerse que este miedo se manifieste en su totalidad? Hemos dicho que el análisis es un proceso de fragmentación. Cuando la mente se da cuenta de que tiene que haber una libertad total con respecto al miedo, ¿qué es lo que ha de hacer un ser humano? ¿Esperaremos una insinuación, indicios del inconsciente a través de los sueños, nos tomaremos tiempo analizándonos? Si descartamos todo eso, no en teoría sino que de hecho lo descartamos porque no tiene sentido, entonces, ¿qué es la totalidad, la estructura completa del miedo? Si la mente puede mirar y comprender la totalidad del miedo, entonces el inconsciente tiene muy poca importancia, entonces lo mayor arrastra con su fuerza a lo menor. ¿Acaso no lo ven? Aguarden un momento.

Por favor, sigan esto. El pensamiento ha creado el micrófono, pero el micrófono es independiente del pensamiento que lo ha creado, ¿no es así? La montaña no ha sido creada por el pensamiento, es independiente del pensamiento. El miedo es producido por el pensamiento. ¿Es ese pensamiento independiente del miedo? ¿Es el miedo independiente del pensamiento, aunque el miedo hubiera creado el pensamiento? Si es independiente del pensamiento, como la montaña, entonces ese miedo no fabricado por el pensamiento seguirá viviendo. Si está fabricado por el pensamiento, como el micrófono, entonces existe una percepción de todo el miedo como movimiento del pensar. ¿Esto les comunica algo?

¿Cómo percibimos la totalidad de algo? La totalidad del miedo, no los fragmentos del miedo divididos en diferentes formas, no el miedo consciente y el inconsciente, sino la totalidad del miedo. ¿Cómo percibo mi totalidad, ese "mi" construido por el pensamiento, aislado por el pensamiento, fragmentado por el pensamiento, que en sí mismo está fragmentado, de tal modo que crea el "mi", el "yo", y piensa que el "yo" es independiente del pensamiento? El "yo" piensa que es independiente del pensamiento, pero el pensamiento ha creado el "yo", el "yo" con todas sus ansiedades, sus temores, vanidades, angustias, placeres, esperanzas. Ese "yo" creado por el pensamiento piensa que tiene vida propia, como el micrófono que, creado por el pensamiento, es, no obstante, independiente del pensamiento. La montaña no ha sido creada por el pensamiento y, sin embargo, es independiente. El "yo" creado por el pensamiento dice: "¡Yo soy independiente del pensamiento!". ¿Está claro ahora?

Entonces, ¿cómo ve uno la totalidad del miedo? Para ver algo totalmente o escuchar algo completamente, tiene que haber libertad, tenemos que estar libres de prejuicios, libres de nuestras conclusiones, de nuestro deseo de liberarnos del temor; libres de la racionalización del miedo, libres del deseo de controlarlo. ¿Puede la mente liberarse de todo eso? De lo contrario, no puede ver lo total. ¿Puede uno mirar todos los temores que

tiene (escuchen, por favor), puede mirarlos sin ningún movimiento del pensar, que es tiempo, que es la causa del miedo? ¿Comprenden? Tengo miedo de no llegar a ser "alguien", porque he sido educado, condicionado por la sociedad que dice que debo ser "alguien", como artista, ingeniero, médico, político, lo que fuere, pero tengo que ser "alguien". Y ahí germina una de las semillas del miedo. Luego está el miedo del pensamiento a la inseguridad, y el pensamiento jamás puede estar seguro, porque en sí mismo es un fragmento. Jamás puede ver lo total porque, siendo un fragmento, sólo puede observar fragmentariamente. Uno puede describir las múltiples formas del miedo, cada una de ellas insoluble porque están fragmentadas por el pensamiento. De modo que nos preguntamos: ¿Cuál es la raíz del miedo? ¿Puedo ver no sólo todo el árbol del miedo sino también la raíz del miedo?

¿Cuál piensan ustedes que es la raíz del miedo, tanto del consciente como del inconsciente? Si se los reta, ¿cómo responden? Estamos retándolos. ¿Cómo responden ustedes? ¿Alcanzan a ver, a percibir cuál es la causa total de esta cosa llamada miedo o esperan que alguien se los diga para que después lo acepten? Y entonces dicen: "Sí, lo veo", lo cual implica que de hecho no lo ven. Lo que ven es la descripción. ¿Es el tiempo la raíz del miedo, siendo la raíz del tiempo el movimiento del pensar? El origen del miedo, ¿es la incertidumbre y, por lo tanto, la inestabilidad, la inseguridad psicológica que afectará la acción física y, en consecuencia, afectará a la sociedad? Si psicológicamente hay completa seguridad, no hay miedo. No sé si ven esto.

¿Dónde, pues, encontrará la mente una completa seguridad, absoluta, no relativa? El pensamiento quiere estar seguro. El cerebro exige seguridad completa, porque sólo así puede funcionar racionalmente. Por eso ha buscado seguridad en el conocimiento, en la ciencia, en la relación, en la Iglesia, en las conclusiones, y no la ha encontrado en ninguna de esas cosas. ¿Dónde encontrarla, entonces? ¿Está fuera de allí? ¿En alguna otra parte? Estamos aprendiendo juntos lo inútil que es la seguridad proyectada por el pensamiento, cualquier clase de seguridad. Yo quiero aprender dónde encontrar la seguridad absoluta; si uno tiene esa seguridad, se terminó todo el problema del miedo, del miedo total, tanto el fisiológico como el psicológico.

Nuestras mentes están activas, persiguiendo un pensamiento tras otro. En su movimiento del pensar, nuestras mentes tienen resquicios entre los pensamientos, un intervalo, un intervalo de tiempo. Y el pensamiento está siempre tratando de encontrar un medio donde pueda morar, morar en el sentido de permanecer. Lo que el pensamiento crea, por ser fragmentario, es la total inseguridad. No sé si lo ven. Por lo tanto, la seguridad completa radica en ser completamente nada (*nothing*), lo cual quiere decir ninguna cosa (*not a thing*) creada por el pensamiento. Ser *absolutamente nada* implica una total contradicción con todo lo que ustedes han aprendido, con todo lo que ha producido el pensamiento. Implica ser *ninguna cosa*. Si uno es nada, tiene seguridad completa. Es sólo en el devenir, en el desear, en el anhelar, en el perseguir algo que hay inseguridad.

Viendo, pues, la naturaleza del tiempo, que es el movimiento del pensar, aparte del tiempo cronológico, viendo toda la naturaleza del miedo como movimiento del pensar -como lo son la realización de una idea o el vivir en el pasado, en el romántico, tonto, sentimental pasado, o vivir en el conocimiento, que también es fragmentario-, viendo todo eso, vemos que la acción es siempre fragmentaria, que jamás es completa. Acción significa actuar *ahora*, y eso sólo puede ocurrir cuando hay completa seguridad. (La seguridad que ha creado el pensamiento no es seguridad). Esa es una verdad absoluta. Y la verdad absoluta existe cuando lo que hay es nada, cuando uno es nada. ¿Saben lo que significa ser nada? Nada de ambición -lo cual no implica que uno vegete- ni competencia ni agresión ni resistencia ni barreras erigidas por las lesiones psicológicas. Uno es absolutamente nada. ¿Qué ocurre, entonces, con nuestras relaciones psicológicas cuando somos nada? ¿Comprenden? ¿Qué es, entonces, estar relacionado con otro? ¿Han pensado alguna vez en todo esto o es todo trágicamente nuevo para ustedes?

Nuestra relación nunca es estable y, por lo tanto, es una batalla perpetua, una perpetua división, cada uno aislado en pos de sus propias búsquedas, de sus propios placeres. Esa relación, siendo insegura, debe inevitablemente traer división y, por ende, conflicto, ¿de acuerdo? Cuando en esa relación hay completa seguridad, no hay conflicto. Pero pongamos por caso que usted es completamente nada y yo no. Si usted es nada psicológicamente, internamente, si está completamente seguro porque nada hay, pero yo sigo estando inseguro, peleando, riñendo, si sigo confundido, ¿qué ocurre? ¿Qué relación hay entre usted y yo? La suya no es una certidumbre creada por el pensamiento, no es la certidumbre del hombre que dice "yo creo en eso" y establece su relación en una creencia, un condicionamiento que engendra temor y, en consecuencia, división. Y eso está ocurriendo todo el tiempo, ¿entiende? Aquí es enteramente distinto. Usted ha percibido, ha comprendido, ha visto la verdad de que en esta nada hay seguridad completa. Y yo no lo he visto. ¿Qué ocurre entre usted y yo? Usted tiene afecto, amor, compasión nacida de esta tremenda, inconmovible estabilidad, y

yo, que soy su amigo, su esposa, su marido, no la tengo. ¿Qué ocurre? ¿Qué hará usted conmigo? ¿Lisonjearme, hablarme, consolarme, decirme lo estúpido que soy? ¿Qué hará?

Ahora, mirémoslo de un modo distinto. Hay unos mil quinientos de nosotros en esta carpa, y algunos de ustedes, al menos así lo espero, han escuchado muy cuidadosamente, han puesto en ello atención, solicitud, afecto, y comprenden que son el mundo, tal como el mundo es cada uno de ustedes, lo comprenden no verbalmente, sino que profundamente ven la verdad de ello. Comprenden eso y ven la inmensa e inminente responsabilidad de cambiar radicalmente, la ven porque han escuchado, porque no han argumentado, no han sostenido opiniones; ven la verdad de ello. Y cuando existe esa transformación fundamental, ¿cuál es, entonces, la relación que tienen con el mundo? Es la misma pregunta, ¿entienden? ¿Qué es lo que hacen? ¿Esperan que suceda algo? Si esperan que suceda algo, nada sucederá.

Pero si ven la verdad de que cada uno de ustedes es el mundo y el mundo es cada uno de ustedes, y ven la importancia extraordinaria de una transformación básica en sí mismos, entonces afectan a toda la conciencia del mundo, es inevitable. Y si usted está completa, totalmente seguro -en el sentido que estamos hablando-, ¿no me afectará a mí, que estoy inseguro, desesperado, aferrándome, apegándome a esto y aquello? ¿No me afectará? Obviamente, lo hará. Pero lo importante es que usted, escuchando, vea la verdad de esto. Entonces esa verdad es suya, no es algo que le ha sido dado por alguna otra persona.

Del *Boletín* 26 (KF), 1975

## *¿Existe un sentido para la vida?*
BROCKWOOD PARK, 5 DE SETIEMBRE DE 1976

Creo que debemos considerar juntos algo que es de fundamental importancia, algo que debería preocupar a todos los seres humanos, porque concierne a nuestra vida, a nuestra actividad cotidiana: el modo en que gastamos nuestros días y años. ¿Qué hay al respecto? ¿Y para qué es todo eso? Nacemos y morimos, y durante esos años de pena y dolor, alegría y placer, están la perpetua lucha y el esfuerzo, el ir a la oficina o a la fábrica por cuarenta o cincuenta años tratando de trepar por la escalera del éxito, acumulando dinero, placeres, experiencias, conocimientos... y al final, la muerte. Algunos científicos dicen que el hombre progresa a través del conocimiento. ¿Es así? Tenemos una infinita cantidad de conocimientos acerca de muchas cosas, conocimientos biológicos, arqueológicos, históricos, etcétera, pero aparentemente el conocimiento no ha cambiado radical y profundamente al hombre; prosiguen el mismo conflicto, la misma lucha, la pena, el placer, la perpetua batalla por la existencia.

Viendo que eso continúa en todos los países y en todos los climas, ¿cuál es nuestra respuesta? Es muy cómodo responder con una explicación emocional, romántica, neurótica, o con una explicación intelectual, racional. Pero si descartan todas estas explicaciones porque son, evidentemente, más bien superficiales, por intelectuales que sean, creo que es muy importante preguntar, descubrir y responder por nosotros mismos, sin depender de algún sacerdote, de algún gurú o de algún concepto filosófico, sin afirmar nada, sin creer en nada, sin tener ideal alguno, sino simplemente observarlo todo muy profundamente. De lo contrario, llevaremos una vida muy mecánica. Nuestros cerebros se han habituado a un estilo mecánico de vida; una parte de este cerebro tiene que ser necesariamente mecánica para poder adquirir conocimientos y utilizarlos con destreza en todos los órdenes de la vida, en toda acción externa, tecnológica. Pero este conocimiento que hemos adquirido (y que podemos seguir acumulando más y más), no responde a la pregunta fundamental: ¿Cuál es el significado profundo de nuestra vida?

Uno ve que la humanidad tiene que estar unida, porque ése es el único modo en que la raza humana podrá sobrevivir física, biológicamente. Los políticos no van a resolver ese problema, ¡nunca! Por el contrario, mantendrán las divisiones, son muy lucrativas. Toda la humanidad tiene que estar unida, es esencial para su existencia, pero eso no puede lograrse mediante la legislación, mediante dogmas burocráticos, códigos y esas cosas. Cuando uno observa, pues, todo esto, cuando lo observa como un ser humano que vive en el caos de un mundo que casi ha enloquecido -la venta de armamentos para beneficiarse con ella, la matanza de gente en nombre de ideas, países, en el nombre de Dios, etcétera-, ¿qué es lo que ha de hacer? ¿Y para qué es todo eso?

Las religiones han tratado de brindarnos el significado de la vida -es decir, las religiones organizadas con su propaganda y sus rituales-. Pero, a pesar de dos mil o diez mil años, el hombre ha afirmado meramente ciertos principios, ciertos ideales, ciertas conclusiones, todo ello verbal, superficial, carente de realidad. Pienso, pues, que se torna muy importante descubrir un significado por nosotros mismos, si es que somos del todo serios -y uno tiene que ser serio, de lo contrario no vive en absoluto verdaderamente, lo cual no implica

que uno jamás ría o sonría-, serios en el sentido de un compromiso cabal con toda la cuestión del vivir. Por lo tanto, al preguntarnos cuál es el significado de la vida, nos enfrentamos al hecho de que nuestro cerebro está preso en una rutina, preso en el hábito, en la tradición, en el condicionamiento de nuestra educación, y así, cultivando sólo el conocimiento, la información, se vuelve cada vez más mecánico.

Si vamos a investigar esto muy profundamente, tiene que haber mucha duda. La duda, el escepticismo, son esenciales, porque generan cierta condición de libertad de la mente al negar todo lo que el hombre ha producido, sus religiones, sus rituales, sus dogmas y creencias, que son todos movimientos del pensar. El pensamiento es un proceso material, como lo aceptan incluso los científicos. Pero el pensamiento no ha resuelto nuestros problemas, no ha sido capaz de ahondar profundamente en sí mismo; siendo él mismo un fragmento, ha dividido meramente toda la existencia en fragmentos. Está, pues, esta cualidad mecánica del cerebro, que es imprescindible en ciertas áreas, pero internamente, en la estructura psicológica de la mente humana, no hay libertad. La mente está condicionada, amarrada por creencias, por los así llamados ideales, por la fe. De modo que cuando uno duda de todo eso, cuando lo descarta -no teóricamente sino de hecho, con minuciosidad-, ¿qué es lo que queda, entonces? Tenemos miedo de hacer eso porque nos decimos: “Si niego todo lo que ha producido el pensamiento, ¿qué me queda?” Cuando uno comprende la naturaleza del pensamiento, que es un proceso mecánico del tiempo, que es medida, la respuesta de la memoria, un proceso que trae más y más sufrimiento, angustia, ansiedad y miedo a la humanidad, cuando uno comprende todo eso y va más allá y lo niega, ¿qué es, entonces, lo que hay?

Para descubrir lo que hay, tenemos que empezar con libertad, porque la libertad es el primero y último paso. Sin libertad -no la libertad para optar- el hombre es meramente una máquina. Pensamos que a través de la opción somos libres, pero la opción existe sólo cuando la mente está confusa. Cuando está clara, no hay opción. Cuando vemos las cosas muy claramente, sin distorsión alguna, sin ninguna clase de ilusiones, entonces no hay opción posible. Una mente que no opta es una mente libre, pero una mente que opta y, por lo tanto, establece una serie de conflictos y contradicciones, jamás es libre, porque en sí misma está confusa, dividida, fragmentada.

Para explorar, pues, en cualquier campo, tiene que haber libertad, libertad a fin de examinar de tal modo que, en el examen mismo, no haya distorsión alguna. Cuando hay distorsión, detrás de esa distorsión existe un motivo, un motivo para hallar una respuesta, un motivo para lograr un deseo, una solución a nuestros problemas, un motivo que puede tener su base en la experiencia pasada, en el conocimiento pasado -y todo conocimiento es el pasado-. Dondequiera que haya un motivo tiene que haber distorsión. ¿Puede, entonces, nuestra mente estar libre de distorsión? Y examinar nuestra mente es examinar la mente común a toda la humanidad, porque el contenido de nuestra conciencia es el mismo que el de todos los seres humanos que, dondequiera que vivan, pasan por el mismo proceso de miedo, angustia, tortura, ansiedad y conflicto incesante, interna y externamente. Ésa es la conciencia común de la humanidad.

Cuando examinamos, pues, nuestra propia conciencia, estamos investigando la conciencia del hombre; por lo tanto, no es un examen personal, individualista. Por el contrario, estamos investigando la conciencia del mundo, que es cada uno de nosotros. Y esto es un hecho cuando uno lo examina muy profundamente. Tener una mente libre plantea una exigencia tremenda; exige que uno, como ser humano, esté completamente comprometido con la transformación del contenido de la conciencia, porque el contenido constituye la conciencia. Y a nosotros nos interesa la transformación, la total transformación psicológica de esta conciencia. Para explorar esto se requiere una gran energía, una energía que aparece cuando no hay disipación energética. Uno disipa energías tratando de superar “lo que es”, de rechazar “lo que es” o escapar de ello, o de analizar “lo que es” (porque el analizador es lo analizado, el analizador no es diferente de aquello que él analiza). Como dijimos durante muchas de estas pláticas y por muchos años, ésa es una realidad fundamental.

Nos estamos preguntando cuáles son el sentido y la significación de la vida y si tiene algún sentido en absoluto. Si ustedes dicen que lo tiene, ya se han comprometido con algo y, por lo tanto, no pueden examinar porque ya han comenzado con una distorsión. De igual modo, si dicen que la vida no tiene sentido, ésa es otra forma de distorsión. En consecuencia, uno tiene que estar libre de ambas afirmaciones, la positiva y la negativa. Y éste es el verdadero principio de la meditación. Los gurús, que brotan como hongos y desde la India se abalanzan sobre todo el mundo, han suministrado una gran cantidad de significados para esa palabra meditación. Está la meditación trascendental -y yo desearía que no hubieran usado esa hermosa palabra-, que consiste en repetir determinadas palabras (¡entregadas por cierto precio!) tres veces al día durante veinte minutos. La repetición constante de cualquier clase de palabras nos da, ciertamente, una cualidad de quietud, porque hemos sometido al cerebro a una calma mecánica. Pero eso no es más trascendental que cualquier otra cosa. Y pensamos que por medio de esto experimentaremos algo que está más allá del proceso material del pensamiento.

El hombre busca experimentar otra cosa que la corriente experiencia cotidiana. Estamos aburridos o hartos de todas las experiencias que hemos tenido de la vida y esperamos capturar alguna experiencia que no sea producto del pensamiento. La palabra “experiencia” significa “pasar por”, llevar a cabo algo y terminarlo, no recordarlo y continuar con ello. Pero nosotros no hacemos eso. Para reconocer una experiencia ya tenemos que haberla conocido, no es algo nuevo. De manera que una mente que reclama experiencias distintas de la mera experiencia física o psicológica, algo que sea mucho más grande y esté por encima de todo esto, experimentará su propia proyección y, por consiguiente, seguirá siendo materialista, mecánica, un producto del pensamiento. Cuando uno ya no reclama ninguna experiencia, cuando ha comprendido todo el significado del deseo, el cual, como lo hemos investigado muchas veces, es sensación más pensamiento y su imagen, entonces no hay distorsión ni ilusiones. Sólo entonces la mente, la estructura total de la conciencia, estando libre, puede ser capaz de mirarse a sí misma sin ningún movimiento que distorsione, sin esfuerzo. La distorsión ocurre cuando hay esfuerzo, ¿correcto? El esfuerzo implica un “yo” y algo que ese “yo” va a alcanzar, una división entre el yo y eso. La división engendra, invariablemente, conflicto. La meditación surge solamente cuando hay una completa terminación del conflicto. Por lo tanto, donde hay esfuerzo, práctica, control, ninguna forma de meditación tiene sentido. Por favor, no acepten lo que dice quien les habla. Estamos examinando juntos; por lo tanto, es importante que no acepten lo que se dice sino que lo examinen por sí mismos.

Debemos, pues, investigar el problema del control. Desde la infancia se nos educa para controlar -todo el proceso de controlar nuestros pensamientos-. En el control están el controlador y lo controlado, el controlador que piensa que es diferente de aquello que desea controlar. De ese modo, se ha dividido a sí mismo y, en consecuencia, siempre hay conflicto. O sea, que un fragmento del pensar se dice a sí mismo: “Debo controlar otros fragmentos del pensar”, pero el pensamiento que dice eso es él mismo una parte del pensar. El controlador es lo controlado, el experimentador es lo experimentado, no son dos entidades o movimientos diferentes. El pensador es el pensamiento; no hay pensador si no hay pensamiento. Esto es muy importante, porque cuando se ha comprendido completamente, a fondo, no de manera verbal o teórica sino factual, entonces el conflicto llega a su fin. Cuando uno comprende esto profundamente como la verdad, como una ley, entonces se termina todo esfuerzo, y la meditación puede surgir sólo cuando no hay esfuerzo de ninguna clase.

Es necesario meditar para descubrir si la vida tiene algún significado. Y la meditación consiste también en echar los cimientos de una conducta recta, recta en el sentido de precisa, no conforme a un ideal, no según un patrón o alguna fórmula, sino una acción que tiene lugar cuando hay observación completa de aquello que ocurre dentro de uno mismo. Y, a través de la meditación, tenemos que establecer una relación correcta entre los seres humanos, lo cual implica una relación exenta de conflicto. El conflicto existe cuando hay una división entre las dos imágenes, cosa que ya hemos discutido muchísimo: la imagen que uno tiene del otro y la que el otro tiene de uno. Y en la meditación no tiene que haber ninguna clase de temor psicológico y, por lo tanto, ello significa la terminación del dolor; y tiene que existir aquello de que hemos hablado anteriormente: compasión y amor. Ésa es la base, ésos son los cimientos de la meditación. Sin eso, pueden ustedes sentarse bajo un árbol con las piernas cruzadas por el resto de sus vidas, pueden respirar apropiadamente -ya conocen todos los trucos que uno juega-, pero ninguna de estas cosas va a ayudarlos.

Por lo tanto, cuando realmente, profundamente, han establecido un modo de vida que en sí mismo no es un fin sino sólo el principio, entonces podemos proceder a descubrir si la mente -que es la totalidad, el cerebro, la conciencia completa- está en calma sin ninguna distorsión. Es sólo cuando la mente está quieta, en silencio, que podemos oír correctamente. Hay distintas clases de silencio: el silencio entre dos ruidos, el silencio entre dos pensamientos, el silencio después de una larga batalla con uno mismo, el silencio entre dos guerras, al que ustedes llaman paz. Todos esos silencios son producto del ruido. Eso no es silencio. Existe un silencio que no es producido ni cultivado, de modo que no hay un “yo” que observe ese silencio; sólo hay silencio, quietud.

Comenzamos con la pregunta: ¿Hay algún significado en la vida o no hay ninguno en absoluto? En ese silencio uno realmente no formula tal pregunta; hemos preparado el campo de la mente que es capaz de descubrir. Sin embargo, tenemos que encontrar una respuesta. ¿Dónde encontrar una respuesta y quién va a responder? Yo, un ser humano, ¿voy a responder a ello? ¿O en ese silencio mismo está la respuesta? O sea, que cuando no hay distorsión a causa de un motivo, de un esfuerzo, de una demanda de experiencia, de una división entre el observador y lo observado, entre el pensador y el pensamiento, no hay desperdicio de energía. Entonces, en este silencio está esa energía mayor, y tiene que existir esa energía, esa vitalidad, esa fuerza, para ver más allá de las palabras. Porque la palabra no es la cosa, la descripción no es lo descrito. Ir a la luna, crear un instrumento de un millón de piezas, exige una energía tremenda y la cooperación de

trescientas mil personas para armarlo todo. Pero esa energía es por completo diferente de la energía que estamos considerando.

Vean, quien les habla es muy serio con respecto a todo esto. Él ha hablado sobre ello por cincuenta años o más, y como casi todas las mentes están presas en rutinas, profundas o superficiales, uno está vigilando constantemente para ver si el cerebro forma una rutina y, sintiéndose seguro ahí, permanece en ella, porque si uno permanece en una rutina, por hermosa, placentera o confortable que sea, la mente se torna mecánica, repetitiva, y así pierde su profundidad, su belleza. De modo que nos preguntamos: El silencio, ¿es mecánico, es un producto del pensamiento que dice: "Tiene que haber algo más allá de mí y para descubrir eso debo estar en silencio, debo controlarme, debo subyugarlo todo a fin de descubrir"? Eso sigue siendo el movimiento del pensar, ¿no es así? Por lo tanto, tenemos que entender la diferencia entre concentración, percepción consciente y atención.

La concentración implica enfocar nuestra energía en una dirección particular excluyendo todas las otras direcciones, erigir un muro contra todas las otras cosas, resistir. La percepción consciente es bastante simple si no la complicamos. Es ser consciente de todo lo que nos rodea, sólo observar. Después está la atención. La atención implica que no hay un centro desde el cual uno esté atendiendo. El centro es el "yo", y si uno está consciente de ese centro, entonces su atención es limitada. El centro existe cuando hay opción, y donde hay opción está siempre el "yo", "mi" experiencia, "mi" conocimiento, yo separado de los demás.

Ahora bien, de lo que estamos hablando es de la atención en la que no hay en absoluto un centro. Si ustedes atienden de esa manera ahora, mientras están sentados ala, verán que su atención es inmensa, no hay límites, de modo que toda la mente, todo en ustedes está completamente atento, sin opción y, por lo tanto, sin centro, sin un "yo" que diga: "Estoy atento". En esa atención hay silencio, un silencio que contiene la energía, que ya no se disipa. Es sólo una mente así la que puede encontrar la respuesta, la que puede descubrir algo que está más allá de todo este afán, de toda esta desdicha (infortunadamente, si yo lo escribo se vuelve irreal). Si uno entrega toda su energía, su tiempo, su capacidad a esto, no lleva más una vida superficial, carente de sentido. Y la totalidad de esto es meditación, del principio al fin.

Del *Boletín* 35 (KF), 1978

## *Una mente quieta*

SAANEN, SUIZA, 22 DE JULIO DE 1979

¿Han notado alguna vez que es muy raro que nuestras mentes estén muy quietas? En muy raras ocasiones tenemos una mente libre, sin problemas, o una mente que, teniendo problemas, los haya desechado aunque sea por un rato. ¿Han tenido alguna vez una mente que no se atropellara, que no se forzara a sí misma en busca de algo sino que estuviera absolutamente silenciosa, simplemente observando no sólo lo que ocurre en el mundo externo sino también lo que sucede en nuestra propia existencia interna con sus actividades y afanes? ¿O están ustedes siempre escudriñando, buscando, preguntando, analizando, exigiendo, tratando de realizarse, de seguir a alguien, algún ideal, o intentando establecer una buena relación con otro? ¿Por qué existe siempre este constante luchar, competir y buscar? Ustedes van a la India buscando algo extraordinario que suponen va a ocurrirles cuando lleguen allá, siguiendo a alguien que les dirá que dancen, canten o hagan cualquier cosa que se les ocurra. Están los que tratan de obligarlos a que mediten de un modo determinado, a que acepten la autoridad, a que cumplan con ciertos rituales, a que vociferen cuando les plazca, etcétera. ¿Por qué hacen ustedes todo esto? ¿Qué es lo que perpetuamente anhelan? ¿Qué es lo que están buscando?

¿Puede uno preguntarse, permaneciendo quietamente en su propia casa o paseando a solas, por qué existe este perpetuo anhelo? Hemos hablado del temor, del dolor y el placer; también hemos hablado de la inteligencia, del amor y la compasión. Señalamos que sin inteligencia no puede haber amor y compasión. Ambos marchan juntos. No la inteligencia de los libros ni la astuta maquinación del pensamiento ni la inteligencia de la mente muy ingeniosa y sutil, sino la inteligencia que percibe directamente lo que es falso, lo que es peligroso y, al percibirlo, lo abandona inmediatamente. Una mente así tiene la cualidad de la inteligencia.

Tal vez podríamos considerar juntos la naturaleza de la meditación y ver si hay algo en la vida -no sólo en las actividades y posesiones materiales, dinero, sexo, sensaciones, sino más allá de eso-, algo verdaderamente sagrado, no producido por el pensamiento. Descubrirlo realmente por nosotros mismos, quizás a través de la meditación. Estando libres de cualquier ilusión o engaño y pensando con absoluta honestidad, descubrir si existe algo sagrado.

La mayoría de las personas ha tenido variedad de experiencias, no sólo experiencias sensuales, sino incidentes que han dado origen a distintos movimientos emocionales, sensorios y románticos. Esas experiencias que uno ha tenido son más bien triviales; tal vez todas las experiencias son más bien triviales. Cuando uno empieza a inquirir qué es lo que todos estamos buscando, deseando, anhelando, ¿no surge, acaso, que es una mera experiencia superficial, sensoria, algo que el deseo busca y que, obviamente, tiene que ser bastante superficial? ¿Podemos nosotros, al considerar esto juntos, movernos desde la superficialidad hacia una investigación más amplia y profunda? O sea, descubrir si todos nuestros anhelos son meramente superficiales y sensorios, o si se trata de un anhelo, una búsqueda, una sed de algo que está mucho más allá de todo eso.

¿Cómo investigan ustedes esto? ¿Mediante el análisis? El análisis es aún el mismo movimiento del pensar, de la reflexión. El pensamiento se examina analíticamente a sí mismo, examina sus propias experiencias; su examen sigue siendo limitado porque el pensamiento mismo es limitado. Eso está claro. Pero ése es el único instrumento que tenemos, y continuamos usando el mismo instrumento sabiendo que es limitado, que no puede resolver el problema ni tiene la capacidad de investigar a mucha profundidad. Creo que nunca nos damos cuenta de que este instrumento, por agudo que sea, por mucho que lo hayamos utilizado, no puede resolver el problema. Al parecer, no somos capaces de descartarlo.

El pensamiento ha creado el mundo tecnológico. También ha producido todas las divisiones que hay en el mundo; no sólo las divisiones nacionales, sino las divisiones religiosas, ideológicas y toda forma de división entre dos personas, por mucho que puedan pensar que se aman la una a la otra. Ese pensamiento, siendo limitado en su actividad, siendo el producto del pasado, debe inevitablemente engendrar división y, por lo tanto, limitación. El pensamiento nunca puede ver lo total. Una actividad semejante, ¿es superficial? ¿O el pensamiento puede, con su limitación, investigar más profundamente?

¿Es la observación el instrumento del pensar? El observar, ¿incluye el proceso del pensamiento? Ustedes pueden observar y entonces concebir y crear a través de esa observación. Tal creación, surgida de ese observar, es el proceso del pensamiento. Uno ve un color: está la simple observación de ello; luego viene la reacción de agrado y desagrado, la reacción del prejuicio, etcétera, o sea, el movimiento del pensar. ¿Puede haber una observación sin ningún movimiento del pensar? ¿Requiere eso alguna clase de disciplina? La raíz etimológica de esa palabra “disciplina” quiere decir “aprender”. Aprender, no amoldarse, no imitar, no hacer que la mente se embote con la rutina. Ahora bien, ¿puede uno aprender la actividad de la observación sin que el pensamiento engendre imágenes a causa de esa observación y luego actúe de acuerdo con tales imágenes? ¿Puede uno meramente observar? Lo cual implica observar y estudiar el modo en que el movimiento del pensar interfiere con la observación, darse cuenta de ello, aprender al respecto. Ésa es la verdadera disciplina: el aprender.

Cuando hay observación, digamos, de nuestro anhelo o nuestra sed de algo, ¿puede uno mirar sin ningún motivo, sin el pasado, que es deseo, sin las conclusiones del pensamiento, todo lo cual interfiere con la verdadera observación? Generalmente, el propósito del aprender es acumular conocimientos y, a partir de eso, actuar con destreza o sin destreza, eso depende. Alternadamente, actuamos y después aprendemos, o sea que, a causa de la acción acumulamos conocimientos. Así, nuestras acciones se basan siempre en el pasado, o en el pasado que proyecta el futuro y actúa conforme a esa proyección.

Ahora estamos señalando algo por completo diferente del acumular conocimientos para luego actuar; algo por completo diferente de nuestras acciones, que son el producto del pasado o de la proyección del futuro y que, por lo tanto, son acciones basadas en el tiempo: el ayer encontrándose con el presente, que es hoy, modificándose y continuando. Nuestras acciones se basan normalmente en eso, de modo que son siempre acciones incompletas, es obvio. Una acción así contiene remordimientos, un sentido de frustración. Nunca es una acción completa.

Lo que ahora estamos indicando es algo totalmente distinto: una observación en la que no existen ni el pasado ni el futuro. Sólo existe el observar -como un buen científico observa por el microscopio-, simplemente observar lo que en realidad está ocurriendo. Cuando uno observa lo que realmente ocurre, la cosa observada experimenta una transformación. ¿Puede uno observar así el anhelo, la búsqueda, el instinto? ¿Tiene uno la intensidad de energía que se requiere para sencillamente observar, sin el movimiento del pasado?

Observar qué es lo que uno quiere de su vida, qué es lo que está buscando, anhelando (la mayoría de ustedes busca algo, de otro modo no estarían aquí). Leemos libros sobre filosofía, psicología o sobre las así llamadas religiones. En los libros religiosos siempre se recalca que existe algo más allá, algo más grande y profundo. Habiendo leído esas cosas uno podría decir: “Quizás exista, voy a ir tras ello”. Entonces uno es atrapado por los sacerdotes, por los gurús, por la última moda, etcétera. Y puede que uno crea haber

descubierto algo satisfactorio y diga: “Soy perfectamente feliz, no tengo que buscar nada más”. Pero ésa quizá sea una ilusión, y a la mayoría de las personas le gusta vivir de ilusiones. Y todas nuestras búsquedas y nuestras exigencias y nuestros anhelos no han producido una buena sociedad, una sociedad basada en la paz, una sociedad en la que no haya violencia.

El propósito de nuestra investigación en todo esto es producir una buena sociedad en la que nosotros, los seres humanos, podamos vivir dichosamente sin miedo, sin conflicto, sin toda esta lucha, esta competencia y brutalidad. La sociedad está constituida por la relación entre las personas; si nuestra relación no es correcta, precisa, verdadera, entonces creamos una sociedad que no es sana; y eso es lo que está sucediendo en el mundo.

¿Por qué están separados los seres humanos? Uno busca algo, otro está buscando algo por completo diferente; siempre está este movimiento centrado en el yo. La sociedad que hemos creado se basa en la ambición egoísta, en la realización propia y en la disciplina egocéntrica que dice: “Yo debo”, todo lo cual engendra violencia. También estamos investigando nuestra mente. Cuando empleamos la palabra “mente”, no queremos decir la mente “de ustedes” o “mi” mente, sino la mente. La mente de cada uno de ustedes es como la mente de miles y millones de personas: compite, lucha, reclama, sigue, acepta, obedece, idealiza, pertenece a alguna religión, sufre dolores, tormentos y ansiedad; así es la mente de cada uno de ustedes y así son las otras mentes. Puede que no vean ésto, porque la vanidad de ustedes, su sentido de la importancia individual, quizás impidan esta observación de lo real. Los seres humanos son psicológicamente similares, muy desdichados en todas partes del mundo. Pueden rezar, pero la plegaria no da respuesta a sus problemas; siguen siendo infelices, siguen compitiendo, siguen en su desesperación. Ésta es la mente común a todos. Y así, cuando investigamos, estamos investigando al ser humano, no meramente a ustedes o a mí -somos todos seres humanos.

¿Puede uno observar el mundo exterior con sus divisiones, sus terrores y peligros, sus criminalidades políticas, sin derivar de ello conclusión alguna? Si observamos lo que ocurre exteriormente y, del mismo modo, observamos lo que ocurre dentro de nosotros, entonces nuestras acciones no son las acciones “de ustedes” ni “mis” acciones, porque juntos hemos observado la misma cosa.

Pregúntense a sí mismos qué es lo que están buscando: ¿Es dinero, seguridad? ¿Es estar libres de temor a fin de poder disfrutar de placeres interminables? ¿Es librarse de la carga del dolor, no sólo de la propia carga sino de la carga mundial del dolor? ¿O están buscando algo intemporal, algo que el pensamiento jamás ha tocado, algo esencialmente original, absolutamente incorruptible? Descubran por sí mismos, como seres humanos iguales a los demás seres humanos en el mundo, qué es lo que buscan, qué es lo que anhelan.

¿Buscan alguna nueva clase de experiencia porque han tenido experiencias de diversos tipos y han dicho: “Es suficiente, ya he tenido todo eso pero deseo alguna otra clase de experiencia”, algo más grande, alguna experiencia que les proporcionará un gran deleite, una gran comprensión, una iluminación, una transformación? ¿Cómo lo descubrirán? Para descubrirlo tienen que estar libres de todas las ilusiones. Y eso implica completa honestidad a fin de que la mente no se engañe a sí misma. Para que no se engañen a sí mismos tienen que comprender toda la naturaleza del deseo. Porque es el deseo el que crea la ilusión; a causa del deseo quiere uno realizarse, espera siempre algo más. A menos que comprendan la total naturaleza y estructura del deseo, es inevitable que la mente engendre ilusiones. ¿Puede nuestra mente, habiendo comprendido la actividad del deseo, conocer su valor relativo y, por lo tanto, hallarse libre para observar? Ello implica observar sin ninguna clase de ilusión. ¿Tienen ustedes conciencia de las ilusiones? Cuando la mente está libre de ilusiones carece en absoluto de hipocresía, es clara y honesta; entonces pueden dar comienzo a la investigación, pueden investigar si hay una existencia intemporal, una verdad intemporal. Aquí es donde nace la meditación.

Probablemente han jugado ustedes con la meditación: la meditación trascendental, la meditación tibetana, la meditación hindú, la meditación budista, la meditación zen... tal vez seriamente, tal vez con ligereza. Hasta donde puede uno entenderlo, todo el concepto de estas meditaciones es que el pensamiento debe ser controlado, que deben ustedes tener una disciplina, que deben someter sus propios sentimientos a algo diferente de “lo que es” ejerciendo para ello el control, una constante vigilancia.

Ahora bien, si quieren descubrir qué es la meditación y no aceptar meramente lo que alguien dice al respecto, entonces ciertas cosas obvias son necesarias. No tiene que haber autoridad, porque en tal caso ustedes dependen, se esfuerzan, imitan y se amoldan. Uno tiene que comprender, entonces, la naturaleza del control y quién es el controlador. Desde la infancia se nos ejercita, se nos educa para que nos controlemos o nos reprimamos. O, yendo al otro extremo, que es lo que hoy está sucediendo, ¡hacer lo que nos plazca o se nos antojo! ¿Existe una manera de vivir sin ejercer ninguna forma de control? Lo que no significa hacer lo que

a uno le dé la gana, complacerse en la permisividad y esas cosas. ¿Hay un modo de vivir en el que no exista ni el más leve vestigio de control? Para descubrir eso, tiene uno que preguntarse: ¿Quién es el que controla?

¿Quién es el controlador que dice: "Debo controlar mis sentimientos", o "Debo permitir que mis sentimientos fluyan por su cuenta"? Están el controlador y la cosa que debe ser controlada, de modo que hay una división. ¿Quién es este controlador? ¿Acaso no sigue siendo el movimiento del pensar? El pensamiento ha dicho: "He experimentado esto, me propongo hacer esto otro", lo cual es el pasado; de modo que el pasado es el controlador. Lo que está sucediendo ahora tiene que ser controlado por el controlador, que es el pasado.

No hablo para mi propio beneficio. Aunque he estado hablando durante cincuenta y dos años, no me interesa hablar. Lo que me interesa es averiguar si también ustedes pueden descubrir la misma cosa, a fin de que la vida que viven sea por completo diferente, que se transforme de modo que no haya en ella problemas ni complejidades ni ansiedad ni competencia. Quien les habla lo hace por esa razón, no para su propia gratificación ni para su propio disfrute ni para su propia realización.

De manera que el controlador es el resultado del pensamiento, el cual se basa en el conocimiento, que es el pasado. El pensamiento dice: "Debo controlar lo que está sucediendo ahora", o sea, lo real. Siendo lo real, por ejemplo, la envidia o los celos, que todos ustedes conocen. El pensamiento dice: "Tengo que controlar eso, tengo que analizarlo, tengo que reprimirlo", o bien dice: "Tengo que satisfacerlo". Hay, pues, una división creada por el pensamiento. En esto hay engaño, engaño en la idea de que el controlador es diferente de aquello que ha de ser controlado. Si ustedes comprenden realmente esto, si lo investigan muy seriamente por sí mismos, verán que el controlador es innecesario; sólo la observación es necesaria. Cuando observan, no existen ni el controlador ni lo controlado, sólo existe el observar. Observen su envidia, por ejemplo, obsérvenla sin nombrarla, sin rechazarla ni aceptarla; sólo vean la sensación, la reacción que surge, la cual ha sido llamada "envidia", y mírenla sin la palabra. Porque la palabra representa el pasado. Cuando usan la palabra "envidia", eso fortalece el pasado.

Hay una posibilidad de vivir sin ningún sentido de control. Esto que afirmo no es una teoría sino una realidad. Quien les habla dice lo que ha hecho, no inventa. Existe una vida en la que no hay sentido alguno de control y, por ende, no hay sentido de conflicto ni de división. Eso puede surgir únicamente cuando sólo hay observación pura. Háganlo y lo verán. Pónganlo a prueba. Cuando no hay conflicto de ninguna clase, ¿qué es lo que ocurre en la mente? El conflicto implica movimiento, el movimiento es tiempo: tiempo de aquí hacia allá, tanto física como psicológicamente, el movimiento de un centro a otro centro o el movimiento de una periferia a otra. Existe este constante movimiento en nuestras vidas. Entonces, si observan con mucha atención este movimiento, ¿qué ocurre en la mente?

Ustedes han comprendido la naturaleza del pensamiento, han visto lo limitado que es el conocimiento almacenado como memoria en el cerebro, memoria que, al actuar, opera como pensamiento. Han comprendido cómo el conocimiento siempre forma parte de la ignorancia. ¿Qué es lo que ocurre, entonces, en la mente? La mente, como lo hemos investigado, no es sólo la facultad de pensar con claridad, de manera objetiva e impersonal; es también ver que la mente posee la capacidad de actuar no a partir del pensamiento, sino desde la observación pura. Para observar lo que verdaderamente ocurre, uno debe mirar sin que la respuesta del pasado moldee su mirar. A causa de esa observación pura, hay acción. Esa acción es inteligencia. Y es también esa cosa extraordinaria llamada amor, compasión.

La mente tiene, pues, esta cualidad de inteligencia, y esa inteligencia va acompañada, naturalmente, de la compasión, del amor. El amor es otra cosa que la mera sensación, no tiene relación alguna con nuestras demandas internas, con nuestras satisfacciones y todas esas cosas. De modo que ahora la mente tiene esta calidad, esta estabilidad. Es inamovible como una roca en medio de una corriente, en medio de un río. Y lo que es estable, es silencioso. Tenemos que ser absolutamente claros a este respecto. Esa claridad es estabilidad; esa claridad puede luego examinar cualquier problema. Sin esta claridad la mente es confusa, contradictoria, fragmentaria; es inestable, neurótica, está siempre buscando, compitiendo, esforzándose. Llegamos, pues, a un punto en que la mente es por completo clara y, por lo tanto, totalmente inamovible. Inamovible no en el sentido de una montaña, sino en el sentido de que está por completo exenta de problemas; por lo tanto, es extraordinariamente estable y, no obstante, es dúctil.

Ahora bien, una mente así es una mente quieta. Y ustedes necesitan tener una mente que sea absolutamente silenciosa (absolutamente, no relativamente). Existe ese silencio de cuando paseamos una tarde por el bosque; todos los pájaros están callados, el viento y el murmullo de las hojas han cesado, hay un gran silencio externo. Y la gente observa ese silencio y dice: "Debo tener un silencio así", y entonces depende de ese silencio que proviene de estar solos, apartados. Pero eso no es silencio. Ni lo es el silencio creado por el pensamiento que dice: "Debo estar silencioso, debo estar quieto, no tengo que parlotear". Pero eso tampoco es silencio, porque es el resultado del pensamiento operando sobre el ruido. Estamos hablando de un silencio que

no depende de nada. Es sólo esta calidad de silencio, este silencio absoluto de la mente, el que puede ver todo aquello que es eterno, intemporal, innominable. Y eso es meditación.

Del *Boletín* 39 (KF), 1980

## *La terminación del sufrimiento es amor*
BOMBAY, INDIA, 10 DE FEBRERO DE 1985

Vamos a abarcar mucho terreno esta tarde. En la tarde de ayer hablamos acerca del dolor y de la terminación del dolor. Con la terminación del dolor hay pasión. Muy pocos de nosotros comprenden realmente o investigan muy a fondo la cuestión del dolor. ¿Es posible terminar por completo con el dolor? Ésta ha sido una pregunta que se han formulado todos los seres humanos, quizá no muy conscientemente, pero en lo profundo han deseado descubrir, tal como nosotros lo deseamos, si hay una terminación para el sufrimiento humano, para la angustia y el dolor del hombre. Porque sin la terminación del dolor, el amor no puede existir.

El dolor es una gran conmoción para el sistema nervioso, una sacudida que experimenta todo nuestro ser, tanto el fisiológico como el psicológico. Y, por lo general, tratamos de escapar de él tomando drogas, bebiendo y participando en diversas formas de escapismo religioso. O nos volvemos cínicos; o aceptamos que las cosas son inevitables.

¿Puede uno penetrar muy seria y profundamente en esta cuestión? ¿Es posible no escapar del dolor en absoluto? Tal vez mi hijo muere; hay un dolor inmenso, una conmoción, y descubro que en realidad soy un ser humano muy solitario. No puedo afrontar ese dolor, no puedo soportarlo, así que escapo de él. Y existen muchos escapes: religiosos, mundanos o filosóficos. ¿Es posible no escapar en ninguna forma del desconsuelo, de la angustia de la soledad, del pesar, de la conmoción, y permanecer completamente con lo que sucede, con esta cosa llamada sufrimiento? ¿Pueden ustedes retener cualquier problema, retenerlo, no tratar de resolverlo sino mirarlo como si sostuvieran una joya preciosa, exquisitamente labrada? La pura belleza de la joya es tan atractiva, tan agradable, que nos quedamos contemplándola. Del mismo modo, si pudiéramos retener nuestro dolor sin escapar de él, sin un solo movimiento del pensar, entonces esa acción misma de no alejarnos del hecho generaría una liberación total con respecto a lo que ha ocasionado el sufrimiento.

También quisiéramos considerar qué es la belleza, no la belleza de una persona o la belleza de las pinturas y estatuas que hay en los museos, o la de los más antiguos intentos del hombre para expresar sus sentimientos en la piedra, en una pintura o en un poema, sino preguntarnos qué es *la* belleza. La belleza puede ser la verdad, puede ser el amor. Pero sin comprender la naturaleza y profundidad de esa extraordinaria palabra “belleza”, quizá nunca podamos dar con aquello que es sagrado. Por lo tanto, tenemos que investigar esta cuestión de lo que es la belleza.

¿Qué ocurre realmente cuando vemos algo extraordinariamente hermoso como la montaña cubierta de nieve contra el cielo azul? Por un segundo, la majestuosidad misma de esa montaña, su inmensidad, su perfil recortado contra el cielo, alejan todo tipo de interés propio. Seguramente han notado esto. ¿Han reparado en un niño con un juguete? Ha sido desobediente durante todo el día -lo cual es bueno- y uno le da un juguete; entonces, durante la hora siguiente, hasta que lo rompe, permanece extraordinariamente tranquilo; el juguete ha absorbido su desobediencia, el juguete se ha apoderado de él. De manera similar, cuando vemos algo extraordinariamente bello, la belleza misma nos absorbe. O sea, que hay belleza cuando están ausentes los afanes del yo, cuando no existe el interés propio. ¿Comprenden eso? Ahora bien, sin que sean absorbidos o sacudidos por algo extraordinariamente bello como una montaña o un valle profundamente sombreado, sin que la montaña se apodere de ustedes, ¿pueden comprender la belleza, comprenderla sin el yo? Porque donde está el yo no hay belleza, donde está el interés propio no hay amor. Y el amor y la belleza van juntos, no se hallan separados.

También debemos considerar juntos qué es la muerte. Ésta es la única cosa cierta que todos tenemos que afrontar. Ya seamos ricos o pobres, ignorantes o llenos de erudición, jóvenes o viejos, la muerte es segura para todos los seres humanos; todos vamos a morir. Y jamás hemos sido capaces de comprender la naturaleza de la muerte; siempre tenemos miedo de morir, ¿no es así? Para comprender la muerte, también debemos investigar qué es el vivir. ¿Estamos desperdiciando nuestra vida, disipando nuestras energías en múltiples formas, dispersándolas a través de las profesiones especializadas? Uno puede ser rico, puede tener toda clase de facultades, puede ser un especialista, un gran científico o un hombre de negocios; puede tener poder, posición, pero al final de la vida, ¿ha sido un desperdicio todo eso? Todo este afán, todo el dolor, toda la

tremenda ansiedad, la inseguridad, las absurdas ilusiones que el hombre ha acumulado -sus dioses, todos sus santos, etcétera-, ¿todo eso ha sido un desperdicio? Por favor, ésta es una pregunta muy seria que uno tiene que formularse. Otro no puede contestarla.

Hemos separado el vivir del morir. El morir está al final de nuestra vida, lo ponemos lo más lejos posible -un prolongado intervalo de tiempo-, pero al final de un largo, largo viaje, tenemos que morir. Y, ¿qué es lo que llamamos vivir? ¿Ganar dinero, ir a la oficina de nueve a cinco? Y están el conflicto incesante, el miedo, la ansiedad, la soledad, la desesperación, la depresión... Todo este estilo de existencia al que llamamos vida, vivir, este enorme afán del hombre, su conflicto interminable, sus engaños, su corrupción, ¿es eso el vivir? Esto es lo que llamamos vivir; lo conocemos bien, estamos muy familiarizados con ello, es nuestra existencia de todos los días. Y la muerte implica el fin de todo eso, el final para todas las cosas en que hemos pensado, que hemos acumulado, disfrutado. Y estamos apegados a todo esto, apegados a nuestra familia, al dinero, al conocimiento, a las creencias con que hemos vivido, a los ideales; a todo eso estamos apegados. Y la muerte dice: "Éste es el fin de todo eso, viejo".

Tenemos miedo de morir, que es abandonar todas las cosas que hemos conocido, todo cuanto hemos experimentado, acumulado: los hermosos muebles que tenemos y la bella colección de cuadros. Viene la muerte y dice: "Ya no puedes tener más ninguna de esas cosas". Y nosotros, temerosos de lo desconocido, nos aterramos a lo conocido. Podemos inventar la reencarnación. Pero no hemos investigado *qué es* lo que nace en la vida siguiente.

Entonces, la pregunta es: ¿Por qué el cerebro ha separado el vivir y la muerte? ¿Por qué ha tenido lugar esta división? ¿Existe cuando hay apego? En el mundo moderno, ¿puede uno vivir con la muerte? No hablamos del suicidio, sino de terminar con todos los apegos mientras uno vive, lo cual es muerte. Estoy apegado a la casa en que vivo; la he comprado, he pagado mucho dinero por ella y estoy apegado a todos los muebles, a las pinturas, a la familia, a los recuerdos de todo eso. Y viene la muerte y barre con todo. ¿Pueden ustedes, entonces, vivir con la muerte todos los días de su vida, terminando cada día con todo, con todos los apegos que tienen? Porque eso es lo que implica morir. Nosotros hemos separado el vivir del morir y, por lo tanto, estamos perpetuamente atemorizados. Pero cuando ustedes reúnan la vida y la muerte, el vivir y el morir, descubrirán que hay un estado del cerebro en el que todo el conocimiento como memoria llega a su fin.

Necesitamos el conocimiento para escribir una carta, para venir aquí, para hablar inglés, para llevar cuentas, para volver a nuestra casa, etcétera. ¿Puede el cerebro utilizar el conocimiento cuando es necesario y, no obstante, estar libre de todo conocimiento? Nuestro cerebro registra todo el tiempo; ustedes están registrando lo que se dice ahora. Ese registro se convierte en un recuerdo, y ese recuerdo, ese registro es necesario en cierto campo, el campo de la actividad física. Por lo tanto, ¿puede el cerebro utilizar el conocimiento cuando lo necesita pero estar libre del conocimiento viejo, estar libre de modo que pueda funcionar en una dimensión totalmente distinta? O sea, que cada día, cuando vayan a dormir, borren todo cuanto han acumulado; que mueran al terminar el día.

Ustedes oyen una afirmación como ésta, que el vivir es el morir, que no son en absoluto dos cosas separadas. Oyen esa afirmación, no sólo con la audición del oído sino que, si están escuchando muy atentamente, captan la verdad de ello, su realidad y, por el momento, ven su claridad. ¿Es, entonces, posible para cada uno de nosotros, al terminar el día morir para todo lo que no es necesario, para todos los recuerdos de ofensas, para nuestras creencias, nuestros temores, nuestras ansiedades, nuestro dolor? ¿Es posible terminar con todo eso cada día? Entonces uno descubre que está viviendo con la muerte todo el tiempo, siendo la muerte el final.

Estamos apegados a tantas cosas, a nuestro gurú, al conocimiento acumulado, al dinero, a las creencias con que hemos vivido, a los ideales, al recuerdo de nuestro hijo o hija, etcétera. Ese recuerdo es uno mismo; todo nuestro cerebro está lleno con la memoria y uno está atado a toda esta conciencia. Eso es un hecho. Viene la muerte y dice: "Éste es el fin de tu apego". Y tenemos miedo, miedo de librarnos completamente de todo eso, miedo de la muerte, de separarnos de todo lo que tenemos. Uno puede inventar y decir: "Continuaré en la próxima vida", pero, ¿qué es lo que continúa? ¿Comprenden mi pregunta? ¿Qué significa ese deseo de continuar? ¿Existe en absoluto una continuidad, excepto la de todas las cosas acumuladas por el pensamiento?

El pensamiento es limitado y por eso crea conflicto; ya vimos todo eso. Y el yo, el ego, la persona, es un haz de complicados recuerdos, antiguos y modernos. Vivimos sobre la base de recuerdos. Vivimos del conocimiento, adquirido o heredado, y ese conocimiento es lo que somos. El yo es el conocimiento de las experiencias, pensamientos, etcétera, del pasado. El yo es eso. Puede inventar que hay algo divino en nosotros, pero eso sigue siendo la actividad del pensamiento. Y el pensamiento es siempre limitado. Esto pueden verlo por sí mismos, no tienen que estudiar libros y filosofías; pueden ver claramente por sí mismos

que son un haz de recuerdos. Y la muerte pone fin a toda esa memoria. En consecuencia, uno está atemorizado. La pregunta es: ¿Es posible, en el mundo moderno, vivir con la muerte?

Luego, tenemos que considerar juntos qué es el amor. El amor, ¿es sensación? ¿Es deseo? ¿Es algo placentero? ¿Es producto del pensamiento? ¿Amamos a nuestra esposa o esposo, a nuestros hijos? Los celos, ¿son amor? No digan que no. El amor, ¿es miedo, ansiedad, angustia y todo eso? ¿Qué es el amor? Y sin esa cualidad, ese perfume, esa llama, uno puede ser muy rico, puede tener poder, posición, importancia, pero sin amor es sólo una cáscara vacía. Por lo tanto, debemos investigar esta cuestión del amor. Si amaran ustedes a sus hijos, ¿habría guerras? Sí amaran a sus hijos, ¿les permitirían que mataran a otros? ¿Puede el amor existir donde hay ambición? Por favor, enfréntense a todo esto.

El amor no tiene nada que ver con el placer, con la sensación. El amor no es producto del pensamiento; por lo tanto, no se encuentra dentro de la estructura del cerebro. Es algo que está por completo fuera del cerebro, porque el cerebro, por su propia naturaleza, por su estructura, es un instrumento de la sensación, de las respuestas nerviosas, etcétera. El amor no puede existir donde hay mera sensación. La memoria no es amor.

También debemos considerar juntos qué es una vida religiosa y qué es religión. También ésta es una cuestión muy compleja. Los seres humanos han buscado algo más allá de lo físico, más allá de la existencia cotidiana de angustia, dolor o placer. Han buscado algo más allá, primero en las nubes: el trueno era la voz de dios. Después adoraron los árboles, las piedras. Los aldeanos que viven muy lejos de esta fea y brutal ciudad, todavía adoran piedras, árboles y pequeñas imágenes. El hombre quiere descubrir si existe algo sagrado, y viene el sacerdote y dice: “Yo te lo mostraré”, tal como lo hace un gurú. El sacerdote de Occidente tiene sus rituales, sus repeticiones, sus disfraces y adora su imagen particular. Y ustedes… ustedes tienen sus propias imágenes. O no creen en ninguna de esas cosas, dicen que son ateos. Pero tanto ustedes como quien les habla quieren descubrir algo que puede estar más allá del tiempo, más allá de todo pensamiento. Así que juntos vamos a investigar, a ejercitar nuestro cerebro, nuestra razón, nuestra lógica, para descubrir qué es la religión, qué es una vida religiosa y si es posible vivir una vida religiosa en este mundo moderno.

Vamos a averiguar, pues, por nosotros mismos qué es realmente, verdaderamente, una vida religiosa. Y eso sólo podremos descubrirlo cuando comprendamos qué son realmente las religiones y descartemos todo eso, cuando ya no pertenezcamos a ninguna religión, a ninguna organización, a ningún gurú, a ninguna de las que se titulan autoridades espirituales. No existe ningún tipo de autoridad espiritual; ése es uno de los crímenes que hemos cometida: inventar un mediador entre la verdad y nosotros mismos.

Cuando uno comienza a investigar qué es la religión, está viviendo una vida religiosa; no al final de ella. En el proceso mismo de mirar, observar, discutir, dudar, cuestionar, no tener ninguna clase de creencia o fe, ya está llevando una vida religiosa. Eso es lo que vamos a hacer ahora.

Cuando se llega a los temas religiosos, ustedes parecen perder toda razón, lógica y cordura. Tenemos, pues, que ser lógicos, racionales, tenemos que dudar, que cuestionar todas las cosas que ha producido el hombre: los dioses, los salvadores, los gurús y su autoridad. Eso no es religión, es meramente la usurpación de la autoridad por unos cuantos. Ustedes les confieren la autoridad. De modo que desechen todo eso.

¿Han notado alguna vez que, donde hay desorden social, político, en las relaciones humanas, aparece un dictador, uno que manda? Donde haya desorden en la propia vida de ustedes, crearán una autoridad; ustedes son los responsables de la autoridad, y hay personas demasiado dispuestas a aceptar esa autoridad. Donde hay miedo, es inevitable que el hombre busque algo que lo proteja, que lo mantenga en una sensación de seguridad. Y a causa de ese miedo inventamos a los dioses. A causa de ese miedo inventamos todos los rituales, todo el circo que tiene lugar en nombre de la religión. Todos los templos que hay en este país, todas las iglesias y mezquitas son producto del pensamiento. Ustedes podrán afirmar que existe una revelación directa. Duden de esa revelación. Ustedes la aceptan, pero si usan la lógica, la razón, la sensatez, verán las supersticiones que han acumulado. Nada de eso es religión, obviamente. ¿Pueden descartarlo a fin de descubrir cuál es la naturaleza de la religión, qué clase de mente, de cerebro contiene en sí la cualidad del vivir religioso? ¿Puede uno, como ser humano atemorizado, no inventar, no crear ilusiones sino enfrentarse al temor? El temor psicológico puede desaparecer totalmente cuando permanecemos con él, cuando no escapamos sino que le concedemos toda nuestra atención. Es como si arrojáramos una luz sobre el temor, una gran luz centelleante, y entonces ese temor desaparece por completo. Y cuando no hay temor no hay dios, no hay rituales; todo eso se vuelve innecesario, tonto. Las cosas que el pensamiento ha inventado se vuelven irreligiosas, porque el pensamiento es meramente un proceso material que se basa en la experiencia, en el conocimiento, en la memoria. El pensamiento inventa toda la jerigonza y la estructura de las religiones organizadas, que han perdida completamente toda significado. ¿Pueden ustedes descartar todo eso,

voluntariamente, sin buscar al final de ello una recompensa? ¿Lo harán? Cuando lo hagan, no habrá nadie que pregunte qué es religión.

¿Existe algo más allá de todo tiempo y pensamiento? Ustedes pueden formularse la pregunta, pero si el pensamiento inventa algo más allá, eso sigue siendo un proceso material. El pensamiento es un proceso material porque mantiene el conocimiento en las células cerebrales. Quien les habla no es un científico, pero uno puede observar eso en sí mismo, puede observar la actividad que se desarrolla en el propio cerebro, que es la actividad del pensamiento. Si pueden descartar todo eso voluntariamente, fácilmente, sin ninguna resistencia, entonces será inevitable que se pregunten: ¿Existe algo más allá de todo tiempo y espacio? ¿Existe algo que nunca haya sido visto antes por ningún ser humano? ¿Existe algo inmensamente sagrado, algo que jamás ha sido tocado por el cerebro? Vamos, pues, a descubrirlo, es decir, si ustedes han dado el primer paso desechando toda esa tontera llamada religión; porque han empleado el cerebro, la lógica, la duda, el cuestionamiento.

Entonces, ¿qué es la meditación, la cual forma parte de la religión? ¿Qué es la meditación? ¿Escapar del ruido del mundo, tener una mente silenciosa, quieta, pacífica? Para eso practican ustedes un sistema, un método a fin de volverse alertas, de mantener bajo control sus pensamientos. Se sientan con las piernas cruzadas y repiten algún mantra. Repiten, repiten, repiten y continúan con su estilo egocéntrico de vida, y el mantra ha perdido su significado.

¿Qué es, entonces, la meditación? ¿Es un esfuerzo consciente? Ustedes meditan conscientemente, practican a fin de lograr algo: lograr una mente quieta, lograr una sensación de estímulo del cerebro. ¿Qué diferencia hay entre ese meditador y el hombre que dice: "Necesito dinero, de modo que trabajaré para ello"? ¿Qué diferencia hay entre ambos? Los dos están buscando lograr algo. Uno se llama logro espiritual, el otro, logro mundano; ambos están en la línea del logro. Para quien les habla, eso no es meditación en absoluto; ningún deseo consciente, deliberado, activo, con la voluntad que lo acompaña, es meditación.

Por lo tanto, uno tiene que preguntarse si existe una meditación que no tenga su origen en el pensamiento. ¿Hay una meditación de la que uno no esté consciente? ¿Comprenden todo esto? Cualquier proceso deliberado de meditación no es meditación. ¡Eso es tan obvio! Ustedes podrán sentarse con las piernas cruzadas por el resto de sus vidas, podrán respirar y todas esas cosas y no llegarán en modo alguno cerca de lo otro, porque ésa es una acción deliberada para lograr un resultado -la causa y el efecto-. Pero el efecto se convierte en la causa, y así quedan atrapados en un círculo. ¿Existe una meditación que no sea producto del deseo, de la voluntad, del esfuerzo? Quien habla dice que existe. Ustedes no tienen que creerlo; por el contrario, tienen que ponerlo en duda, tienen que cuestionarlo, como uno mismo lo ha cuestionado, lo ha puesto en duda, lo ha descartado. ¿Existe una meditación no planeada, no organizada? Para investigarlo, uno tiene que entender el cerebro, el cerebro que está condicionado, que es limitado y trata de comprender lo ilimitado, lo inconmensurable, lo intemporal (si es que existe algo como lo intemporal). Y por eso es importante comprender el sonido. El sonido y el silencio marchan juntos.

Nosotros hemos separado el sonido y el silencio. El sonido es el mundo, es nuestro corazón latiendo. El universo está lleno de sonido; todos los cielos, los millones de estrellas, todo el firmamento, están llenos de sonido. Y nosotros hemos hecho de ese sonido algo intolerable. Pero cuando uno escucha el sonido, el escuchar mismo es silencio; silencio y sonido no están separados. De modo que la meditación no es algo planeado, organizado. La meditación es. Comienza con el primer paso, que es estar libres de todas nuestras heridas psicológicas, de todos nuestros temores acumulados, libres de la ansiedad, la soledad, la desesperación, el dolor. Esos son los cimientos, ése es el primer paso, y *el primer paso es el último paso*. Si uno da el primer paso, ya está todo hecho. Pero no estamos dispuestos a dar ese primer paso porque no queremos ser libres. Queremos depender, depender del poder, depender de otra persona, del medio, de nuestra experiencia y conocimiento. Jamás estamos libres de toda dependencia, de todo temor.

La terminación del sufrimiento es amor. Cuando existe ese amor, hay compasión. Y esa compasión tiene su propia inteligencia integral. Y cuando esa inteligencia actúa, tal acción es siempre verdadera. Donde está esa inteligencia, no hay conflicto. Ustedes han oído todo esto, han oído sobre la terminación del miedo, sobre la terminación del dolor, han oído sobre la belleza y el amor. Pero oír es una cosa y la acción es otra. Ustedes oyen acerca de todas estas cosas que son verdaderas, lógicas, sensatas, racionales, pero no actuarán conforme a eso. Irán a sus casas y comenzarán otra vez con sus ansiedades, sus conflictos, sus desdichas. Así que uno se pregunta: ¿Cuál es el sentido de todo esto? ¿Qué sentido tiene que escuchen a esta persona que les habla y no vivan lo que dice? Escuchar y no actuar es el desperdicio de sus vidas; si escuchan algo que es verdadero y no actúan, están malgastando la vida. Y la vida es demasiado preciosa, es lo único que tenemos. Y también hemos perdido el contacto con la naturaleza, lo cual implica que hemos perdido contacto con nosotros

mismos, que somos parte de la naturaleza. No amamos los árboles, los pájaros, los ríos y las montañas; estamos destruyendo la tierra y nos destruimos el uno al otro. Y todo eso es un enorme desperdicio de la vida.

Cuando nos damos cuenta de todo esto, no de manera meramente intelectual o verbal, entonces vivimos una vida religiosa. Ponerse un taparrabos o andar mendigando o ingresar a un monasterio no es llevar una vida religiosa. Una vida religiosa empieza cuando no hay conflicto, cuando existe el sentido del amor -no el amor dedicado a una sola persona y, por lo tanto, restringido-. De modo que si entregan a ello el corazón, la mente y el cerebro, existe algo que está más allá de todo tiempo. Y está la bendición de eso, bendición que no se encuentra en los templos ni en las iglesias ni en las mezquitas. Esa bendición está donde se encuentran ustedes.

Del *Boletín* 54 ( KF), 1989

## *La belleza, el dolor y el amor*
OJAI CALIFORNIA, 18 DE MAYO DE 1985

¿Qué es aquello que los seres humanos de todo el mundo han buscado más allá de sus penosas, aburridas y solitarias existencias? ¿Qué hay más allá, no sólo para el individuo sino para toda la humanidad? ¿Qué hay que no haya sido tocado por el pensamiento, que no tenga nombre, que pueda ser constante, perdurable, eterno? Vamos a hablar sobre estas cuestiones y acerca de la meditación y el yoga. Todos parecen interesarse en el yoga, quieren mantenerse jóvenes y hermosos.

El yoga se ha vuelto ahora un asunto comercial como cualquier otro. Y con él están amasando fortunas, como es habitual. Sin embargo, en un tiempo el yoga se enseñaba a muy, muy pocas personas; me lo han contado quienes saben muchísimo al respecto. El yoga no implica meramente mantener nuestro cuerpo sano, normal, activo e inteligente. También significa -la palabra “yoga” en sánscrito quiere decir “unir”- unir lo superior y lo inferior; ésa es la tradición. Existen varias formas de yoga, de las cuales la más elevada se llama raja yoga, el rey de los yogas. Ese estilo de vida se interesaba no solamente en el bienestar físico, sino también, y mucho más, en la psique. No había disciplina ni sistema, nada que debiera repetirse día tras día. Se trataba de tener un cerebro en orden, un cerebro constantemente activo -no parloteando sino activo-. Implicaba llevar una vida muy profundamente ordenada y disciplinada moral y éticamente, pero no basada en tomar diversas clases de votos. Así, aunque el cuerpo se mantenía saludable, eso no era de primordial importancia. Lo fundamentalmente importante era tener un cerebro, una mente, un estado de bienestar interno lúcido y activo; no activo en el sentido del movimiento físico, sino un cerebro que en sí mismo fuera activo, enérgico, pleno de vitalidad. Pero hoy ala el yoga se ha vuelto más bien superficial, mediocre, una fuente de lucro personal.

La más alta forma de yoga no es para enseñarse ocasionalmente; es algo que uno hace, quizá todos los días, para estar perfectamente atento a su cuerpo. Uno vigila su cuerpo de modo que éste no haga ningún movimiento, ningún gesto que no sea observado. No hay ni un solo movimiento innecesario del cuerpo, pero sin que éste sea controlado. Tal vez consideren ustedes que el yoga es algo que debe practicarse día tras día para desarrollar los músculos, para poseer un cuerpo musculoso. No se trata de eso en absoluto. Es algo que uno vive todo el día, observándolo todo atentamente, estando claro al respecto.

El otro día hablamos acerca de maestra relación con la naturaleza, con toda la belleza del mundo, con las montañas, los bosques, los cerros y las sombras, los lagos y los ríos. Hablamos de la imagen que crea el pensamiento y que se interpone entre uno mismo y la montaña, los campos y las flores, tal como uno crea una imagen de la esposa o el marido, etcétera, imagen que impide una relación completa.

Ahora hay una relación entre ustedes y quien les habla. Es muy importante que se comprenda esa relación. Quien les habla no está persuadiéndolos acerca de ningún punto de vista ni está ejerciendo ninguna clase de presión para que ustedes escuchen, acepten o rechacen lo que se dice. El no tiene autoridad alguna. No es un gurú. Detesta la idea de liderazgo, tanto el psicológico como el espiritual. Para él todo eso es una abominación (y eso es lo que realmente quiere decir). Esto no es para ser tomado a la ligera.

Las conversaciones que hemos sostenido han sido mutuas; no son conversaciones unilaterales. El mundo está poblado de intimidaciones: las intimidaciones religiosas, las intimidaciones de los diarios, de los políticos, de los gurús y los sacerdotes, las intimidaciones en la familia. Esas intimidaciones nos hacen sentir culpables; primero nos atacan y entonces tenemos que defendernos. Ese es el juego que tiene lugar en nuestras relaciones y origina un sentimiento de culpa.

Hemos hablado acerca del miedo y de por qué los seres humanos, que han evolucionado a través de muchos milenios, viven con esta terrible carga llamada miedo. El miedo es una sensación. La sensación adopta muchas formas: la sensación de las drogas, del alcohol, etcétera, la sensación sexual, la sensación de lograr algo, de ascender por la escala, ya sea la escala mundana o la así llamada escala espiritual. Tenemos muchos, muchos miedos que destruyen no sólo la capacidad humana, sino que deforman el cerebro, lo cual distorsiona o cercena o limita tanto nuestra actividad biológica como la psicológica. Hemos examinado eso. Dijimos que el tiempo y el pensamiento son la raíz del miedo.

Ustedes pueden escuchar esto casualmente o pueden hacerlo seriamente mientras prestan atención a nuestra conversación mutua. Pero las palabras no son la cosa. El miedo no es la palabra miedo, pero la palabra puede crear el miedo. La palabra es la representación, la idea. Pero el hecho del miedo es algo por completo diferente. De modo que uno ha de tener en claro si la palabra está induciendo o cultivando el miedo. Porque entonces la superación de ese miedo implica la superación de la palabra, pero no del hecho.

Y uno dijo también que es de suma importancia cómo nos enfrentamos al hecho; no el hecho mismo, sino la manera en que lo abordamos, en que llegamos a él. Si uno llega al miedo con conclusiones, con conceptos de cómo vencerlo, cómo reprimirlo o trascenderlo, o si acude a alguien para que lo ayude a superarlo, entonces ese miedo continuará en una forma u otra. Y a causa del miedo la humanidad ha hecho cosas terribles. Por miedo a no tener seguridad hemos destruido por millones a los seres humanos. La última guerra y la anterior lo han demostrado; y donde está el miedo, están Dios y todo el consuelo que deriva de las ilusiones. Pero cuando hay seguridad psicológica y, por lo tanto, seguridad biológica, uno está libre del miedo. No es que primero esté la seguridad física y después la seguridad psicológica. Los socialistas y los totalitarios han tratado de establecer el orden exteriormente, y no están teniendo éxito. Lo único que hacen es reprimir. Pero si se comienza a comprender toda la estructura psicológica de uno mismo, de cada ser humano, entonces se empieza a comprender la naturaleza del miedo y se puede terminar con él.

Puesto que la mañana es tan hermosa, sería bueno que investigáramos juntos la belleza. ¿Qué es la belleza? Si a uno se le permite preguntarlo respetuosamente, ¿cuál es la respuesta de ustedes a la pregunta qué es la belleza? ¿Está la belleza en las montañas y en las sombras, en la luz moteada que hay debajo de estos árboles? ¿Está en una extensión de agua tranquila a la luz de la luna o en las estrellas de un claro anochecer? ¿O es un rostro hermoso, bien proporcionado, el que posee esa belleza interna? ¿O la belleza se encuentra en las pinturas y estatuas de los museos? En el Louvre hay una estatua maravillosa, *La Victoria de Samotracia*; ¿es eso la belleza? ¿O la belleza es una mujer hermosa, esmeradamente maquillada?

Uno debería formularse esta pregunta, porque estamos buscando esta cosa todo el tiempo. Es por eso que los museos se han vuelto tan importantes. ¿Se debe a que dentro de nosotros mismos somos tan feos, a que estamos tan divididos y fragmentados, que nunca podemos ver nada que sea total? Jamás vivimos de un modo holístico, y entonces pensamos que la belleza está ahí afuera, en un exquisito poema de Keats o en una pieza de literatura maravillosamente escrita.

¿Qué es, entonces, la belleza? ¿Es amor la belleza? ¿Es placer? ¿Es la belleza algo que nos da ánimo, que nos proporciona una sensación? Cuando vemos esas colinas allá detrás, y el cielo azul, y el perfil de aquellas montañas contra el cielo, y vemos las sombras y el pasto quemado por el sol y los árboles umbríos, o contemplamos los altos picos con sus nieves eternas en un cielo que jamás ha sido contaminado, cuando vemos estas cosas, cuando las miramos sin verbalizarlas inmediatamente, ¿qué es lo que ocurre? ¿Acaso la majestuosidad de esa montaña con su enorme solidez no aleja, durante ese segundo en que la estamos viendo, toda nuestra pequeñez, todas nuestras preocupaciones y problemas y todo el afán de la vida? Durante ese segundo nos hemos vuelto totalmente silenciosos.

Es como un niño pequeño que ha estado corriendo por ahí todo el día, gritando y siendo algo desobediente. ¿Qué sucede con esa desobediencia cuando le damos al niño un hermoso y complicado juguete? Toda su energía se concentra en ese juguete y deja de desobedecer. El juguete lo absorbe y se convierte para él en algo de suma importancia. El niño lo ama y se afierra a él (ustedes habrán visto esos gastados ositos de felpa). Y así la montaña nos absorbe por un segundo y nos olvidamos de nosotros mismos. Si contemplamos una maravillosa estatua -no sólo una de las estatuas griegas, sino las antiguas estatuas egipcias con su extraordinario sentido de la tierra, con su notable riqueza, estabilidad y dignidad-, por un momento, esa dignidad e inmensidad alejan nuestra insignificancia. De manera similar al niño, nosotros los adultos somos absorbidos por juguetes, que pueden ser nuestros negocios, nuestra trapacería en la política, etcétera. Estas cosas nos absorben y, si nos las quitan, nos deprimimos y tratamos de librarnos de esa depresión escapándonos de lo que somos.

Por lo tanto, ¿no es la belleza algo que tiene lugar cuando el “yo” está ausente? El “yo” con todos sus problemas, con su inseguridad y ansiedad, ya sea que a uno lo amen o no lo amen. Cuando el “yo”, con todas estas complejidades psicológicas, está ausente, entonces ese estado es belleza. Cuando “yo” no estoy, hay belleza, que no es placer ni sensación.

El placer es para nosotros una cosa extraordinariamente importante: el placer de una puesta de sol, el placer de ver divertirse a alguien a quien queremos. Debemos, pues, considerar juntos todo el concepto del placer, porque es placer lo que deseamos, no podemos negarlo si somos honestos. Y ésa es nuestra dificultad, porque nunca somos seriamente honestos con nosotros mismos. Pensamos que ser tan honestos con nosotros mismos puede causar perturbación, no sólo a nosotros sino a otras personas.

¿Qué es el placer? ¿Poseer un hermoso automóvil, tener un exquisito moblaje antiguo, lustrarlo, contemplarlo y evaluarlo? Entonces uno se identifica con esos muebles y, al hacerlo, se convierte en esos muebles, porque con cualquier cosa que uno se identifica, uno es eso. Puede tratarse de una imagen, de un mueble, puede ser alguna idea, alguna conclusión, alguna ideología. Y la identificación es algo conveniente, satisfactorio; no incomoda demasiado y nos proporciona muchísimo placer. Sin embargo, el placer va acompañado por el temor. No sé si lo han observado.

Está la otra cara de la moneda, pero uno no quiere mirar la otra cara y se dice a sí mismo que el placer es lo más importante, aun por medio de las drogas (que se están utilizando más y más en todo el mundo). Y hay placer en poseer a una mujer o a un hombre, el placer de tener poder sobre alguien, sobre la esposa o el marido. Admiramos el poder, lo exaltamos, lo idolatramos, ya sea el poder espiritual de la jerarquía religiosa o el poder de un político o el poder del dinero. Para quien les habla el poder es maligno. Están los que desean poder mediante el conocimiento, mediante la iluminación (la iluminación existe, pero no es la clase de estúpido disparate del que algunos hablan y que les confiere poder). La educación, la televisión, el medio, todo hace que seamos mediocres. Leemos demasiado acerca de lo que otros dicen. Y el éxito... ¡el éxito es la mediocridad absoluta!

Debido a que nosotros mismos carecemos de poder, posición, status, entregamos el poder a algún otro y después le rendimos culto, lo adoramos. Y hemos vivido de ese modo por milenios, buscando poder, seguridad, dinero, y sintiendo que esas cosas nos darán libertad, la cual no es libertad en absoluto. En esa libertad podemos elegir lo que deseamos o lo que nos gusta, pero, ¿es libertad eso? ¿Han investigado esta cuestión de lo que implica la verdadera libertad? ¡No en el cielo! (Seguramente recuerdan aquel chiste... ¿puedo repetirlo? Dos hombres están en el cielo con sus alas y aureolas. Uno le dice al otro: “Si estoy muerto, ¿por qué me siento tan espantosamente mal?”). De modo que todas las formas de placer son parte de nuestras vidas, que se vuelven más y más repletas de sensaciones, más fáciles, vulgares y mediocres. Y así continuamos con nuestros placeres, y como secuela de los placeres viene el temor.

La palabra “sensación” implica “la actividad de los sentidos”. La actividad de los sentidos es siempre parcial, limitada, a menos que los sentidos estén completamente despiertos. Uno desea más y más, porque la sensación pasada no ha sido suficiente. ¿Existe una actividad holística de todos los sentidos? Nuestras sensaciones son limitadas y tomamos drogas y otras cosas para tener sensaciones mayores. Pero éstas siguen siendo limitadas y necesitamos más. Cuando uno requiere más, es porque sus sensaciones son parciales. Así que les pregunto ¿Existe una conciencia holística con participación de todos los sentidos, de modo que jamás haya un requerimiento de más? Y donde existe esta conciencia completa de todos los sentidos -no que “uno” sea consciente de ello, sino una conciencia de todos los sentidos en sí-, no hay un centro desde el cual exista una conciencia de esa totalidad. Cuando ustedes miran aquellas colinas, ¿pueden mirarlas no sólo con los ojos -la operación de los nervios ópticos-, sino con todos sus sentidos, con toda su energía, con toda su atención? Entonces no hay un “yo” en absoluto. Cuando no hay “yo”, no hay requerimiento de “más” ni un tratar de obtener algo mayor.

Todas estas cuestiones de que hemos hablado se relacionan entre sí. El sentimiento de culpa, las heridas psicológicas que tiene la mayor parte de la gente y las consecuencias de esas heridas psicológicas; la vanidad de la inteligencia propia que uno ha cultivado y las imágenes que ha elaborado de sí mismo... todo eso es lo que se siente lastimado, y ninguna otra cosa. La relación, el miedo y el placer están todos vinculados entre sí; no son algo que pueda tomarse parte por parte o separadamente diciendo: “Este es mi problema” o “si puedo resolver eso, lo demás no importa”. Pero lo demás permanece ahí. ¿Podemos, entonces, ver este movimiento como una totalidad, no sólo como si se tratara de un movimiento parcial a la vez?

El dolor es una cuestión inmensa. El dolor ha estado en las mentes de hombres y mujeres desde el principio del tiempo, un dolor que jamás ha cesado. Si uno viaja, especialmente en el mundo asiático o en África, ve una pobreza inmensa, ¡inmensa!, y llora o hace alguna reforma social o entrega alimentos y ropas, pero el dolor sigue estando ahí. Y está el dolor por alguien a quien hemos perdido. Conservamos su retrato en

la repisa de la chimenea o lo colgamos en la pared; lo miramos y ello revive todos los recuerdos que se asocian con ese retrato. El retrato no es la persona, ni lo son los recuerdos; pero nos aferramos a esos recuerdos que nos causan más y más dolor. Y está el dolor de esas personas que poseen muy poco en sus vidas, nada de dinero y sólo unos pocos muebles. Viven en la ignorancia, no la ignorancia con respecto a algo grande, sino la simple ignorancia de sus vidas cotidianas, de no tener nada internamente -tampoco lo tienen las personas ricas, tienen mucho en sus cuentas bancarias pero nada internamente-. Luego está el inmenso dolor de la humanidad, que es la guerra. Millones han sido muertos; uno ha visto en Europa miles de cruces, todas dispuestas en filas rectas. ¡Cuántas mujeres, hombres, niños, han llorado en cada comunidad, en cada país, en cada estado!

En todas las épocas históricas ha habido guerras año tras año: guerras tribales, guerras nacionales, guerras ideológicas, guerras religiosas. En la Edad Media se torturaba a las personas consideradas herejes. Desde los comienzos del hombre, el dolor ha continuado en diferentes formas. El dolor de la pobreza, la pobreza de no poder satisfacer nuestros deseos, la pobreza del logro (porque siempre hay más que lograr); todo ello ha ocasionado inmenso dolor, no sólo dolor personal, sino el dolor de la humanidad. Leemos acerca de lo que está pasando en los estados totalitarios, pero nunca derramamos una lágrima. Somos indiferentes a todo eso, porque nos consumen nuestro propio dolor, nuestra propia soledad, nuestra propia insuficiencia. De modo que nos preguntamos: ¿Hay un final para el dolor? ¿Hay un final para nuestros dolores personales, con todas las implicaciones de ese final? Si estamos de algún modo seriamente involucrados en esto, comprometidos a descubrir, nos preguntamos: ¿Existe un final para el dolor? Y si existe un final, ¿qué hay después?... porque siempre deseamos una recompensa: "Si terminamos con esto, debemos tener eso otro". Jamás terminamos con nada por sí mismo, *per se*.

¿Qué relación hay entre el dolor y el amor? Conocemos lo que es el dolor: gran pena, aflicción, soledad, una sensación de aislamiento. Sentimos el propio dolor como si fuera por completo diferente del dolor de otro, y en ese mismo sentimiento nos aislamos. ¿Sabemos, no sólo verbalmente sino en lo profundo de nuestro ser íntimo, cuál es el significado de ese dolor? Y, ¿qué relación tiene el dolor con el amor? ¿Qué es el amor? ¿Se han formulado alguna vez esta pregunta? El amor, ¿es una sensación sexual? ¿Es placer? Por favor, tenemos que ser muy honestos con nosotros mismos, de lo contrario esto no es divertido. (El humor es necesario; que seamos capaces de reír, de reír juntos ante un buen chiste, no a solas sino juntos). Nos estamos preguntando qué es el amor. ¿Es deseo? ¿Es pensamiento? ¿Es el amor algo que uno posee y retiene? ¿Es eso que uno siente cuando adora la estatua, la imagen, el símbolo? ¿Es eso el amor? El símbolo -la estatua o la pintura- es el resultado del pensamiento. Nuestras plegarias son elaboradas por el pensamiento. ¿Es amor eso? Por supuesto, el miedo no es amor, obviamente. ¿Han mirado alguna vez el odio? Si uno odia, disipa el miedo. Si odiamos realmente a alguien, no hay miedo.

Mediante la completa negación, en nosotros mismos, de lo que no es amor, al desechar totalmente aquello que no es amor, ese perfume está ahí. Y ese perfume jamás puede desvanecerse una vez que hemos descartado por completo todas las cosas que no son el amor. Entonces el amor, que acompaña a la compasión, tiene su propia inteligencia, que no es la inteligencia del cerebro científico. Cuando uno tiene ese amor, esa compasión, no hay pena ni angustia ni dolor. Ese existe cuando negamos todo lo que no es amor. Si hay amor, uno jamás matará a otro ser humano, ¡jamás! Nunca matará un animal para alimentarse. (Por supuesto, ¡sigan comiendo carne!, no les estoy diciendo que no lo hagan).

Es algo inmenso dar con el amor. Nadie puede transmitir el amor a otro. Nada puede dárnoslo. Pero si uno, en lo profundo de su ser, desecha todo lo que no es amor, todo lo que ha producido el pensamiento, entonces uno se ha renovado realmente, se ha vaciado de todos sus problemas y lo otro está ahí. Y ésa es la cosa más positiva, más práctica. Lo no práctico en la vida es fabricar armamentos, matar a la gente, ¿verdad? En eso se gasta el dinero de nuestros impuestos. Yo no soy un político, de modo que no escuchen todo esto. Pero vean lo que estamos haciendo, y lo que hacemos es la sociedad que hemos creado. La sociedad no es diferente de nosotros, nosotros la hemos formado. El amor no tiene nada que ver con ninguna organización, con ninguna persona. Es como una brisa fresca que sopla desde el océano; ustedes pueden cerrarle la puerta o vivir con ella. No hay sendero que conduzca al amor, no hay sendero que conduzca a la verdad, ningún sendero en absoluto. Uno tiene que vivir con el amor. Y sólo podemos dar con él cuando hemos comprendido por completo nuestra propia naturaleza y estructura psicológica.

Mañana debemos hablar acerca de la muerte. No es un tema morboso. No es algo de lo que haya que huir. Si ustedes han vivido la cosa de que hemos estado hablando, llegarán a todo esto delicadamente, suavemente, silenciosamente, no por curiosidad. Llegarán a ello con cierta vacilación, con gran dignidad y con un profundo respeto interno. Como el nacimiento, la muerte es una cosa inmensa. La muerte también implica creación -no invención-. Los científicos inventan y sus invenciones nacen del conocimiento.

La creación es continua, no tiene comienzo ni final. No nace del conocimiento. Y la muerte puede ser el sentido de la creación, no un asunto de tener una próxima vida con mejores oportunidades, una casa mejor, un mejor refrigerador... La muerte puede ser un sentido de creación inmensa, de creación perpetua sin comienzo ni final.

Del *Boletín* 51 (KF), 1986

# Índice

## Última página

Nuestros problemas no se resuelven tratando de resolverlos afirma Krishnamurti en las reflexiones anteriores a su muerte en 1986-. Mirar los problemas como uno podría mirar una piedra preciosa exquisitamente labrada conduce de hecho a una total liberación con respecto a aquello que ha causado la dificultad. Al esforzarnos por lograr una solución sólo conseguiremos aumentar la complejidad de cualquier problema. Si podemos apartarnos de la lucha y desprendernos del egoísmo que nos invade, entonces el dolor llega a su fin y nace el amor.

**Encuentro con la vida** sugiere que esto puede emprenderse con mayor eficacia cuando renunciamos a todo lo que conocemos, a lo que aparentamos ser, y meditamos -lo cual implica tan sólo renunciar en el acto a nuestros agravios y temores, a la ansiedad, la soledad, la desesperación y el dolor-. Esos son los cimientos, ese es el primer paso. Y el primer paso -insiste Krishnamurti- es el último paso.

Justamente esta es una de las preguntas con que se enfrenta el lector: ¿Es usted lo bastante valiente como para dar este paso vital?